PAUL CLEAVE

# LIMPIEZA MORTAL

CLEAVE UTILIZA LAS
PALABRAS COMO ARMAS LETALES
*NEW YORK TIMES*

JENTAS BOOKS

# Limpieza mortal

Limpieza mortal
Título original: The Cleaner
© 2013 Paul Cleave. Reservados todos los derechos.

© 2022 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.
Traducción, Carmen Bordeu
ePub: Jentas A/S

ISBN 978-87-428-1234-1

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

*Para Quinn,*
*Te seguimos extrañando, amigo.*

# CAPÍTULO UNO

Detengo el coche en el sendero de entrada. Me reclino. Intento relajarme. Juro por Dios que hoy debe hacer por los menos treinta y cinco grados. El calor de Christchurch. Un clima esquizofrénico. El sudor gotea de mi cuerpo. Mis dedos están pegajosos como caucho húmedo. Me inclino hacia adelante y giro las llaves en el contacto, cojo mi maletín y salgo del coche. En estos sitios, el aire acondicionado funciona de verdad. Llego a la puerta principal y fuerzo la cerradura. Respiro con alivio cuando entro.

Voy a la cocina. Oigo que Ángela está en la ducha arriba. La molestaré más tarde. Por ahora, necesito un trago. Me dirijo a la nevera. Tiene una puerta de acero inoxidable en la que mi reflejo parece un fantasma. Abro la puerta y me pongo en cuclillas frente a ella durante casi un minuto, disfrutando del aire frío. La nevera me ofrece cerveza y Coca-Cola. Cojo una cerveza, desenrosco la tapa y me siento a la mesa. No soy un gran bebedor, pero me acabo la botella en unos veinte segundos. La nevera me ofrece otra botella. ¿Quién soy yo para decir que no? Me reclino en la silla. Apoyo los pies sobre la mesa. Considero la posibilidad de quitarme los zapatos. ¿Conoces esa sensación? Un día de calor en el trabajo. Estresado durante ocho horas. Luego te sientas, los pies en el aire, la cerveza en la mano, y te quitas los zapatos.

Pura felicidad.

Mientras escucho la ducha en la planta superior, doy un sorbo despreocupado a mi segunda cerveza del año. Tardo cinco minutos en terminar esta, y ahora tengo hambre. Vuelvo a la nevera y al trozo de pizza fría que espié en mi primera visita. Me encojo de hombros. ¿Por qué no? No es que tenga que cuidar mi peso.

Me vuelvo a sentar a la mesa. Los pies en el aire. Una vez que te quitas los zapatos, se aplica lo mismo a la pizza que a la cerveza. Pero en este momento, no tengo tiempo. Devoro la pizza, recojo mi maletín y subo las escaleras. El equipo de música en el dormitorio está emitiendo una canción que reconozco, pero no me acuerdo cómo se llama. Lo mismo ocurre con el artista. Sin embargo, me sorprendo a mí mismo tarareando mientras dejo el maletín en la cama: sé que la melodía me quedará grabada en la mente durante horas. Me siento junto al maletín. Lo abro. Saco el periódico. La primera página despliega el tipo de noticias que hacen que los periódicos se vendan. A menudo me pregunto si los medios de comunicación inventan la mitad de estas cosas sólo para inflar las ventas. Está claro que hay un mercado para eso.

Oigo que se apaga la ducha, pero lo ignoro; prefiero leer el periódico. Es un artículo sobre un tipo que ha estado aterrorizando la ciudad. Matando mujeres. Torturas. Violación. Homicidios. El material del que están hechas las películas. Transcurren un par de minutos y todavía estoy sentado leyendo cuando Ángela,

secándose el cabello con una toalla, sale del baño rodeada de vapor blanco y olor a loción para la piel.

Bajo el periódico y sonrío.

Ella me mira.

—¿Quién coño eres tú? —pregunta.

# CAPÍTULO DOS

Con apenas unas pocas horas de vida, el sol va camino al horizonte y la enceguece con su luz, haciendo que gotas de sudor corran por el interior de su vestido y humedezcan la tela. El resplandor se refleja en la lápida de granito pulido y la obliga a entrecerrar los ojos, pero ella se niega a apartar la vista de las letras que han estado grabadas allí durante los últimos cinco años. La brillante luz le hace llorar los ojos; no es que le importe; siempre que viene aquí le lloran los ojos.

Debería haber traído las gafas de sol. Debería haberse puesto un vestido más ligero. Debería haber hecho más para evitar que él muriera.

Sally aprieta el crucifijo que cuelga de su cuello y los cuatro extremos se clavan con fuerza en la palma de su mano. No recuerda la última vez que se lo quitó, y teme que si lo hiciera, se haría un ovillo y no pararía de llorar, y pasaría el resto de sus días sin poder funcionar.

Lo tenía con ella cuando los médicos del hospital le dieron la noticia a su familia. Lo aferró con fuerza cuando la sentaron y, con rostros sombríos, le repitieron lo que les habían dicho a incontables familias que sabían que sus seres queridos se estaban muriendo pero que aún mantenían la esperanza. Colgaba sobre su corazón cuando condujo a sus padres a la funeraria, se sentaron con el gerente y, frente a tazas de té y café intactas, miraron folletos de ataúdes y pasaron las páginas brillantes para tratar de elegir algo que le sentara bien a su hermano muerto. Tuvieron que hacer lo mismo con el traje. La moda no perdonaba ni en la muerte. Los trajes en los catálogos estaban fotografiados en maniquíes; habría sido de mal gusto que los llevaran hombres despreocupados y sonrientes que intentaban parecer sexy.

Desde entonces, Sally ha llevado consigo el crucifijo todos los días; lo ha usado como guía, lo ha utilizado para recordarse a sí misma que Martin está ahora en un lugar mejor y que la vida no es tan mala como parece.

Ha estado con la vista clavada en la tumba durante los últimos cuarenta minutos, incapaz de moverse. A quince metros de distancia, un conjunto de robles forma una barrera parcial entre ella y un pequeño lago que calcula que ha de estar situado casi en el centro del cementerio. Hace unos meses encontraron unos cadáveres en ese lago. De vez en cuando, el viento del noroeste arranca una bellota de una rama y la arroja contra una lápida con un chasquido como el de un dedo al romperse. El cementerio es una extensión de césped exuberante con lápidas de cemento y en este momento, está en gran parte desierto, salvo por un puñado de personas de pie delante de las lápidas, todas ellas con sus propias tragedias. Se pregunta si durante el día se congregarán más personas, si el cementerio tendrá horas pico de tráfico. Espera que sí. No le gusta la idea de que la gente se muera y los demás las olviden. El césped está más alto de lo habitual, y desprolijo alrededor

de las lápidas y los árboles. Hasta los jardines están cubiertos de maleza. Solía haber un cuidador que manejaba regularmente una cortadora de césped como un coche de carreras a través de las filas de tumbas, pero luego se jubiló o se murió, no recuerda bien, y en los meses siguientes, la naturaleza ha estado reclamando la tierra.

Ni siquiera sabe por qué está pensando estas cosas. Cuidadores que mueren, horas pico de tránsito, gente que se olvida de los muertos. Siempre se pone así cuando viene aquí. Morbosa, confundida, como si alguien hubiera puesto sus pensamientos en una coctelera y los hubiera agitado con fuerza. Le gusta venir al menos una vez al mes, si es que *gustar* es una palabra apropiada. Siempre, siempre sin excepción, viene para el aniversario de la muerte de Martin, que es hoy. Mañana habría sido su cumpleaños. O todavía lo es. No está segura de cómo es eso una vez que uno está bajo tierra. Por alguna razón que no puede explicar, nunca viene para su cumpleaños. Está segura de que provocaría el mismo resultado que si se quitara el crucifijo. Sus padres han venido más temprano, lo adivina por las flores frescas junto a las de ella. Nunca viene aquí con ellos. Eso es algo que tampoco puede explicar, ni siquiera a sí misma.

Cierra los ojos por un instante. Siempre que viene a este lugar acaba pensando en lo que no puede entender. En cuanto se va, las cosas vuelven a mejorar. Se inclina, acaricia las flores que están frente a la lápida y desliza los dedos por las letras. Su hermano tenía quince años cuando murió. Le faltaba un día para cumplir dieciséis. Un día de diferencia entre su cumpleaños y el día de su muerte. Tal vez ni siquiera eso. Tal vez apenas medio día. ¿Cómo puede tener sentido que muriera a los quince, casi dieciséis años? Las otras personas enterradas en este sitio tienen un promedio de sesenta y dos años. Lo sabe porque hizo la cuenta. Caminó de tumba en tumba, anotando los números en una calculadora, y luego los dividió. Tenía curiosidad. Curiosidad por saber cuántos años le habían sido arrebatados a Martin. Sus quince o dieciséis años en esta tierra fueron especiales, y el hecho de que fuera discapacitado mental había sido en realidad una bendición. Había enriquecido la vida de ella y la de sus padres. Él sabía que era diferente, sabía que era discapacitado, pero nunca entendió cuál era el problema. Para él, la vida era toda diversión. ¿Qué podía haber de malo en eso?

Sally nunca ha encontrado respuestas a sus preguntas, no aquí, ni siquiera después de marcharse del lugar. En eso, nada cambiará nunca

Después de una hora, se aleja de la tumba. Quiere contarle a su hermano muerto sobre el hombre con quien trabaja, que en muchos aspectos le recuerda a Martin. Tiene un corazón puro y una inocencia infantil idéntica a la de Martin. Quiere contarle a su hermano sobre esto, pero se marcha sin decir nada.

Sale del cementerio pensando en Martin. Incluso antes de llegar al coche, el crucifijo empieza a aliviar su dolor.

# CAPÍTULO TRES

El periódico ya no me despierta ningún interés. ¿Para qué leer las noticias, cuando soy yo quien las protagonizo? Así que lo doblo por la mitad y lo pongo en la cama a mi lado. Tengo tinta de periódico en los dedos. Me los limpio en la colcha mientras estudio a Angela. Tiene una expresión como si estuviera tratando de digerir una noticia muy mala, como si su padre acabara de ser atropellado por un coche o se hubiera quedado sin perfume. Observo su toalla, que le cuelga del cuerpo. Se ve muy bonita de pie allí, casi desnuda.

—Soy Joe —digo y extiendo la mano hacia mi maletín. Selecciono el segundo cuchillo más grande que tengo allí. Una hoja con un delicado diseño suizo. Lo sostengo en alto. Ambos podemos verlo. Ella lo ve más grande, aunque yo estoy más cerca. Es una cuestión de perspectiva.

»Quizás hayas leído sobre mí. Soy noticia de primera plana.

Ángela es una mujer alta, con piernas muy largas y cabello rubio, por supuesto natural, que cae hasta encontrarse con ellas. Tiene una linda figura, con todas las formas y curvas adecuadas que me han traído aquí. Un rostro atractivo que podría estar en publicidades de lentes de contacto o lápiz de labios en las revistas. Ojos azules llenos de vida y, en este momento, llenos de miedo. El miedo en sus ojos me excita. El miedo en sus ojos sugiere que sí, que ha leído sobre mí, hasta es probable que haya oído hablar de mí en la radio y haya visto las noticias sobre mí en la televisión.

Comienza a sacudir la cabeza, como si respondiera que no a un montón de preguntas a las que aún no he llegado. Gotas de agua vuelan a izquierda y derecha, como si estuviera lloviendo adentro y de manera horizontal. Su pelo se agita detrás de ella; las puntas mojadas golpean las paredes y el marco de la puerta. Luego el cabello realiza un giro, cae sobre su rostro, y se le queda pegado. Además, está caminando hacia atrás, como si tuviera un lugar mejor donde estar.

—¿Qué… qué quieres? —pregunta. Todo el enojo lleno de confianza de su primera pregunta sobre quién era yo desapareció en el instante en que vio el cuchillo.

Me encojo de hombros. Se me ocurren varias cosas que quiero. Una linda casa. Un buen coche. Su equipo de música sigue tocando la misma canción… nuestra canción, ahora. Sí. No diría que no a un buen equipo de música.

Pero ella no puede proporcionarme nada de eso. Ojalá pudiera, pero la vida no es tan simple. Decido guardarme esto para mí. Ya habrá tiempo para hablar más tarde.

»Por favor, por favor. Sólo. Vete.

He escuchado esto tantas veces que casi bostezo, pero no lo hago, porque soy un tipo educado.

—Estás siendo una mala anfitriona —le reprocho con cortesía.

—Eres un chiflado. Voy a llamar a la… eh…. policía.

¿Puede ser tan estúpida? ¿Cree que voy a quedarme aquí sin hacer nada mientras ella coge el teléfono y marca para pedir ayuda? Tal vez me reclinaré en la cama y haré el crucigrama en mi periódico mientras vienen a arrestarme. Empiezo a sacudir la cabeza, como ella hizo antes, solo que con el cabello seco.

—Podrías intentarlo —la aliento— *si* el teléfono estuviera en la base. —Que no está. Me lo llevé mientras comía mi pizza. La pizza de *ella*.

Se da la vuelta y corre hacia el baño cuando avanzo hacia ella. Es rápida. Yo soy rápido. Lanzo el cuchillo. La hoja sube, la hoja baja. El truco para lanzar un cuchillo radica en el equilibrio… si eres un profesional. Si no lo eres, todo se reduce a la suerte. Ambos estamos esperando un poco de suerte en este momento. La hoja roza el lado de su brazo, golpea contra la pared y cae al suelo mientras ella rodea la puerta del baño. La cierra de golpe y le pone llave, pero yo no me detengo, sino que arremeto de costado contra ella. La puerta apenas traquetea en el marco.

Retrocedo unos pasos. Siempre puedo volver a casa. Recoger mis cosas. Cerrar el maletín. Quitarme los guantes de látex. Y marcharme. Pero no puedo. Tengo un apego tanto por mi cuchillo como por mi anonimato. Eso significa que tengo que quedarme. Además, soy un optimista de corazón… no soy de los que se dan por vencidos.

Ella empieza a pedir ayuda a gritos. Pero los vecinos no van a oírla. Lo sé porque hice mis deberes antes de venir. La casa queda en el fondo del lote y la parte trasera da a un campo, estamos en el último piso, y ninguno de los vecinos cercanos está en casa. Todo es cuestión de deberes. Para tener éxito en cualquier cosa de la vida, tienes que hacer los deberes. Es algo que nunca está de más enfatizar.

Cruzo la habitación y selecciono otro cuchillo. Este es el más grande. Estoy a punto de volver al baño cuando una gata entra en la habitación. La muy maldita es muy simpática. Me inclino y la acaricio. Se aprieta un poco contra mi mano y empieza a ronronear. La levanto.

De vuelta en la puerta del baño, le grito a Ángela.

—Sal de ahí o le romperé el cuello a tu gata.

—Por favor, no le hagas daño.

—La decisión es tuya.

Así que ahora estoy esperando. Como hacen todos los hombres cuando las mujeres están en el baño. Al menos no está gritando. Rasco a Minina debajo de su cuello blando. Ya no ronronea.

—Por favor, ¿qué quieres?

Mi madre, que Dios la tenga en su gloria, siempre me decía que fuera sincero. Pero a veces no es el enfoque correcto.

—Sólo hablar —miento.

—¿Vas a matarme?

Sacudo la cabeza con incredulidad. Mujeres, ¿eh?

—No.

La cerradura produce un tintineo cuando se destraba la puerta del baño. Ángela está dispuesta a correr un riesgo conmigo antes de que maten a su gata. Puede que le resulte caro.

La puerta comienza a abrirse con lentitud. Estoy inmóvil, demasiado sorprendido por su estupidez, que aumenta con cada segundo, para poder moverme. Cuando la puerta se abre lo suficiente, dejo caer a Minina en el suelo. Aterriza sobre un colchón de pelo, con la cabeza torcida hacia un lado y las patas que apuntan en todas direcciones, como si tratara de señalar el motivo. Angela ve la gata, pero no tiene oportunidad de gritar. Empujo mi cuerpo contra la puerta y ella no tiene tanta fuerza para soportar la presión. La puerta se afloja cuando Ángela pierde el equilibrio. Cae contra la ducha, y la toalla se desliza de sus manos.

Entro en el baño. El espejo sigue empañado por el vapor. La cortina de la ducha tiene dibujos de varias patos de goma que me sonríen. Apuntan todos en la misma dirección y son uniformes, como si estuvieran nadando hacia la guerra. Angela vuelve a la rutina de los gritos, que no le ha servido de nada hasta ahora y tampoco le sirve esta vez. La arrastro al dormitorio y tengo que golpearla un par de veces para que acepte colaborar con el plan. Intenta detenerme, pero yo tengo más experiencia en someter mujeres que ella en defensa personal. Sus ojos se ponen en blanco y la muy atrevida se desmaya.

El equipo de música sigue sonando. Tal vez cuando todo esto termine me lo lleve a casa. Levanto a Ángela y la dejo caer sobre la cama, luego la hago rodar sobre la espalda. Me muevo por el dormitorio, quito las fotografías de su familia de las paredes y volteo boca abajo las que están en los alféizares de las ventanas y los estantes. La última que miro es una foto de su esposo y sus dos hijos. Calculo que él tendrá pronto la custodia completa.

El siguiente paso que doy hacia el romance es colocar mi Glock nueve milímetros automática en la mesita de noche para que esté al alcance de la mano. Una hermosa pieza. La compré hace cuatro años cuando empecé a trabajar. Me costó tres mil dólares. Las armas en el mercado negro son siempre más caras, pero anónimas. Le robé el dinero a mi madre, quien culpó a los niños del barrio. Es una de esas mujeres locas que tienen miedo de usar los bancos porque sospecha de los gerentes de banco. El arma es por si el esposo llega a casa temprano. O por si aparece un vecino. Tal vez Ángela tenga una aventura. Tal vez su amante está deteniendo el coche en la calle ahora mismo.

Mi Glock es como una píldora mágica: curará todas las posibilidades.

Cojo el teléfono de la pared. Arranco el cable por el extremo y lo uso para sujetarle las manos. No quiero que se sacuda demasiado. Le ato las manos al cabecero de la cama.

Estoy terminando de atarle los pies con su ropa interior cuando se despierta. Se da cuenta de tres cosas a la vez. La primera es que yo sigo aquí y esto no es un sueño. La segunda es que está desnuda. La tercera es que está atada a la cama con los brazos y las piernas en cruz. Puedo ver cómo chequea estas tres cosas en esta

gran lista mental que tiene. Uno. Dos. Tres.

A partir de ahí se da cuenta de cosas que todavía no han sucedido. Cuatro. Cinco. Y seis. Puedo ver su imaginación descontrolada. Los músculos están tirando de su cara mientras considera preguntarme algo. Sus ojos van de un lado a otro en tanto se esfuerza por decidir en qué parte de mí debe concentrarse. El sudor hace brillar su frente. Puedo verla cogiendo palancas en su mente, intentando descifrar cuál de ellas agarrar para que le muestre las opciones. La veo asirse de todas ellas, pero las palancas se desprenden y se les quedan en las manos.

Le enseño de nuevo mi cuchillo. Sus ojos se detienen en la hoja.

—¿Ves esto?

Asiente. Sí, lo ve. También está llorando.

Coloco la punta de la hoja en su mejilla y le pido que abra la boca. Se vuelve ansiosa por ayudar cuando la hoja empieza a herirla. Me estiro para coger mi maletín, saco un huevo y se lo meto en la boca. Cuando hay aceptación, la cooperación nunca tarda en llegar. El huevo no es nada anormal, sólo un huevo común sin hervir. Lo bueno de los huevos es que aportan muchas proteínas. También son buenos como mordazas.

»Si te molesta, avísame —agrego.

Ella no dice nada. Es obvio que no le molesta.

Me dirijo al baño, busco la toalla, la tomo y regreso para cubrirle la cara con ella. Me quito la ropa y me subo a la cama. Ella apenas se mueve, no se queja, sigue llorando hasta que ya no puede llorar más. Cuando terminamos y salgo de la cama, descubro que en algún momento el huevo se ha deslizado hasta la parte posterior de su boca y la ha ahogado con éxito. Esto explica las arcadas que oí y que, en su momento, confundí con otra cosa. Ups.

Me ducho, me visto y recojo mis cosas. Los rostros en las fotografías a lo largo de la escalera me observan mientras bajo. Estoy como esperando que me digan algo o al menos, que se quejen de algo que he hecho aquí. Cuando salgo y me alejo de ellas, me invade un alivio tibio y reconfortante.

El alivio dura poco, y en los segundos siguientes, empiezo a sentirme mal. Bajo la mirada y observo mis pies al caminar. Sí. Me siento mal. Deprimido. Las cosas no salieron como deberían haber salido y terminé cobrándome una vida. Me detengo en el jardín y corto una flor de un rosal. Me la llevo a la nariz y huelo los pétalos, pero no consigue arrancarme una sonrisa. Me pincho un dedo con una espina y me lo llevo a la boca. El sabor de la sangre empieza a sustituir el sabor de Ángela.

Me guardo la flor en el bolsillo y me dirijo a su coche. Todavía hay sol, pero ahora está más bajo y brilla directamente en mis ojos. El día ha refrescado, así que tal vez el calor que siento no es del sol, sino que está dentro de mí. Quiero sonreír. Quiero disfrutar de lo que queda del día, pero no puedo.

Me he cobrado una vida.

Pobre Minina.

Pobre gatita.

A veces hay que usar a los animales como herramientas. No es mi lugar en este

loco y confuso universo cuestionar eso. Sin embargo, no puedo evitar sentirme mal por haberle roto el cuello a la pequeña gata.

Entro en el coche de Angela y tengo que subirme al jardín delantero para eludir el coche robado aparcado en el sendero de entrada. Es un buen coche... tiene un par de años como mucho. Ojalá pudiera quedármelo. La casa de fotografía perfecta que representa una vida familiar perfecta se va haciendo más pequeña en mi espejo retrovisor. Cuando miro hacia atrás, el césped bien cuidado que ya no puedo oler parece un campo de minigolf. La rosa de ese jardín se siente tibia en mi bolsillo. Paso junto a tres o cuatro coches aparcados. La gente está caminando por los senderos de entrada y llegando a casa. Dos ancianas hablan por encima de una cerca baja sobre lo que sea que las mujeres mayores enfrentan en la vida. Otra anciana de rodillas está pintando su buzón. Un chico joven está entregando el periódico de la comunidad. La gente está a gusto aquí, y en paz. No me conocen y no prestan atención mientras paso por sus ventanas y dejo atrás sus vidas.

Técnicamente, nos estamos acercando a la etapa media del otoño, pero nadie le ha avisado a la Madre Naturaleza, por lo que todos seguimos experimentando el calor del verano. Hace más de un mes que no llueve. Ninguno de los árboles se está preparando para el invierno y perdiendo sus hojas. En este preciso instante, una brisa ligera hace susurrar las hojas sobre mí. Una hilera de abedules a ambos lados de la calle forma un arco en lo alto, donde las ramas se encuentran como dedos entrelazados. Los pájaros juegan allí arriba. A lo lejos, oigo cómo los cortadores de césped dan por concluida la tarde e iniciado el anochecer. Va a ser una noche hermosa. Va a ser el tipo de noche en la que me siento feliz de estar vivo. El tipo de noche por la que los veranos de Nueva Zelanda son famosos. Sólo que por lo general no en abril.

Por fin, empiezo a relajarme. Enciendo el estéreo del coche y escucho la misma maldita canción que estaba sonando en la casa de Ángela. ¿Cuántas posibilidades hay? Tarareo y canto mientras se hace de noche. Mis pensamientos pasan de Minina a Angela, y sólo entonces mi rostro recupera la sonrisa.

# CAPÍTULO CUATRO

Vivo en un complejo de apartamentos que valdría más si se vendiera como chatarra. Debido a su ubicación, nunca lo demolerán ni lo reemplazarán, ya que un complejo de apartamentos nuevo no generaría más renta. No es precisamente la peor parte de la ciudad, según los que viven aquí, pero lo es según todos los demás. Es apenas habitable, pero es barato, y eso lo compensa. El complejo tiene cuatro plantas, cubre casi toda una manzana, y yo vivo en el último piso, que me ofrece la mayor parte de una vista muy deprimente. En total creo que hay unos treinta apartamentos.

No veo a ninguno de mis vecinos mientras subo las escaleras, pero esto no es ni malo ni raro. Me sorprendo pensando en la pobre Minina mientras abro la puerta y entro. Mi apartamento tiene dos habitaciones. Una de ellas es un baño, y la otra una combinación de todo lo demás. La nevera y la cocina parecen tan viejas que dudo que la datación de carbono podría determinar su edad. Los suelos están desnudos y tengo que usar zapatos todo el tiempo para evitar las astillas. Las paredes están cubiertas por un papel tapiz gris oscuro barato que está tan seco que cada vez que abro la puerta y se genera una corriente, se rompe un poquito más. Varios bordes se han desprendido y cuelgan como lenguas aplanadas. La vista más allá de un par de ventanas en una pared consiste en cables eléctricos y coches quemados. Tengo una vieja lavadora con un ciclo de centrifugado ruidoso, y colgada de la pared sobre ella hay una secadora igual de ruidosa. A lo largo de la ventana hay una soga donde cuelgo la ropa durante el verano. No hay nada colgado allí ahora.

Tengo una cama individual, un televisor pequeño, un reproductor de DVD y algunos muebles básicos de esos que se venden en cajas con instrucciones de montaje en seis idiomas diferentes. Todos están un poco torcidos, pero como nunca vienen visitas, no he tenido ninguna queja. Algunas novelas románticas que he leído están tiradas sobre el sofá. Las cubiertas están llenas de hombres de aspecto fuerte y mujeres de aspecto débil. Arrojo mi maletín encima de ellas antes de chequear el contestador automático. La luz parpadea, así que pulso el botón de reproducir. Es mi madre. Ha dejado un mensaje en el que despliega sus poderes de deducción. Cree que como no estoy en casa, y no estoy en su casa, significa que debo estar de camino a su casa.

Antes dije: «Que Dios la tenga en su gloria». No quise decir que está muerta. Aunque pronto lo estará. No me malinterpreten. No soy un mal tipo ni nada parecido, nunca haría nada para lastimarla y me repugna que alguien pueda pensar lo contrario. Es solo que es vieja. La gente mayor se muere. Algunos antes que otros. Gracias a Dios.

Consulto mi reloj. Ya son las seis y media. Empieza a oscurecer. Hago sitio en el

sofá, estiro los brazos detrás de mí e intento relajarme. Pienso en lo que es mejor para mí. Si no voy a cenar a casa de mi madre, los resultados serán desastrosos. Me llamará todos los días. Me regañará sin parar. No sabe que yo tengo una vida. Tengo responsabilidades, pasatiempos, lugares a los que quiero ir, gente de la que me quiero ocupar, pero ella no lo ve. Cree que lo único que hago es estar sentado en mi apartamento esperando a que ella me llame.

Me pongo ropa más respetable. Nada demasiado ostentoso, pero un poco mejor que informal. No quiero que mamá insista en comprarme la ropa como hacía antes. Hubo una etapa, hace un año, en que me compraba las camisas, la ropa interior, los calcetines. A veces le recuerdo que tengo más de treinta años y que puedo hacerlo yo mismo, pero a veces lo hace de todos modos.

Sobre la pequeña mesa de café en mi pequeña sala de estar, frente al pequeño sofá que encajaría a la perfección en un estudio de grabación *hippie*, hay una gran pecera con mis dos mejores amigos dentro: Pepinillo y Jehová. Mis peces de colores no se quejan. Los peces de colores tienen una memoria de cinco segundos, así que puedes cabrearlos mucho y no se acordarán. Puedes olvidarte de alimentarlos y se olvidarán que tienen hambre. Puedes sacarlos del agua y arrojarlos al suelo, y aletearán y se olvidarán que se están asfixiando. Pepinillo es mi favorito… lo compré primero, hace dos años. Es un pez albino de China, con cuerpo blanco y aletas rojas, y es apenas más grande que el ancho de la palma de mi mano. Jehová es un poco más pequeño, pero es dorado. Los peces de colores pueden vivir hasta cuarenta años, y espero que los míos vivan por lo menos eso. No sé qué hacen cuando no los vigilo, pero hasta ahora no ha aparecido ningún pececito bebé.

Les echo un poco de comida, veo cómo suben a la superficie y los observo comer. Los quiero mucho, pero al mismo tiempo me siento como Dios. No importa quién yo sea, no importa lo que haga, mis peces de colores me admiran. La forma en que viven, las condiciones en las que viven, cuándo comen… todo depende de mí. Me gusta tener esa responsabilidad.

Les converso mientras comen. Pasan unos minutos. Ya he hablado lo suficiente. El dolor de haber matado a Minina ya casi ha desaparecido.

Salgo al exterior. El sol ha desaparecido por completo y las luces de la calle están encendidas. Algunas farolas en mi calle están rotas. Mañana oscurecerá un minuto antes, y esto se repetirá día tras día hasta que llegue el invierno. O quizás el invierno no llegue este año. Camino hasta la parada de autobús más cercana. Espero unos cinco minutos en el aire caliente de la noche antes de que por fin llegue un autobús.

Mamá vive en South Brighton, cerca de la playa. No hay jardines verdes aquí. Al igual que las plantas, el césped tiene el mismo color óxido que cualquier superficie metálica expuesta al aire salado. Cultiva un rosal y la manzana entera sube de valor. La mayoría de las casas son bungalós de sesenta años que se aferran a su identidad a medida que la pintura se desprende y las tablas de madera se van pudriendo con lentitud.

Las ventanas están empañadas por la sal. La carpintería de madera está

desteñida por las agujas de pino muertas y la arena. Parches de masilla y yeso tapan los agujeros y mantienen el interior seco. Hasta la delincuencia tiene una desventaja en estos lados: cuando sopesas el costo de la gasolina que necesitas para llegar hasta aquí con el valor de cualquier cosa que podrías encontrar en una de estas pocilgas, casi no vale la pena entrar a robar en una casa.

El autobús tarda treinta minutos en llegar a la casa de mamá. Cuando me bajo, puedo oír las olas que rompen contra la orilla. El sonido es relajante. Esta es la única ventaja de South Brighton. De aquí a la playa es un minuto a pie, y si todavía viviera en este suburbio, caminaría ese minuto extra y me echaría a nadar. En este momento, es como si estuviera de pie en una ciudad fantasma. Pocas casas tienen las luces encendidas. Cada cuatro o cinco farolas, hay una rota. No hay nadie cerca.

De pie junto al portón, aspiro una profunda bocanada de aire salado. Mi ropa ya apesta a algas podridas. La casa de mamá está tan deteriorada como el resto de las casas del barrio. Si me pusiera a pintarla, es probable que los vecinos la echaran. Si le cortara el césped seco, tendría que cortar el de todos. La casa es una construcción de madera de una sola planta. La pintura blanca, ahora color humo, se desprende de las tablas deformadas y se asienta sobre el césped junto con el polvo de óxido que cae del techo de hierro. Las ventanas se mantienen en su lugar gracias a la suerte y a un compuesto para juntas agrietado. Un agente inmobiliario diría que la casa de mamá es una gran inversión para un manitas.

Camino hasta la puerta. Golpeo. Y espero. Pasa un minuto hasta que ella por fin se acerca. La puerta se atasca en el marco, así que tiene que tirar con fuerza. La puerta se estremece al entreabrirse y las bisagras crujen.

—¿Sabes qué hora es, Joe?

Asiento con la cabeza. Son casi las siete y media.

—Sí, mamá, lo sé.

Cierra la puerta, oigo el traqueteo de una cadena y luego abre la puerta de nuevo. Doy un paso al interior.

Mamá cumplirá sesenta y cuatro años este año, pero parece unos buenos diez años más vieja. O unos cinco malos. No llega al metro sesenta y tiene curvas en todos los lugares equivocados. Algunas de esas curvas se extienden sobre otras, algunas son lo bastante pesadas como para tensar las arrugas en su cuello. Mantiene su cabello gris recogido en un moño apretado, pero en este momento, lleva algo encima, una de esas viejas redecillas con rulos que, por alguna razón, me remontan a las películas en blanco y negro y a mujeres fumando cigarrillos. Tiene ojos azules tan pálidos que son casi grises, cubiertos por un par de gafas de montura gruesa que, con suerte, puede que algún día se pongan de moda. En su rostro hay tres lunares, cada uno con un pelo oscuro que se niega a cortar. Su labio superior está cultivando una suave línea de pelusa. Parece la jefa de enfermeras de un hogar de ancianos.

—Llegas tarde —dice y bloquea la puerta mientras se ajusta uno de los rulos en su cabello—. Me tenías preocupada. Estuve a punto de llamar a la policía. Casi

llamo a los hospitales.

—Estaba ocupado mamá, con trabajo y todo eso —respondo, aliviado de que no haya presentado una denuncia de persona desaparecida.

—¿Demasiado ocupado para llamar a tu madre? ¿Demasiado ocupado para preocuparte por mi corazón angustiado?

Soy lo único que le queda. Mi padre murió hace unos años, y siempre lo he considerado el afortunado. Parecería que lo único que mantiene viva a mamá es hablar. Y quejarse. Por suerte, las dos cosas van de la mano para ella.

—He dicho que lo siento, mamá.

Me da un tirón de orejas. No con fuerza, pero lo suficiente para mostrarme su decepción. Luego me abraza.

—Hice pastel de carne, Joe. Pastel de carne. Tu favorito.

Le entrego la rosa que recogí del jardín de Angela. Está un poco aplastada, pero la expresión de mamá no tiene precio cuando le entrego la flor roja.

»Oh, eres tan considerado, Joe — dice, y se la lleva a la nariz para olerla.

Me encojo de hombros.

—Sólo quería hacerte feliz —preciso, e incluso para un optimista como yo, eso siempre ha sido un objetivo bastante ambicioso. Su sonrisa me hace sonreír.

—Ay —exclama al pincharse el dedo con una de las espinas—. ¿Me has dado una rosa con espinas? ¿Qué clase de hijo eres, Joe?

Obviamente uno malo.

—Lo siento. No fue mi intención que ocurriera eso.

—No piensas lo suficiente, Joe. Ese siempre ha sido tu problema. Eso y llegar siempre tarde. La pondré en agua —agrega y se hace a un lado—. Pasa.

Cierra la puerta detrás de mí y la sigo por el pasillo hasta la cocina; en el proceso, paso junto a fotografías de mi padre muerto, un cactus que parece muerto desde el día en que mamá lo compró, y un cuadro de una vista marina de algún sitio que tal vez a ella le gustaría visitar. La mesa de formica está puesta para dos.

»¿Quieres tomar algo? —me pregunta en tanto coloca la rosa en un vaso.

—No, gracias—declino y me ajusto la chaqueta—. Siempre hace frío en esta casa.

—La Coca-Cola está de oferta en el supermercado.

—No quiero nada.

—Tres dólares el paquete de seis —continúa—. Te traeré el comprobante.

—No te preocupes, mamá. He dicho que no quiero nada.

—No es ninguna molestia.

Se aleja, dejándome solo. No hay manera de decirlo con amabilidad, pero mi madre se está volviendo más loca cada día. Le creo que la Coca-Cola está en oferta, pero aun así, ella siente la necesidad de mostrarme el comprobante. Pasan unos minutos en los que lo único que puedo hacer es mirar el horno y el microondas, así que paso el tiempo imaginando lo complicado que sería meter a una persona entera adentro de cualquiera de ellos. Cuando mamá regresa, también ha encontrado el folleto del supermercado que anuncia la oferta de Coca-Cola.

Asiento con la cabeza.

—Tres dólares, ¿eh? Increíble.

—Entonces, ¿quieres una?

—Claro, sí. —Es la opción más fácil.

Ella sirve la cena. Nos sentamos y empezamos a comer. El comedor conecta con la cocina, y la única vista que tengo es de mi madre o de la pared detrás de ella, así que miro la pared. Algunos de los electrodomésticos aquí se volvieron obsoletos cuando se inventó la electricidad, y el resto no mucho después. El suelo de linóleo parece haber sido hecho con la Rana René después de que la atraparon y la desollaron. La mesa del comedor es del color del plátano. Las patas son de metal frío. Las sillas tienen asientos acolchados y se tambalean ligeramente cuando me muevo. La de mamá ha sido reforzada.

—¿Qué tal tu día? —inquiere. Tiene un pequeño trozo de zanahoria pegado en la barbilla. Uno de los lunares allí pareciera que está intentando ensartarlo.

—Bien.

—No he sabido nada de ti en toda la semana.

El pastel de carne está un poco seco, pero no me atrevo a añadirle más salsa por miedo a que mi madre piense que no me gusta.

—He tenido que hacer muchas tareas en casa.

—¿Del trabajo?

—Del trabajo.

—Tu primo Gregory se va a casar. ¿Lo sabías?

Ahora lo sé.

—¿En serio?

—¿Cuándo vas a buscarte una esposa, Joe?

He notado que los ancianos siempre mastican con la boca abierta y por eso puedes oír cómo la comida resbala por el paladar de su boca. Es porque siempre están a punto de decir algo.

—No sé, mamá.

—No eres *gay*, ¿verdad, hijo?

Lo dice mientras sigue masticando. Como si no fuera gran cosa. Como si acabara de decir: «Esa camisa te queda bien», o «Está haciendo buen tiempo».

—No soy *gay*, mamá.

De hecho, no es para tanto. No tengo nada en contra de la gente *gay*. Nada en absoluto. Al fin y al cabo, son solo personas. Como cualquiera. Yo el problema lo tengo con las personas.

—Huh —resopla.

Me detengo con un bocado de pastel de carne a centímetros de mi boca.

—¿Qué?

—Nada.

El pastel de carne vuelve al plato.

—¿Qué, mamá?

—Me pregunto por qué nunca traes a una chica.

Me encojo de hombros.

»Los hombres no deberían ser *gay*, Joe. No es… —Busca la palabra «justo».

—No te entiendo.

—No importa.

Parece feliz de olvidar el tema, y yo estoy feliz de permitirle que lo haga. Comemos en silencio durante un minuto, que es todo lo que mi madre puede aguantar antes de volver a hablar.

»Hoy empecé un rompecabezas.

No soy lo bastante valiente para decirle que avisaré a los medios de comunicación. En su lugar, respondo:

—Ajá.

—Estaba en oferta. De treinta dólares a doce.

—Una ganga.

—Te traeré el comprobante.

Agrego más salsa a mi comida y trato de comer más rápido mientras ella no está. Sé que comer rápido no significa necesariamente que podré escaparme rápido, pero vale la pena intentarlo. Observo los relojes del microondas y el horno y los comparo con el reloj en la pared, pero todos se arrastran al mismo ritmo. Mamá no tarda mucho en encontrar el comprobante, así que me imagino que lo habrá guardado para enseñármelo. También trae el folleto publicitario. Hago lo mejor que puedo para calmar mi excitación.

»¿Ves? Doce dólares.

—Sí, ya veo. —El folleto dice «Venid a divertios» escrito en él. Me pregunto en qué estaba pensando la persona cuando escribió eso. O qué se habría fumado.

—Me ahorré dieciocho dólares. En realidad, costaba veintinueve con noventa y cinco, y pagué doce, así que me ahorré dieciocho dólares y noventa y cinco centavos.

Hago el cálculo mientras me habla y enseguida me doy cuenta de que está contando un dólar de más. Es mejor no decir nada. Me imagino que si se da cuenta de que se ahorró dieciocho dólares y no diecinueve, lo va a devolver. Incluso después de haber armado el rompecabezas.

»Es del *Titanic*, Joe —explica, aunque la imagen en el folleto es de un gran barco con la palabra *Titanic* escrita en el timón—. ¿Ya sabes, el barco?

—Ah, ese *Titanic*.

—Una verdadera tragedia.

—¿La película?

—El barco.

—Tengo entendido que se hundió.

—¿Estás seguro de que no eres *gay*, Joe?

—Lo sabría, ¿no te parece?

Después de la cena, me ofrezco a lavar, aunque sé lo que ella va a decir.

—¿Crees que quiero que vengas para que seas mi criado? Siéntate, Joe. Yo lavaré. ¿Qué clase de madre no cuidaría de su hijo? Té diré qué clase: una mala madre, esa clase.

—Yo lo haré.

—No quiero que lo hagas. Ve y espera en la sala.

Me siento en la sala de estar y miro la televisión. Hay un boletín de noticias. Algo sobre un cadáver. Una violación de domicilio. Cambio de canal. Por fin, mamá entra en la sala con una taza de té para ella y nada para mí.

»Tengo la sensación de que me pasé toda la vida lavando los platos de tu padre y que ahora me estoy pasando el resto lavando los tuyos.

—Me ofrecí a ayudar, mamá —protesto y me pongo de pie.

—Bueno, es demasiado tarde ahora. Ya está hecho —suelta—. Deberías aprender a apreciar a tu madre, Joe. Soy todo lo que tienes.

Conozco este discurso, y me he disculpado tantas veces como lo he escuchado. Digo que lo siento una vez más, y parece que ofrecer disculpas a mi madre constituye el cincuenta por ciento de mis conversaciones con ella. Se sienta y vemos un poco de televisión, un drama inglés sobre gente que dice «nah» en vez de «nada», y algunas otras que no tengo ni puta idea que significan.

Mamá mira como si no pudiera predecir ya que Fay está acostándose con Edgar por su herencia y que Karen está embarazada de Stewart… el borracho del pueblo y su hermano perdido hace tiempo. Cuando llegan los anuncios, me pone al corriente de lo que los personajes han estado haciendo, como si fueran parte de la familia. Al menos no se ofrece a cocinarles pastel de carne. Yo escucho y asiento con la cabeza y me olvido de lo que dice en cuestión de segundos. Igual que un pez de colores. Cuando la serie se reanuda, acabo estudiando la alfombra, me entretienen más los diseños simétricos marrones que estaban tan de moda en los años cincuenta, lo que demuestra que todo el mundo estaba completamente loco en esa época.

El melodrama termina y el tema musical, muy deprimente, empieza a sonar. A pesar de la triste melodía, me siento de buen humor porque esa música significa que es hora de marcharme. Antes de irme, mamá me cuenta más sobre mi primo Gregory. Tiene un coche. Un BMW.

»¿Por qué no tienes un BMW, Joe?

«Nunca he robado un BMW».

—Porque no soy gay.

Soy la única persona en el autobús. El conductor es viejo, y sus manos tiemblan cuando le doy el cambio exacto. Mientras conduce, empiezo a preguntarme qué pasaría si estornudara. ¿Le explotaría el corazón? ¿Chocaríamos con otros vehículos? Tengo ganas de darle un dólar de propina cuando me lleva a salvo hasta mi parada, pero me imagino que la emoción terminará con lo que la Parca empezó hace años. Me desea buenas noches cuando me bajo, pero no sé si lo dice en serio. Yo no le deseo nada. No busco hacer amigos. Sobre todo, viejos.

Cuando llego a casa entro en la ducha y me paso una hora lavándome para quitarme a mi madre de encima. Cuando salgo, paso un rato con Pepinillo y Jehová. Parecen felices de verme. Unos minutos más tarde, es hora de apagar la luz. Me meto en la cama. Nunca sueño, y esta noche no será una excepción.

Pienso en Angela y en Minina y, por último, no pienso en nada.

# CAPÍTULO CINCO

Me despierto justo a las siete y media. No necesito un despertador para que me arranque del sueño. Mi reloj es interno. Nunca necesita que le den cuerda. Nunca se rompe. Nunca se detiene.

Otra mañana en Christchurch y ya estoy aburrido. Miro la ropa en mi armario, pero es en vano. Me visto y empiezo a desayunar. Tostadas. Café. Hasta ahí llega mi sofisticación. Hablo con mis peces y les cuento sobre Karen y Stewart y el resto del grupo «nah» y ellos escuchan con atención lo que tengo que decir y luego lo olvidan. Les doy de comer como premio a su lealtad.

Salgo a la calle. Es otro día de verano en otoño. No hay mucha gente. Por desgracia, no tengo coche. El de Ángela lo dejé aparcado en la otra punta de la ciudad. Dejé las llaves en el encendido en caso de que alguien más quisiera dar una vuelta. Robar las llaves es mucho más fácil que hacer un puente, aunque tengo mucha experiencia en ambas cosas.

Estoy en la parada del autobús con mi tique en la mano cuando llega el autobús. Uno de sus lados está cubierto de publicidades de vitaminas y anticonceptivos. Las puertas se abren con un sonido sibilante. Subo.

—¿Cómo va, Joe?

—Joe está bien, Sr. Stanley.

Entrego mi tique al Sr. Stanley. Él lo coge y, sin marcarlo, me lo devuelve. Me guiña el ojo como hacen los conductores de autobús. Todo un lado de su cara se arruga como si estuviera sufriendo un derrame cerebral. El Sr. Stanley tiene unos sesenta años y parece disfrutar de la vida. En mañanas como ésta, le gusta decir: «Qué calor, ¿no?». Lleva el uniforme que usan todos los conductores de autobús: pantalones cortos azul marino, camisa de manga corta azul claro y zapatos negros.

—El de esta mañana es cortesía de la ciudad, Joe —dice, sin dejar de guiñar el ojo, por si yo no me había dado cuenta—. Vaya que hace calor, Joe, ¿eh?

Supongo que si le sonrío, conseguiré más viajes gratis en autobús.

—Vale. Joe se lo agradece, Sr. Stanley.

El Sr. Stanley me sonríe y me pregunto qué cara pondría si abriera mi maletín y le mostrara lo que hay adentro. Guardo mi tique en el bolsillo y avanzo por el pasillo. El autobús está bastante vacío: un puñado de escolares dispersos al azar, una monja con uno de esos trajes blancos y negros rígidos y almidonados, un hombre de negocios con un paraguas, a pesar de que deben hacer más de treinta y dos grados afuera.

Gente normal. Como yo.

Me siento cerca del fondo, detrás de dos colegialas de dieciséis o diecisiete años. Apoyo mi maletín en el asiento contiguo vacío. No hay nadie sentado detrás de mí ni frente a mí. Desbloqueo las combinaciones a ambos lados del maletín. Deslizo

los pasadores. Abro la maleta. Adentro, tengo mis cuchillos guardados con prolijidad: tres en la tapa, y tres en la base. Están sujetos en su lugar por tiras de material que los atraviesan y se fijan con broches de metal. El arma es lo único que está suelto, pero dentro de una funda de cuero negro para protegerla, y a los cuchillos. El arma tiene tres seguros internos, así que tendría que ser tres veces desafortunado, o estúpido, para tener algún tipo de accidente. Delante de mí, las colegialas se ríen.

Saco un cuchillo con una hoja de apenas cinco centímetros, que cuesta veinticinco dólares. Hay que apuñalar mucho para matar a alguien con un cuchillo tan corto. Una vez, hace unos dieciocho meses, me llevó unas buenas cuarenta o cincuenta veces. Pequeños cortes. Mucha sangre. Después sudé como un cerdo. Tenía toda la camisa pegada. Pero el tipo se lo merecía.

El Sr. Stanley es un conductor de autobús mucho más agradable.

Sin prestar atención, estoy deslizando la hoja de arriba abajo por el respaldo del asiento de la chica de la izquierda. Estoy pensando en las mujeres en general cuando su amiga, la chica rubia, se da la vuelta al oír el sonido. Escondo el cuchillo detrás de mi pierna. Sonrío con inocencia como si no tuviera ni idea de dónde estoy, como si todo lo que estuviera haciendo es cantando para mis adentros: «Las ruedas del autobús giran sin paran, sin parar, sin parar». Ella me mira con enojo. Mientras la observo, puedo sentir el comienzo de una relación.

La joven aparta la mirada sin comentar nada y retoma las risas con su compañera. Guardo el cuchillo en mi maletín. Ni siquiera estoy seguro de por qué lo saqué. Miro por la ventana y observo cómo el autobús se acerca al centro de la ciudad. Más tráfico, más humo, más irritación de la gente que queda atrapada en los semáforos. Pasamos junto a un tipo que está sentado al costado de la calle junto a una bicicleta de montaña con la rueda delantera doblada y las dos rodillas sangrando. Me sorprende mirándolo y me muestra el dedo medio levantado.

Tengo el maletín cerrado para cuando llegamos a mi parada. El Sr. Stanley hace una excepción conmigo y detiene el autobús justo frente a mi trabajo. Le sonrío desde el fondo. Intercambiamos saludos mientras desciendo por la puerta trasera.

Christchurch. No es una Ciudad de Ángeles, eso seguro. Nueva Zelanda es conocida por su tranquilidad, sus ovejas y sus *hobbits*. Christchurch es conocida por sus parques y su violencia. Arroja una bolsa de pegamento al aire y un centenar de beneficiarios de la asistencia social se lanzarán unos sobre otros en un esfuerzo por dar una esnifada. A pesar de los cielos azules, la ciudad de Christchurch sigue siendo en gran parte gris. Muchos de los edificios datan de hace cien años, algunos incluso más, arquitectura gótica importada de Inglaterra junto con la población de entonces. Edificios grises, calles grises, muchas oficinas y escaparates que lo reflejan todo. Sin embargo, hay estallidos ocasionales de verde: árboles, arbustos, flores. No puedes dar más de veinte pasos sin encontrarte con algo de naturaleza. Camina diez minutos hacia el oeste y te toparás con el Jardín Botánico; más de veinte hectáreas de terreno dedicadas a mostrarle al resto del mundo lo listos que somos para convertir las semillas en plantas. En estos jardines

hay miles de flores y cientos de árboles, pero no se puede andar por ahí de noche sin ser apuñalado o recibir un disparo que te convierta en fertilizante.

Avanzo unos pasos, y mi aburrimiento no cede. Es esta ciudad. Nadie puede sentirse entusiasmado cuando está rodeado de construcciones de cien años de antigüedad. Entre los edificios hay un laberinto de callejones que cualquier drogadicto que se precie puede caminar con los ojos cerrados. Los trastornados de Christchurch viven en estos callejones. Si un hombre o una mujer de negocios se aventurara por uno de ellos, tendría más posibilidades de encontrar a Jesús que de salir de allí sin ser abusado u orinado encima. En cuanto a las tiendas comerciales, bueno, salir de compras aquí está pasando de moda, y eso se refleja en los locales vacíos con carteles colgados en los escaparates de «Se alquila» o «Se vende». Aun así, es imposible encontrar un maldito lugar para aparcar en ningún sitio.

Christchurch ha sido votada como uno de los lugares más agradables del mundo. Por quién, no tengo ni idea. Sin duda, nadie que yo haya conocido. Pero a pesar de todo, Christchurch es mi hogar.

El calor hace vibrar el aire y en la distancia, las calles parecen mojadas. Los coches andan con las ventanillas bajadas y los brazos cuelgan en la brisa, la ceniza de los cigarrillos cae sobre las aceras. Hay mucho tráfico, demasiado para que intente sortearlo, así que pulso el botón de la señal de cruce y espero. Cuando esta se enciende y emite un pitido, espero unos segundos más para que los que cruzan en rojo pasen a toda velocidad y luego atravieso la calle. Me arremango. El aire se siente bien en mis antebrazos. Puedo sentir las gotas de sudor que bajan por los lados de mi cuerpo.

Dos minutos después, llego al trabajo.

Voy directamente al cuarto piso; tomo las escaleras, ya que robar coches no proporciona ningún ejercicio real. El hueco de la escalera huele a orina en la parte inferior, y más a desinfectante a medida que voy subiendo. En la cuarta planta, entro en la sala de conferencias y dejo mi maletín, cerrado y bloqueado con la combinación, sobre la mesa. Me dirijo a las fotografías clavadas en la pared.

—Buenos días, Joe. ¿Cómo estás esta mañana?

Miro al hombre junto al que me he detenido. Schroder es un tipo grande con más músculos que cerebro. Tiene el aspecto rudo y atractivo de un héroe de película de acción, pero dudo que le quede algo de heroísmo. Odia esta ciudad tanto como los demás. El corte rapado de su cabello entrecano se vería mejor en un sargento instructor de sesenta años que en él, un detective de homicidios de casi cuarenta. Su frente y su rostro están cubiertos de líneas de estrés, sin duda por culpa mía, mientras que las bolsas bajo los ojos deben ser culpa del nuevo bebé que tiene en su casa. En este momento, su camisa barata arremangada y su corbata floja comprada en una tienda de segunda mano consiguen darle el típico aspecto de un detective incansable. Tiene un lápiz encajado detrás de la oreja y otro en la mano, que estaba masticando antes de hablar. Con un pie un poco por delante del otro, pareciera listo para abalanzarse sobre la pared y empezar a golpearla.

—Buenos días, detective Schroder. — Asiento con lentitud hacia las fotografías como si estuviera de acuerdo con lo que acabo de decir—. ¿Alguna pista nueva?

El detective inspector Schroder es el detective principal de este caso; lo ha sido desde el segundo homicidio. Menea la cabeza como si estuviera en desacuerdo consigo mismo, endereza la espalda y se masajea un calambre con las palmas de las manos, luego vuelve a mirar las fotografías.

—Nada todavía, Joe. Sólo víctimas nuevas.

Dejo que sus palabras se suspendan en el aire. Finjo estar pensando en lo que acaba de decir. Pensando y procesando. Tiene que llevarme más tiempo cuando estoy delante de un policía.

—¿Oh? ¿Esto sucedió anoche, detective Schroder?

Asiente con la cabeza.

—El muy cabrón hijo de puta irrumpió en la casa.

Sacude los puños. El lápiz en su mano se rompe. Lo arroja sobre la mesa, donde hay un pequeño cementerio de otros lápices rotos, y luego coge el que tiene detrás de la oreja. Debe tener una reserva sólo para estas ocasiones. Lo mastica durante unos segundos antes de volverse hacia mí y partirlo por la mitad.

»Lo siento, Joe. Tendrás que disculpar mi lenguaje.

—No pasa nada. Dijo víctimas. ¿Eso quiere decir que hubo más de una?

—Encontramos otra mujer en el maletero de su coche, aparcado en el sendero de entrada de la casa de la víctima.

Exhalo con fuerza.

—Dios, detective Schroder, suerte que usted es el detective y no yo. Nunca se me hubiera ocurrido mirar dentro del maletero. Ella seguiría ahí, sola. —Al igual que él, ahora sacudo mis puños, pero a diferencia del detective, no tengo un suministro de lápices para empezar a romper—. Joder, habría defraudado a todo el mundo —añado en voz baja, pero lo bastante alto como para que me oiga.

—Oye, Joe, no seas tan duro contigo. A mí tampoco se me ocurrió mirar en el coche. Ni siquiera nos dimos cuenta de la segunda víctima hasta esta mañana.

Está mintiendo. Su rostro rugoso me mira con lástima.

—¿En serio?

Asiente con la cabeza.

—Claro.

—¿Quiere un café, detective Schroder?

—Vale, Joe, pero sólo si no es ninguna molestia.

—No es ninguna molestia. Negro y una de azúcar, ¿verdad?

—Dos de azúcar, Joe.

—Cierto. —Hago que me lo recuerde cada vez que se lo ofrezco—. ¿Puedo dejar mi maletín aquí en la mesa, detective Schroder?

—Pues, claro. ¿Qué llevas en esa cosa, de todos modos?

Me encojo de hombros y desvío la mirada.

—Ya sabe, detective Schroder, documentos y cosas así.

—Eso pensé.

Mentiroso de mierda. El cabrón cree que tengo el almuerzo ahí y tal vez un cómic. No obstante, salgo de la sala al pasillo, donde me muevo entre docenas de oficinas y oficiales y detectives. Paso por varios cubículos y voy derecho a la máquina de café. Es fácil de usar, pero lo hago parecer más complicado de lo que es. Tengo sed, así que me preparo uno primero y me lo bebo con rapidez porque no está tan caliente y tiene gusto a tierra. La mayoría de los otros policías me saludan con la cabeza. Es ese tonto saludo silencioso que se ha puesto de moda… en el que asientes bruscamente con la cabeza y levantas las cejas… y empieza a ser incómodo cuando te lo pasas cruzándote con la misma gente. Entonces tienes que sostener charlas ociosas. Los lunes no hay problema, porque te preguntan qué tal el fin de semana. Los viernes tampoco, porque te preguntan qué has planeado para el fin de semana. Pero los días entre medio son realmente jodidos.

Le sirvo a Schroder su café. Negro. Dos de azúcar.

Durante los últimos meses, la comisaría ha bullido con el ajetreo de detectives estresados y ansiosos. El ajetreo y el bullicio alcanzan su pico máximo el día de un homicidio y el día después. Hay reuniones a cada hora del día. Las declaraciones son escudriñadas por ojos ansiosos que buscan pistas vitales o discrepancias de cualquiera que conociera a una de las víctimas. La información se reúne sólo para convertirse en evidencia olvidada en el momento en que ocurre otro crimen. Después de todos estos asesinatos, todavía no tienen nada. En cierto modo, me siento mal por ellos: tanto trabajo interminable que no produce nada. Durante el día, los periodistas aparecen cada vez que se enteran de que se ha descubierto una prueba nueva, que ha declarado un testigo nuevo, o… su favorito personal… que se ha encontrado una víctima nueva. Esto último les asegura más ventas de periódicos y más ingresos por anuncios publicitarios mientras los informativos salen al aire. Los reporteros armados con micrófonos disparan preguntas a cualquiera que entre o salga que se parezca a un policía. Las cámaras no paran de rodar. Todo esto e ignoran al único hombre que puede darles la primicia desde dentro.

Llevo el café a la sala de conferencias. A esta hora, varios otros detectives se pasean por ella. Puedo sentir la angustia en el aire, la desesperación por atrapar al hombre que les está haciendo esto a ellos y a su ciudad. La habitación huele a sudor y a loción de afeitar barata. Le entrego el café a Schroder con una sonrisa. Me agradece. Recojo mi maletín para irme y los cuchillos no tintinean.

Mi oficina está en la misma planta. A diferencia de los cubículos, la mía es una oficina de verdad. Está al final del pasillo, justo después de los baños. La puerta tiene mi nombre. Es una de esas pequeñas placas doradas con letras negras. *Joe*. Sin segundo nombre. Sin otra inicial. Sólo *Joe*. Como cualquier Joe común y corriente. Bueno, ese soy yo. Común y corriente.

Tengo la mano en la manija y estoy a punto de girarla cuando ella se acerca por detrás y me toca el hombro.

—¿Cómo estás hoy, Joe? —Su voz es un poco fuerte y un poco lenta, como si estuviera tratando de romper la barrera del idioma con alguien de Marte.

Fuerzo una sonrisa en mi cara, la que ve el detective Schroder cada vez que comparte una broma conmigo. Es una sonrisa de niño grande, del tipo que exhibe todos los dientes y los labios lo más separados posible.

—Buenos días, Sally. Estoy bien, gracias por preguntar.

Sally me devuelve la sonrisa. Lleva un mono negro que le queda un poco grande pero que no oculta el hecho de que ella es un poco demasiado grande también. No es gorda, sino más bien entre maciza y regordeta. Tiene una cara bonita cuando sonríe, pero no lo bastante bonita para que alguien ignore los kilos de más y le ponga un anillo en el dedo. A los veinticinco años, no es su peso lo que se reduce, sino sus posibilidades. Unas manchas de polvo en su frente parecen vestigios de un viejo moretón. Su pelo rubio está atado en una cola de caballo, pero da la impresión que no se lo ha lavado en semanas. No parece lenta; justo cuando habla te das cuenta de que estás hablando con alguien a quien sus padres la dejaban caer de cabeza por diversión.

—¿Te traigo un café, Joe? ¿O un zumo de naranja?

—Estoy bien, Sally. Pero es muy amable de tu parte preguntar.

Abro la puerta y doy medio paso adentro antes de que ella me vuelva a tocar en el hombro.

—¿Estás seguro? No sería un problema. De verdad que no.

—Ahora no tengo sed —respondo, y ella parece triste—. Tal vez más tarde.

—De acuerdo, genial, te preguntaré más tarde entonces. Que tengas un buen día, ¿vale?

Claro, lo que sea. Asiento con lentitud.

—Vale. —Un momento después, entro en mi oficina y cierro la puerta.

# CAPÍTULO SEIS

Sally saluda a todos los que conoce de camino al ascensor, y a los que no están al alcance del oído, les hace un pequeño saludo con la mano. Pulsa el botón y espera con paciencia. Nunca siente la tentación de seguir pulsando el botón como hacen otros. El ascensor está vacío, lo que es una pena, porque le habría gustado tener compañía en el viaje hacia su piso.

Piensa en Joe, y en que es un joven muy bueno. Siempre ha tenido la habilidad de ver a las personas tal cómo son en verdad, y se da cuenta de que Joe es un ser humano maravilloso. Aunque la mayoría de la gente lo es, piensa, puesto que todos están hechos a imagen y semejanza de Dios. Sin embargo, le gustaría que hubiera más personas como Joe. Desea que hubiera algo más que pudiera hacer por él.

Cuando el ascensor se detiene, sale, lista para sonreír, pero el pasillo está vacío. Se encamina hacia el final del pasillo y atraviesa la puerta marcada *Mantenimiento*. En el interior, la habitación está llena de estanterías bien ordenadas con distintas variedades de herramientas manuales y eléctricas, distintos tipos y tamaños de vigas de madera, vigas de metal, paneles de repuesto de cielorraso falso, baldosas de repuesto de suelo y pared, botes de adhesivo y grasa, frascos llenos de tornillos y clavos, abrazaderas, un nivelador de burbuja, varias sierras, un poco de todo.

Se acerca a la ventana y coge el vaso de zumo de naranja que había dejado allí veinte minutos antes, justo antes de bajar corriendo a darle los buenos días a Joe. No está segura por qué ha hecho el esfuerzo. Tal vez por Martin. Piensa en Martin más que nunca en estos dos días del año, y de alguna manera, eso la ha llevado a empezar a pensar en Joe. La gente de afuera de su familia hizo muy poco por ayudar a Martin. Algunos, y piensa en los niños en la escuela, se desvivieron por hacerle la vida difícil. Lo mismo les sucedía a todos los niños que eran diferentes. Siempre será lo mismo, piensa, mientras da un sorbo al zumo de naranja. Está más tibio de lo que le hubiera gustado pero el sabor la hace sonreír.

Termina la bebida y se acerca a una gran caja llena de tubos fluorescentes envueltos en cartón y apretados unos contra otros. Saca dos, uno para esta planta y otro para la planta baja. Mientras sustituye el primer tubo quemado, recuerda cómo la discapacidad de Martin cambió su propia vida. Crecer junto a él le había inspirado la idea de ser enfermera. Quería ser capaz de ayudar a la gente.

Había pasado los últimos tres años de su vida, hasta hacía seis meses, en la escuela de enfermería. Era difícil decidir con certeza qué camino quería seguir, si trabajar en un hospital, en una residencia de ancianos, o ayudar a quienes tenían problemas mentales como Martin y Joe. Había muchas opciones, pero nunca tuvo la oportunidad. Martin murió, y eso hizo que querer ayudar a la gente fuera más difícil. Había demasiadas enfermedades ahí afuera, demasiados virus. Una podía

vivir la vida lo mejor posible, hacer las cosas correctas, tomar las decisiones acertadas y, aun así, ser fulminada por algo con lo que había nacido y que había estado esperando su momento. Había demasiadas formas de morir, y ella no quería ver que eso le ocurriera a gente con la que sabía que se iba a encariñar.

El otro tema era su padre. Le habían diagnosticado Parkinson hacía dos años, y al poco tiempo había perdido el trabajo. Desde entonces, la enfermedad ha avanzado. No puede trabajar, y los pagos de la seguridad social no alcanzan para cubrir las facturas médicas. Ella no podía darse el lujo de completar sus estudios. Su familia la necesitaba, no sólo para ayudar a cuidar a su padre, sino para ayudarlos a sobrevivir. Tenía que ganar dinero. Tenía que ayudarlos a salir adelante. No podía permitirse seguir estudiando.

Su padre tenía un amigo que era empleado de mantenimiento de jornada completa en la comisaría de policía, un amigo que se estaba poniendo viejo y necesitaba un ayudante que algún día lo sustituyera. Sally aceptó el trabajo, y ahora, seis meses después, hasta tiene un escritorio y una vista.

Coge el ascensor hacia la planta baja; durante todo el trayecto piensa en Joe, y piensa en lo que puede hacer para mejorar su vida.

# CAPÍTULO SIETE

La comisaría es un edificio de diez pisos anodino, de bloques de hormigón y mal gusto. Mi oficina es pequeña, quizás la más pequeña de todo el maldito edificio. Sin embargo, es mía, no la comparto con nadie, y eso es lo más importante.

Dejo mi maletín en la mesa, me acerco a la ventana y contemplo la ciudad más allá. Hace calor afuera. Aquí adentro hace bastante calor. Está caliente y sofocante. El clima ideal para no trabajar. Las mujeres caminan por las calles con faldas y camisetas hechas con casi nada. En un buen día, desde aquí arriba, puedo ver debajo de sus blusas. En un día muy bueno, alcanzo a ver los pezones. Al terminar el día, todas estas mujeres están escondidas. Tienen miedo de ser la próxima víctima que aparezca en las noticias. El aire de la noche está cargado de una sensación de miedo, y eso no va a cambiar pronto. Hacen lo que pueden para fingir que nada malo puede pasarles.

Me alejo de la ventana y me desabrocho el botón superior de mi mono. Mi oficina consiste en una mesa que se extiende a lo largo de la habitación… unos cuatro metros… en paralelo a la misma pared en la que está la ventana. La otra mitad del mobiliario es una silla. Apilados alrededor de la oficina hay botes de pintura y muchos trapos, escobas y disolventes de limpieza, que a veces me dan dolor de cabeza. Hay cubos y fregonas, herramientas, cables, estantes, piezas de repuesto, muchas cosas de repuesto. La oficina está bien iluminada porque le da el sol la mayor parte del día, lo que es muy bueno porque menos de la mitad de las cuatro luces fluorescentes en el techo no funcionan. Siempre me olvido de pedirle a Sally que las cambie, y cuando me acuerdo, me da miedo pedírselo. Estoy seguro de que está enamorada de mí, lo cual es normal para la mayoría de las mujeres, pero escalofriante cuando se trata de alguien como Sally.

Como el aire acondicionado no anda bien y la ventana no abre, tengo un ventilador eléctrico sobre el escritorio que zumba ruidosamente cuando lo enciendo. Junto a él hay un jarro de café con mi nombre grabado. Un regalo bien pensado que me hizo mi madre. En el extremo de la mesa hay una fotografía enmarcada de Pepinillo y Jehová que me regalé el último Día del Padre.

Cojo el cubo del rincón y la fregona que está al lado y me dirijo al tercer piso que tiene aire acondicionado. Una vez allí, entro en el baño de hombres, que está más fresco aún. El olor a desinfectante me obliga a respirar por la boca por miedo a desmayarme.

—Hola, Joe.

Me giro para ver a un hombre que utiliza un puñado de gomina y un bigote a medio crecer para ocultar que es un bicho raro.

—Buenos días, oficial Clyde —lo saludo y dejo el cubo en el suelo.

—Bonita mañana, Joe, ¿verdad?

—Vaya si lo es, oficial Clyde —respondo, en tanto concuerdo con su excelente percepción y pienso que se llevaría bien con Stanley el Conductor del Autobús. Me quedo mirando la pared para tratar de no espiar su pequeña polla mientras termina su larga meada. Dobla las rodillas mientras se sube la cremallera, como si necesitara todo el impulso que puede reunir para cerrarse la bragueta. No se lava las manos.

—Que tengas un buen día, Joe —concluye y se compadece de mí con una sonrisa.

Empiezo a llenar el cubo con agua.

—Lo intentaré.

Me guiña un ojo y al mismo tiempo usa sus dedos para imitar una pistola, luego me dispara mientras chasquea la lengua y se marcha. Con el cubo lleno, y habiendo añadido el líquido limpiador, paso la fregona de un lado a otro por el suelo del baño. El linóleo adquiere brillo enseguida y se convierte en un peligro para la salud. Coloco un cartel de plástico en el suelo con la palabra «Cuidado», que además advierte que el suelo está mojado y tiene un dibujo de una figura de palo roja que se está resbalando y a punto de abrir su cabeza perfectamente redonda.

Llevo más de cuatro años trabajando aquí. Antes de eso, estaba desempleado. Recuerdo haber matado a alguien, no me acuerdo su nombre, pero fue el primero. Bueno, algo así como el primero… hubo ese otro chico en el secundario, pero no me gusta pensar en él. Este tipo que considero mi primero se llamaba Don o Dan o algo así, creo. ¿Qué importa el nombre? Yo tenía veintiocho años. Fue una época de mi vida en la que la fantasía de preguntarme qué se sentiría se mezcló con un deseo que se convirtió en una necesidad de saber. La realidad superó a la fantasía, aunque resultó mucho más engorrosa, pero fue una experiencia, y dicen que la práctica hace la perfección. Ron o Jim o Don o quien sea debió haber sido alguien importante porque dos meses después de que apareció su cuerpo, se publicó una recompensa de cincuenta mil dólares. Yo había encontrado apenas unos cientos de dólares en su cartera cuando lo maté, así que me sentí engañado. Como si Dios o el destino se burlaran de mí.

Me empecé a poner nervioso. Agitado. Necesitaba saber si la policía estaba cerca de atraparme. No podía evitarlo, el deseo de saber cómo iba la investigación me mantuvo sin dormir esos dos meses. Me daba cuenta de que me estaba por romper. Cada mañana me despertaba y contemplaba mi vista de mierda, y me preguntaba si sería la última vez que la vería. Empecé a beber. Comía mal. Estaba hecho un lío tan desesperado que hice la cosa más audaz que he hecho nunca: fui a la comisaría a «confesar».

El detective inspector Schroder fue quien me atendió. Era la primera vez que me encontraba con él, y en cuestión de segundos, ya no estaba asustado, porque era demasiado inteligente para estar asustado y mucho más inteligente que cualquier policía. No había dejado ninguna prueba: al quemar el cuerpo había destruido cualquier ADN que podría haber dejado, y el hecho de arrojar el cadáver quemado a un río había acabado con lo que fuera que hubiera podido quedar. Estaba bastante seguro de que sabía lo que estaba haciendo. ¿Lo volvería a hacer?

Definitivamente no.

Dos de ellos me sentaron dentro de una pequeña sala de interrogatorios. La habitación tenía cuatro paredes de hormigón, no tenía vista y olía a chicle y a sudor. En el centro había una mesa de madera y un par de sillas. No había macetas con plantas. Ni cuadros. Sólo un espejo. Las patas delanteras de mi silla eran algo más cortas, así que me resbalaba todo el tiempo hacia adelante, lo cual era bastante incómodo. Encima de la mesa había una grabadora. Ahora limpio esa sala una vez por semana.

Empecé diciendo que me gustaría confesar el homicidio de esa mujer que había sido asesinada hacía unos meses.

«¿Qué mujer, señor?».

«Ya sabe. La muerta por la que ofrecieron la recompensa».

«Era un hombre, señor».

«Sí, yo lo maté. ¿Podéis darme mi dinero ahora?».

No fue difícil que dudaran de mi historia, y cuando presioné por la recompensa, insistiendo en que me la había ganado matándolo y luego usé la palabra «afuera» para describir dónde había apuñalado a mi víctima, mi actuación como Joe el Lento quedó consolidada. Al pasar de Hannibal Lecter a Forrest Gump en cuestión de segundos, supe que la policía no tenía ningún sospechoso. No recibí ninguna recompensa, pero me dieron café y un sándwich. Esa noche, cuando llegué a casa, dormí como un tronco. Al día siguiente, me sentía como un hombre nuevo. Me sentía fantástico. Cuando volví para «confesar» de nuevo, esta vez por un asesinato del que no sabía nada, se apiadaron de mí. Era un buen tío, se daban cuenta; simplemente buscaba atención en los lugares equivocados. Cuando uno de los empleados de limpieza desapareció «por casualidad», solicité el trabajo y me lo dieron. Debido a regulaciones gubernamentales en un mundo que intenta ser lo más políticamente correcto posible, los organismos de todo el país tienen una cuota que llenar a la hora de contratar a personas que están jodidas, ya sea física o mentalmente. La policía pareció feliz de contratarme, ya que pensaban que un empleado de limpieza no necesitaba saber mucho más que cómo hacer funcionar una aspiradora y remojar una fregona en agua. Era yo, o arriesgarse a la lotería de emplear a otro discapacitado desconocido.

Así que ahora soy el tipo inofensivo que se pasea por los pasillos con escobas y fregonas, un lacayo con salario mínimo. Pero al menos las noches de insomnio son cosa del pasado.

Por lo general, me lleva una hora limpiar los baños. Hoy no es diferente. Cuando termino, voy al baño de mujeres y hago lo mismo, pero antes cuelgo un cartel en la puerta que dice que la limpieza está en curso. Las mujeres nunca entran cuando estoy limpiando. Tal vez piensan que la figura de palo roja que aparece en el cartel es un pervertido. Cuando acabo, vacío el contenido del cubo y regreso a mi oficina para dejar el cubo y la fregona. Cojo una escoba y la deslizo de un lado a otro por los pasillos y alrededor de los cubículos, en dirección a la sala de conferencias. Cuando entro, no necesito hacerme invisible porque soy la única persona que está

aquí. El día de trabajo ha comenzado. Se han encontrado pistas. Hay que seguir las pruebas. Las plegarias no obtienen respuesta.

Apoyo la escoba contra la puerta. La sala de conferencias es bastante grande. A mi derecha, una ventana del ancho de la sala tiene vistas a la ciudad. A mi izquierda, una ventana idéntica da al interior del cuarto piso. En este momento, la vista consiste en cortinas venecianas finas y grises, que han sido cerradas. En el centro se extiende una larga mesa rectangular con varias sillas alrededor. En el pasado, esta sala se ha utilizado para interrogar a sospechosos, porque resulta intimidante. Lo que sucede es que hay cientos de fotografías clavadas, montañas de papeles que se apilan contra las paredes, y los oficiales pasan por la ventana acarreando expedientes antes de entrar para susurrarle algo al detective que está llevando a cabo el interrogatorio. El arma homicida está cerca, así que el asesino puede verla bien, y pronto siente que tienen información más que suficiente sobre él. Se quiebra bajo la presión. En el rincón, junto a la ventana, hay una maceta enorme con una planta. Tengo especial cuidado cuando la riego.

Me acerco a la pared de fotografías: imágenes de víctimas y escenas del crimen están clavadas en una larga pizarra de corcho. Las fotos de las últimas víctimas, Angela Durry y Martha Harris, están allí, lo que hace un total de siete cuerpos en las últimas treinta semanas. Siete homicidios sin resolver. La policía sólo necesitó dos para establecer la conexión, incluso con un *modus operandi* diferente. *Modus operandi*. Un MO es lo que hay de similar en la forma en que dos o más crímenes son cometidos: el mismo arma, el método de irrumpir por la fuerza, el modo en que el asesino confronta a su víctima. Esto es diferente de la firma. La firma es lo que un asesino necesita hacer para sentirse satisfecho… puede necesitar masturbarse sobre el cadáver, o seguir un guion, o forzar a su víctima a participar. Un MO se puede mejorar. La primera vez que irrumpí en una casa rompí una ventana. Después aprendí que si pones cinta adhesiva sobre el cristal, éste no se hace añicos ni produce tanto ruido. Luego aprendí a forzar cerraduras.

La firma no se puede mejorar. La firma es la finalidad misma del homicidio. Es la gratificación. Yo no tengo firma porque no soy como esos cabrones enfermos y pervertidos que van por ahí matando mujeres por una necesidad sexual. Yo lo hago por diversión. Es una gran diferencia.

De los siete homicidios sin resolver, yo cometí seis. El séptimo me lo agregaron porque la policía es inepta. Es extraño cómo las cosas en este mundo tienen una manera de equilibrarse; una mujer que maté nunca ha aparecido. ¿Y dónde está?

En un aparcamiento de largo plazo. Arrojé su cuerpo al maletero de su coche, conduje hasta la ciudad, cogí un tiquet en un edificio de aparcamiento y dejé el coche en la última planta. Es muy raro que el edificio esté tan lleno para que los coches lleguen a la última planta. Envolví su cuerpo en plástico; supuse que eso detendría el olor durante tal vez un día o dos. Tres, con suerte. Y con mucha suerte, nadie subiría hasta allí durante quizás una semana.

Fue la segunda de mis siete, y todavía sigue allí, con las ráfagas de viento que soplan a través del piso superior abierto y disipan el olor. Es muy probable que

nadie haya estado allí arriba.

«Nunca se me hubiera ocurrido mirar dentro del maletero, detective Schroder».

Todavía guardo el tiquet como recuerdo. Está escondido debajo de mi colchón en casa.

Cuando empecé con esto, me parecía que deshacerme del cuerpo era la opción más adecuada. Sin embargo, esta idea evolucionó con rapidez, porque en casi todos los casos de este tipo, alguien terminaba encontrándolos de todos modos, y el primer lugar al que acudía la policía después de identificarlos era a los propios hogares de las víctimas. O sea que yo estaba haciendo un trabajo extra. Vale, vivir y aprender, supongo. Decidí empezar a dejarlos en sus casas.

La mujer del aparcamiento de largo plazo no está entre las caras que me están mirando. En su lugar, hay una desconocida en la fila de rostros. La número cuatro de las siete. Sé su nombre y conozco su cara, pero hasta que subieron su foto aquí, nunca la había visto antes. Lleva seis semanas en el tablero, y cada día me detengo a observar sus rasgos. Daniela Walker. Rubia. Bonita. Mi tipo de mujer, pero no esta vez. Incluso muerta, sus ojos brillan desde su cadáver como suaves esmeraldas. Hay dos fotografías de ella: una de antes y otra de después de su muerte. En un principio, al detective inspector Schroder no le gustaba que yo me acercara y viera estas fotos. O se olvidó después de un tiempo, o ya no le importa.

La foto de Daniela Walker en vida la muestra como una treintañera feliz, dos o tal vez tres años antes de su muerte. Su cabello brilloso cae sobre sus hombros mientras se gira hacia la cámara. Sus labios se separan en una sonrisa. Su foto ha estado en mi mente todos los días desde que la colocaron aquí. ¿Y por qué?

Porque quienquiera que la mató, me lo adjudicó a mí. Quienquiera que la mató estaba demasiado asustado para atribuirse el mérito, así que en lugar de intentar salir impune de una forma inteligente, sale impune utilizándome a mí. ¡Todo sin mi permiso!

La sigo observando. En vida. Ya muerta. Los ojos verdes brillan en ambas fotos.

Durante las últimas seis semanas no he pensado en otra cosa que en encontrar al hombre que nos hizo esto. ¿Puede ser tan difícil? Tengo los recursos. Soy más inteligente que nadie en esta materia, y no lo dice sólo mi ego. Desplazo mis ojos sobre las víctimas. Las estudio de cerca. Catorce ojos me miran con fijeza. Observan. Siete pares. Rostros familiares.

Excepto uno.

El estrangulamiento ha dejado un collar de cardenales profundos alrededor de la garganta de Daniela Walker. No son consistentes… podemos descartar un pañuelo o una soga… y parecen haber sido producidos por nudillos. Se puede aplicar más presión con los nudillos que con los dedos. También es más difícil defenderse de un ataque de este tipo. El problema de la estrangulación es que tarda de cuatro a seis minutos en completarse. Claro, la víctima deja de luchar en el primero, pero debe mantenerse la presión durante al menos otros tres para privar al cuerpo de oxígeno. Son tres minutos que se podrían utilizar para algo mejor. Usar los nudillos aumenta las posibilidades de aplastar la tráquea de la

víctima.

Debajo del tablero de corcho hay varios estantes, y sobre ellos, hay siete pilas de carpetas, una por víctima. Me acerco. Es como mirar un menú y saber de antemano qué vas a elegir. Camino hasta la cuarta pila y cojo una de las carpetas de arriba. Cada detective del caso tiene una de estas carpetas, y aquí se dejan las de repuesto para algún otro potencial oficial asignado al caso.

Como yo.

Abro la cremallera de la parte delantera de mi mono, meto la carpeta adentro y me subo la cremallera. Vuelvo mi atención a la pared de las víctimas. Sonrío a las últimas dos. Es su primera mañana aquí, en la sala. Seguro que las subieron al tablero anoche. No me devuelven la sonrisa. Angela Durry. Ejecutiva legal de treinta y nueve años. Se asfixió con un huevo. Martha Harris. Setenta y dos años, viuda. Yo necesitaba un coche. Y ella me sorprendió robándome el de ella.

Cojo mi botella rociadora y unos trapos y me muevo hacia la ventana. Me paso cinco minutos limpiándola, en tanto observo el mundo exterior más allá de las manchas y mi reflejo, donde personas pequeñas caminan entre calles pequeñas. Paso un tiempo de calidad con la planta. Reemplazo la microcinta de la grabadora que he escondido allí, siempre con cuidado de tocar la grabadora sólo con los trapos. Guardo la cinta en mi bolsillo. Todavía tengo trabajo que hacer, y me encamino a mi oficina para coger la aspiradora, luego vuelvo y la uso para limpiar.

Diez minutos después, dejo la sala de conferencias tal y como la encontré, pero más ordenada y sin tantos expedientes. Llevo la aspiradora al cuarto de suministros al otro lado del piso y empiezo a aspirar. No hay nadie, así que hago la de los *scouts* y me aprovisiono de unos cuantos pares de guantes extras… no es que vaya a matar a nadie esta noche. No sufro compulsiones de matar todo el tiempo. No soy un animal. No voy corriendo por ahí desahogando las agresiones de mi infancia mientras busco excusas para matar. No estoy ansioso por hacerme un nombre o ser famoso como Ted Bundy o Jeffrey Dahmer. Bundy era un friki que tuvo grupitos de seguidores durante y después de su juicio, y que incluso se casó después de ser condenado a muerte. Era un perdedor que mató a más de treinta mujeres, pero lo atraparon. Yo no quiero fama. No quiero estar casado. Si quisiera fama, mataría a alguien famoso… como ese tío Chapman que amaba tanto a John Lennon que le disparó. Sólo soy un tipo normal. Un tipo cualquiera. Con un pasatiempo. No soy un psicópata. No oigo voces. No mato en nombre de Dios ni de Satanás ni del perro del vecino. Ni siquiera soy religioso. Mato por mí. Es así de simple. Me gustan las mujeres y me gusta hacerles cosas que ellas no me dejan hacer. Debe haber dos o tres mil millones de mujeres en este mundo. Matar una cada mes o dos meses no es tan grave. Todo es cuestión de perspectiva.

Tomo algunas otras cosas. Nada importante. Los oficiales encargados de los equipos siempre se llevan algo. Nada que nadie note que ha desaparecido. Nadie nota nada por aquí. El cuarto de suministros es para eso. Para suministrar. No hay razón para que no me suministre a mí mismo. Consulto mi reloj. Las doce en punto, hora de almorzar. Vuelvo a mi oficina. Las herramientas, los cables y la

pintura: no uso esas cosas. Lo único que hago es limpiar. Todo el mundo aquí piensa que tengo el coeficiente intelectual de una sandía. No tengo problema con eso. De hecho, es perfecto.

# CAPÍTULO OCHO

Mi silla es incómoda y mi almuerzo no es tan bueno. Con varias vistas agradables por la ventana, me inclino y observo las mujeres allí afuera como posibles amantes. ¿Debería bajar? ¿Averiguar dónde trabaja alguna de ellas? ¿Dónde vive? ¿Y entonces, una noche, salir a su encuentro a medio camino entre esos dos lugares?

Hombres y mujeres van y vienen como si la calurosa calle vespertina fuera un bar de solteros. Las mujeres se visten como putas y se ofenden cuando los hombres las miran. Los hombres se visten como chulos y se ofenden cuando nadie se fija en ellos. Utilizo el cuchillo de cinco centímetros para cortar mi manzana y, al hacerlo, le arranco pequeñas gotas de jugo. La corto en secciones. Las mastico mientras escojo un objetivo. Se me hace agua la boca antes de cada bocado.

Por supuesto, no puedo bajar. Tengo otras cosas que hacer ahora, un nuevo pasatiempo. ¿Qué clase de tipo sería si escogiera un pasatiempo nuevo y lo abandonara después de una hora? Sería un perdedor. El tipo de persona que no puede terminar lo que empieza. Y yo no soy así. No llegué a donde estoy por no terminar nunca nada.

Alguien golpea a la puerta e interrumpe mis pensamientos. Nunca nadie viene por aquí cuando estoy almorzando, y por un brevísimo instante, estoy seguro de que la policía va a irrumpir por la fuerza y a arrestarme. Empiezo a coger mi maletín. Un momento después, la puerta se abre y aparece Sally, lo que me hace pensar que tengo que poner un candado en esa puerta.

—Hola, Joe.

Me reclino.

—Hola, Sally.

—¿Qué tal la manzana? ¿Está rica?

—Está rica —respondo, aunque se me está yendo el apetito con rapidez. Me meto una rodaja en la boca para no tener que dar más conversación. ¿Qué demonios puede querer?

—Te hice un emparedado de atún —anuncia. Cierra la puerta detrás de ella y se dirige a la mesa. Mi oficina tiene un solo asiento y yo estoy en él. No se lo ofrezco porque no quiero que se quede. Tomo el sándwich de atún y le sonrío, exhibiendo mi falsa gratitud y la boca llena de manzana. Ella esboza el tipo de sonrisa que sugiere que se acostaría conmigo si sólo, «*por favor, Dios, si tan sólo me lo pidiera*». Pero no se lo voy a pedir. Sus emparedados de atún son bastante buenos, pero no tan buenos. Trago el trozo de manzana y doy un enorme bocado de atún y pan.

—Delicioso —digo y hago un esfuerzo para que caigan migas de mi boca. El hecho de que Sally sea una idiota no significa que yo pueda dejar de actuar como Joe el Lento con ella. Nunca, nunca puedo dejar que nadie, ni siquiera Sally la

Gorda, se haga una idea de lo inteligente que soy en realidad.

Sally se apoya en la mesa y me mira mientras le da un mordisco a un sándwich idéntico. Supongo que eso significa que piensa quedarse un rato. No deja de sonreírme mientras mastica. No se le caen migas de la boca, pero si lo hicieran, podría ayudarla a perder un poco de peso. No puedo recordar haberla visto alguna vez sin esa estúpida sonrisa en la cara. Conversa conmigo mientras yo como mi almuerzo. Me cuenta cosas sobre su madre y su padre, sobre su hermano. Me dice que hoy es el cumpleaños del hermano, pero no me molesto en preguntarle cuántos años cumple. Igual me lo dice.

—Veintiuno.

—¿Y no va a celebrar? —pregunto, porque es lo que se espera de mí.

Sally empieza a decir algo, luego hace una pausa y me doy cuenta de que está atravesando una de sus rutinas de gente boba/especial en las que tiene que pensar las cosas con detenimiento, empezando por si tiene o no un hermano, y si de verdad cumple veintiún años hoy. Las mujeres serán de Venus, pero nadie sabe de dónde carajo viene la gente como Sally.

—Vamos a hacer algo sencillo en casa —explica, y suena triste; supongo que yo también sonaría triste si tuviera una celebración familiar sencilla en casa. Sally coge el crucifijo que cuelga de su cuello. Siempre me ha parecido irónico que las personas retrasadas no sólo crean en Dios, sino que piensen que es un gran tipo. El crucifijo tiene una figura de metal abultada de Jesús, y este Jesús parece estar sufriendo, no porque haya sido crucificado, sino porque su cabeza está siempre hacia abajo y eso lo obliga a mirar dentro de la camiseta de Sally.

Siento que los minutos se me escapan. El expediente sigue en mi mono. Quiero que Sally me deje en paz, pero no sé cómo decirlo. Empiezo a comer el segundo sándwich que me ha dado. Ella intenta incluirme en la conversación y me pregunta por mi familia. No tengo nada que decir sobre ese tema, salvo que mi madre está chiflada y mi padre está muerto, y que ninguna de esas cosas va a cambiar, así que me lo guardo para mí. Luego me pregunta cómo ha sido mi día, cómo me fue ayer, cómo será mañana. Es tan malo como hablar del tiempo… pura cháchara para llenar el silencio que no podría interesarme menos.

Después de veinte minutos de masticar muy despacio y asentir con la cabeza al mismo ritmo, y de que los bordes del expediente me hagan cosquillas en el estómago, Sally por fin se endereza y se va, con un «Nos vemos» al salir por la puerta. Cuando se ha ido, saco el expediente de mi mono y lo apoyo en la mesa. Antes no me ponía nervioso cuando traía algo para examinar aquí, pero ahora lo estoy. Sally podría volver a entrar, aunque me imagino que no entendería lo que estaría viendo, así que es seguro seguir adelante. Con cuidado, como un arqueólogo que abre un evangelio recién descubierto, abro la tapa. Lo primero que veo es a Daniela Walker. Me mira con los ojos abiertos y el cuello magullado. Retiro la foto y la pongo boca arriba en la mesa. Es sólo una de una serie de diez. No todas son de ella, aunque la mayoría lo son.

Las coloco en fila una al lado de la otra como si estuviera jugando un juego de

solitario friki con cartas siniestras. Daniela me mira desde cuatro fotografías, y en la progresión, parecería que su piel se va volviendo más gris. Los códigos de tiempo en las imágenes sugieren que fueron tomadas en el transcurso de una hora, lo que podría explicar el cambio de color. De hecho, en la última foto, sus ojos verdes brillantes ya no brillan. Han adquirido la textura de ciruelas pasadas. Las otras seis fotografías son de distintos ángulos del dormitorio.

Según las notas en el expediente, se tomaron otras ciento veinte fotografías, todo un portafolio, que detallan muchos de los objetos de la casa, así como las habitaciones. El catálogo de esas fotografías es específico: puerta, escaleras, cama, muebles, manchas en las manijas. Cualquier cosa y todo.

Estudio las imágenes con atención, pero no veo nada. Las observo con más intensidad. Intento imaginarme dentro de la casa. Es difícil, porque las fotos que tengo son todas del dormitorio. La percepción natural que esperaba experimentar como fruto de mi propia experiencia no ocurre.

Ojeo el informe. Fue encontrada por su marido, con todo el cuerpo cubierto por una sábana. ¿El asesino se había sentido mal por lo que había hecho? ¿Cubrirla había sido un acto de decencia?

Leo el informe toxicológico. Me lleva casi toda la hora del almuerzo descifrar que el informe de diez páginas sólo dice que acabo de perder el tiempo, que no había drogas en su organismo. Ni alcohol. Ni ningún tipo de veneno.

La autopsia es un informe aún más largo, pero menos complicado. Es de fácil lectura, y sé cómo va a terminar incluso antes de llegar al final. Revela de un modo excepcionalmente poco entusiasta por lo que pasó Daniela, tal vez porque el patólogo ya ha visto todo antes y le aburre. El informe viene con diagramas preilustrados del cuerpo femenino y su anatomía, y el patólogo los ha utilizado para señalar dónde y qué fue dañado durante el calvario de la víctima. No había rastros de semen. Se utilizó un preservativo. El asesino había lavado y peinado su vello púbico, con lo cual había eliminado cualquier cabello o célula de la piel que pudiera haber dejado. Esto no es algo que yo haya estado haciendo, y ahora no lo haré, aunque no es una mala idea. Indica que su asesino dista mucho de estar loco, y que tiene una idea de la medicina forense.

Había muchos moretones en todos los lugares donde debería haberlos, y dos costillas rotas. Había recibido un golpe en el ojo y otro en la boca. Mostraba otras lesiones más antiguas, algunas tan recientes como de dos meses antes de su muerte. Lesiones que no habían sido denunciadas. Lesiones que, en opinión del patólogo, eran compatibles con las de una persona golpeada. O sea que Daniela estaba acostumbrada a lo que había recibido. Causa de la muerte: estrangulamiento.

El resto de la autopsia es estándar y poco interesante. Es como leer el informe de un mecánico sobre la reparación de un coche. El cuerpo fue completamente desmantelado y examinado. El peso de los órganos. El tamaño del cerebro. Las referencias detalladas de las fotografías tomadas durante la autopsia ocupan dos páginas: fotos de las manos, del cuello, de los pies. No pierdo el tiempo con nada de

esto.

Se halló ADN en la escena. Ninguna huella dactilar. El asesino usó guantes de látex, del tipo de los que uso yo. Las puntas de dedos enguantadas dejaron residuos en las manijas de las puertas. El cuerpo también presentaba muchos residuos. Las únicas huellas encontradas fueron unas manchas en los párpados, pero eran apenas parciales y demasiado débiles para resultar útiles. Eso es lo bueno de la piel humana: es casi imposible que las huellas dactilares queden marcadas en ella. Sin embargo, encontraron pelos en otros lugares. Y fibras de alfombra. Y huellas de zapatos. Hasta el momento, todo atribuible al marido que encontró el cuerpo y a los oficiales y detectives que trabajaron en la escena. Es imposible mantener una escena del crimen libre de contaminación. Para lograr eso, la habitación tendría que estar dentro de una gran burbuja de plástico a la que nadie podría ingresar para recoger las pruebas prístinas.

La policía tiene sus propias bases de datos de ADN del personal que concurre a las escenas. De esta manera eliminan las pruebas dejadas por sus propios hombres y mujeres. A continuación, extraen sangre a los familiares de la víctima, amigos y vecinos, para ir reduciendo las posibilidades. Anoche, dejé muchas pruebas: saliva en las dos botellas de cerveza, fibras de alfombra, cabello. Pero no tengo antecedentes penales. Nada que haga coincidir mi nombre con estas muestras. Así que soy un hombre libre.

Quienquiera que haya matado a Daniela podría tener antecedentes penales. Las pruebas que yo dejo detrás de mí conectan mis crímenes. No sé de quién fue la decisión de incluir a Walker entre las demás mujeres, pero fue una mala decisión. El descanso para almorzar está a punto de terminar. Todavía tengo hambre. Hoy no hay huevos. Sigo estudiando el informe de la autopsia. Le cortaron las uñas después de muerta, o sea que tal vez arañó a su asesino. Me han arañado varias veces, pero nunca en la cara, y no me importa, porque sería como si un chef se quejara por quemarse o un maniquí de prueba de choques de automóviles se quejara de los golpes… es parte del trabajo. Eso sí, nunca me remango hasta que desaparecen los arañazos. Y nunca se me ocurrió cortarles las uñas después para ocultar las pruebas. ¿Por qué iba a cortarle las uñas y lavarle el vello púbico a esta víctima y no hacer lo mismo con las otras? ¿Cómo puede la policía meter esta muerte en el mismo saco?

Guardo las fotografías y los expedientes en mi maletín, junto con las microcintas de la sala de conferencias, lo cierro y lo dejo en la mesa. Subo otro piso, donde hay más habitaciones y menos gente, y no hay sala de conferencias. Repito el mismo procedimiento con la fregona y la aspiradora. Saludo a todo el mundo. Todos me sonríen como si yo fuera su mejor amigo.

Hago mi trabajo y lo hago bien, y lo termino a las cuatro y media, antes que nadie. Esto me permite coger un autobús más temprano a casa. Saludo a quienes me cruzo camino a la salida, y me desean una buena noche. Les digo que esa es mi intención. Sally me dice adiós, pero hago como si no la oyera.

Christchurch bulle de vida. El tráfico bloquea las carreteras. Los peatones

bloquean las aceras. Camino entre ellos y ninguno de ellos sabe quién soy. Me miran y todo lo que ven es un hombre con un mono de trabajo y expresión despreocupada. Sus vidas están en mis manos, pero soy el único que lo sabe. Es un sentimiento solitario y poderoso a la vez. El calor ha menguado un poco, pero no mucho. Todavía va a haber sol durante un par de horas más. Empiezo a pensar en lo que querría hacer esta noche. Llego a la parada del autobús. Espero sólo unos segundos con un montón de gente anodina a la que podría matar ahora mismo si quisiera antes de que aparezca el autobús. Como siempre, mi maletín está en mi mano derecha, mi tiquet en la izquierda. Lo entrego.

—Hola, Joe. —La mujer me dedica una gran sonrisa.

—Hola, señorita Selena. ¿Cómo está?

—Muy bien, Joe —contesta ella y marca mi tiquet—. Te eché de menos ayer, Joe.

No podía coger el autobús para ir a la casa de Ángela, precisamente.

—Se me hizo tarde, señorita Selena.

E devuelve el tiquet. Estudio cómo se mueve, cómo suena, la forma en que sus ojos me miran de arriba abajo. Huele a jabón y a perfume, y me hace pensar en otras mujeres con las que he estado. Su pelo negro hasta los hombros está un poco húmedo y sólo puedo suponer que se ha duchado pensando en mí, y ya que estoy en el proceso de suponer eso, me gusta suponer que estaba de muy buen humor mientras deslizaba el jabón hacia la parte inferior de su cuerpo. Toda esa suposición hace que la parte delantera de mi mono se tense un poco. Su tez aceitunada le da un aspecto un tanto exótico, y habla con un acento erótico. Tiene un cuerpo bonito y sólido, y la piel firme. Sus ojos azul oscuro miran a los míos y me ven de forma diferente a como me ve el Sr. Stanley. Él ve una personalidad extinta atrapada dentro de un cuerpo sano. La Srta. Selena me ve como un hombre que puede satisfacerla. Sus dedos rozan mi mano adrede. Me desea. Por desgracia, me gusta demasiado como conductora de autobús para complacerla. Tal vez espere hasta que cambie de trabajo.

Camino por el pasillo. El autobús no está lleno, pero me veo obligado a sentarme junto a un joven vestido como un punki. Me da la impresión de que no sería capaz de conversar sobre el clima a menos que eso incluyera darle una paliza a un meteorólogo. Va vestido todo de negro, con un collar negro con tachuelas alrededor del cuello. Tiene el pelo rojo, piercings en la nariz y arandelas de grifo que estiran los lóbulos de sus orejas. Otro ciudadano común y corriente de esta encantadora ciudad. Una cadena se extiende desde su labio inferior hasta su garganta. Considero la posibilidad de tirar de ella para ver si puedo descargar su mente. Su camiseta dice «Tranquila, nena, conmigo estás segura».

Son las cinco y media cuando llego a casa, y a esa hora, la fachada de mi edificio ya está toda envuelta en sombra. Alguien ha volcado unos cubos de basura, y la acera frente a la entrada está cubierta de comida vieja y césped cortado, y la comida vieja y el césped cortado están cubiertos de moscas. Subo los escalones hasta el último piso y lo primero que hago al entrar en mi apartamento es abrir la ventana, y lo segundo que hago es cerrarla porque algo ahí afuera huele mal.

Enciendo un ventilador eléctrico que es igual al del trabajo y que, debo confesar, en realidad vino del trabajo. Abro mi maletín en el sofá, saco la microcinta y la escucho mientras me quito el mono. No contiene nada interesante. Dentro de la sala de conferencias, admiten que no tienen nada. Afuera, para los medios de comunicación, están siguiendo varias pistas.

Reprimo una carcajada y vuelvo a guardar la cinta en el maletín. Mañana la intercambiaré de nuevo.

Me siento en el sofá y observo a mis peces de colores. Les doy un poco de comida y ellos suben y empiezan a comer. Tendrán o no recuerdos de cinco segundos, pero siempre reconocen la comida. También me reconocen a mí. Cuando pongo el dedo en el borde de la pecera, lo siguen. A veces pienso que la sociedad sería genial si todos tuviéramos recuerdos de cinco segundos. Podría matar a toda la gente que quisiera. Por supuesto, tal vez no recordaría que me gusta matar gente, así que tal vez no sería tan genial después de todo. Podría estar en medio del proceso de atar a alguien y olvidaría por qué estoy allí. Una sociedad con cinco segundos de memoria estaría llena de momentos extraños como ese.

Cuando Pepinillo y Jehová han comido y retomado su feliz rutina de nadar en círculos, cierro el apartamento con llave y me dirijo a la planta baja, sujetando con fuerza mi maletín.

Camino unas cuantas manzanas y estudio todos los coches aparcados a lo largo de la calle. Quince minutos después, conduzco a la dirección que figura en la página dos del expediente que tomé antes. Estoy en un Honda de unos diez años y con olor a humo de cigarrillo impregnado en los asientos y la alfombra; sin embargo, es un lindo coche para manejar. Me resulta más fácil conducir sin el peso de un cuerpo en el maletero. Paso con lentitud frente a la casa de Daniela Walker. Es una casa adosada de dos pisos que parece haber sido construida ayer: ladrillos color rojo brillante, techo de acero marrón oscuro, ventanas de aluminio. Me sorprende que no haya una etiqueta con el precio colgando de una de las esquinas. El jardín tiene aspecto abandonado, y no es que sea muy grande: unos pocos arbustos, un par de árboles pequeños, macizos de flores que se han marchitado al sol. Tampoco tienen etiquetas con el precio. El camino de entrada es de baldosas de piedra. El sendero hacia la puerta principal está empedrado con adoquines. El césped está seco y largo. El buzón está lleno de folletos publicitarios. Un gnomo de jardín con pantalones rojos y una camisa azul pintados está tumbado de lado en el jardín. Parece como si le hubieran disparado.

Doy la vuelta a la manzana y vuelvo; entonces, satisfecho de que nadie está observando, detengo el coche. Me apeo, me enderezo la corbata, me ajusto la chaqueta, y me doy cuenta de que la parte trasera de mis pantalones se ha metido dentro de los calcetines del pie izquierdo. La acomodo de un tirón. Llevo mi maletín conmigo a la puerta principal. Rara vez lo dejo.

Toco.

Espero.

Vuelvo a tocar.

Espero. Otra vez.

No hay nadie en casa. Tal como confirmó el informe. Desde el homicidio, el marido, a quien ya he señalado como sospechoso número uno, no ha vuelto a la casa. Su correspondencia ha sido ido redirigida a la casa de sus padres, donde se está quedando con los niños.

La cinta policial que cruzaba la puerta principal fue retirada dos días después del crimen. Ese es el tipo de cosa que invita a problemas. Invita al vandalismo. Es como poner un botón grande con un cartel que diga «No presionar». Me imagino que será un milagro si entro y no me encuentro con penes gigantes pintados en las paredes y con los muebles que no estaban clavados todavía en su lugar. Busco en mi bolsillo y encuentro las llaves escondidas debajo del pañuelo. Forcejeo con la cerradura durante unos diez segundos. Soy bueno en esto.

Echo un vistazo rápido a la calle por encima del hombro. Estoy solo.

Abro la puerta y entro.

# CAPÍTULO NUEVE

Sally sale del trabajo al mismo tiempo que Joe, y aunque intenta alcanzarlo, incluso lo llama más de una vez, él no la oye. Joe llega a la parada del autobús y un momento después, el autobús se aleja, escupiendo nubes de humo de diésel: algunas se pegan a la parte trasera del autobús y el resto desaparece en el aire. Sally siente curiosidad por saber a dónde va Joe. A veces camina, a veces coge el autobús. ¿Vive con sus padres? ¿Vive con otros como él? Una de las cosas que más le gustan de Joe es que parece independiente, y no le sorprendería que viviera en un piso o apartamento en algún lugar, y que se valiera por sí mismo. ¿Tiene familia? Nunca ha hablado de eso. Sally espera que la tenga. La idea de que Joe esté solo en este mundo es inquietante. Tiene que esforzarse más por involucrarse en su vida, de la misma manera que querría que la gente se involucrara en la vida de Martin. Si todavía viviera.

Hoy cumpliría veintiún años. ¿Cómo lo habrían celebrado? Habrían hecho una fiesta, invitado a familiares y amigos, habrían atado y colgado un montón de globos y habrían clavado veintiún velitas en un tarta de chocolate con forma de coche de carreras.

Sally camina hacia el edificio de aparcamiento donde guarda su coche. Debería ofrecerle a Joe llevarlo a su casa, tal vez le guste. Y además le daría la oportunidad de conocerlo mejor. Mañana le preguntará.

Christchurch es hermosa, piensa, y una de las cosas que más le gusta es caminar junto al río Avon con sus aguas oscuras y sus orillas verdes y exuberantes, una franja de naturaleza que atraviesa la ciudad. A pesar de que las orillas no están tan exuberantes como de costumbre debido al prolongado verano, todavía están bastante verdes cerca de la línea del agua. Sally almuerza aquí a veces, sentada en el césped, observando a los patos, lanzándoles trozos de pan mientras juegan y se alimentan en el agua. Debería pedirle a Joe que la acompañe. Está segura de que a él le gustaría. Cada vez le recuerda más a su hermano, y ya que no puede ayudar a Martin, quizás pueda ayudar a Joe. ¿Es una idea tan descabellada?

Hay un sintecho sentado a unos metros de la puerta de entrada del edificio de aparcamiento. Viste una chaqueta deportiva azul oscuro que sólo se ve en los programas de televisión de los años 80. Lleva unas gafas de sol de plástico con patillas verdes y una gorra de béisbol con tanta pintura salpicada que no se puede leer el nombre del equipo. Tiene una barba de un par de días, lo que significa que de alguna manera sigue encontrando la forma de afeitarse. Sally se alegra de que él todavía piense que las apariencias son importantes. Le sonríe, él le devuelve la sonrisa y ella le entrega una pequeña bolsa de plástico llena de sándwiches.

—¿Cómo te sientes hoy, Henry?

—Ahora mejor, Sally —responde. Se pone de pie y se mete la camiseta dentro de

unos vaqueros demasiado grandes y gastados—. Ahora mejor. ¿Cómo está tu papá?

—Está bien —contesta ella, pero por supuesto no lo está. Está mal. Eso es lo que pasa con la enfermedad de Parkinson. Nunca mejoras. Se mete en tu cuerpo y se instala a vivir allí sin la menor intención de irse nunca. Estar bien es lo mejor que se puede esperar—. Esta semana es su cumpleaños. Vamos a ir a cenar afuera —agrega, pero no será divertido. El cumpleaños de su padre nunca lo es, no desde que Martin murió. Tal vez lo sería si hubiera sido un mes antes o un mes después, pero justo en la misma semana…

—Bueno, pasadlo bien —comenta Henry, interrumpiendo sus pensamientos—. Salúdalo de mi parte. Y no olvides, Sally, que Jesús te ama.

Ella le sonríe. Sabe que Jesús la ama, y que Jesús también ama a Henry, y que en última instancia, eso hace que todo esté bien. Cuando Sally empezó a prepararle sándwiches a Henry (nunca le daría dinero, ya que seguramente iría a pagar sustancias que lo harían caer en el pecado), era ella quien solía decirle que Jesús lo amaba, y la respuesta de él nunca era positiva. Henry repetía que Dios y Jesús lo odiaban. Que Dios lo había dejado sin trabajo. Que Dios lo había dejado sin hogar. Ella había sugerido que era más probable que Henry mismo hubiera sido la causa de eso. Pero Henry había respondido que Dios le había dado el hábito del juego, o al menos, no se lo había quitado. Entonces Sally le había preguntado si seguía jugando, y Henry le había respondido que no, y a esto Sally había replicado que Dios sí lo había ayudado.

—Entonces Dios tiene muy mal sentido de la oportunidad —se había quejado Henry, y aunque a Sally no le había gustado, reconocía que había un elemento de verdad en eso. Henry había pasado a argumentar que si el hombre estaba hecho a imagen y semejanza de Dios y los hombres no hacían nada para ayudarlo, entonces Dios tampoco estaba haciendo nada. Si Dios bajara a caminar por la tierra, había aseverado Henry, y lo viera sentado allí afuera del edificio de aparcamiento, mendigando monedas y comida, entonces Dios lo ignoraría y pasaría de largo. Igual que todos los demás.

Si bien Sally casi podía entenderlo, al mismo tiempo le resultaba fácil descartar el argumento, sobre todo porque ella nunca pasaba por delante de Henry sin ayudarlo. Después de meses de llevarle emparedados, él por fin le permitía que le enseñara más sobre la voluntad de Dios. Ella sabe que es posible que él sólo le diga estas cosas para que le siga llevando comida, pero le gusta oírlas.

—Nos vemos mañana, Henry. Cuídate.

Henry se sienta de nuevo y empieza a cuidarse en la forma en que ella le sugirió, comenzando por meter la mano en la bolsa de plástico. Sally entra en el edificio a buscar su coche.

Para cuando sube tres tramos de escaleras, está resoplando. Podría tomar el ascensor, pero ha estado usando el ascensor todo el día en el trabajo y esta es su mejor oportunidad para hacer ejercicio. Dios sabe que estaría agradecida de perder uno o dos kilos. Llega a su coche: el sedán de veinte años no tiene muchas características, aunque sí mucho óxido, pero el motor sigue funcionando todos los

días y eso ya es mucho para agradecer.

La calle de salida del edificio no es la misma que la de ingreso. El tráfico es cada vez más denso, y en una hora, estará casi paralizado en estas calles. Sally sonríe cuando le toca una secuencia de semáforos en verde. Todavía hay sol, hay una brisa cálida, y en todas partes a su alrededor, la gente es feliz. Baja la ventanilla del pasajero porque la de su lado no funciona, pero no importa, porque entra suficiente brisa. Sigue sonriendo mientras conduce. Hay tantos macizos de flores, tantos árboles, un río que fluye por el centro de la ciudad, ¿quién querría vivir en otro lugar?

# CAPÍTULO DIEZ

Lo primero que noto es que la casa está sofocante. Es como el interior de una secadora. El calor del verano se ha acumulado. Me gustaría poder dejar la puerta abierta. Lo segundo es que los milagros a veces ocurren: no hay genitales pintados en las paredes, no hay indicios de que hayan robado nada. Un rápido encendido del interruptor revela que todavía funciona la luz.

Es hora de dar un paseo casual. Encuentro un par de botellas de cerveza en la nevera. También encuentro varios alimentos que han excedido su fecha de vencimiento: trozos de moho peludo crecen en las superficies de aspecto húmedo. Es casi suficiente para disuadirme de la cerveza, pero sólo casi. La botella no tiene tapa a rosca, pero hay un abridor en uno de los cajones. La cerveza me resulta refrescante mientras me siento y ojeo el expediente de Daniela. Cuando termino, guardo la botella en mi maletín, junto con la tapa y el abrebotellas, y subo las escaleras.

Arriba hace todavía más calor. Es como si el calor del verano pasado y del anterior se hubieran acumulado aquí. Me quito la chaqueta y la dejo sobre una mesita, y derribo un jarrón al suelo para hacerle sitio. Se rompe. Ah, bueno. El cuerpo fue encontrado en el dormitorio principal. En vez de perder más tiempo, me dirijo hacia allí.

Las ventanas dan al oeste, y el sol poniente entra directamente. El dormitorio es del mismo tamaño que cualquier otra habitación en la que he irrumpido. La alfombra oscura parece azul y verde, pero es probable que cualquier daltónico la vea gris. Esparcidos por el suelo hay más de una docena de marcadores de evidencia de plástico, todos numerados. Son versiones más grandes de los que algunos restaurantes y cafés entregan para llevar la cuenta de quién ha pedido el salmón o el café con leche. En el expediente, los números representan cosas que se encontraron en esos puntos, cosas como cabello, sangre y ropa interior. También hay bolsas de evidencia de repuesto desperdigadas por aquí y por allá. No es de extrañar que la policía no pueda ceñirse a un presupuesto. Cada vez que mato a alguien, es más dinero que tienen que conseguir. Esperemos que esto no acabe afectando a mi salario.

Las paredes están cubiertas de un papel tapiz rojo texturado que es un poco demasiado brillante para la habitación y la hace sentir, aunque no se crea, todavía más calurosa. El olor a muerte no se ha ido. Se ha impregnado en la alfombra y es probable que nunca se vaya. Las ventanas ocupan la mayor parte de la pared opuesta, y junto a mí, hay un vestidor. Sobre la cama, cuelga un grabado de un paisaje extranjero que podría ser africano o australiano, y pienso en llevarlo a casa para mamá. Sobre la mesita de noche yace la habitual mezcla de porquerías: un paquete de analgésicos; un bote pequeño y liso de crema de noche, lo que sea que

sea eso; un despertador y una caja de pañuelos de papel. El despertador sigue dando la hora con exactitud. Hay una mesa similar al otro lado de la cama. Disperso por la habitación, al igual que en todo el resto de la casa, hay polvo blanco para huellas dactilares. Parece que el detective Schroder y sus amigos tuvieron una fiesta de cocaína.

Echo un vistazo al mapa del dormitorio que estaba en el expediente. También hay uno de toda la planta. No te puedes perder aquí. El propósito del mapa es mostrar desde una perspectiva uniforme dónde se encontró todo. Me muestra que en el extremo lejano del otro lado de la cama hay una puerta que lleva a un baño. Sigo el mapa y compruebo que dice la verdad.

El cuerpo fue encontrado en la cama. No hay ninguna cinta ni una silueta de tiza en el lugar donde estaba el cuerpo, porque esas son cosas de la televisión. Es una pena, porque sería un trabajo muy bonito. Me imagino la entrevista: «Bueno, si puede trazar el contorno alrededor de esta naranja, el trabajo es suyo».

Camino con cuidado para evitar los números de plástico y las bolsas de evidencia en el suelo. Me siento en la esquina de la cama. El edredón de plumas se hunde y se mueve un poco. Hasta ahora, mi esfuerzo ha consistido en derribar un jarrón y sentarme en una cama cómoda, pero ya estoy sudando. Cuando me paso la manga de la camisa por la frente, sale mojada. Me remango y dejo el maletín sobre la cama. Lo abro para que el arma sea fácilmente accesible. Veo la botella de cerveza vacía y resisto la tentación de bajar a buscar otra.

No sé muy bien qué estoy buscando, así que decido dividir mi noche en objetivos. Paso a paso. Mi objetivo a corto plazo tiene que ser simple: encontrar algo en lo que trabajar, trabajar en él y luego convertirlo en un objetivo a largo plazo. Incriminar a este tipo por los siete homicidios, y por el octavo también, si alguna vez la encuentran. Todavía tengo el tiquet del aparcamiento como evidencia que puedo plantar. Cierro los ojos e imagino cómo se desarrolla todo; luego los abro porque me estoy adelantando. Primero tengo que alcanzar el objetivo a corto plazo.

Empiezo a mirar a mi alrededor. Lindo lugar. Podría vivir aquí. Un buen televisor de pantalla plana de veinte pulgadas en el rincón que quedaría bien en mi casa. Lo han apagado, porque en las fotografías está encendido. Tal vez el asesino miraba televisión mientras la atacaba. O tal vez ella miraba. Me pregunto qué estarían dado en ese momento, si Walker habría sido violada al aburrido ritmo de los temas musicales británicos. Las fotografías genéricas de su familia donde todos esbozan sonrisas falsas para la cámara llenan la habitación. Hay algunas en las mesitas de noche; otras cuelgan de las paredes. Si sus ojos me están mirando, no los siento.

En la segunda mesita de noche hay una revista de crucigramas y un teléfono. Pero el teléfono no funciona. Ha sido arrancado de la pared. En el suelo junto a la mesita de noche está el mando a distancia del televisor. Todos los botones están cubiertos con polvo blanco para huellas dactilares. Pongo la revista de crucigramas en mi maletín y luego reviso el vestidor. Bonita ropa. La de ella no es

mi tipo. La del marido es de la talla equivocada. Rebusco en una cómoda con cajones y no encuentro nada. La ropa interior huele a suavizante y se siente suave contra mi cara. Dejo caer un par de bragas dentro de mi maletín.

En el baño no hay nada interesante. La maquinilla de afeitar eléctrica del marido que está sobre el lavabo parece más bonita que la mía. Es una de las muchas cosas que el esposo ha dejado atrás. De regreso en el dormitorio, me siento en la misma esquina de la cama y meto la máquina de afeitar en mi maletín, aunque primero la envuelvo con ropa interior para proteger mis cuchillos. Paredes rojas. Alfombra azul verdosa. Nunca he sabido qué está de moda o qué no lo está, así que no estoy seguro de si estos colores se han puesto de moda por primera vez o si ya son demasiado antiguos, o si han vuelto a estar de moda. No estoy seguro de si deberían gustarme.

«Concéntrate».

Pienso en el informe de la autopsia. Daniela arañó a su asesino, y como tenía marcas en las muñecas por haber estado atada, debió arañarlo antes de que él empezara a estrangularla. Una vez me arañaron el pecho tan fuerte que necesitaba que me cosieran, pero como no podía ir al médico, fui al supermercado y compré esas tiras de sutura adhesiva Band-Aid. Usé media docena para cerrar la herida. Se curó muy bien. Excepto por la infección.

La única sangre encontrada en la escena era de la víctima. El asesino no la apuñaló, sólo la golpeó en la cara un par de veces. Las gotas de sangre en la almohada producto de haberle presionado la cara contra ella se asemejan a lágrimas, como si un payaso triste hubiera llorado en ella. También hay gotas salpicadas en el suelo. En la manija de la puerta del frente, además de una mancha de látex, hay una mancha de sangre de ella.

Vuelvo a leer los informes y chequeo las declaraciones. Apostar por el marido no parece una apuesta segura: tiene una coartada excepcionalmente buena. El cuerpo fue encontrado con los brazos cruzados sobre el pecho y tapado con una sábana. Los ojos estaban abiertos, pero las manchas en los párpados sugieren que el asesino los cerró antes de ponerse los guantes para limpiar la escena. De ser así, se abrieron solos. De nuevo pienso que tal vez el tipo se sintió mal por lo que había hecho. Me paso unos segundos preguntándome cómo será sentir eso… sentirse mal… pero es en vano, no lo logro. Eso no significa que otros no lo entiendan. Tal vez el que hizo esto fue lo bastante iluso como para pensar que darle algo de dignidad en la muerte compensaba el haberla matado. Parece un clásico homicidio doméstico, excepto por la coartada. Además, vi al esposo en la comisaría la mañana después del homicidio, y se veía de verdad destrozado, como si no pudiera creer que alguien pudiera hacerle esto a su esposa.

Vuelvo a estudiar el informe. Se está haciendo difícil leer a medida que oscurece. No se ha denunciado el robo de nada: no faltan joyas, ni dinero en efectivo. En la mayoría de los casos, el marido culpable habría tratado de hacer que pareciera un robo que salió mal. Yo nunca me llevo nada cuando mato, y como esta persona estaba tratando de copiarme, tampoco se llevó nada. ¿Cómo sabía eso? No a través

de los medios de comunicación, eso es seguro. ¿Será sólo una coincidencia?

No lo sé. Lo único que sé es que he estado aquí durante casi cuarenta minutos y todavía no tengo ninguna respuesta. Estoy empezando a pensar más y más en las cervezas abajo. Debería haber abierto una ventana. El aire sigue siendo sofocante, pero el sol ya no está tan fuerte. Aflojo la mano que sostiene el expediente grueso y el contenido cae sobre la cama. Mis ideas empiezan a disolverse. El tiempo sigue pasando y me doy cuenta de que mi mente se ha estancado. Empiezo a pasear la mirada por la escena y me imagino lo que ocurrió aquí; me pongo en la mente del asesino. Eso es fácil para un tío como yo. Así que eso es lo que hago: me meto en su mente, imagino que ella está muriendo, y durante unos minutos, casi puedo sentirla debajo de mí.

Sin embargo, no surge ninguna gran revelación, no suenan sirenas ni campanas que anuncien un gran avance en el caso. No hay avances, sólo una coincidencia chapucera y una camisa empapada de sudor. Pensé que sería más fácil. Demonios, debería ser más fácil. Sólo que las cosas nunca lo son. Sobre todo cuando es algo que de verdad quieres. Quiero ayudar a esta mujer muerta tanto como quiero ayudarme a mí mismo, ¿pero importa eso? ¿Acaso hace que las respuestas sean más fáciles de encontrar? Por supuesto que no. Lo único que quiero es llevarme mi afeitadora eléctrica y mis crucigramas gratis y salir de aquí y no volver nunca más. Ir a casa, alimentar a mis peces y dormir una siesta. Dejar este episodio atrás, como lo he hecho con otros episodios en mi vida, como he hecho con todos ellos. Seguir adelante. Hacía adónde, no estoy seguro.

Empiezo a estirarme y a bostezar, listo para irme, listo para rendirme. El aire caliente contribuye a mantener esta sensación de abatimiento. El bostezo me hace parpadear, un parpadeo rápido y veloz, y esto a su vez aumenta el flujo de sangre a mis ojos. Estos empiezan a agudizarse, la habitación se enfoca de nuevo, los objetos se destacan como imágenes en 3D…

¡Y ahí está!

En un instante, me invaden varios pensamientos y emociones diferentes. En primer lugar, siento asco. Me avergüenzo de mí mismo por haber estado aquí tanto tiempo y no haberlo visto hasta ahora. Me excita de repente estar viendo algo… o no estar viendo algo, para ser exactos… que podría ser crucial. Y, sobre todo, estoy aliviado. Me siento agradecido de poder avanzar de nuevo, agradecido de no tener que abandonar la investigación, al menos no todavía, y aliviado de que Daniela puede obtener la justicia que se merece.

Empiezo a sonreír. Casi no puedo creer mi suerte. Pero, por supuesto, no es suerte. Bueno, en parte lo es, supongo, porque en diez minutos más habría estado demasiado oscuro para ver nada a menos que encendiera la luz. Así que claro, es suerte, pero también es genialidad. Y percepción. Sí, sobre todo percepción.

Tomo las fotografías y comienzo a revisarlas hasta que encuentro una que muestra la pared y la puerta que da al pasillo. La sostengo en alto. La estudio. La alejo. Estudio la escena. La puerta está en todas ellas. Las mismas paredes. La misma alfombra. La misma decoración. La planta en una maceta que se ve

exuberante y verde en la foto es marrón y está descuidada en la vida real. En la fotografía… contra la base de la pared y junto a la planta viva, hay un lapicero. En realidad, junto a la planta, hay un bolígrafo. Claro, es sólo un bolígrafo, algo menor en el panorama general, pero lo interesante es el hecho de que no ha sido catalogado ni retirado, lo que significa que fue considerado irrelevante.

Bueno, vaya sí es relevante. ¿El lapicero original fue un arma? ¿Fue más poderosa que la espada? Me acerco a la planta, me inclino y examino la pared. Es difícil ver la pequeña marca en ella, pero no imposible. Me inclino más cerca. Puedo ver un pequeño punto de tinta en el centro. ¿Acaso el lapicero original fue lanzado contra la pared? ¿Dónde está ese lapicero ahora? ¿Por qué el intercambio? ¿Daniela cortó el asesino con él? ¿Es por eso que fue arrojado aquí? De ser así, tiene el ADN de su atacante. Es un mapa hacia el asesino. El lapicero es el tipo de cosa que tendría su propia fotografía individual. O dos o tres. Incluso habría tenido su propio informe individual.

Cojo el bolígrafo con la mano enguantada. Está recubierto con una fina película de polvo blanco. Ha sido espolvoreado en busca de huellas y regresado a su sitio, pues no ha arrojado nada de interés. Lo alineo con la pequeña hendidura de la pared, pero no encuentro la forma de que encaje. Los lapiceros fueron cambiados en algún momento después de que se tomó la fotografía y antes de que se intentaran levantar huellas dactilares. ¿Quién cambió los lapiceros?

La respuesta es obvia. El asesino. ¿Quién si no él? Y las únicas personas en esta habitación durante ese periodo de tiempo fueron las personas que trabajaron en la escena del crimen. El asesino tiene que ser un policía. Eso es obvio también. Incluso más obvio, ahora que pienso en lo que he leído sobre sus conocimientos de procedimientos policiales. Cierro los ojos por unos segundos y visualizo lo sucedido. El hombre vino aquí. La atacó. La golpeó en la cara. Luego ella le clavó el lapicero. No fue grave, pero lo suficiente como para que él se enfureciera y lanzara el lapicero contra la pared. La punta del lapicero dejó una mella. El asesino arrojó a su víctima sobre la cama. No había planeado matarla, pero tenía que evitar que lo identificara. Fue espontáneo. No lo planeó. Tuvo que usar objetos de la casa para atarla. Usó un cortaúñas para recortar cualquier evidencia de piel de debajo de sus uñas. Usó un peine para peinar el vello púbico. No había traído nada de esto consigo porque no era parte del plan. Cuando ella estuvo muerta, enseguida sintió culpa. Hizo lo que pudo para ocultar cualquier evidencia que hubiera dejado atrás y luego cubrió su cuerpo, después de cerrarle los ojos. Pero tenía que salir de aquí. Rápido. Tal vez rezó una oración por ella. Tal vez no lo hizo. Pero lo que sí hizo fue olvidarse del lapicero… hasta que regresó para investigar la muerte. Entonces vio el lapicero en el suelo y se acordó. Las fotografías ya habían sido tomadas. No podía recogerlo y llevárselo. Pero no tenía otra lapicero para cambiarla. Así que se arriesgó a que nadie notara la diferencia y, por un tiempo, nadie lo hizo. Yo no soy nadie, y nadie es perfecto. Es sólo un lapicero, un lapicero en el rincón de la habitación junto a una maceta. En el centro de la habitación había un cadáver. El cadáver terminó siendo un caso clásico de desvío de la atención. Se mira una cosa,

y se pasa por alto otra.

Abro los ojos. Así es como lo veo, pero por supuesto, puede no ser lo que pasó. Sin embargo, tengo la sensación de que sí, y estoy seguro de que algo, si no la mayor parte, fue así. En realidad, no importa cómo sucedió, lo que importa es quién hizo que sucediera. He estado aquí una hora y ya sé que el asesino es un policía. Es más, sé con seguridad que estoy en lo cierto. En todos los libros que he leído, el asesino en serie es siempre el policía. O el forense, o algún oficial forense. Entonces, ¿por qué no ahora? ¿Por qué debería esto ser diferente? ¿Será que los clichés en la ficción vienen de los clichés en la vida real? En cierta forma extraña, es decepcionante descubrir que al final el trabajo policial es bastante simple. Si el asesino no es el marido o el novio, sólo hay que colocar a un testigo frente a una rueda de reconocimiento de policías y que elija uno.

Dejo el bolígrafo donde está pues ya no puede ofrecerme más ayuda. Me vuelvo y recojo mi maletín. Tengo ganas de gritar, cantar, bailar, buscar esas sirenas y campanas y silbatos que deberían acompañar un momento como éste. Para cuando llego a la puerta principal, vía la cocina y la nevera, afuera ya está oscuro. Observo el pasillo y las habitaciones como si me despidiera de esta casa. No tengo ninguna razón para volver.

Ninguna razón en absoluto.

A menos que…

Sonrío, devuelvo las cervezas y el abrebotellas a sus lugares, y subo corriendo las escaleras.

# CAPÍTULO ONCE

Cuando llega a casa del trabajo, Sally encuentra a su madre arriba, llorando. Se detiene en la puerta, sin saber si entrar en la habitación de sus padres. Su madre lloró mucho después de la muerte de Martin, y estos días está llorando mucho también.

—¿Sally?

—Hola, mamá. ¿Estás bien? —pregunta, pensando que para su mamá, *estar bien* no existe desde hace tiempo.

—Estoy bien —responde la mujer, con una sonrisa que no termina de ser una sonrisa. Sally no le ha visto ninguna sonrisa de verdad, y sabe que es porque sus padres la culpan por lo que le pasó a Martin—. No sé por qué estoy así.

Cuando Sally le rodea los hombros con un brazo, su madre se aparta como por instinto, luego se relaja. La habitación huele a incienso y el aire caliente está algo viciado. Sally sabe muy bien por qué su madre está así, y su madre también lo sabe. El cumpleaños de Martin. Sally compró una tarjeta de cumpleaños para su hermano muerto, la escribió y la enterró en lo más profundo de su cajón debajo de un montón de ropa. No está segura de si sus padres hacen lo mismo o algo parecido, y sospecha que tal vez no sea tan saludable si lo hacen. Por supuesto, nunca se atreven a hablar del tema. Hablar del tema permitiría que el dolor cobrara más vida, que los abrumara aún más y los empujara hacia abajo. En cierto modo, Sally envidia a Joe. Quiere ser tan simple como él, no tener que preocuparse por el dolor en el mundo, que uno más uno sea dos, mantener a la gente feliz, no ser un obstáculo para nadie y tener una vida buena.

—Está todo bien, mamá —la alienta, y allí están esas palabras otra vez—. Creo que papá está ansioso por su cumpleaños.

Su madre asiente, y empiezan a hablar de lo agradable que va a ser salir a cenar. El cumpleaños de su padre será un desafío también. En el último año, ha salido de la casa para las citas con los médicos y las visitas al cementerio, y nada más. Que lleguen a la cena del jueves por la noche sigue siendo una apuesta arriesgada.

Sally abre la ventana. Afuera ha refrescado. El aire caliente del dormitorio empieza a salir mientras el aire fresco lo reemplaza. Sally desearía que la enfermedad de su padre pudiera ser intercambiada con la misma facilidad. Aceptaría con mucho gusto que le fuera transferida a su propio cuerpo con tal de aliviarlo a él si pudiera. Sería lo menos que podía hacer después de lo que le había pasado a Martin.

—Lo siento —se disculpa su madre. Levanta la vista y suelta un puñado de pañuelos de papel húmedos —. Antes era más fuerte. —Comienza a frotar entre el pulgar y el índice el crucifijo de plata que cuelga de su cuello.

—Todo va a estar bien, mamá —insiste Sally, con los ojos clavados en el crucifijo

que aparece y desaparece de la vista. La palabra *bien* pende en el aire espeso de la habitación—. Ya lo verás.

Por supuesto, su madre ha dicho esas mismas palabras muchas veces desde el día en que el médico de Martin les dio la noticia que los hizo empezar a pensar en dónde querían enterrar a su hijo. Cosa curiosa, Martin fue el que menos sufrió, porque no entendía que se estaba muriendo. Incluso al final pensó que iba a mejorar. ¿Acaso no pensaron todos eso?

Sí. La vida siempre iba a mejorar.

Todo lo que tienen que hacer es recordar eso. Todo lo que tienen que hacer es tener fe.

Su mente vuelve con lentitud a Joe. Se pregunta si él creerá en Dios, y supone que sí, tiene demasiado buen corazón para no hacerlo. De todos modos, decide averiguarlo, porque Dios puede ser algo que tengan en común.

# CAPÍTULO DOCE

En realidad, no estoy seguro de dónde vienen las ideas, si están flotando por ahí en alguna dimensión cercana pero no del todo de este mundo, donde nuestras mentes pueden alcanzarlas y cogerlas; si una serie de sinapsis que se disparan en nuestra mente sopesan datos fríos como posibilidades distantes; o si se reducen a una simple sucesión de pensamientos que atraviesan Suertelandia. Las ideas llegan en cualquier momento, a menudo cuando no las esperas. Las he tenido en el baño, o cuando limpio los suelos. Las he tenido en el pavoroso trayecto desde la acera hasta la puerta principal de la casa de mi madre. Las ideas espontáneas suelen ser las mejores. A veces te sacuden para que tomes una decisión. Sólo la retrospectiva te confirma si fueron buenas o no.

La única luz que entra en la habitación ahora es la de las farolas de la calle. Doy la vuelta al edredón para ocultar las salpicaduras de sangre. Recojo los marcadores de plástico y los arrojo dentro del armario junto con las bolsas de evidencia, al lado de unos estantes para zapatos y una pila de ropa vieja. La habitación ya no parece una escena del crimen, sino una pesadilla de la revista *La Buena Ama de Casa*. Quito el polvo para las huellas dactilares con la camisa del marido y cierro las cortinas, consciente de que cuando vuelva voy a tener que encender las luces. Me dirijo a la planta baja en la oscuridad y hago lo mismo. Para cuando termino y salgo, ya son más de las nueve.

Camino por la acera hasta el Honda, entro y arrojo mi maletín en el asiento del pasajero. Desde el momento en que vi este coche, he estado usando guantes de látex. Me sudan los dedos dentro, pero es mejor que dejar huellas. Me los quito. Son como una capa extra de piel. No me pongo un par de repuesto, y tomo nota mental de recordar que debo limpiar cada superficie que toque. Conduzco hacia la ciudad. Tengo un trabajo que hacer, pero no quiero que se me haga muy tarde. En vez de buscar una víctima inocente, decido buscar a alguien que esté dispuesta a serlo por un precio.

La encuentro de pie en una esquina de la calle Manchester de la ciudad. Una falda tan corta que es más un cinturón grueso que otra cosa. Una camiseta escotada. Medias de rejilla. Bisutería en los dedos. Un pequeño tatuaje en el cuello y otro en la parte superior del pecho izquierdo. Otras putas andan por ahí tratando de atraer clientes, mujeres que parecen haber sido arrastradas de sus pelos cardados fuera de un parque de caravanas. Si el chulo anda cerca, puede que anote la matrícula de mi coche robado, pero no me imagino que a los chulos de esta ciudad les importe demasiado. De cualquier manera, no importa.

Antes de que el coche se detenga por completo, ella abre la puerta del pasajero y me recita las ofertas del día como si leyera un menú. Le hago el favor de despejarle el asiento. Me dice qué puedo conseguir por veinte dólares, sesenta dólares e

incluso cien. Le pregunto si hay descuento en efectivo y me mira con desconcierto, hasta que le digo que estoy bromeando. No se ríe. Entonces le pregunto qué puede darme por quinientos.

—¿Sigues haciéndote el gracioso? —pregunta.

Me meto la mano en el bolsillo y saco la cartera. Le muestro cómo son quinientos dólares.

»Puedo darte lo que quieras, cariño —responde, y por cierto me aseguraré de que lo cumpla.

Cierra la puerta y la luz interior se apaga, pero no antes de que pueda mirarla más de lo que me gustaría. Tiene veintitantos años, aunque es sólo una suposición. Está por debajo del peso normal, y eso no es una suposición: parece un anuncio de niños hambrientos en un país del tercer mundo. El pelo rubio con raíces negras tiene tanto espray que ni las tormentas del noroeste que hemos estado sufriendo lograrían moverlo ni un ápice. Sus ojos marrones no revelan nada, como si su mente estuviera en otro lugar, tal vez en un mundo donde no tiene que envolver sus muslos ni los labios alrededor de los hombres por dinero. Cuando me sonríe, sus labios hinchados brillan por la humedad, o por su último cliente.

Vuelvo a casa de Daniela. Hablamos un poco en el camino, sobre todo del clima. Estoy seguro de que ha escuchado las noticias y sabe lo que les ha estado sucediendo a todo tipo de mujeres en la ciudad, pero no parece nerviosa sentada en un coche con un tipo a quien conoce desde hace dos minutos. No puede permitirse el lujo de estar nerviosa. A mí no me interesa lo que hace fuera de las horas de trabajo. A ella no le importa quién soy. Entonces empezamos a crear el ambiente. Me dice que tengo un buen coche. Le digo que tiene un gran cuerpo. Me dice que será un polvo increíble. Le digo que por quinientos dólares debería serlo. Llegamos a la casa y no me molesto en dar la vuelta a la manzana, sino que opto por aparcar en el sendero de entrada. Si hay alguien cerca, no podrá verme bien. Incluso si alguien echa un vistazo, pensará que es el marido que vuelve a casa para saciar su sed sexual.

—¿Puedes coger mi maletín que está atrás?

—Claro que sí, cariño.

La temperatura ha bajado algunos grados desde que salí de la casa. Llegamos a la puerta principal; mi invitada camina un poco más lento que yo, y no en la misma línea recta. Había dejado la puerta sin llave, pero ahora le echo llave una vez que estamos dentro.

—¿Quieres un trago?

—Qué calor que hace aquí.

—¿Eso sería un sí, entonces?

—Claro.

Me sigue hasta la cocina. No necesito el mapa de la casa para saber a dónde voy. Enciendo la luz; sé que no se puede ver desde el frente de la casa, pero sí desde el fondo, si el vecino al otro lado de la valla es un mirón experimentado. Abro la nevera y cojo un par de cervezas. Ella está a medio camino de la suya antes de que

yo abra la mía. Dejo el abridor y las tapas en la mesa. Los recogeré al salir. No paro de hacer una lista mental de las superficies que he tocado. La nevera. La manija de la puerta. El tirador del cajón. ¿Qué más?

Ella termina su cerveza y yo empiezo la mía. Cuanta más luz hay, peor se ve ella. Parece drogada. Tal vez si no hubiera pasado tanto tiempo concentrada en acostarse con su padrastro, abandonar la escuela, quedarse embarazada, abortar y quedarse embarazada de nuevo, entonces podría estar viviendo una vida más respetable. No estoy diciendo que las prostitutas no sean respetables… satisfacen una necesidad de la sociedad. ¿Dónde más puedes conseguir a alguien para matar en tan poco tiempo y que a nadie le importe? Siempre están dispuestas a ir contigo a donde quieras ir. Es una locura. Toman sus vidas en sus manos cada noche y se las ofrecen a sus clientes para que se las quiten. La única otra víctima fácil pero no tan disponible es la que hace autostop. El truco consiste en detener el coche y mirar el reloj; dar la impresión de que tienes que ir a algún sitio, quizás a una reunión, y murmurar que sólo tienes tiempo para dejarla cerca de donde ella quiere ir. Eso le da una maravillosa sensación de falsa seguridad que la tranquiliza, y se sube al coche. Pero no pasé a ninguna haciendo autostop de camino a la ciudad. Me fijé, pero no vi ninguna.

Me apoyo contra la mesa de la cocina y bebo mi cerveza, y la prostituta que tengo delante está disponible y tiene un aspecto tan consumido que en vez de verse mejor con cada sorbo que doy, sigue viéndose cada vez peor. El maquillaje grueso parece cartón sobre su rostro. Tengo una idea de por qué sus labios están hinchados, y sé que cuesta sesenta dólares.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto.

—Candy.

Candy. Claro, por qué no.

—Llámame Joe.

—Lo haré —dice, acercándose a mí—. Entonces, ¿qué tienes en mente, Joe?

Me encojo de hombros, bastante seguro de que si le dijera qué es exactamente lo que busco, saldría corriendo hacia la puerta.

—Vamos arriba. —Ella sigue llevando mi maletín mientras la guio a la planta superior. Doy un sorbo a mi cerveza. Está rica y fría. Es refrescante. Me llevaré las que quedan a casa—. ¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto, Candy? —agrego, siempre dispuesto a ampliar mis conocimientos sobre cómo funcionan las cosas.

—Seis meses. Estoy tratando de juntar dinero para la universidad.

Hago una breve pausa en el rellano; la respuesta me desconcertó un poco, hasta que me doy cuenta de que está diciendo algo que cree que quiero oír. Decirles a sus clientes que está tratando de juntar dinero para pagar la fianza de su novio preso por vender drogas le quitaría las ganas a cualquiera.

Decido seguirle el juego.

—¿Qué quieres estudiar?

—Quiero ser abogada. O actriz.

—Vendría a ser lo mismo, ¿no?

Cuando llegamos al dormitorio, ella tira mi maletín sobre la cama. El contenido tintinea.

—¿Qué tienes ahí? ¿Látigos y esas cosas?

Sonrío, porque de verdad no tiene ni idea.

—Algo parecido.

Candy sonríe, y le aparecen pequeñas grietas en el maquillaje alrededor de los ojos y la boca.

—Me gustan los látigos y todo eso, pero si quieres usarlos, tendrás que pagar extra.

Dudo que le vaya a gustar mi definición de látigos y esas cosas. Empieza a aflojarme la corbata. Me desabrocha la camisa.

»Tienes un pecho hermoso.

Se inclina y empieza a besarlo. Esto es genial. Nunca había hecho algo así antes. Le froto los pechos. Ella gime. Suena como una publicidad de champú. ¿En serio puede estar disfrutando tanto?

Empieza a manipular mi cinturón, como si quisiera acabar de una vez y decir «el que sigue, por favor» al siguiente tío. Esto me hace darme cuenta de que sus gemidos son fingidos, que no está disfrutando de esto en absoluto. Sólo soy un cliente más. Bueno, para mí, ella es sólo otra herramienta. Como Minina, la Gata Inerte.

»¿Y? ¿Qué tienes en mente, Joe?

Trago. Con fuerza.

—Vamos a la cama.

Empieza a caminar hacia atrás al mismo tiempo que se quita la camiseta por encima de la cabeza. Sus pechos son pequeños. Los observo y pienso que los sujetadores con relleno deberían asumir su responsabilidad en el engaño. El tatuaje que lleva ahí es de un pequeño dragón. Podría simbolizar algo, o tal vez es su único amigo. Camino con ella. Se sienta en el borde de la cama y sigue desabrochando mis pantalones. No le lleva mucho tiempo. La hebilla de mi cinturón hace ruido.

He tenido sexo antes, pero nunca consentido, y esto me pone nervioso. ¿Y si no lo disfruta? ¿Y si piensa que no soy bueno? ¿Se reirá? Ninguna de las otras se rio. ¿Por qué iban a hacerlo? El placer desaparece enseguida.

Sólo se me ocurre una forma de recuperarlo.

Le doy un puñetazo en el costado de la cabeza. Ella se sacude hacia atrás y trata de incorporarse, pero se golpea contra el borde de la cama y acaba cayendo de culo en el suelo, con las manos detrás de ella para frenar la caída. Me mira y no puedo distinguir detrás de todo su maquillaje si está asustada o molesta, pero sé que tiene que ser al menos una de las dos. Hay lágrimas en sus ojos y, por primera vez, parece al menos un poco atractiva.

—Eso te costará extra.

—Pensé que podía hacer lo que quisiera.

—Si quieres darme una paliza, te costará mil dólares.

Me encojo de hombros. Me inclino hacia adelante. La cojo de un brazo y tiro de ella hacia arriba.

—Entonces me aseguraré de sacar partido de mi dinero.

Intento arrastrarla hacia la cama, pero acaba siendo difícil porque los pantalones se me caen alrededor de los tobillos. La tomo del brazo, le doy la vuelta, y le retuerzo el brazo hacia arriba en la espalda, tratando de no romperlo… aunque estas cosas pasan. Empieza a gritar, así que la empujo de cara sobre la cama para silenciarla, y funciona bastante bien. Le suelto el brazo. No se mueve. Sólo sobresale en un ángulo que nunca he visto en un brazo antes. El otro brazo está inmovilizado debajo de ella. Cuando trato de mover el brazo roto, cruje donde se ha partido el hueso. El dolor es demasiado para que ella forcejee, así que deja de resistirse.

Me quito los pantalones con sendas patadas. El momento de romance es rápido y satisfactorio, sólo que parece que he mantenido demasiada presión en la parte posterior de su cabeza, porque cuando termino y me alejo, la he asfixiado. Estos días nada me sale bien. Al menos me ahorré quinientos dólares. ¿O eran mil?

Empiezo a vestirme. Ha sido una gran noche y los efectos de la excitación combinada están comenzando a desaparecer. Para cuando termino de abotonarme la camisa, empiezo a sentirme cansado. El plan de matar a Candy donde murió Daniela Walker ha funcionado sin inconvenientes. Será un mensaje para el asesino original. Puedo estudiar a los policías en la comisaría, vigilarlos de cerca. Uno de ellos se pondrá nervioso. Uno de ellos sabrá que alguien más lo sabe. Se preguntará qué es lo que quiere. Reaccionará. Será un manojo de nervios. Muy fácil de identificar. Al final decido llevarme el bolígrafo para realzar el mensaje.

Por supuesto, podría ser cuestión de días, tal vez semanas, antes de que la encuentren, y esto es un problema. Si dejo pasar tanto tiempo, entonces traer a Candy aquí habrá sido en vano. Arrugar mi camisa y mancharla de sangre habrá sido en vano.

Tomo mi maletín y me dirijo abajo, primero a la nevera, y luego a la puerta principal; uso el sujetador de Candy para limpiar cualquier superficie que haya tocado. Mañana haré una llamada anónima desde un teléfono público para avisarle a la policía que hay un cuerpo aquí.

La noche no se ha vuelto más oscura ni más fría desde que pasé tiempo de calidad con Candy. Un millón de estrellas brillan sobre mí y hacen que mi piel pálida parezca aún más pálida. Aparco el Honda en las afueras de la ciudad y lo limpio. La brisa sopla contra mi rostro cuando me doy la vuelta para dirigirme a casa. Tiro el sujetador de Candy en un cubo de basura frente a una tienda de barrio. Me cruzo con otras mujeres en el camino, la mayoría de ellas mujeres de la calle, pero no las miro dos veces. No soy un animal. No voy a matar a alguien sólo porque esté ahí. Odio a los tipos así. Eso es lo que me hace diferente de los demás: mi humanidad.

# CAPÍTULO TRECE

Mi apartamento es del tamaño de un armario comparado con la casa que acabo de visitar. A veces es todo lo que necesito. Otras veces no es suficiente. No me puedo quejar. ¿Quién escucharía? Vale, ¿quién escucharía y todavía se acordaría cinco segundos después?

Lo primero que hago al entrar es abrir mi maletín y arrojar la carpeta en la mesa con las otras que he cogido en los últimos meses. Estas otras son recuerdos, pero no había tomado el expediente de Daniela antes porque no tenía ningún sentido. ¿Por qué guardar un recuerdo del crimen de otro hombre? Todavía tengo que conseguir una copia de las carpetas de las dos víctimas de ayer. Y la de la muerte de esta noche no estará disponible hasta dentro de un par de días.

Observo a Pepinillo y a Jehová durante unos minutos y me preguntó en qué estarán pensando; luego me voy a la cama. Pongo mi despertador interno a las siete y media y estoy a punto de deslizarme debajo de las sábanas cuando me doy cuenta… el contestador automático. La luz de los mensajes está parpadeando. Joder. Tengo puestos pantalones de pijama cortos y no estoy de humor para escuchar lo que nadie tiene para decirme, pero supongo que es mamá. Si no voy a ver lo que quiere, seguirá llamándome.

Seis mensajes. Todos de ella. Si no aparezco, mi vida va a ser un infierno. La última vez que no me presenté a cenar como estaba planeado, se pasó llamándome toda la semana, llorando a mares y obligándome a admitir que soy un pésimo ejemplo de hijo. Decido aceptar mi castigo y dirigirme allí esta noche.

Me bajo del autobús un par de manzanas antes de su casa, entro en un supermercado que está abierto las veinticuatro horas y hago unas compras rápidas. El tipo que está detrás del mostrador está tan cansado que me da menos cambio del correcto, pero he tenido un día tan bueno que no le digo nada. Con el corazón acelerado, camino hacia la casa de mamá. De pie en la acera, inhalo profundo. El aire tiene gusto a sal. Levanto la vista hacia el cielo oscuro. ¿Hay alguna manera de evitar esto? Salvo que me internen en un hospital, la respuesta es no. Llamo a la puerta principal. Pasan dos minutos, pero sé que no está en la cama porque las luces están encendidas. No vuelvo a llamar. Ella abrirá cuando esté lista.

Al cabo de unos minutos, oigo unos pasos que se acercan. Me enderezo, no quiero que me corrija la postura encorvada, y empiezo a sonreír. La puerta se sacude, las bisagras chillan y aparece una pequeña abertura.

—¿Sabes qué hora es, Joe? Estaba preocupada. Casi llamo a la policía. Casi llamo al hospital. ¿No te importa que se me rompa el corazón?

—Lo siento, mamá.

La cadena de seguridad impide que la puerta se abra más. Mi madre, Dios la

bendiga, hizo colocar una cadena de seguridad en su puerta hace cuatro años cuando los «niños del barrio» le robaron dinero. Pero en vez de ponerla de lado a lado, lo hizo de arriba abajo, por lo que todo lo que cualquier intruso tiene que hacer para desengancharla es pasar el dedo dentro y levantarla. Ahora cierra la puerta, quita la cadena, y la abre de nuevo. Doy un paso adentro, preparado para lo que sé que se avecina.

Me da un tirón de orejas.

—Que te sirva de lección, Joe.

—Lo siento, mamá.

—Ya no vienes a verme. Ha pasado una semana desde la última vez que estuviste aquí.

—Estuve aquí anoche, mamá —la corrijo. Ya he tenido conversaciones como esta con ella y las seguiré teniendo hasta el día de su muerte.

—Estuviste aquí el lunes pasado.

—Y hoy es martes.

—No, es lunes. Estuviste aquí el lunes pasado.

Sé que es mejor no discutir, pero señalo una vez más que hoy es martes.

Me da un tirón de orejas.

»No le discutas a tu madre.

—No te estoy discutiendo, mamá, sólo te estoy diciendo qué día es hoy.

Levanta una mano y yo me disculpo enseguida, y por fin parece apaciguada por el gesto.

—Hice pastel de carne, Joe —me dice y baja la mano—. Pastel de carne. Es tu favorito.

—No hace falta que me lo recuerdes.

—¿A qué te refieres?

—Nada. —Abro las provisiones que traje y saco un ramo de flores. Se las entrego. Sin espinas esta vez.

—Son preciosas, Joe —comenta, con la cara radiante de emoción.

Me lleva a la cocina. Dejo mi maletín sobre la mesa, lo abro y miro los cuchillos que hay adentro. También miro la pistola. Apoyo la mano en la empuñadura de la Glock y trato de tomar fuerza de ella. Mamá pone las flores en un jarrón, pero no les pone agua. La rosa de ayer ya no está. Tal vez pensó que tenía una semana. Se estira hacia un armario para tomar un paquete de aspirinas y deja caer una en el jarrón.

»Las mantiene vivas más tiempo —explica. Se vuelve y me guiña un ojo como si me estuviera contando un secreto de familia—. Lo vi hoy en un programa de televisión.

—Igual falta agregar agua —señalo.

—No creo —responde ella y frunce el ceño.

—Estoy seguro —insisto.

Ella parece vacilar.

—Esta vez lo haré a mi manera —decide—, y si no funciona, la próxima vez lo

haré a la tuya. ¿Qué te parece?

Le respondo que me parece bien. No le digo que de todos modos añadir una aspirina al agua de las flores no sirve para nada.

—Te traje algo más, mamá.

Me mira.

—¿Sí?

Saco una caja de bombones y se la doy.

—¿Estás tratando de envenenarme, Joe? ¿Estás tratando de agregarle azúcar a mi colesterol?

Oh, Dios.

—Sólo intento ser amable, mamá.

—Bueno, sé amable no comprándome chocolates —replica. Parece muy molesta en serio.

—Pero la Coca-Cola tiene azúcar, mamá.

—¿Te estás haciendo el listo?

—Por supuesto que no.

Me lanza la caja y la esquina rebota en mi frente. Veo estrellas durante unos segundos. Me froto la cabeza donde me golpeó. La caja ha dejado una pequeña huella, pero no hay sangre.

—Se te enfrió la cena, Joe. Yo ya comí.

Vuelvo a guardar los bombones en mi maletín mientras me sirve la cena. No se ofrece a calentarla y estoy demasiado asustado para pedírselo. Me acerco al microondas para hacerlo yo mismo.

»Tu cena se enfrió, Joe, porque dejaste que se enfriara. No pienses que vas a usar mi electricidad para calentarla.

Entramos en la sala de estar y usamos su electricidad para hacer funcionar el televisor, y nos sentamos frente a él. Están dando un programa… lo he visto antes, pero no sé cómo se llama. Son todos iguales. Un montón de chicos y chicas blancos que viven en un complejo del centro de la ciudad y que se ríen de todo lo que les sale mal, y hay muchas cosas que les salen mal. Yo no me reiría si me pasaran a mí. Me pregunto si existe un complejo como ese en esta ciudad, o incluso en la vida real. Si lo hubiera, me gustaría encontrarlo. Según la televisión, las mujeres en esos complejos son condenadamente sexis. Me parece reconocer este episodio, pero no puedo asegurar que sea una repetición porque todas las semanas hacen lo mismo.

Mamá no me habla mientras como. Es toda una sorpresa, porque por lo general no puedo hacerla callar. Siempre tiene algo de qué quejarse. Casi siempre es el precio de algo. Agradezco tanto el silencio que considero la posibilidad de llegar tarde más a menudo. Lo malo es que su decepción flota en el aire de la sala. Estoy tan acostumbrado que casi forma parte del mobiliario. Tan pronto como me llevo la última cucharada de pastel de carne frío a la boca, ella utiliza el mando a distancia para apagar el televisor y se vuelve hacia mí. Abre la boca, enseña los dientes, y puedo ver el comienzo de una frase.

—Si tu padre supiera que me tratas así, Joe, se revolcaría en su tumba.

—Lo cremamos, mamá.

Se pone de pie y yo me retraigo, esperando que me regañe, pero en lugar de eso, extiende su mano hacia mi plato.

—Ya que estoy te lavaré el plato.

—Puedo hacerlo yo.

—No te molestes. —Coge el plato y la sigo a la cocina.

—¿Quieres algo para beber, mamá?

—¿Para qué, para que me pase toda la noche yendo y viniendo al baño?

Abro la nevera.

—¿Quieres algo de aquí?

—Ya he cenado, Joe.

Necesito animarla, así que desvío el tema hacia algo en su elemento.

—Estuve en el supermercado, mamá, y vi que tienen zumo de naranja en oferta.

Se da la vuelta hacia mí sin dejar de restregar mi plato; la carne alrededor de su boca se aparta para dar paso a su sonrisa radiante.

—¿De verdad? ¿De qué marca?

—La marca que bebes tú.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

—¿El de dos litros y medio?

—Sí.

—¿A cuánto?

No puedo decir tres dólares. Tengo que ser preciso.

—Dos con noventa y nueve.

Puedo ver que está calculando, pero no la interrumpo con la respuesta.

—Son dos con cuarenta y cuatro menos. Un buen descuento. ¿Has visto mi último rompecabezas?

En realidad, son dos con cuarenta y seis menos, pero no digo nada.

—Todavía no.

—Ve y échale un vistazo. Está junto al televisor.

Observo el rompecabezas. Es decir, lo observo de verdad, porque sé que ella me interrogará sobre él. Una casa de campo. Árboles. Flores. El cielo. Los rompecabezas son como las comedias, supongo… joder, son todos iguales. Vuelvo a la cocina. Está secando mi plato.

»¿Qué te pareció? —pregunta, con un tono que sugiere que mi respuesta es importante para ella, pero sólo si es la respuesta correcta.

—Bonito.

—¿Te gustó la casa de campo?

—Sí.

—¿Y las flores?

—Coloridas.

—¿Cuáles te gustaron más?

—Las rojas. En la esquina.

—¿La esquina izquierda o la derecha?

—Sólo has hecho la esquina izquierda, mamá.

Satisfecha porque estoy diciendo la verdad, guarda los platos.

De vuelta en la sala de estar, nos sentamos y seguimos hablando. Sobre qué, no tengo ni idea. En lo único en lo que puedo pensar es cómo sería si ella perdiera la voz.

»Voy a buscar algo para beber, mamá. ¿Estás segura de que no quieres nada?

—Si te hace callar, tomaré algo. Que sea un café, y que sea fuerte.

Voy a la cocina. Pongo a hervir el agua. Coloco un poco de café en dos tazas. Cojo la bolsa de veneno para ratas que también estaba en oferta en el supermercado, pero sin tanto descuento como el zumo de naranja que no compré, aunque mamá estaría orgullosa del ahorro de todos modos. Vierto una generosa cantidad en su café. Mamá necesita que su café sea fuerte porque sus papilas gustativas están comenzando a fallarle. Cuando el agua ha hervido, lo remuevo durante dos minutos hasta que se disuelve.

De regreso en la sala, ella ha vuelto a encender el televisor, pero aun así empieza a hablarme. Le entrego su café. Ajusta el volumen del televisor para poder seguir oyendo las voces mientras habla conmigo. Los chicos blancos están haciendo algo extrañamente divertido. Me pregunto si serían tan divertidos si vivieran en un complejo de apartamentos como el mío. Mamá se encorva y bebe su café con lentitud; sostiene la taza a la defensiva, como si esperara que alguien intentara quitársela. Cuando termina, me ofrezco a lavársela. Se niega, lo hace ella misma, y luego se queja. Como de todos modos se está quejando, miro mi reloj con un gesto deliberado de exageración, frunzo la cara con sorpresa por lo tarde que es y le digo que es hora de irme.

Tengo que pasar por toda la escena de despedirme de ella con un beso en la puerta. Me agradece las flores y me hace prometerle que estaré en contacto, como si me fuera a otro país y no al otro lado de la ciudad. Le prometo que lo haré y me mira como si yo fuera a ignorarla por el resto de su vida. Es su mirada de culpa, y la conozco. Sin embargo, me hace sentir mal. Ya me sentía mal. Mal porque está sola. Mal porque soy un mal hijo. Triste porque algún día le pueda pasar algo, Dios no lo permita.

La saludo desde la acera, pero ya ha entrado. ¿Dónde estaría yo sin mamá? No lo sé y no quiero averiguarlo nunca.

Llega el autobús y no es el mismo tipo viejo de anoche, y estoy bastante seguro de que sé por qué. Este es un joven de unos veinte años. Me llama *tío*, me sonríe, y como soy la única persona en el autobús, se siente obligado a entablar conversación. Yo miro por la ventana y asiento con la cabeza y digo «ajá» cuando él lo espera, lo cual es mucho más a menudo de lo que me gustaría. No hay mucha vida más allá de las ventanas del autobús: el taxi ocasional, la persona ocasional que sacó a pasear el perro a esta hora tardía; estas ocasiones se vuelven más frecuentes a medida que nos acercamos a la ciudad y menos frecuentes después de que la hemos atravesado. Ya hemos recorrido más de tres cuartos del camino a

casa cuando lo veo. Está tirado a un costado de la calle, todavía se mueve. Más o menos.

—Detén el autobús —digo y me pongo de pie.

—¿Vale…?

—Sólo detenlo, ¿de acuerdo?

—Tú mandas, amigo.

El conductor detiene el autobús, y si realmente fuera mi amigo, me devolvería un cuarto de mi tiquet. Las puertas silban al cerrarse a mis espaldas, el motor ronronea, el metal pesado tiembla, y el autobús se aleja. Estamos a mitad de camino entre la ciudad y mi apartamento. Es un suburbio donde viven personas que han tomado malas decisiones en la vida. Me apuro por la calle y me acuclillo junto a él. Es casi todo blanco, con algunas rayas de color jengibre que lo atraviesan. Tiene la boca un poco abierta. No se mueve: tal vez me equivoqué cuando lo vi por primera vez. Le pongo la mano en el costado, todavía está tibio. Sus ojos se abren y me miran. Intenta maullar, pero no puede. Una de sus patas sobresale de la misma manera que el brazo de Candy.

El destino tiene cosas curiosas. Hace dos noches atrás, no era mi lugar en este mundo loco y confuso cuestionar el hecho de que los animales sean utilizados como instrumentos. Se los utiliza todos los días. Los productos químicos se prueban en ellos para que podamos tener una mejor atención de la salud, champús de mejor calidad, delineadores de ojos a tono, ropa más abrigada. A otros se los mata para obtener comida. Y aquí está mi oportunidad de compensar lo que le hice a la pobre Minina.

Recojo el gato, con cuidado de mantener mis manos lejos de su pata rota. Maúlla fuerte y trata de resistirse, pero no tiene la energía para luchar. El extenso rasguño en el lado de su cuerpo está cubierto de sangre y en carne viva. El pelaje está apelmazado. Emite sonidos extraños. En lugar de sostenerlo contra mi cuerpo, saco de mi maletín la bolsa de plástico en la que venían las compras y lo coloco adentro. Empiezo a caminar hacia casa.

Después de menos de un kilómetro, me topo con una cabina telefónica. Encuentro el número de una veterinaria que atiende toda la noche y le digo que estoy en camino. Luego llamo a un taxi. Tarda cinco minutos en llegar. El conductor es extranjero y habla tanto inglés como el gato. He arrancado la página de la guía telefónica y se la entrego. Lee la dirección y empieza a conducir. El gato ya no maúlla, pero sigue vivo. Lo dejo salir de la bolsa antes de cruzar las puertas de la veterinaria.

Dentro, una mujer de más o menos mi edad espera detrás de un mostrador. Tiene el cabello largo y rojo atado en una cola de caballo. Lleva poco maquillaje y no lo necesita: es una belleza natural con ojos marrones tenues y labios carnosos. Su chaqueta médica blanca está desabrochada hasta la mitad, como si estuviera a punto de entrar en el plató de una película porno. Debajo tiene una camiseta azul. Un buen par de pechos empujan hacia adelante. Me sonríe durante menos de un segundo antes de concentrar su preocupación en el gato.

—¿Eres el hombre que acaba de llamar?

—Sí.

—¿Atropellaste al gato? —pregunta con una voz suave que no llega a sonar acusadora.

—Lo encontré —explico—. No tengo coche, por eso tuve que coger un taxi hasta aquí —agrego, y por alguna razón, es importante para mí que ella lo crea.

Toma el gato sin hacer ningún comentario y desaparece. Me quedo solo. Echo un vistazo rápido a la clínica. No hay mucho para ver. Dos paredes están dedicadas a productos como correas, collares, polvos antipulgas, cuencos, jaulas y alimento. Otra pared tiene mil folletos y panfletos que no me interesan, ya que ninguno de ellos es sobre cómo salir impune de un homicidio. Tomo asiento. Ya debería estar en la cama.

Debería estar dormido. Estudio con atención un expositor de bolsas de arena para gatos. Sé por experiencia que en estos lugares cuesta el doble que en el supermercado.

Aguardo con paciencia. Cinco minutos se convierten en diez, luego en veinte. Cojo un folleto sobre el control de pulgas. En la portada hay un dibujo artístico de cómo luciría una pulga ampliada con gafas de sol y una chaqueta de cuero celebrando una fiesta en la piel de un gato. En la página siguiente, hay una fotografía real de una pulga, ampliada varios cientos de veces. Parece que el artista se equivocó de cabo a cabo. Estoy por la mitad del folleto, pensando en lo aterrador que sería el mundo si las pulgas fueran de hecho varios cientos de veces más grandes, cuando reaparece la pelirroja. Dejo el folleto, contengo la respiración y me pongo de pie.

—El gato se va a poner bien —anuncia, y sonríe.

—Qué alivio —respondo, casi demasiado cansado para sentirlo.

—¿Sabes de quién es?

—No.

—Se va a tener que quedar aquí unos días.

—Claro, claro, me parece bien —convengo, agradecido por su ayuda. Me doy cuenta de que estoy asintiendo como un idiota—. Eh… ¿qué pasa si no encuentran al dueño? Quiero decir, no lo van a sacrificar, ¿no?

Ella se encoge de hombros, como si no supiera, pero yo creo que sabe. Le doy mi nombre y mi número de teléfono, y luego pago la atención médica que necesitará el gato con el dinero que Candy ya no necesita. No intenta detener mi generosidad, pero sí la destaca. Dice que soy un hombre increíblemente bueno. No veo necesidad de polemizar al respecto. Añade que me llamará para informarme del progreso del gato.

Le pregunto si puede llamarme un taxi, pero me dice que está a punto de irse y se ofrece a llevarme.

Consulto mi reloj. Sería divertido dar un paseo con ella, pero ¿dónde arrojaría su cuerpo?

—No quiero causarte una molestia. Un taxi estará bien.

Parece decepcionada, pero no refuerza su oferta. El taxista es un hombre grandote cuya barriga se apoya en el volante y hace sonar el claxon cada vez que pasamos por un bache. Me deja en la puerta de mi edificio; en el proceso, los baches en mi calle han despertado a los vecinos. La basura frente a la entrada se ha acumulado y tengo que espantar algunas moscas mientras entro. Me cuesta mantenerme despierto mientras subo las escaleras hasta mi puerta. En el interior, ignoro a mis peces, lo que me convierte en un tío no tan bueno como creyó la recepcionista de la veterinaria, y opto por pasar tiempo de calidad con mi cama. Me acuesto y cierro los ojos, y me quedo dormido casi al instante.

# CAPÍTULO CATORCE

Abro los ojos a las siete y media. Justo a tiempo. No tengo que preocuparme por sacudirme los restos de un sueño, porque nunca sueño. Supongo que no lo hago porque la mitad de la mierda con la que sueña la gente es lo que de hecho yo hago. Si soñara, supongo que sería con estar casado con una mujer regordeta con mal gusto en todo, desde la moda hasta las posiciones sexuales. Estaría viviendo en una casa con una hipoteca que me llevaría toda la vida pagar, siendo regañado por dos niños inútiles todos los días. Estaría sacando la basura y cortando el césped. Cada domingo por la mañana, cuando saliera del sendero de entrada con mi camioneta para ir a la iglesia, tendría que evitar atropellar al perro. Una maldita pesadilla.

Comparto mi rutina matutina con una sensación que no logro quitarme de encima, como si hubiera una mala noticia que aún no me han dado. Se vuelve tan intensa que tengo que tomarme unos minutos para sentarme en el sofá y respirar profundo varias veces. Se me nublan los ojos con lágrimas, y ni siquiera jugar con Pepinillo y con Jehová consigue animarme. Pienso en el gato que salvé anoche. Eso tampoco me anima. Algo malo ha ocurrido. Pienso en mamá y espero que esté bien.

Me preparo un desayuno rápido antes de ir a trabajar. No hay necesidad de andar con hambre sólo por tener malas premoniciones. Se me hace tarde, así que tengo que correr hacia el autobús. El Sr. Stanley ve que me estoy acercando y me espera.

—Casi no llegas esta mañana, Joe —comenta, y esta vez me pica el tiquet, tal vez como castigo por haberlo retrasado treinta segundos de su horario. A pesar de eso, me sigue gustando. Es un buen tipo.

Ahora bien, el Sr. Stanley vive mi pesadilla. Está casado y tiene dos hijos, uno en silla de ruedas. Sé todo esto porque un día lo seguí hasta su casa. No como una víctima potencial (aunque todo el mundo tiene potencial, eso fue lo que me enseñaron en la escuela), sino sólo por curiosidad. Es increíble que un tipo con un hijo inservible y una esposa fea y un trabajo de mierda pueda ser tan amable todos los días Quizás más sospechoso que increíble. Quiero preguntarle cuál es su secreto.

Camino por el pasillo. Encuentro un asiento detrás de una pareja de hombres de negocios. Están hablando en voz alta sobre dinero, fusiones y adquisiciones. Me pregunto a quién intentan impresionar en este autobús. Tal vez el uno al otro.

El Sr. Stanley detiene el autobús justo frente a mi trabajo. Las puertas se abren. Me bajo. Es otro día caluroso de verano. Alcanzará alrededor de treinta o treinta y dos grados, supongo. Me bajo la cremallera del mono desde el cuello hasta la cintura, dejo al descubierto mi camiseta blanca y me arremango. No he tenido ningún rasguño en los brazos desde hace casi dos meses.

El aire vibra. El día está quieto. Es el clásico clima del calentamiento global. Espero a que dos coches se salten el semáforo en rojo antes de cruzar la calle. Los borrachos que han pasado la noche en las celdas nocturnas provisorias están saliendo de la comisaría, con sus rostros fruncidos bajo el brillante sol otoñal.

La temperatura en la comisaria es fresca. Sally está esperando frente al ascensor. Me ve antes de que yo pueda escaparme hacia las escaleras, así que no tengo más remedio que acercarme. Aprieto el botón, y luego sigo apretándolo porque es lo que se espera de alguien que no tiene ni idea de cómo funcionan las cosas en este mundo.

—Buen día, Joe —pronuncia con ese modo muy estructurado y dilatado de una mujer que lucha con el concepto del habla. Yo debo ofrecer mi propia versión, porque retrasado o no, todo el mundo aquí espera que hable como un imbécil.

—Buen día, Sally —respondo y esbozo esa sonrisa de niño grande con todos los dientes, la que sugiere que estoy orgulloso de haber encadenado tres palabras seguidas para formar una frase, aun cuando me salga mal.

—Qué día tan bonito. ¿Te gusta este clima, Joe?

«Hace un poco de calor para mi gusto».

—Me gusta el sol caliente. Me gusta el verano. —Estoy hablando como un idiota para que Sally La Lenta pueda entenderme—. Pero más me gusta la Navidad.

—Deberías venir a almorzar conmigo junto al río —sugiere, coqueteando, y casi me hace dar arcadas. Me imagino lo divertido que sería. Lo bien que lo pasaría mientras la gente pasara a nuestro lado y viera a una persona que finge ser retrasada y a la otra que finge ser normal. Podríamos lanzarles migas de pan a los patos y comentar qué nubes parecen barcos piratas y cuáles parecen cadáveres hinchados de víctimas ahogadas. Joder, ¿sabrá Sally que no es normal? ¿Acaso la gente como ella se da cuenta?

Llega el ascensor. Estoy desconcertado: no sé si debo comportarme como un caballero y dejarla entrar primero, o comportarme como un retrasado y adelantarme a ella con un empujón. Hago lo del caballero porque lo del retrasado significa que además tendría que ponerme a chillar mientras sube el ascensor y luego fingir que estoy asombrado de cómo ha cambiado el entorno cuando se abran las puertas.

»¿Cuarto piso, Joe?

—Sí, claro.

Las puertas se cierran.

—Entonces… —empieza ella, pero no termina.

—¿Entonces qué?

—Entonces, ¿qué vas a hacer? ¿Quieres acompañarme a almorzar?

—Me gusta mi oficina, Sally. Me gusta sentarme allí y mirar por la ventana.

—Ya lo sé, Joe. Pero estar al aire libre también es bueno para ti.

—No siempre.

Parece quedarse pensándolo, y luego asiente despacio, pero su mirada es distante y pareciera estar conviniendo con algo que yo no he dicho. De pronto sus

ojos se enfocan de nuevo y me sonríe.

—Bueno, te he vuelto a preparar el almuerzo. Te lo llevaré más tarde.

—Gracias.

—¿Te gusta coger el autobús a casa?

—¿Eh? Claro —respondo, y la velocidad a la que se mueve el ascensor me hace pensar que el cuarto piso ha sido elevado unos cuantos niveles—. Supongo que sí.

—Puedo llevarte a veces, si quieres.

—Me gusta el autobús.

Se encoge de hombros y desiste de nuestra conversación.

—Te dejaré los sándwiches en un ratito.

—Gracias, Sally. Es muy amable de tu parte.

Y lo es. Sally puede ser una imbécil, y tal vez esté enamorada de mí, pero siempre ha sido buena conmigo. Siempre amable. Nadie más me ha ofrecido nunca comida ni llevarme a casa (aunque seguro que no sabe conducir, se debe referir a llevarme con su madre o algo así), y podría ser mucho peor. Y aunque ella no me gusta, no me disgusta tanto como me disgustan los demás. En cierto modo, eso la convierte en lo más parecido que tengo a una amiga. Salvo por mis peces de colores.

Las puertas se cierran, y la sonrisa que le dedico a Sally mientras lo hacen no es forzada, es natural, y me doy cuenta demasiado tarde para cambiarla por mi sonrisa de niño grande. Se queda observándome con la mirada perdida, entonces las puertas se cierran y Sally desaparece, y un momento después, desaparece de mis pensamientos. Me encamino directamente a la sala de conferencias.

—Hola, Joe.

—Buen día, detective Schroder.

Empiezo a mirarlo como a un sospechoso, y trato de imaginarlo matando a Walker. Es fácil de hacer. Por supuesto que es fácil imaginar a cualquiera de estas personas matándola, desde el fotógrafo hasta el patólogo. Lo primero que tengo que hacer es conseguir una lista de estas personas y luego empezar a eliminarlas. Como sospechosos, me refiero.

—¿Cómo va la in… inv… investi…? —Me detengo. El tiempo suficiente para que piense que estoy en ese pequeño porcentaje de la población con un cromosoma extra—. ¿Cómo va el caso, detective Schroder? ¿Habéis encontrado ya al asesino?

Sacude la cabeza despacio, como si tratara de alinear algunos pensamientos ahí dentro, pero no con demasiada fuerza por miedo a que se le rompa alguno.

—Todavía no, Joe. Nos estamos acercando.

—¿Algún sospechoso, detective Schroder?

—Un par. Y Joe, puedes llamarme Carl.

No voy a llamarlo Carl. Ya me lo ha pedido antes. De todos modos, ya he acortado *detective inspector* a sólo *detective*. Y en cuanto a que hay un par de sospechosos, es mentira.

Estudia las fotografías con una mueca, como cada mañana. Casi como si esperara entrar y encontrar que una de las víctimas ha extendido la mano desde

su retrato y ha escrito una respuesta para él. En realidad, no tiene nada. Lo sabe. Yo lo sé. Todo el mundo lo sabe. En especial, los medios de comunicación.

—¿Está seguro de que todas han sido asesinadas por la misma persona, detective Schroder?

Se da la vuelta y me mira con fijeza, y me arrepiento de mi pregunta.

—¿A qué viene eso, Joe? ¿Has estado escuchando nuestras conversaciones?

Sacudo la cabeza.

—No, jamás —afirmo—. Jamás haría eso.

No parece convencido.

»Sólo pensé que tal vez las mataron siete personas diferentes porque nadie puede ser tan malo, ¿verdad? —aventuro.

Su expresión se suaviza, y menea la cabeza despacio.

—La gente puede ser muy mala, Joe, y será mejor que dejes de tratar de pensar como Sherlock Holmes.

Miro hacia abajo.

—Eh… Sólo tenía, ya sabe, curiosidad.

—La vida es curiosa, Joe, y para responder a tu pregunta, todas estas muertes están relacionadas.

Levanto la cabeza con rapidez y lo miro con los ojos muy abiertos, con lo que espero que parezca sorpresa.

—¿Son todas hermanas, detective Schroder?

Deberían darme un puto Emmy por esta actuación.

—No están relacionadas de esa manera, Joe —suspira, y tras una pausa de segundos, continúa —: Me refiero a que todas fueron asesinadas por la misma persona.

—Ah. Pero eso es bueno, ¿no? Mejor tener un asesino suelto por ahí que siete.

Asiente con la cabeza.

—A ellas no les cambia en nada —comenta y señala las fotografías—. Pero en este caso —agrega, y luego hace una pausa—… no vas a repetir nada de esto a nadie, ¿verdad, Joe? ¿Tienes amigos en los medios?

Meneo la cabeza, tratando de emular la lentitud de Schroder de hace unos minutos. El detective piensa que no tengo amigos. No sabe de Pepinillo y Jehová.

—Ustedes son los únicos amigos que tengo, detective Schroder.

—¿Has oído hablar de los copiones, Joe?

Dejo de sacudir la cabeza antes de que se me produzca un traumatismo cervical.

—Sí, claro, son como copias grandes, ¿no?

Schroder emite otro largo suspiro y me doy cuenta de que tal vez me estoy pasando de la raya.

—No, no es eso, Joe. Los copiones son personas que matan para imitar a un asesino en serie.

—¿Por qué harían eso?

—Porque pueden. Porque quieren. Porque están locos.

—Ah. ¿Y por qué esta gente anda suelta, detective Schroder? ¿Por qué no la

meten en la cárcel?

—Es una buena pregunta —responde, y yo sonrío por el elogio—. Y la respuesta es sencilla. El mundo está jodido. ¿Has visto cuando pones las noticias y algún hijo de puta le ha disparado a su familia y a algunos vecinos?

Empiezo a asentir. Apuñalad a vuestros vecinos. Me resulta familiar.

»La familia, los otros vecinos, todos dicen que era un tío muy callado. Tenía una colección de revistas de armas y problemas. Entonces usamos la retrospectiva como prevención, aunque es demasiado tarde para entonces. No hay nada que prevenir, porque ya están todos muertos… Lo siento, Joe —añade con un suspiro—. Estoy divagando un poco. Y desahogándome. No debería agobiarte con todo esto.

—No me molesta.

—Es que me gustaría que pudiéramos hacer más. Quiero decir, vemos a estos tipos todos los días, pero ¿podemos hacer algo al respecto? No. Porque tienen derechos. Igual que el resto de nosotros. Y hasta que por fin matan a alguien, y a menudo lo intentan, esos derechos los vuelven intocables. ¿Entiendes lo que quiero decir, Joe?

—Más o menos, detective Schroder.

El detective agita la mano hacia la pared.

—Apostaría a que hemos hablado con este tipo en algún momento del pasado. Sabemos que tiene un problema de drogas o mental, pero nunca pudimos hacer nada al respecto. Ahora mismo nos está observando, burlándose de nosotros, riéndose de nosotros. Te garantizo que hemos querido encerrar a este tipo antes, pero no pudimos hacerlo. Te garantizo que hemos tenido a este tipo en este edificio antes.

Tiene razón y está equivocado, pero no puedo señalárselo. No apostaría a sus afirmaciones. Tanto sermoneo me ha hecho perder la fe en Schroder como un sospechoso apropiado.

—Lo entiendo, detective Schroder.

—Serías uno de los pocos si lo haces, Joe. ¿Quieres saber algo curioso?

—Claro.

—A los asesinos en serie les gusta adelantarse al juego, ¿y sabes cómo lo hacen?

De hecho, lo sé. Se mantienen al tanto de la investigación. Podrían venir a la comisaría y decir que fueron testigos de algo. Vienen para tratar de percibir el ambiente de la investigación. Algunos concurren a los bares de policías, escuchan conversaciones triviales, hasta participan en conversaciones. O pasan tiempo con periodistas que buscan una primicia desde dentro.

—No. ¿Cómo?

Vuelve a encogerse de hombros.

—Lo siento, Joe, no debería estar dándote la lata de esta manera.

—¿Y qué hay con los copiones? —pregunto.

—En otro momento —suspira, y lo dice de forma que indica que la conversación ha terminado. Lo dejo observando en silencio la pared de los muertos.

Levanto la mano y deslizo el dedo por la placa en la puerta de mi oficina. A los

lados tiene cuatro pequeños agujeros para tornillos. Nunca hubo nada en la puerta hasta que Sally apareció un día con un pequeño cartel con mi nombre. Ya dentro, cambio mis pensamientos por una fregona y un cubo, y me dedico a limpiar los baños. Antes del almuerzo, llevo la aspiradora a la oficina del detective en jefe Stevens justo cuando se está yendo. Stevens es el hombre al que todo el mundo reporta, aunque él no hace el trabajo de campo, el trabajo preliminar, ni el trabajo de análisis que va a resolver este caso. Stevens ha venido desde Wellington y es uno de los detectives de más alto rango en el país, aunque no entiendo por qué. Lo único que hace es sentarse en la oficina que le asignaron y dar órdenes a la gente mientras exige respuestas. De vez en cuando camina de un lado a otro, toma una pila de papeles o una carpeta, y trata de aparentar que tiene algo que hacer o un lugar donde estar. La mayor parte del tiempo es un tipo bastante cabreado. No me gusta, pero no puedo hacer nada al respecto. Matar a un jefe de policía sería como jugar con fuego.

Stevens tiene unos cincuenta y cinco años o más, el cabello negro y ralo, y el aspecto de un policía al que no te acercarías para pedirle ayuda. Mide algo más de un metro ochenta y es de constitución sólida, pero tiene esos ojos negros que cualquier autor asociaría con asesinos en serie trastornados. Las arrugas surcan su largo rostro como heridas de cuchillo poco profundas. Su piel bronceada está salpicada de viejas cicatrices de acné alrededor del cuello. Cuando habla, tiene una voz profunda y un acento que parece caribeño, pero eso puede ser por los cigarros que siempre está fumando. Es uno de esos hijos de puta inútiles que usan chaquetas deportivas con parches en los codos.

Me pregunto si el bolígrafo que quedó tirado era de él. Escruto sus ojos negros en busca de la maldad que la ficción sugiere que debería estar ahí, pero no la veo.

Me dice que haga un buen trabajo y que volverá después de almorzar. Eso me da mucho tiempo. Así que estoy solo en su oficina, yo y la Sra. Aspiradora. La deslizo por la alfombra como si fuera algo de gran importancia, y miro a izquierda y derecha, atento a cualquier información que pueda ayudar. Al igual que la sala de conferencias, la oficina de Stevens mira hacia la planta del cuarto piso, lo que significa que la gente puede ver el interior si las cortinas están abiertas, como están ahora. Diez minutos de aspirar el mismo pedazo de alfombra, y está igual de sucia. Dejo caer un trapo detrás del escritorio, me agacho, y aprovecho la oportunidad para echar un vistazo a los cajones del escritorio. Rebusco en ellos y en el tercer cajón, encuentro una lista de todos los involucrados en el caso. La guardo en mi mono. Luego empiezo a toser. Sí, Joe el retrasado necesita tomar agua. Me dirijo al dispensador de agua. Cuando regreso, paso por la sala de fotocopias. Está vacía, así que entro y hago una fotocopia de la lista. Vuelvo a la oficina. Coloco el documento de nuevo en la carpeta. Termino de aspirar a tiempo para el almuerzo.

El sol brilla a través de la ventana de mi oficina, así que me siento frente a ella y finjo estar bronceándome. Tendría que fingir mucho para que los demás lo vieran. Sally golpea a la puerta, entra, y me entrega un pequeño paquete de comida. Le

doy un *gracias* a cambio. Me vuelve a preguntar si quiero acompañarla afuera y cometo el error de responder que tal vez la próxima vez. Esboza una sonrisa radiante antes de marcharse. Me quedo mirando por la ventana para ver si alcanzo a verla ahí afuera, pero mi vista no da al río, así que la única gente que veo son extraños. En el horizonte, distingo algo que no he visto en semanas: nubes de lluvia. Están demasiado lejos para saber en qué dirección se mueven.

Me como mis sándwiches mientras examino la lista. Con más de noventa nombres en ella, noventa y cuatro para ser exactos, es bastante extensa. No sé qué esperaba… tal vez media docena o algo así… pero noventa y cuatro sugiere un montón de gente dando vueltas sin saber lo que está pasando. Docenas de oficiales más tomaron declaraciones, pero sólo los detectives trabajan en la escena. Sólo los detectives ven el cuerpo.

Estoy por entrar en pánico: esto podría llevarme un siglo. La idea de que esto va a ser una gran pérdida de tiempo empieza a arraigarse en mi mente. Pero no todas las personas en esta lista habrán estado en todas las escenas del crimen, ¿verdad? Tal vez la mitad de ellas lo hicieron, tal vez ni siquiera eso. La cuestión es averiguar quiénes de estas noventa y cuatro personas fueron a la casa de Daniela Walker.

Los registros de llamadas.

El cuerpo de Daniela fue encontrado un viernes por la noche tarde. Por lo tanto, las personas en esta lista debieron haber recibido llamadas. Ninguno de los detectives habría estado trabajando tan tarde. Estarían cenando con sus esposas o novias y fueron interrumpidos con la noticia de que la cena había llegado a su fin. Sólo uno de ellos ya lo sabía, porque uno de ellos había abierto su apetito estrangulando a Daniela y lanzando su lapicero contra la pared. La hora del almuerzo no ha terminado todavía, pero estoy demasiado excitado para seguir comiendo. Me dirijo a la sala de informes y le doy una buena limpieza general. Me tomo un tiempo extra cerca de las copias impresas de los registros telefónicos, y lustro a fondo el área que la rodea.

La noche en que Daniela Walker fue asesinada, quince de veinte llamadas telefónicas se hicieron con éxito. Estas fueron las personas que estuvieron involucradas. Quince personas, más los oficiales que descubrieron la escena y la reportaron.

La llamada original hecha por el marido de la víctima a la central de policía también está registrada aquí. Empiezo a leer, pero me resulta de poco interés.

La central envió el coche más cercano al lugar de los hechos para empezar a controlar las cosas antes de que llegara la caballería. Dos oficiales. Sus nombres están en mi lista. Los rodeo con un círculo. También rodeo los de las quince personas que recibieron llamados esa noche, incluidos el patólogo, el fotógrafo, y el detective en jefe Stevens con los ojos negros como el azabache.

Esto significa que acabo de eliminar a casi ochenta personas de mi lista de sospechosos. El miedo que tengo a que esto sea una pérdida de tiempo se desvanece. Me quedan diecisiete personas. Dudo que los dos oficiales que

respondieron a la llamada del marido tengan algo que ver con el crimen. En primer lugar, estuvieron juntos las seis horas anteriores de su turno, y el cuerpo fue descubierto sólo una hora después de que la mataron. En segundo lugar, ¿cuáles son las posibilidades de que la persona que la mató fuera el mismo oficial despachado a la escena? Bastante bajas, diría. Tacho sus nombres de la lista.

Quince personas.

Pienso en el patólogo. Encontró varias diferencias entre este cuerpo y los otros. Como trabaja solo, podría haber fabricado fácilmente pruebas para que los residuos y las fibras de esta víctima fueran idénticas a los encontrados en los otros cuerpos, pero no lo hizo. ¿Quién iba a chequear su trabajo? Nadie. Si él la hubiera matado, los resultados serían idénticos a los otros.

Pero no lo son.

Así que no es él.

Catorce personas.

Esto no puede ser más fácil.

Miro mi reloj. Son casi las cuatro. He estado aquí toda la tarde, la mayor parte del tiempo limpiando la habitación. El olor a cera para muebles está a punto de provocarme arcadas, y me preocupa el posible estado de mis pulmones después de inhalar un par de latas. Vuelvo a mi oficina, tomo un café en el camino y me detengo en la sala de conferencias para hacer el intercambio de cintas en la grabadora.

De regreso en mi oficina, el sol ya no se cuela por las ventanas: una de las nubes de lluvia lo está cubriendo, pero la nube sigue sosteniendo su carga. No recuerdo la última vez que vi llover. Cuando me siento y vuelvo a estudiar la lista, veo algo obvio que se me pasó por alto en la sala de informes. De los catorce que quedan, cuatro son mujeres. Las tacho de la lista. Podría haber reducido los noventa y cuatro originales de la misma manera, pero ahora ya no importa. Diez personas. Escribo sus nombres en un papel nuevo y me siento a mirarlos hasta que se hacen las cuatro y media y me dicen hola. Saludo a todos los que me cruzo mientras dejo el edificio. Sally no está entre ellos. De camino a la parada del autobús recuerdo la sensación que tuve esta mañana de que algo estaba mal con mi madre, y me reprendo por haber sido un tonto. Si hubiera pasado algo, ya habría recibido la mala noticia.

Cojo el autobús a casa. La basura frente a mi casa ha sido recogida. Me tumbo en la cama. Clavo la vista en el cielorraso. He reducido los sospechosos a diez personas. La policía ha reducido los suyos a unas diez guías telefónicas. Consulto mi reloj. No puedo quedarme en la cama eternamente. El cielorraso no es lo bastante interesante para eso. Me pongo de pie y tomo mi maletín. Todavía hay mucho trabajo que hacer.

# CAPÍTULO QUINCE

La sonrisa la ha acompañado todo el día. Desde el momento en que las puertas del ascensor se cerraron frente a la sonrisa de Joe, ha sido incapaz de pensar en poco más. Siempre ha creído que sus sonrisas anchas y expresivas eran tan naturales, tan puras, porque eran iguales a las de Martin. Pero la sonrisa de esta mañana fue un tanto diferente ¿Pura? Cree que sí. Joe tiene un alma pura, pero hay algo en él, algo que ella se está esforzando por reconocer. En esos pocos segundos, Joe era más un hombre que un niño, más sofisticado que torpe. Había una chispa allí que sugería que Joe es más de todo lo que ella había pensado.

¿Pero qué, exactamente?

A Sally le gusta pensar que eso significa que Joe se siente atraído por ella, que la amistad entre ellos está avanzando por el camino que ella desea. Por supuesto, podría haber sido una casualidad. Joe podría haber estado mirando al espacio, como suele hacer cuando ella está cerca.

Sin embargo, no se puede negar que no sólo lo hizo parecer adulto, lo hizo más... más... ¿atractivo?

Por desgracia, la respuesta es sí. Joe es atractivo, y ella nunca lo había notado antes. No quiere pensar en eso ahora, porque le resulta confuso.

Se pasa el día reparando una sección defectuosa del aire acondicionado. Es un trabajo que le ha llevado las últimas semanas de su tiempo. Se descompone cada uno o dos años, y el gobierno no está dispuesto a incrementar el presupuesto para la policía y mucho menos a mejorar su entorno laboral. Así que Sally hace lo que puede: coloca parches para que el equipo siga funcionando hasta el día en que esos parches no sean suficientes.

Sin embargo, su mente sigue volviendo a Joe. Está segura de que él no sabe que no es el único empleado de la limpieza aquí. Después de las seis de la tarde, mucho después de que Joe se ha ido a casa, viene un equipo de limpieza y hace lo suyo. Aspiran, limpian, desempolvan, desinfectan los baños, reponen las toallas de papel en los dispensadores, lavan y guardan los platos en las cafeterías, reemplazan las toallas sucias por otras limpias y vacían los cubos de basura. Algunas de estas cosas las hará Joe una vez a la semana, o una vez cada dos o tres semanas, pero no sabe que otras personas se ocupan de ellas todos los días. Joe está aquí durante el día para mantener las cosas ordenadas y, sospecha ella, para mantener a la gente contenta. Las personas especiales como Joe tienen que luchar para encontrar trabajo, y en un mundo donde deben contribuir, donde deben valerse por sí mismos, a veces el gobierno debe intervenir y crear puestos de trabajo para ellos. Sabe que nadie le ha dicho a Joe que no es el único de su profesión aquí, ya que eso podría destrozar su sensación de importancia. Dulce, dulce Joe.

No ve a Joe cuando sale del trabajo. Muy pocas personas terminan a las cuatro y

media, y debido a la enfermedad de su padre, Sally es una de ellas. Se encamina a Cashel Mall, una calle comercial que atraviesa el centro de la ciudad y que está a pocas manzanas de la Catedral de Christchurch, la iglesia más emblemática de la ciudad, construida en piedra hace más de cien años. Una vez entró e intentó sentarse en el silencio, solo que no había nada de silencio… demasiados turistas para eso. Hoy no llega hasta la iglesia, sino que se detiene frente a los escaparates de las tiendas y de vez en cuando, entra en una de ellas, busca y rebusca, tratando de encontrar un regalo para su padre que le guste. También necesita comprarle una tarjeta. Algo divertido. Algo que por un breve momento le haga olvidar su cuerpo quebrantado y a su hermano muerto. ¿Qué se le compra a un padre que lo está perdiendo todo?

La respuesta es un reproductor de DVD. Con la recomendación del vendedor, encuentra el reproductor más simple de usar dentro del rango de su presupuesto y elige cuatro películas clásicas del oeste que está segura de que a su padre le encantarán. Son todas de Clint Eastwood. ¿Podría haber algo mejor?

Lleva sus compras de vuelta al coche, y solo se detiene para darle a Henry otra pequeña bolsa de sándwiches. Se pregunta si un tipo como Henry intenta alguna vez ahorrar para algo. Qué difícil ha de ser tener objetivos en la vida cuando no tienes nada. No es como si el pobre tipo pudiera comprarse un traje e ir a una entrevista de trabajo. Tampoco podría presentarse vestido como está. Piensa en que debería intentar ayudarlo con eso.

—Jesús te ama —le recuerda él y abre la bolsa—. Recuerda eso, Sally, y todo estará bien.

Para cuando llega a su coche, tiene ganas de llorar. Ni siquiera pensar en la sonrisa de Joe logra animarla.

# CAPÍTULO DIECISÉIS

Saco la última cinta de casete de la sala de conferencias y escucho las palabras privadas que salen del pequeño altavoz de mi grabadora mientras me paseo de un lado a otro. No sólo oigo, sino que escucho con atención. He escuchado todas las demás cintas a lo largo de los meses, pero sólo escuchaba para ver cómo iba la investigación. Ahora tengo algo nuevo por lo que escuchar.

El detective Taylor está a favor de la teoría de que hay más de un asesino.

El detective McCoy concuerda con él y sospecha que los asesinos están trabajando juntos.

El detective Hutton sigue opinando que se trata de una sola persona.

Otras teorías. Teorías mezcladas. Teorías confusas.

Una investigación confusa es una investigación caótica. Nadie se pone de acuerdo. No se logra hacer nada. Esto hace que la gente sea difícil de atrapar. Es bueno para mí.

Preparo algo para cenar. Nada interesante. Pasta instantánea que se cocina con rapidez en el microondas y un poco de café. Luego me cambio la ropa por algo más informal, unos vaqueros y una camisa. Me veo bastante bien, mejor que bien. Me pongo una chaqueta oscura. Todavía mejor.

Estoy a punto de salir cuando suena el teléfono. Mi primer pensamiento es que es mamá, y luego recuerdo el mal presentimiento que tuve esta mañana, así que mi siguiente pensamiento es que tal vez no *sea* mamá, sino alguien que llama *por* mamá. No tengo ni idea de dónde vienen, pero imágenes de los arreglos del funeral y de los rollos de salchicha para la celebración posterior atraviesan mi mente. Me siento y me dispongo para la conmoción que pondrá mi investigación y mi vida en suspenso. El corazón se me acelera cuando extiendo la mano hacia el receptor. Por favor, Dios, no lo permitas. No permitas que le pase nada malo a mi madre.

Lo descuelgo y hago lo posible por sonar tranquilo.

—¿Hola?

—¿Joe? ¿Eres tú?

—Mamá, qué alegría saber de ti —exclamo, y las palabras brotan en un flujo prolongado.

—Soy tu madre. Llevo todo el día intentando llamarte.

Miro el contestador automático. La lucecita no está parpadeando.

—No dejaste ningún mensaje.

—Sabes que no me gusta hablar con una máquina. —Esto, por supuesto, es una falacia. Mamá hablará con cualquier cosa que le dé la oportunidad—. ¿Vas a venir a verme esta noche, Joe?

—Hoy es miércoles.

—Sé qué día es, Joe. No hace falta que me digas qué día es. Pensé que querrías venir a visitar a tu madre.

—No puedo. Tengo planes.

—¿Una novia?

—No.

—Ah. Ya veo. Bueno, ojalá no fueras…

—No soy *gay*, mamá.

—¿No lo eres? Pensé que tal vez…

—¿Qué quieres, mamá?

—Pensé que querrías venir a verme después de que me sentí tan mal toda la noche.

—¿Te sentiste mal?

—Más que mal, Joe. Me pasé toda la noche sentada en el retrete —explica y eso ya es más información de la que necesitaba. Antes de que pueda detenerla o pegarme un tiro, continúa—: Estuve con dolor de estómago. Nunca había experimentado algo así. Me salía un chorro de agua. —Echo un vistazo alrededor de mi habitación en busca de una manta de apego, algo que me mantenga en la realidad, que impida que me desmaye. Que borre las imágenes. Por suerte, estoy sentado. Por suerte, estaba esperando una conmoción—. La diarrea era tan fuerte, Joe, que me pasé una hora yendo y viniendo al baño y ensuciando el camisón antes de decidir pasar toda la noche allí. Acabé cogiendo una manta porque hacía frío, y me llevé el rompecabezas para matar el aburrimiento. De hecho, conseguí armar la otra esquina. Quedó lindo. Deberías venir a verlo.

—Bien pensado —me oigo decir.

—Ni siquiera tenía que hacer fuerza, Joe. Me caía de adentro como, bueno, como agua de una manguera.

—Aj. Aj. —Mis propias palabras me suenan como si provinieran de un kilómetro de distancia.

—Me sentí tan mal.

—Lo siento, mamá. Iré una noche de estas y te ayudaré, ¿de acuerdo?

—Está bien, Joe, pero…

—Me tengo que ir, mamá. Me está esperando el taxi. Te quiero.

—Bueno, vale, Joe, te quiero…

—Adiós, mamá. —Cuelgo.

Voy al fregadero. Bebo un vaso de agua de un trago. Me enjuago la boca y me sirvo un segundo vaso mientras pienso que necesito algo más fuerte, y luego me acuerdo de las cervezas que transferí de la nevera de Walker. Tomo una y la abro con el abridor de botellas de Walker. Las imágenes de mi madre sentada en el retrete con un rompecabezas de mil piezas en un tablero sobre un taburete frente a ella y con la ropa interior sucia alrededor de los tobillos, son difíciles de erradicar. La casa de campo… el cielo azul…las flores… los árboles. Me acerco al sofá y me siento con mis peces. Les doy de comer y un segundo después, suena el teléfono. ¿Qué quiere ahora? ¿Contarme cuántas hojas de papel higiénico usó?

Dejo que la máquina tome la llamada.

Es la mujer de la clínica veterinaria. Se identifica como Jennifer y me cuenta que el gato está muy bien. No han tenido suerte en encontrar al dueño. Me dice que la llame, que estará en el trabajo hasta las dos de la mañana.

Termino la cerveza, me despido de mis peces y me dirijo a la puerta cuando de repente recuerdo que no he hecho nada con respecto a Candy... no he hecho la llamada anónima que se suponía que debía hacer. Pero ahora voy a esperar hasta seguir reduciendo la lista. Será más fácil identificar al asesino de Daniela cuando sólo queden unos pocos nombres.

Como la policía no tiene pistas, no tengo límite de tiempo para resolver mi propio caso. Puedo tomarme días o semanas. Sin embargo, tengo esta veta competitiva dentro de mí. En este momento, me está dando órdenes, diciéndome que me concentre y resuelva esta investigación. Quiero demostrarme a mí mismo que lo puedo hacer y que lo puedo hacer bien. Quiero demostrar que soy mejor que la policía, que no solo puedo eludirlos sino también resolver su propio caso. ¿Qué clase de hombre no intenta superarse a sí mismo? ¿Qué clase de hombre no se pone a prueba?

Otra parte de mí, el lado más recreativo, sugiere ¿por qué no hacerlo más difícil para la policía? ¿Añadir otra víctima para investigar? Cuando las investigaciones involucran a una sola víctima, la policía puede llegar a tomar declaraciones a doscientas o trescientas personas. Luego cruza esas declaraciones para intentar trazar un mapa de las actividades del declarante ese día. Si aparece otra víctima, el número de declaraciones se duplica, y también la carga de trabajo. Los detectives pasan menos tiempo con las personas del asesinato previo, y casi nada con la gente del anterior a ese. Un rastro está fresco y los demás se van enfriando. Pronto, dejan de concentrarse en las pruebas y esperan a la siguiente víctima, con la esperanza de que sea allí donde logren un avance en el caso. Cada vez tienen menos personal y están más sobrecargados de trabajo. Un detective estresado es un detective descuidado. Si matas a dos personas seguidas, todas las declaraciones previas terminan apiladas en una caja grande debajo de la mesa de la sala de conferencias.

Paso la aspiradora por allí cada dos días, más o menos.

Cojo el autobús a la ciudad. Entrar en una comisaría de policía es fácil cuando trabajas allí, y tengo una tarjeta magnética para abrir una de las puertas laterales. Hago exactamente eso y entro en el hueco de una escalera trasera. Sé que cada vez que se pasa una tarjeta de identificación queda asentado en un registro, pero no hay ninguna razón para que alguien revise los registros. Si lo hacen, y me preguntan, diré que confundí la hora o que vine a buscar mi fiambrera. Subo al cuarto piso por las escaleras. Así es menos arriesgado. No me cruzo con nadie. Los detectives, a diferencia de los policías de la calle, tienen un horario riguroso. A menos que se reporte un homicidio, o que uno esté en proceso de ser resuelto, los detectives trabajan de nueve a cinco y media. Después se van a casa, y los cubículos, la sala de conferencias y las oficinas quedan prácticamente vacías.

Vuelvo a observar la pared de la sala de conferencias. Todavía no han

descubierto a la prostituta que maté anoche. Y tampoco a la mujer que dejé en el maletero del aparcamiento de largo plazo. No quiero perder el tiempo, de modo que me apuro a intercambiar las cintas y me voy. La micrograbadora que utilizo tiene un sistema de activación por voz. Esto permite dejar la unidad en modo de espera, ya que no comenzará a grabar hasta que escuche un sonido. Cuando el sonido se detiene, la grabadora se detiene, o sea que puedo dejarla encendida sin que se desperdicie la cinta. También le cambio las pilas.

De los diez nombres en mi lista, sólo unos pocos trabajan en esta planta. Otros ni siquiera trabajan en este edificio, sino que han venido de otras ciudades para colaborar con la investigación. Hay muchas posibilidades de que sea uno de estos hombres... es bastante difícil resistirse a la oportunidad de matar cuando se está lejos de la esposa y la familia.

Decido comenzar con el primer nombre en mi lista.

El detective Wilson Hutton ha sido detective durante mucho, mucho más tiempo del que yo llevo limpiando, y ha estado comiendo en exceso durante mucho, mucho más tiempo del que lleva siendo detective. A él, como a los demás, le caigo bien. Me muevo a lo largo del pasillo, echando un vistazo a los cubículos a izquierda y derecha para asegurarme de que estoy solo. La mayoría de las luces del techo están apagadas. Sólo una de cada cinco está encendida, de modo que la iluminación es bastante tenue, como la de una luna creciente. Esto le da al lugar una cierta apariencia vital y, a la vez, permite ahorrar energía. También ayuda a que el personal que viene aquí no quede noqueado de un golpe contra los muebles. Puedo oír el ligero zumbido de las luces. El suave silbido del aire acondicionado. Pero no oigo a ninguna persona. El piso genera la sensación de una casa vacía. Es como una tumba. No hay lámparas de escritorio encendidas, ni chirridos de sillas, ni ruidos de cambios en la distribución del peso, ni una tos, ni un bostezo. Las cosas parecen más ordenadas con esta luz. Más limpias. Eso es porque una hora y media después de que yo me voy, viene un equipo de limpieza y se pasa dos horas haciendo todas las cosas de las que creen que soy demasiado estúpido para ocuparme. Nadie me lo ha mencionado jamás. Tal vez piensan que yo creo que un equipo de hadas mágicas de la basura viene y hace que las cosas estén relucientes y limpias.

Encuentro el cubículo de Hutton y tomo asiento. Es un tipo grande, y el asiento hundido de su silla reforzada lo refleja mientras intento ponerme cómodo. Con cuarenta y ocho años, es un candidato a un ataque al corazón, y no me sorprendería que ya haya tenido varios de menor importancia. El único ejercicio que le he visto hacer es masticar comida chatarra. Siento náuseas con sólo estar sentado en su silla. Y también tengo la sensación de que estoy engordando.

Enciendo la lámpara. Una placa con su nombre sobre el escritorio, tal vez un regalo de su esposa, me mira a los ojos. Reza *Detective Inspector Wilson F. Hutton*. No sé qué significa la *F*. Quizás *friki.* Contemplo las fotografías de su familia que están fijadas en la pared interna. Su esposa tiene un problema de peso parecido, pero sus dificultades no terminan ahí. El pelo en sus brazos y piernas y las

pequeñas manchas en su rostro parecen algodón. La pareja se ve feliz. Tacho su nombre de la lista y apago la lámpara. El Sr. Buñuelo no ha hecho esto. No es posible. Hubiera estado al borde de la muerte con solo perseguir a la víctima por esas escaleras, y dudo de su habilidad para tener una erección, algo que el asesino utilizó con repetición. Aunque debió haber tenido una al menos dos veces: hay dos niños con sobrepeso en las fotografías.

Quedan nueve personas.

Empujo la silla a la posición en la que estaba, que no es difícil de encontrar. La alfombra está casi desgastada en el lugar donde apoyan las ruedas. Y el suelo debajo también. Paso al cubículo opuesto.

El detective Anthony Watts ha estado en el departamento de policía durante veinticinco años, y como detective los últimos doce. Lo estoy considerando como mi próximo sospechoso mientras me siento y enciendo su lámpara. Hay una fotografía aquí. Watts y su esposa compartiendo un momento feliz. Joder, esta gente se siente feliz y algún imbécil tiene que tomar una foto como prueba.

Una vez más, empiezo a ver las cosas como son. Watts tiene ese aspecto arrugado de los sesenta años. Su cabello es canoso, y no le queda mucho. Trato de imaginarlo con la fuerza para forcejear con Daniela, ni hablar para estrangularla, pero no puedo. Así que trato de imaginarlo violándola de la manera en que fue violada. Tampoco puedo verlo haciendo eso. Watts no tiene dentro de si la capacidad de hacerlo. Daniela no lo tuvo dentro de ella.

Lo tacho de la lista. Apago la lámpara. Vuelvo la silla a su lugar.

Ocho sospechosos. Estoy empezando a disfrutar.

El pasillo central, cuando llega al final de esta planta, se ramifica en forma de T. Voy a la izquierda, derecho al cubículo del detective Shane O'Connell.

Aquí ni siquiera me molesto en sentarme. O'Connell, un detective de cuarenta y un años con la habilidad para resolver casos que involucran confesiones firmadas y no mucho más, se rompió el brazo tres semanas antes del crimen. Tenía el brazo enyesado cuando mataron a Walker. Aun cuando hubiera tenido la fuerza para hacerlo, no hubo evidencias de fibras de yeso encontradas en el cuerpo ni en la cama.

Siete sospechosos.

La siguiente parada dos cubículos más adelante corresponde al detective Brian Travers. Me deslizo en la silla y enciendo la lámpara sobre su escritorio. No hay fotografías de familia aquí, lo único que veo son calendarios de trajes de baño. El de este año, el del año pasado y el del año anterior. Puedo entender sus dudas sobre deshacerse de los calendarios viejos.

Hojeo el calendario del año pasado. Miro la fecha en que Walker fue asesinada. No está marcada. Reviso un calendario de escritorio viejo y veo lo mismo. No hay ninguna nota que diga «Matar a la perra esta noche. Comprar leche».

Abro los cajones del escritorio y rebusco. Busco entre archivos, carpetas, cualquier trozo de papel, pero aquí no hay nada relevante para el caso. No encuentro nada que sugiera su culpabilidad. O su inocencia. Escucho sus mensajes

telefónicos con el volumen bajo. Vuelco el cubo de basura debajo del escritorio, pero está vacío.

Travers tiene unos treinta y cinco años. Es delgado y fuerte. Con algo menos de un metro ochenta, tiene ese tipo de apariencia casual que atrae a las mujeres con facilidad y que lo podría librar de una acusación de violación con el argumento de que «es tan guapo que podría tener a cualquier mujer que quisiera», con el que todavía los jurados se dejan engañar. No está casado, y si tiene una novia, a menos que sea Miss Enero, no tiene ninguna foto de ella.

Coloco un signo de interrogación junto a su nombre.

Todavía quedan siete sospechosos.

Sigo mi alegre camino y me siento detrás del escritorio del detective Lance McCoy. Empiezo con el mismo procedimiento que usé en el cubículo de Travers. McCoy tiene unos cuarenta años, está casado y tiene dos hijos. La fotografía que me dice todo esto se encuentra en un pequeño marco que ocupa el lugar central sobre su escritorio. En las paredes del cubículo hay otras fotografías. Su mujer parece diez años más joven. La hija es bastante atractiva, pero el hijo tiene cara de imbécil. McCoy es un hombre de familia dedicado, lo sé con solo estar aquí sentado en su cubículo por demás ordenado. Hay pequeños lemas pegados por todas partes, en tazas de café y blocs de notas y placas: «Trabajar para vivir, no vivir para trabajar», y «La dejadez conduce a la senda de la depresión». Busco, pero no encuentro uno que diga «La única zorra buena es una zorra muerta», así que no puedo considerarlo como mi principal sospechoso. Tampoco encuentro ninguna nota que haya hecho sobre el caso. Coloco un pequeño signo de interrogación junto a su nombre.

Siete sospechosos. ¿No se supone que esto debería estar poniéndose más fácil? Chequeo mi reloj. Son las nueve y media, pero mi reloj interno me dice que son sólo las ocho y media, así que alguno de los dos debe estar desfasado. Cuando entro en la oficina del detective Bill Landry… sí, una oficina, no un cubículo, confirmo que mi reloj pulsera decía la verdad. Al igual que Schroder y muchos de los otros detectives, Landry está involucrado en tratar de resolver otros crímenes y en encontrar otros asesinos. Unos meses atrás, se encontraron cuerpos en un lago en un cementerio, lo cual me eliminó como el único asesino en serie de la ciudad… que para ser honesto, me molestó bastante. Hubiera sido genial ser el único, y también habría sido genial ser el primero. Veinte años atrás, el país había padecido a su primer asesino en serie, un tipo a quien le gustaba matar prostitutas. Se llamaba Jack Hunter, y los medios lo bautizaron «Jack el Cazador», una simpática alusión a Jack el Destripador.

Por supuesto, como soy optimista, también puedo ver el lado positivo de que haya otro asesino en serie suelto. Mantiene a la policía ocupada.

Landry ha resultado útil gracias a que ha confeccionado una lista de notas que señalan las diferencias entre la escena del crimen de Walker y las demás. Si fuera el asesino, no haría eso. De hecho, en la parte superior de la primera página de sus notas aparecen las palabras *asesino imitador* rodeadas por un círculo y con un

signo de interrogación al lado.

Tacho a Landry de mi lista. Luego retomo el pasillo central en dirección a la oficina del detective en jefe Dominic Stevens. Fuerzo la cerradura. Ocho segundos.

Cierro las persianas y uso la pequeña linterna que he traído conmigo. Husmear en la oficina de Stevens es mucho más obvio que husmear en los cubículos. Sobre el escritorio hay una copia de un informe que ha escrito para sus superiores en el que explica en detalle en qué punto se encuentra la investigación, o sea, para resumir, en ninguno. Describe las teorías en curso y añade su teoría de que Daniela Walker fue asesinada por una persona diferente. Recomienda una investigación separada de su muerte. Si Stevens es el asesino, ni de coña haría algo así. Lo tacho de la lista.

Quedan cinco sospechosos, y estoy empezando a tener el mal presentimiento de que podría terminar tachando a todos en los próximos días, de que estoy pasando algo por alto.

Cuando se hacen las once, decido que es hora de irse. Tomo el autobús a casa pero me bajo unos ochocientos metros antes de mi calle con la esperanza de que una caminata me ayude a despejar la mente. Es una noche hermosa. El viento del noroeste sopla como una cura para cualquiera que se sienta deprimido. El mismo viento del noroeste que irrita a todos los demás. En ese sentido, el clima es genial.

Pero no me interesa hacer un pronóstico del tiempo.

Me esperan más días largos y muchas noches largas, así que me voy a la cama en cuanto entro. Me doy cuenta de que no llamé a Jennifer por el tema del gato, pero eso puede esperar. Ahora mismo estoy demasiado ocupado quedándome dormido.

# CAPÍTULO DIECISIETE

A las ocho y dos minutos estoy sentado en el borde de mi cama cubierto de sudor. Por primera vez en años, he soñado. Aunque la sensación no fue del todo desagradable, el sueño sí lo fue. Yo era un policía y me investigaba a mí mismo por homicidio. Intentaba arrancarme una confesión; jugaba al poli bueno y al poli malo. Sin embargo, no cedía. En vez de eso, sugerí y luego hice la mímica de un acto bastante lascivo, que fue seguido por la exigencia de un abogado. Cuando llegó el abogado, era Daniela Walker. Se veía igual que en su fotografía. Los moretones alrededor de su cuello eran como un collar de perlas negras y deformes. Nunca parpadeó, ni una sola vez, y sus ojos vidriosos no se apartaban de mí. Sus únicas palabras fueron para decirme que confesara su asesinato. Las repitió una y otra vez, como un mantra. Yo estaba confundido y confesé un montón de asesinatos. Entonces las paredes de la celda de interrogatorio desaparecieron como si estuviera en un programa de juegos y me encontré en un tribunal. Había un juez y un jurado y un abogado. No reconocí a ninguno de ellos. Incluso había una banda. Una de esas viejas bandas de *swing* con tipos vestidos de trajes. Sostenían instrumentos de viento recién lustrados, pero ninguno de ellos estaba tocando. A pesar de que existía una oferta de reducción de la sentencia a cambio de que me declarara culpable, de todos modos había un jurado, y el jurado me encontró culpable. Y también el juez. El juez me condenó a muerte. La banda comenzó a tocar la misma canción que había escuchado en el equipo de música de Ángela, y mientras tocaban, los dos hombres de negocios que vi ayer en el autobús ingresaron con una silla eléctrica. Me desperté justo después de que las abrazaderas de la silla eléctrica me inmovilizaran los brazos y las piernas.

Puedo sentir el olor a carne quemada incluso ahora, sentado en el borde de mi cama. Es la primera vez que mi despertador interno me ha fallado. Cierro los ojos y trato de pulsar los grandes botones internos para reiniciarlo. ¿Por qué soñé? ¿Por qué me quedé dormido? ¿Porque estoy intentando hacer algo bueno? Podría ser. Estoy tratando de darle un cierre a la familia de Daniela Walker, y eso no está bien. Debo sufrir por mi humanidad.

No quiero perder el autobús, así que me salto el desayuno. Tampoco puedo prepararme el almuerzo, de modo que meto algo de fruta en mi maletín y salgo corriendo hacia la puerta. Ni siquiera tengo tiempo de alimentar a mis peces. El día está nublado y húmedo. Caluroso y aletargado. Esto es peor que un día de sol y calor. Ya estoy sudando cuando el Sr. Stanley se niega a marcar mi tiquet.

Camino por el pasillo y me siento detrás de los mismos hombres de negocios que estaban en mi sueño, lo que me hace sospechar por un momento que todavía estoy en él, y observo las paredes del autobús para ver si desaparecen y dan paso a otro tribunal y a otra banda de *swing*. No lo hacen. Los hombres de negocios ya están

hablando en voz alta. Que el negocio esto. Que el dinero aquello. Empiezo a imaginar lo que hacen en su tiempo libre. Si no se están acostando juntos, es probable que estén casados con mujeres que tienen aventuras. Dudo que tuvieran el valor de deshacerse de esas zorras si descubrieran que los están engañando. Y no me refiero al divorcio.

Sally me está esperando afuera de la comisaría. El calor no hace vibrar el aire hoy. Sólo es calor húmedo, ayudado por las gruesas nubes que penden en lo alto, de color gris claro sobre la ciudad, pero negras sobre el mar. Sin embargo, todavía no hay señales de lluvia. Sally parece como si estuviera intentando dilucidar algo, como si me conociera pero no pudiera ubicar exactamente quién soy. Entonces su cara se ilumina y extiende la mano y me toca el hombro. No siento la necesidad de apartarme.

—¿Cómo estás, Joe? ¿Listo para otro día intenso de trabajo?

—Claro. Me gusta trabajar aquí. Me gusta la gente.

Parece que va a decir algo, luego cierra la boca y la abre de nuevo. Está luchando con algo y acaba perdiendo la batalla. Su brazo cae de nuevo a un lado.

—Lo siento, Joe, pero hoy no pude prepararte el almuerzo.

No estoy seguro de si es ella quien prepara el almuerzo, si lo compra, o si su madre se lo hace sin saber que es para mí, pero mi rostro se desencaja un poco por la noticia y el gesto es genuino.

—Ah. No pasa nada —respondo, sin saber qué voy a hacer.

Ni desayuno. Ni almuerzo. Sólo un poco de fruta de mierda en mi maletín para que me dure todo el día. ¿Por qué demonios pensé que dos días de traerme el almuerzo era el comienzo de un patrón?

—Hoy es el cumpleaños de mi padre.

—Feliz cumpleaños.

Ella sonríe.

—Se lo transmitiré.

El aire acondicionado en el vestíbulo está funcionando. Un día funciona, al siguiente no. El viejo empleado de mantenimiento que solía trabajar aquí debe haber muerto: no lo he visto desde hace tiempo. Sally trabajaba para él, hacía cosas como buscar trapos y lavar herramientas. El tipo de cosas que reconforta el corazón de la gente, al ver a los marginados de este mundo con un trabajo mal pagado, un trabajo de mierda que les da un lugar en la sociedad.

»¿Qué hacías antes de venir a limpiar aquí, Joe? —pregunta.

—Desayuné.

—No, me refiero a unos años atrás, antes de que empezaras este trabajo.

—Ah. No sé. No mucho. Nadie quería darle un trabajo a alguien como yo.

—¿Alguien como tú?

—Ya sabes.

—Eres especial, Joe. Recuérdalo.

Lo recuerdo durante todo el trayecto en el ascensor, y lo sigo recordando cuando me bajo en mi piso y me despido de la mujer que no me ha traído el almuerzo hoy.

Incluso cuando ignoro la sala de conferencias y voy derecho a mi oficina, sigo pensando en lo especial que soy. Tengo que serlo, ¿verdad? Por eso he reducido mi lista a cinco sospechosos mientras que el resto del departamento está lanzando dardos a una guía telefónica.

Cinco sospechosos. Travers, McCoy y Schroder son los tres locales. Luego están los dos que han venido de fuera de la ciudad, Calhoun y Taylor. Estos dos van a ser los más difíciles de descifrar. Calhoun ha venido de Auckland y Taylor de Wellington. Todavía estoy dudando de que Schroder sea el tipo después del discurso de ayer por la mañana, pero no puedo precipitarme. Y creo que tengo una forma de tachar a Travers de mi lista. Pero hasta entonces, los cinco tendrán que seguir siendo sospechosos.

El día se alarga, la rutina se asienta. Lo paso aprendiendo nada que ya no sepa y sin comer los sándwiches que Sally no me hizo. Limpio, friego y aspiro. Vivir para trabajar. Trabajar para vivir. El jarro de café de McCoy estaba equivocado.

Cuando llegan las cuatro y media, en lugar de ir a casa, espero a Travers. Está en la calle entrevistando testigos y haciendo lo que puede para encontrar a un asesino. Está previsto que vuelva a eso de las seis, así que en lugar de sentarme afuera de la comisaría, me dirijo a un patio de comidas cercano. Estoy muerto de hambre, ya que solo he comido fruta en todo el día. Elijo comida china. *Aloz flito*. El tipo que me atiende es asiático, y debe suponer que yo también lo soy, puesto que me habla en su idioma. Me siento un poco tonto, sentado comiendo mi arroz frito con pollo todavía con el mono puesto. El patio de comidas está lleno de madres con cochecitos y estudiantes que comen el tipo de comida que hará que muchos de ellos tengan un sobrepeso de veinte kilos cuando cumplan veinte años.

Cuando termino, me encamino al edificio de aparcamiento más cercano y robo un coche. Considero un Mercedes último modelo, pero no puedes robar un coche europeo caro y quedarte sentado dentro frente a una comisaría de policía. Elijo un Honda anodino y espero que confiable y me toma menos de un minuto entrar y hacer un puente. Acomodo el asiento, abro mi maletín, saco una gorra de béisbol y me la pongo.

Al dejar el edificio, entrego el tiquet que estaba en el tablero junto con un poco de dinero suelto al tipo que está en la cabina de salida. Apenas se fija en mí.

El coche que he elegido es uno de los más sucios que podía encontrar. Conduzco hasta un supermercado y uso uno de los cuchillos de mi maletín para quitar las matrículas. Las intercambio con las de un Mitsubishi y luego me dirijo a un servicentro cercano y lo paso por el túnel de lavado. Cuando el coche está limpio, regreso a la comisaría, satisfecho de haber eliminado la mayor parte… si no todo… del riesgo de ser atrapado. Si no hay riesgo no hay emoción, pero en este momento no estoy buscando emoción.

Travers regresa a las seis y dieciséis. Pasan otros treinta y cinco minutos antes de que se retire. Lo sigo a su casa pensando en la lista, la importantísima lista. Vive en un buen barrio. Las casas no están oxidadas y los jardines están verdes. Casas brillantes con ventanas limpias y coches bonitos aparcados en los senderos de

entrada pavimentados. Su casa es de una sola planta y ha de tener unos treinta años, ventanas de aluminio, bien mantenida. Espero afuera una hora antes de que vuelva a salir. Se ha puesto unos vaqueros rojos y una camiseta tipo polo amarilla que parece un atuendo informal para Ronald McDonald. Arroja una bolsa deportiva en el asiento del copiloto y parte. En los últimos veinte minutos, más o menos, la última luz del día se ha ido y ya es casi de noche.

Sabía que Travers iba a salir esta noche, había escuchado el mensaje en su contestador automático. Lo sigo a través de un par de suburbios hasta que por fin llega a una casa atractiva de dos pisos en Redwood, donde las casas brillan un poco más y los coches son un poco más caros. Se detiene en el sendero de entrada, saca su bolsa deportiva y cierra el coche.

Un tipo, también de unos treinta y cinco años, abre la puerta. Cuando Travers está adentro, su amigo… un tipo de pelo castaño oscuro y bigotito recortado… escudriña la calle como si estuviera buscando algo o a alguien. Si soy yo, no me encuentra. Mientras se acomoda el cuello de su camisa de seda color lima, se da la vuelta y cierra la puerta a sus espaldas.

Esta noche van a cenar dentro.

Tendré que esperar unas horas. He traído la revista de crucigramas de Daniela para pasar el tiempo y mantener mi mente en funcionamiento, y uso la luz de una farola cercana para poder ver. Cuatro vertical. El astro rey. Tres letras. La segunda es una O.

«Joe».

El tiempo transcurre con lentitud. Busco, pero no encuentro, algún tipo de actividad en este suburbio bien cuidado, y me pregunto dónde estarán todos. Quizá estén todos muertos. Termino unos cuantos crucigramas antes de que se enciendan las luces de la planta superior y se apaguen las de abajo. Espero otros diez minutos hasta que se apagan las del piso de arriba. Una versión más reducida y tenue las sustituye. Supongo que se trata de la lámpara en la mesita de noche. Travers sigue adentro.

Abro mi maletín. Saco la Glock. Guardo la pistola en el bolsillo de mi mono. En lo posible, me gustaría treparme a un árbol cercano para ver, por desgracia, lo que hay que ver. He visto algunas cosas bastante extrañas en mi vida, pero nunca esto. Respiro profundo. Me concentro en el trabajo que tengo entre manos. Sólo tengo que verlo.

«No tienes que *hacerlo*». Es la voz de mi madre, que viene de ninguna parte.

Fuerzo la cerradura. Me tiemblan las manos. Quince segundos.

La casa está tan ordenada que parece una casa piloto. Camino con suavidad por la sala de estar en la planta baja y me detengo junto al televisor de pantalla grande, deseando que hubiera alguna forma de llevarlo a casa. También me gustaría llevarme el juego de sillones, si pudiera hacerlos entrar en mi apartamento. La gran alfombra en el centro de la sala une todo el ambiente, y también lo haría en mi casa. Todo aquí es colorido: los sofás son rojo brillante, la alfombra marrón tostado, las paredes de color naranja como el resplandor del sol. Me doy cuenta de

que me estoy demorando.

Apunto con la pistola hacia adelante, me dirijo a las escaleras y comienzo a subir despacio. Mantengo mis pies cerca de los bordes alfombrados para minimizar cualquier sonido, y funciona. Cuando llego a lo alto, los gruñidos que oigo me indican que cualquier sonido que hubiera hecho habría pasado inadvertido. Me quedo quieto y pienso en la lista. Cinco nombres. Un simple vistazo al dormitorio hará que sean cuatro. Los gruñidos se intensifican.

El pasillo se ramifica en quizás cuatro habitaciones aquí arriba, pero la que me interesa es la más cercana. Llego al dormitorio principal, de donde provienen los sonidos. Suena como si le estuvieran metiendo una almohada en la garganta a alguien. La puerta está apenas entreabierta. No importa. Si hubiera estado cerrada, podría haberla abierto sin ser detectado. Y si no, aún tengo mi arma. Asomo la cabeza hacia adelante y trato de ver a través de la pequeña abertura. Lo único que tengo que hacer es echar un vistazo y salir de aquí. Bajar y salir a la noche, y mi lista será más corta. Pero no puedo ver mucho. La cama no está a la vista. Me asomo un poco más hasta que las cosas se hacen visibles.

De repente, me siento mal. Tengo náuseas. Me alejo, y casi caigo de rodillas. Respiro hondo y trato de controlar las ganas de vomitar, pero no estoy seguro de poder hacerlo. Mis piernas se vuelven gelatinosas y mi mente da vueltas. He visto lo que esperaba ver, pero no contaba con sentirme así. Mi estómago está tratando de escaparse a través de mi garganta. Lo aprieto con la mano y me apoyo contra la pared. Más respiraciones profundas y luego sostengo la respiración medio minuto. Las ganas de vomitar en la alfombra se van aplacando.

Ahora tengo cuatro sospechosos, pero eso no me hace sentir mejor.

Rengueo hasta las escaleras y me agarro de la barandilla para evitar caer y rodar hasta la planta baja. Me detengo a pensar en lo que acabo de ver. Pienso en mi madre y en cómo insiste en preguntarme si soy *gay*. ¿Será por eso que me siento mal? ¿Porque ella piensa que lo que acabo de ver es el tipo de cosas que hago?

Hay algo más que da vueltas en mi cabeza. Algo que no consigo precisar del todo. Está como flotando en el fondo, pero cuando intento asirlo y acercarlo, se me escapa de las manos y se diluye por completo. ¿Volverá a aparecer si echo otro vistazo? Ni de coña voy a averiguarlo.

Me llevo la mano a la boca y me muerdo el nudillo. Casi no siento nada. Mi mano sabe a sudor. Me pregunto si papá alguna vez pensó que yo era *ga*y.

¿Debería volver y dispararles a estos dos tipos por hacerme sentir así? Levanto la vista al cielorraso y por poco pierdo el equilibrio. Mi nudillo sigue en mi boca. ¿Qué haría Jesús? Sería bastante cristiano de mi parte entrar allí y dispararles. Los actos anormales como ése son un escarnio para Él.

¿Qué querría papá que hiciera?

No tengo ni idea de por qué debería considerar su punto de vista sobre esto. Así que ahora tengo otro dilema. Estoy seguro de que a Dios no le importará si les disparo, pero a papá sí. De hecho, es probable que Dios me esté instando a hacerlo.

Les haría un favor a Él y a la humanidad. ¿Pero tengo ganas de hacerle un favor a Dios? Trato de pensar en un favor que Él me haya hecho, pero todo lo que ha hecho es quitarme a mi padre y darme a mi madre. No, no le debo nada.

Me vuelvo hacia el dormitorio. Puedo oír a papá diciéndome que sólo son personas haciendo lo que hacen las personas, y que debería dejarlas en paz. La gente tiene derecho a ser feliz. Nadie tiene derecho a juzgar a las personas que se enamoran del mismo género. Eso es lo que él diría. Sólo que no lo estoy escuchando, porque papá está muerto y las opiniones de los muertos no cuentan demasiado y, aun así, papá está equivocado, porque esto no es lo que hacen las personas.

Basta por esta noche. Es hora de centrarse en lo positivo. Es hora de ser Joe el Optimista. Cuando reporte el cuerpo de Candy mañana, sólo quedarán cuatro personas para vigilar de cerca. Se está haciendo tarde. Si no llego a casa pronto, podría volver a quedarme dormido mañana. Ya debería haber salido por la maldita puerta.

Pero esto es una oportunidad. Ya estoy dentro de la casa. Ya tengo un arma. Y ninguno de los dos se ha dado cuenta de mi presencia. Están demasiado absortos el uno con el otro. ¿Significa eso que merecen morir? Lo único que sé con certeza es que me han provocado esta confusión, estas náuseas, y debería vengarme por eso. Nadie me hace esto. Nadie.

Sin embargo, ¿es realmente su culpa?

¡Dios mío! ¿Cómo puedo siquiera cuestionar esto? ¿En qué clase de persona me estoy convirtiendo?

Soy Joe. La *J* es de *Joe*. La *J* es de juez. Soy fuerte y tengo el control, y lo que decido es mi decisión, no la de Dios. No la de papá. No me importa lo que piense ninguno de ellos.

Me encamino al dormitorio. Me detengo en la puerta. Apunto mi pistola hacia el frente. Pero no aprieto el gatillo. En vez, estoy pensando en el aspecto técnico. La balística de los proyectiles coincidirá con la de una de las víctimas a la que le disparé. El asesino en serie ataca de nuevo; esto los va a confundir. Les hará perder de vista cualquier móvil real. ¿Por qué el asesino ha elegido a un policía *gay* como objetivo? ¿Hasta qué punto sería una buena idea que los otros detectives se dieran cuenta de que alguien está tras ellos? ¿Acaso eso no me complicaría a la hora de tener que revisar sus casas si fuera necesario? ¿O sus habitaciones de motel?

Doy un paso atrás justo cuando los gruñidos del dormitorio se vuelven más fuertes, como si yo hubiera dado a las ondas sonoras más espacio para viajar y amplificarse. El crujido de los muelles de la cama suena como gritos de miedo. Me llevo las manos a los lados de mi cabeza, pero no funciona. Me meto el cañón de la Glock en la oreja derecha y el dedo del medio en la izquierda, pero no me ayuda a pensar. El sonido sigue ahí. Y la única manera de librarme de él es pegarme un tiro o pegarles un tiro a ellos. Pero no tengo que dispararles. No soy un animal. Tengo la capacidad de pensar. Sé distinguir el bien del mal. No soy insano. Una persona

insana entraría allí y empezaría a disparar porque no sería capaz de controlarse. Lo interesante sobre lo insano es que *insano* es un término estrictamente legal, no médico. Los pacientes como yo no somos insanos, sólo alegamos serlo cuando nos atrapan. La realidad es que si en verdad fuéramos insanos, no estaríamos tratando de evadir una condena, sino que nos atraparían en la escena del crimen cubiertos en sangre y mantequilla de cacahuete y cantando canciones de Barry Manilow.

Bajo el arma. Podría matarlos sólo porque sí, sólo porque estoy aquí. En la vida, tomas lo que este mundo loco y confuso te ofrece. Otras veces, tienes que dejarlo pasar en caso de que se te presente algo mejor. La vida es como una autovía con muchos caminos de tierra que se desvían de ella.

En este momento, estoy en una intersección, de pie en el pasillo de un tío que nunca he conocido. Un recuerdo en mi mente que me esquiva. Un dolor de cabeza que se avecina. Un martilleo. El sudor corre por los lados de mi cuerpo. Gotas. Gruñidos que llenan mis oídos. Un martilleo. ¿Los mato? ¿Arrojo un par de pistas falsas en la investigación? ¿O sólo empeorará las cosas?

Desciendo a la planta baja. La cocina está llena de electrodomésticos de acero inoxidable que cuestan más de lo que yo gano en un año. Me siento en un taburete en la barra de desayuno y apoyo la Glock frente a mí. Identificar a Travers como *gay* resultó sencillo: fueron los calendarios. Tanta virilidad sobreactuada fue la clave. Como sé que voy a pensar mejor con algo en el estómago, abro la nevera y rebusco en el interior. Termino preparándome un sándwich de carne de conserva… el novio de Travers es un excelente cocinero. Cojo una lata de Coca-Cola… después de todo está en oferta… para acompañarlo. La efervescencia hace desaparecer cualquier fantasía que tenga de que lo que estoy escuchando podría ser otra cosa que dos hombres disfrutando el mejor momento de sus vidas.

Arriba, la cama golpea contra la pared del dormitorio como si ella también quisiera haber salido corriendo por la puerta principal hace media hora. Me siento en la barra y deslizo el dedo por el borde, sacudiendo algunas migas del sándwich mientras hago todo lo posible para descartar el pensamiento que porque comí la misma comida que comieron estas personas, ahora soy *gay*, lo que por supuesto es una tontería, una tontería, pero el pensamiento no me abandona mientras considero qué hacer a continuación.

# CAPITULO DIECIOCHO

El restaurante abunda en conversaciones, olores agradables, buena gente, música decente y un ambiente cálido. Las camareras tienen peinados perfectos y cuerpos esbeltos que lucen con ropa ajustada. Todos los demás se han esforzado mucho por lucir informales: vaqueros, camisetas pulcras, zapatos elegantes.

El padre de Sally le está dando duro a un plato de pollo, su madre está ocupada con una ensalada y el tenedor de Sally está muy activo con sus *tortellini*. El día ha ido bien. Por primera vez en años, su padre, de cincuenta y cinco, parece tener su edad y no varios años más. El reproductor de DVD ha tenido éxito; Sally lo instaló con facilidad y su padre se pasó diez minutos jugando con el mando a distancia, aprendiendo a manejarlo. Los botones le resultaron difíciles de pulsar con sus manos temblorosas, pero su frustración fue mínima. Si ese seguirá siendo el caso dentro de un año, o incluso dentro de unas pocas semanas, nadie lo sabe.

Sally pincha unos cuantos trozos de pasta y se los lleva a la boca. Le encanta la pasta. Viviría bastante feliz comiendo nada más que pasta, pero esta noche su apetito no le está permitiendo disfrutarla. Su madre y su padre ríen. Se alegra por ellos, se alegra de que durante una o dos horas no parezcan tan vacíos.

Cuando acaba su comida, la simpática camarera que los ha estado atendiendo toda la noche se acerca, se lleva los platos y los sustituye con rapidez por los menús de postres. Sally ojea las opciones. No le apetece ninguna, y cuando observa a las camareras, duda de que alguna de ellas haya tocado algún tipo de postre en toda su vida. Se vuelve hacia su padre e identifica la tensión en sus rasgos mientras él intenta mantener su cuerpo bajo control. No será capaz de aguantar mucho más.

Sally está comiendo un helado de chocolate cuando empieza a sentirse culpable por Joe. Espera que él no hubiera estado dependiendo de ella para su almuerzo de hoy. Por supuesto, lo que la hace sentir mal de verdad es lo que él dijo esta mañana. «Alguien como yo». Ella no había sido consciente hasta entonces de que Joe sabía que la gente lo trataba de forma diferente, y que ella también lo hacía. Nadie más le preparaba el almuerzo. Nadie más le insistía para que saliera y se sentara en la orilla del río Avon y arrojara pan viejo.

De pronto, se le ocurren dos cosas. La primera es que hay una razón por la que Joe siempre ha rechazado su invitación para almorzar juntos o para que lo lleve a su casa. Ella lo ha estado tratando de manera diferente.

Lo segundo es que este helado no va a ser bueno para su cintura. De todos modos, ya no sabe tan bien. Es apenas una crema fría y aguada. Toma la cuchara y dibuja círculos en el helado, y lo vuelve más líquido todavía. Lo que tiene que hacer, se da cuenta, es esforzarse por conocer a Joe mientras finge que no se está esforzando. Sonríe a sus padres, contenta de que lo estén pasando bien. El crucifijo de metal de su madre cuelga fuera de su blusa y refleja la luz de las velas. A pesar

de todo, sus padres siguen teniendo fe. De nuevo, piensa que puede usar la fe para acercarse a Joe.

Baja la vista hacia su helado. Hoy es el primer día para convertirse en una mejor persona, una persona más cariñosa, una persona más delgada. Aparta el postre y se promete a sí misma no volver a tocar uno de nuevo.

# CAPÍTULO DIECINUEVE

La cama ya no golpea contra la pared. Podría estar rota. El colchón podría haberse desgastado. Tal vez se hayan pasado al suelo. Tal vez estén agotados. Pensar en eso hace que el sándwich de carne de conserva amenace con subir a mi garganta, y yo amenace con dejarlo. El problema es que no será sólo el sándwich. Será todo lo que he comido durante la semana.

He tomado una decisión. Voy a defraudar a Dios y permitiré que vivan. No le debo ningún favor a Él.

Dejo la lata vacía en la mesa y los restos de mi sándwich en el taburete. Nunca he sido muy ordenado en la casa. Llevo guantes. Cuando Travers encuentre la lata por la mañana, me pregunto si la mandará a analizar para ver si puede vincularla con las botellas encontradas en la casa de Ángela. Es un paralelismo demasiado audaz para trazar…. en todo caso, para un policía.

No me molesto en cerrar la puerta principal con llave. Si alguien entra y los mata, ¿quién soy yo para interferir con Dios? Me da risa pensar en sus caras por la mañana cuando se den cuenta de que han tenido una visita. La risa es la mejor medicina para lo que acabo de experimentar. ¿Qué van a hacer? ¿Reportarlo? No. Travers quiere mantener guardado su secreto. No me lo imagino yendo a trabajar mañana y contándole a todo el mundo lo que ha pasado. Durante un tiempo, va a vivir con miedo. Y su amiguito también. Y deberían… por ser un escarnio para la Biblia y la humanidad.

Por ser un escarnio para mí.

Dejo el coche a unos ochocientos metros de casa y sudo mientras camino el resto del trayecto. Mi maletín se siente pesado en el calor húmedo. Quizá algún día me compre un coche.

Cuando entro, veo dos mensajes esperándome, ambos de mi madre. Los borro sin escucharlos, y me pregunto dos cosas al mismo tiempo. Primero, por qué quiero tanto a mi mamá, y segundo, por qué no se podrá borrarla a ella con la misma facilidad.

Me siento frente a Pepinillo y Jehová y los observo mientras nadan en su interminable ciclo de pérdida de memoria. Me ven, sospechan que estoy a punto de alimentarlos y se acercan a toda velocidad. No los he alimentado en todo el día, así que no pierdo el tiempo. Echo una ojeada al contestador automático. Quizá mamá llame mañana. Me invite a comer pastel de carne. Me enseñe su último rompecabezas. Me dé un poco de Coca-Cola. Me gustaría. Me siento mal por no haber escuchado sus mensajes.

Antes de irme a la cama saco un viejo despertador del fondo de mi pequeño armario. Lo pongo a las siete y treinta y cinco. De esta manera, me doy la oportunidad de despertarme a las siete y media. Es como una prueba. Una prueba

con respaldo.

Les deseo buenas noches a mis peces antes de irme a la cama. Cierro los ojos y trato de no pensar en mi madre mientras espero que llegue el sueño y me aleje del dolor de lo que he visto esta noche.

# CAPÍTULO VEINTE

—¿Trabajando hasta tarde, detective Schroder?

—Encontramos otro cuerpo.

—¿Qué? —Empiezo a examinar el tablero de corcho—. ¿Estaba muerta, detective Schroder?

Christchurch está nublado y gris. No hay sol. Mucho calor. Calor húmedo como el de ayer. Mis mangas ya están remangadas. Schroder me mira como si yo no dejara de sorprenderlo con mi manantial de sabiduría. Le devuelvo la mirada como si los personajes de un cuento del Doctor Seuss estuvieran bailando en mi mente, cantando canciones cogidos de la mano y haciendo lo posible para mantenerme entretenido todo el tiempo.

—Sí, Joe.

Levanto la vista hacia la pared y tengo que recurrir a todo mi control para mantenerme en el papel de Joe el Lento cuando veo su fotografía. La señalo. La fotografía de Candy.

—¿Es ella?

Asiente con la cabeza.

—Se llamaba Lisa Houston. Era una prostituta.

—Un trabajo peligroso, detective Schroder. Ser empleado de limpieza es mejor.

La fotografía de Candy es una de esas fotos *postmortem* que hacen que las fotos de pasaporte parezcan buenas en comparación, en particular en este caso porque fue tomada después de haber pasado dos días en un dormitorio de una planta superior con un calor sofocante. La descomposición no ha sido amable con ella. El desprendimiento de piel alrededor del cabello y la cara es significativo. Su piel está cubierta de manchas púrpuras. En un día o dos, serán manchas negras. Sus ojos están blanquecinos; su brazo, torcido y magullado. La piel de las manos se asemeja a guantes mojados.

»¿Murió anoche, detective Schroder?

—Antes que eso, Joe. Lo sabremos con exactitud más tarde.

El patólogo estimará el día después de examinar las larvas de insectos que crecen alrededor de la cara maltratada y la vagina desgarrada, y de la fractura compuesta del brazo donde el hueso se asomó y dijo hola.

»¿Sabes qué, Joe? No deberías mirar este tipo de fotos.

—No hay problema —respondo—. Sólo finjo que no son personas reales.

—Supongo que eso debe ser un lujo.

—¿Café, detective Schroder?

—Esta mañana no, Joe. Gracias.

Me voy a mi oficina. Tengo una curiosidad desesperada por saber cómo encontraron el cuerpo, quién lo encontró, y quién se presentó en la escena. El

detective Travers por cierto no fue. Estaba ocupado.

Quizás fue el marido, que regresó a casa para reencaminar su vida. Se preguntó qué sería ese olor que venía del piso de arriba. *Déjà vu*. Ya sea que respires por la nariz o por la boca, o incluso si no respiras en absoluto, el olor de la muerte en descomposición siempre te afectará. Adquiere vida propia, como el fuego, que busca oxígeno para quemar y mantenerse vivo y, como el fuego, tiene una voracidad por ser alimentado. Un propósito para su supervivencia. Me pregunto si el marido volverá a subir esas escaleras de nuevo.

He oído hablar de casos en los que personas mayores han vivido con su cónyuge muerto durante meses porque no querían separarse de su ser querido. Los acuestan en la cama o los ponen frente al televisor viendo programas de juegos con su cojín favorito en el regazo. Conversan con ellos. Les toman la mano, aunque la piel se esté desprendiendo de ella en forma de abrasiones putrefactas. Durante un tiempo después de la muerte de papá, vigilé a mamá para asegurarme de que estaba sola en casa; imaginaba que era capaz de sacar un súper pegamento para tratar de unir las cenizas de papá y así poder regañar al pobre cabrón hasta la muerte una última vez.

Recuerdo una historia que leí una vez en un periódico. Un tipo en Alemania había muerto, y aunque su cuerpo podrido apestaba, ninguno de los vecinos quería molestarlo. Estuvo allí durante un par de meses y no lo encontraron hasta que el propietario quiso reclamar el alquiler. Se lo había comido su colonia de gatos y para entonces, era casi puro hueso. Seguro que al tipo le mamaron la polla más estando muerto que en vida.

Friego los pisos. Limpio las ventanas. Me hablan como si fuera un idiota. A lo largo de la mañana, escucho lo suficiente para saber que las huellas en la escena son idénticas a las de las otras escenas. Residuos de mis guantes. Fibras de alfombra. Cabello. El marido de Daniela Walker había llegado a la casa a buscar su afeitadora eléctrica… mi afeitadora eléctrica ahora… y había encontrado el cuerpo.

Debido a las significativas diferencias entre la muerte de Lisa la Puta y la muerte de Daniela el Ama de Casa Golpeada, más detectives han optado por la teoría de que están a la caza de dos asesinos y no de uno. Cada víctima ha sido asesinada de manera diferente (aunque soy repetitivo en mi trabajo diario, no me gusta serlo en mis actividades fuera de horario), pero en cada escena he dejado pruebas similares, ya sea ropa, fibras o saliva.

Dos asesinos. Es la suposición general. Nadie que piensa lo contrario tiene alguna teoría de por qué el asesino volvió a la escena con una prostituta.

Justo antes del almuerzo me encuentro con el policía *gay* local y lo saludo. No está de humor para hablar y me despacha con un saludo rápido. Parece distraído. También parece cansado.

Me quedan cuatro hombres por estudiar. La hora del almuerzo llega y se va sin una visita de Sally, y lo que es más importante, sin sus sándwiches. Me arreglo con la comida que tengo. Después del almuerzo, uso el ordenador y los archivos de personal en una de las salas de informes de la planta superior y reproduzco los

informes del departamento de cada uno de los cuatro hombres restantes para su posterior lectura. Me entusiasma ver cómo mi lista se va reduciendo. Lo que no puedo entender es por qué tengo que eliminar todos los nombres menos uno hasta encontrar al asesino. ¿Por qué no puede ser la siguiente persona que investigue el hombre que busco?

¿Por qué la suerte tiene que estar en mi contra? Decido empezar con los dos que no conozco tan bien, los dos forasteros.

Estoy en la sala de informes pasando la aspiradora por una alfombra manchada de tóner cuando Sally abre la puerta y entra. No parece sorprendida de encontrarme aquí, lo que significa que debe haber estado vigilándome. Tal vez debería estar más atento a ella. Apago la aspiradora.

—¿Cómo va tu día, Joe? —me pregunta. Siempre me pregunta lo mismo, como si un día fuera a recibir una respuesta diferente de *Bien* o *Todo tranquilo*.

Decido animar su día y mezclar la conversación.

—La verdad que muy bien, Sally. Como todos los días. Me gusta mi trabajo.

—A mí también me gusta mi trabajo —conviene ella, y luego baja la voz, aunque no hay nadie más aquí para escucharla—, pero debo admitir que lo encuentro un poco aburrido. ¿Nunca sientes que quieres hacer otra cosa? —Se acerca a la fotocopiadora y se apoya contra ella. Los informes que imprimí están a salvo en mi mono, y los originales están de regreso donde pertenecen—. Me refiero a que… ¿no crees que debería haber algo más en la vida?

—¿Como qué? —pregunto, con verdadera curiosidad. Puedo aprender de esta mujer. Si ella tiene objetivos menores en este mundo, puedo decir que yo tengo los mismos si eso contribuyera a mi actuación. Es lo que hacen los actores de método.

—Cualquier cosa. Todo —responde, y tal vez sea el efecto del olor de la aspiradora o los vapores del limpiador de ventanas, pero por primera vez, Sally suena como si estuviera pensando fuera de lo establecido, más allá de sus limitaciones.

—No te entiendo —digo, y de verdad no entiendo.

—Lo siento —contesta ella—. Ni yo me entiendo. ¿No tienes sueños, Joe? Si pudieras ser cualquier cosa en el mundo, ¿qué querrías ser?

La respuesta es simple.

—Joe.

—No, me refiero a un trabajo. Cualquier trabajo en el mundo.

—Un empleado de limpieza.

—¿Además de eso?

—No estoy ca… pa… citado para nada más.

—¿Te gusta la idea de ser bombero? ¿O policía? ¿O artista?

—Una vez dibujé una casa. No tenía ventanas.

Suspira, y por un momento, pienso en los documentales de la televisión en los que algún retrasado se casa con su par femenina. Este ha de ser el tipo de conversación que deben tener antes de intentar hacer bebés con discapacidad mental. Decido ponerle fin y ayudar a Sally a salir de la situación.

»Me gustaría ser astronauta.

Su cara se ilumina con mi respuesta.

—¿En serio?

—Sí. Desde que era un niño —agrego, ahora improvisando porque aunque no es mi fantasía, suena como el tipo de cosa que a todo hombre…al margen de su coeficiente intelectual… le gustaría ser—. Contemplaba la luna y quería caminar sobre ella. Sé que no se puede vivir allí, pero al menos podría volar hasta ella y hacer ángeles de nieve en el polvo lunar.

—Eso suena lindo, Joe.

Estoy seguro de que sí. Decido ir un paso más allá en esta noción romántica.

—Estaría solo allí arriba. No me preocuparía por lo que la gente piensa de mí. Sería pacífico.

La sonrisa de Sally empieza a flaquear.

—¿Te preocupa lo que la gente piensa de ti?

—A veces —respondo, aunque eso no es necesariamente cierto. Sólo me preocupa lo que los demás creen que soy *capaz* de hacer—. No es fácil ser retratado —añado, con énfasis en la segunda *t*.

—Retrasado.

—¿Qué?

—No importa —dice ella—. ¿Y Dios?

—¿Dios? —repito, como si nunca hubiera oído hablar de ese tío—. ¿Crees que es retratado?

—Por supuesto que no. Pero, ¿alguna vez te preocupas por lo que Él piensa?

Es una buena pregunta. Y si de verdad creyera en todos esos cuentos sobre que «Dios te ama» y «Dios te castigará», entonces sí me preocuparía. Miro el crucifijo que cuelga de su cuello. Es un símbolo que la presenta ante el mundo como alguien que cree en el Cielo y el Infierno y en todas las cosas buenas y malas que hay en medio.

—Siempre me preocupo, porque Dios siempre está vigilando —digo, y su rostro se ilumina de nuevo y me doy cuenta de que si Sally duplicara su coeficiente intelectual y redujera su peso a la mitad, podría ser la clase de persona con la que me iría a casa.

—¿Alguna vez vas a la iglesia, Joe?

—¿A la iglesia? No. Nunca.

—Deberías.

—Me confunde —digo y bajo la mirada, como si estuviera admitiendo algo que me hace sentir avergonzado de ser un buen cristiano temeroso de Dios—. Me gustaría hacerlo, pero es que no aguanto… —¿Qué? ¿La lección? ¿El sermón? ¿El aburrimiento? No estoy seguro de la respuesta—. Ya sabes. Estar tres horas sentado escuchando. Además, me cuesta entender algunas cosas. Me parece que la Biblia no tiene mucho sentido. —Lo cual estoy seguro de que es cierto. Vuelvo a mirar hacia arriba y sonrío para disipar mi expresión avergonzada previa. La sonrisa de niño grande surte un efecto renovador en el rostro de Sally.

—Yo voy a la iglesia todos los domingos —precisa ella. Levanta una mano y se toca el crucifijo.

—Qué bueno.

—Estás invitado a venir. Te prometo que no será aburrido.

No tengo ni idea de cómo puede prometer algo así a menos que el sacerdote esté planeando quebrantar al menos la mitad de los mandamientos.

—Lo pensaré.

—¿Tus padres van a la iglesia?

—No.

—Es bueno que tengas fe, Joe.

—El mundo necesita fe —afirmo, y entonces Sally se lanza a parlotear durante cinco minutos y me cuenta cosas que ha podido aprender de la Biblia. Me imagino que para absorber toda esa mierda cristiana debe haber olvidado otras cosas en el camino, y por eso es tan increíblemente tonta.

Al final me pregunta qué he planeado para el fin de semana. Le digo que tengo muchos planes, como ver televisión y dormir. Me preocupa que de repente sugiera que hagamos una de esas cosas juntos en su casa.

Pero me libra del aprieto.

—¿Te he hablado alguna vez de mi hermano? —inquiere.

—No.

—Me recuerdas a él.

Su hermano debe haber sido increíble, pero me parece un poco enfermo que ella haya querido follar con él también.

—Qué bueno.

—En cualquier caso, quería que supieras que si alguna vez quieres ayuda con algo o quieres hacer algo como hablar o tomar un café o algo, bueno, siempre estoy disponible.

Estoy seguro de que lo está.

—Gracias.

Introduce la mano en el bolsillo y saca una tarjeta comercial. Su número de teléfono está escrito en ella, con la misma letra atractiva y alegre que tienen las mujeres normales. Al verla, me doy cuenta de que tenía todo este discurso planeado. Me la entrega. Le doy la vuelta y veo que es una tarjeta del detective Schroder. Tiene una mancha redonda de color café: ha reciclado la tarjeta en lugar de robar una nueva.

—Si alguna vez necesitas algo, Joe, solo tienes que llamarme.

—Solo tengo que llamarte —repito y esbozo mi sonrisa de niño grande. Guardo la tarjeta en el bolsillo y siento que se me eriza la nuca.

—Vale, será mejor que vuelva al trabajo —anuncia.

—Yo también —digo y miro la aspiradora.

Sally sale de la habitación y cierra la puerta a sus espaldas. Saco la tarjeta con su número de teléfono del bolsillo y me dispongo a romperla, pero Sally podría reaparecer. Lo mejor será deshacerme de ella después del trabajo. Tal vez en casa.

Se hacen las cuatro y media. Hora de dejar de trabajar. Además, es viernes, hora de dejar de pensar. Trabajar demasiadas horas extra sólo me estresará. Un empleado de limpieza estresado es un empleado descuidado. Por lo tanto, cuando me bajo del autobús cerca de casa, decido no seguir investigando durante el fin de semana. Un detective estresado es un detective descuidado.

Aprovecharé este fin de semana para relajarme. Intentaré disfrutar. Pasaré tiempo de calidad con Joe. Tal vez observe a mis peces durante un rato. Tal vez visite a mamá. Tal vez lea otra novela romántica. Subo las escaleras hacia mi apartamento, abro la puerta y entro. Un momento después saco las carpetas de mi maletín. Me digo a mí mismo que no debo abrirlas, que no debo leerlas, pero tal vez les eche un vistazo rápido…

No. No. Debo. Trabajar.

Me siento en el sofá. Dejo los informes. Alimento a Pepinillo y a Jehová. Mientras comen, chequeo el contestador automático. Mamá no ha llamado. Qué raro.

Vuelvo al sofá y miro los informes que no quiero leer. Así debe ser cómo algunos policías se empecinan en resolver un crimen. Por desgracia, te decepcionas a ti mismo, no por trabajar tanto, sino por trabajar tanto y no llegar a ninguna parte. No puedes parar de trabajar, porque de repente, nada más importa. Te obsesionas.

Estoy en ese punto ahora. Es como una necesidad, supongo, o un anhelo. He abierto esta investigación. Estoy experimentando la exacta razón de tantos divorcios en el departamento de policía. A menos que deje la carpeta ahora mismo, voy a terminar pasando todo el fin de semana sentado en la cama y leyendo. Trabajando. Estresándome. Pero es un desafío…

Voy hasta el lavabo y me echo agua fría en la cara. ¿Acaso quiero invertir tanta dedicación? ¿Quién soy yo para pasar mi fin de semana resolviendo un crimen que en realidad no me interesa?

Ah, ahí está el problema. *Sí* me interesa. Me ha interesado toda la semana. ¿Cómo no iba a interesarme? ¿Es esto una consecuencia de mi falta de vida? ¿Debo resolver un asesinato para disfrutar?

Y he aquí el golpe de gracia: de hecho, *estoy* disfrutando. Desde luego, he disfrutado todo el tiempo en que fui reduciendo los sospechosos, pero también he disfrutado todo lo relacionado con la investigación. Me gusta el espionaje, sentirme James Bond, entrar a hurtadillas en la casa de los Sres. *Gays*, escabullirme en los cubículos y las oficinas de la comisaría. Las jornadas largas. El drenaje mental constante. La lógica y la realidad. Ha sido todo muy emocionante.

Los problemas son acostarse tarde, los sueños, quedarse dormido por la mañana, la rutina trastocada. Pero no quiero que mi vida sea una rutina. Después de esto, podría tomar otro caso. La satisfacción de saber que soy mejor que cualquier otro en el departamento de policía satisface mi ego, ¿pero es razón suficiente para continuar con esto?

Creo que podría serlo. A veces matar es una cuestión pura de ego, en particular para otras personas, pero yo me siento cómodo sabiendo que no soy como otros asesinos. Sé que lo que hago está mal, pero no intentaré justificarlo. No diré que

Dios o Satanás me obligó a hacerlo. No diré que ellas se lo buscaron. Ni tampoco fingiré que una infancia abusiva me hizo desembocar en este camino de tierra apartado de la autovía principal de la vida. Mi infancia fue normal, al menos tan normal como podría haber sido con mi madre loca. Nunca abusó de mí, nunca me descuidó… aunque habría sido más fácil si lo hubiera hecho. El abuso me habría dado una razón para odiarla. El abandono me habría dado una razón para amarla.

Si pudiera señalar mi infancia y elegir una cosa que me hizo el hombre que soy hoy, sería exactamente lo contrario del descuido. Sería la conversación constante, las explicaciones constantes, el *estar siempre ahí*. Por lo que no hay una razón profunda por la que crecí para disfrutar de matar a la gente, ninguna agitación interna ni conflictos ni resentimiento hacia el mundo o hacia mis padres. Ninguno de ellos era alcohólico. Ninguno de ellos abusó de mí. Nunca incendié la escuela, nunca prendí fuego al perro. Fui un niño normal.

Me alejo del lavabo y miro por mi pequeña ventana hacia la ciudad. Todavía está gris afuera. Me echo un poco más de agua en la cara y me seco con una toalla.

¿Cuánta dedicación quiero poner?

La dedicación es fuerza de voluntad. Cierro los ojos y los aprieto con fuerza. ¿Trabajar o no trabajar? Esa es la cuestión.

Suena el teléfono. Me sobresalta y lo miro esperando verlo sacudirse en la horquilla. Lo primero que pienso es en mamá. ¿Le habrá pasado algo? No estoy seguro de cómo es la ley de prescripción de las premoniciones, pero la que tuve ayer por la mañana ya debe de haber expirado. Mamá está bien. Mamá siempre va a estar bien. Lo cojo antes de que el contestador automático tome la llamada.

—¿Joe? ¿Eres tú? —pregunta, sin darme oportunidad de decir nada.

—¿Mamá?

—Hola, Joe. Soy tu madre.

—Mamá… ¿por qué… por qué me llamas?

—¿Qué es esto? ¿Necesito una excusa para llamar a mi único hijo que creí que me amaba?

—Te amo, mamá.

—Tienes una extraña manera de demostrarlo —replica ella.

—Sabes que te quiero, mamá —insisto, y siento ganas de agregar que desearía que por una vez pudiera decirme algo positivo sobre mí, porque si pudiera, sería mucho más fácil amarla.

—Grandioso, Joe.

—Gracias.

—No entendiste —precisa ella—. Estoy hablando con sarcasismo.

—Con sarcasmo.

—¿Qué, Joe?

—¿Qué?

—¿Qué has dicho? —pregunta.

—Nada.

—No me pareció nada.

—Creo que la conexión no es buena —aventuro—. ¿Qué estabas diciendo?

—Dije que estaba hablando con sarcasismo. Estoy diciendo que es grandioso que ahora pienses que sólo imagino que me quieres. ¿Estás diciendo que debo dar por sentado que amas a tu madre? No veo cómo puedo dar tal cosa por sentada. Nunca me visitas, y cuando te llamo, ¡te quejas! A veces no sé qué hacer. A tu padre le daría vergüenza ver cómo me tratas, Joe. ¡Vergüenza!

Una parte de mí tiene ganas de llorar. Otra parte tiene ganas de gritar. No hago ninguna de las dos cosas. Me siento y dejo que mi cabeza y mi pecho caigan ligeramente. Me pregunto cómo sería la vida si mamá hubiera muerto en lugar de papá.

—Lo siento —digo, sabiendo que sólo puedo disculparme en lugar de intentar corregir su forma de pensar—. Te prometo ser mejor, mamá. Te lo prometo de verdad.

—¿En serio? Ese es mi Joe. El hijo cariñoso y atento con el que siempre soñé. A veces eres un verdadero ángel, Joe. Me haces sentir muy orgullosa.

—¿De veras? —Empiezo a sonreír—. Gracias —añado, rezando para que no esté hablando con *sarcasismo*.

—Hoy fui al médico —declara, cambiando de tema o, para ser más exactos, pasando a la razón por la que me ha llamado.

—¿Al médico? Oh, Jesús. ¿Qué pasa?

—Anoche debo haber caminado dormida, Joe. Esta mañana me desperté con la puerta de la habitación abierta y yo tendida en el suelo.

—¿En el suelo? Oh, Dios mío. ¿Estás bien?

—¿Qué crees?

—¿Qué dijo el médico?

—Dijo que tuve un episodio. ¿Sabes qué es un episodio, Joe?

Me siento más cerca de llorar que de gritar. Pienso en Fay, Edgar, Karen y Stewart del programa favorito de mamá. Sí, sé lo que es un episodio.

—¿Qué tipo de episodio?

—El doctor Costello dice que no hay nada de qué preocuparse. Me dio unas pastillas.

—¿Qué clase de pastillas?

—No sé bien. Te contaré más cuando vengas. Cocinaré pastel de carne. Es tu favorito, Joe.

—¿Seguro que está todo bien?

—El doctor Costello parece pensar que sí. ¿A qué hora vendrás, entonces?

De pronto, no estoy tan seguro de que haya habido un episodio. De hecho, estoy casi convencido de que mamá está inventando todo esto para hacerme sentir culpable.

—¿Tienes que hacerte estudios?

—No. ¿Sobre las seis? ¿Seis y media?

—¿No necesitas estudios? ¿Por qué? ¿Qué más van a hacer?

—Tengo mis pastillas.

—Estoy preocupado, eso es todo.

—Estaré mejor cuando vengas.

Respiro hondo. Allá vamos.

—No puedo ir, mamá. Estoy ocupado.

—Siempre estás ocupado, nunca tienes tiempo para estar con tu madre. Soy todo lo que tienes, lo sabes. Todo lo que tienes desde que tu padre murió. ¿A dónde irás a parar cuando yo no esté?

Al paraíso.

—Iré el lunes, como siempre.

—Supongo que lo sabremos el lunes.

La línea se corta de repente.

Me pongo de pie y cuelgo el teléfono. Oírlo sonar me recordó que nunca llamé a la veterinaria, pero el hecho de recordarlo no me da ganas de hacerlo ahora. Camino hasta mi maltrecho sofá. Me siento y apoyo los pies en la mesita de café llena de marcas. En el silencio de la sala, oigo la bomba que hace circular el agua en la pecera. Me pregunto qué tipo de paz podría encontrar si fuera un pez de color con una memoria que sólo abarcara los últimos cinco segundos de la conversación de mi madre.

Observo los expedientes que contienen la información de los cuatro hombres que quedan en mi lista de sospechosos. Si empiezo a examinarlos, al menos dejaré de pensar en mi madre. Pastel de carne el lunes: el preludio de sus regaños por no vivir allí, por no tener una vida, por no tener un BMW. ¿Será que leer los informes la erradicará de mi mente?

Creo que vale la pena intentarlo.

Los cojo y empiezo a leerlos.

# CAPÍTULO VEINTIUNO

Detective Harvey Taylor. Cuarenta y tres años. Casado. Cuatro hijos. Lleva dieciocho años en el cuerpo de policía. Se convirtió en detective en la brigada de robos cuando tenía veintiocho. Ascendió a homicidios a los treinta y cuatro. Ha sido asignado a algunos de los principales casos de homicidio en Nueva Zelanda. Es parte del equipo que sigue la pista del tipo que dejó los cuerpos en el lago del cementerio, un tío al que los medios llaman el Asesino del Cementerio. También forma parte del equipo que intenta rastrearme.

Estoy leyendo la historia de Taylor: era un estudiante sobresaliente en la escuela. Varios logros deportivos destacados. Coeficiente intelectual alto. El tipo de chico que yo odiaba cuando estaba en la escuela. El tipo de hombre que quería ser.

En la carpeta están las calificaciones de su época escolar. También las calificaciones de la Real Escuela de Policía de Nueva Zelanda. Los resultados de pruebas psicológicas. Busco preguntas del tipo «¿Alguna vez ha estrangulado a una mujer hasta matarla después de violarla?», pero no están allí. Me imagino que habría marcado «No». La mayoría de las preguntas son bastante patéticas. «¿Cuál es su color favorito?». «¿Cuál es su número favorito?». «¿Robaría si estuviera desesperado?». «¿Alguna vez ha fumado drogas?». «¿Ha matado alguna vez una mascota?». «¿Le ha dado una paliza a alguien en la escuela?». «¿Ha recibido alguna vez una paliza?». «¿Le gusta prender fuego?».

Las preguntas por sí o por no ocupan cinco páginas antes de que las pruebas pasen a preguntas que requieren respuestas escritas en lugar de tener que marcar casillas. «¿Qué debemos hacer con los asesinos?». «¿Qué sintió al recibir una paliza en la escuela?». «¿Qué hizo al respecto?». Por qué esto y por qué aquello. Un puto gran problema esto y un puto gran problema eso. Están diseñadas para determinar un perfil psicológico. Algo como «Recibía palizas en la escuela, pero mi color favorito es el azul, lo que significa que no puedo ser gay. ¿Vale?». Sí, claro.

Dejo de mirar las preguntas y voy a los resultados. Taylor fue básicamente refrendado como cuerdo. No más explicación que esa. Los graduados «insanos» se convierten en encargados de aparcamiento.

Sigo leyendo su historial de oficial a detective: los arrestos que ha hecho, los casos que ha resuelto. El tipo ha invertido varias horas de su tiempo privado en estos casos. Esas horas no son remuneradas, pero te confieren algo de respeto. Te ayudan a ser promovido, para que puedas hacer aún más trabajo por el que tampoco serás remunerado. El informe indica que el tipo es dedicado, a su trabajo y a su familia. No sé cómo es el equilibrio, pero hasta ahora sigue teniendo ambos.

Esto no lo elimina como sospechoso. Por lo que sé, está echando tanto de menos a su mujer que su imaginación y su mano derecha ya no le bastan. Tal vez busca el desahogo sexual con una extraña. No tengo forma de saberlo. Lo único que sé es

que al margen de los casos de robo, que tienen una tasa de resolución tan baja que es lamentable, Taylor ha resuelto casi todas sus investigaciones. Por eso está aquí. Tampoco es que su presencia aquí esté siendo de gran ayuda.

La fotografía suministrada en el expediente debe tener unos diez años, cuando Taylor tenía poco más de treinta. Incluso entonces, parecía diez años más viejo. Ahora, parece veinte años más viejo. En estos días, su pelo gris ceniza delinea entradas en su frente que amenazan con dejarlo calvo en un par de años. No tiene los ojos negros de un asesino. En cambio, sus ojos azules amables ocultan una inteligencia que no asocio con muchos detectives. Su cara está llena de arrugas producto de la edad y el sol. Su piel es curtida y bronceada, y es fácil imaginarlo sobre una tabla de surf en medio del océano.

La foto de la carpeta es en color y muestra el tipo de moda que usábamos entonces. Espero que no existan fotografías mías en algún lugar con esa clase de ropa.

Dejo la carpeta. Bostezo. Me estiro. Y consulto mi reloj. Ya son las ocho. He estado en casa casi tres horas. ¿A dónde va el tiempo?

Ojalá supiera. Mi alarma interna no me lo está diciendo.

Es viernes por la noche. Noche de fiesta. Sin embargo, aquí estoy, atrapado en el interior de mi pequeño apartamento, con la mente en otra parte y los ojos deslizándose sobre información que no está ayudando. Bebo mi café. Ni siquiera recuerdo haberlo hecho, pero aún está caliente. Leer toda esta información me ha provocado un estado disociativo. Me imagino que a cualquiera le pasaría lo mismo. Mientras me quito el mono, saco la tarjeta con el número de teléfono de Sally del bolsillo. Estoy a punto de arrugarla hasta formar una pequeña bola cuando decido guardarla. Es agradable tener el número de teléfono de alguien que no sea el de mi madre o el del trabajo. Utilizo un imán que parece un plátano en miniatura para adherirlo a la parte delantera de la nevera. Me hace sentir como si tuviera amigos, y no es una sensación tan mala.

Me tomo un descanso. Por fin encuentro el momento para llamar a Jennifer a la veterinaria y me doy cuenta de que el mero hecho de oír mi voz le ha alegrado el día. Le pregunto por el gato. El gato está bastante bien dentro de todo, pero su estado sigue siendo delicado. Le pregunto por los dueños del gato. Dice que no hay buenas noticias en ese sentido. Le pregunto qué van a hacer con el gato si vive. Dice que irá a un refugio. No le pregunto qué pasará en el refugio. Le pido que me mantenga informado, y me dice que lo hará.

Vuelvo al sofá para coger una toalla que cuelga del brazo, pero acabo tomando otra carpeta. Estoy desnudo, mis axilas huelen a vagabundo, pero me vuelvo a sentar en el sofá y continúo leyendo.

Detective inspector Robert Calhoun. Cincuenta y cuatro años. Casado. La fotografía fue tomada más o menos un año antes de que su hijo visitara la gran mansión de los suicidas en el cielo. El informe está aquí. Timothy Calhoun. El pequeño Timmy. No puedo imaginar tener un policía como padre. Tal vez por eso se colgó en el garaje. O quizás papá estaba jugando al doctor y a la enfermera con

él.

«¿Quieres que te enseñe un truco de magia, pequeño Timmy?».

Calhoun entró en el cuerpo de policía a los veintidós años y estuvo en la fuerza diez años antes de convertirse en detective. Originario de Dunedin, estaba radicado en Wellington, donde pasó unos años, y luego fue trasladado a Auckland. El cuerpo policial es así. Te dan un trabajo, te capacitan, y luego te separan de tu familia y tus amigos y te asignan a un lugar del país donde no conoces a nadie.

Calhoun trabajó en agresiones graves, incluyendo violaciones, durante doce años. Más tarde, le dieron la oportunidad de dedicarse a homicidios. No existen departamentos de homicidios en este país. Todavía no. Cuando alguien es asesinado, se asignan detectives experimentados de otras áreas, por lo general de agresión sexual, a veces de robos, para investigar. De modo que aun cuando estos tipos han estado trabajando en homicidios durante cinco años o lo que sea, siguen siendo ante todo policías de robos o fraudes hasta que la oportunidad llama a sus puertas. Me imagino que trabajar en casos de violación y otras agresiones durante doce años sin duda le daría algunas ideas a cualquiera. Podría ser el caso aquí que Calhoun hubiera aprendido una o dos cosas sobre lo que las mujeres realmente quieren.

Estudio su fotografía. En el transcurso de los años, ha envejecido tres años por cada uno que ha pasado. Su cabello negro y abundante y con un corte greñoso se ha vuelto ahora canoso y ralo. Su cara es larga y luce cansado, con los ojos y la boca rodeados de pequeñas arrugas. No tiene ojos negros tampoco. Los suyos son de color marrón oscuro. Tienen una mirada triste, como la de un cachorrito perdido. La mandíbula estrecha sigue siendo la misma, excepto por la incipiente barba entrecana que usa ahora.

¿Qué tenemos? Un hijo muerto. Una esposa que es probable que no haya tocado a su marido desde entonces. Agresiones. Un hombre con un peinado greñoso. Todos estos casos de violación. La razón por la que la cifra de casos de violación en este país es tan alta y no hace otra cosa más que aumentar es que el sistema judicial nunca ha implementado un elemento disuasorio lo bastante significativo para evitarlos.

Examino el perfil psicológico de Calhoun. Nada muy diferente del de Taylor. Echo un vistazo a su historial universitario. No es brillante, pero bastante bueno. Dentro del veinte por ciento de los mejores de su clase, aunque eso también significa entre el ochenta por ciento de los peores. No ha resuelto todos sus casos, pero no muchos lo hacen. Hay un gran número de agresiones sexuales sin resolver que me gustaría creer que Calhoun cometió, pero sé que no pudo hacerlo... es demasiado arriesgado. Si un policía hace algo así necesita asegurarse de que su víctima no pueda identificarlo después, para lo cual existe un único método para garantizarlo.

El tiempo vuela. La cabeza me da vueltas. Bajo la vista hacia mi regazo y veo la razón de la falta de sangre en mi cerebro. Toda esta lectura sobre agresiones sexuales me ha animado. Me pongo de pie y cojo la toalla, pero de pronto la idea de

una ducha fría no es suficiente para permitirme aguantar hasta mañana, no cuando la noche tiene tanto que ofrecer. Mi cuerpo está tenso y mi mente aún más, y por muy divertido que haya sido ser detective, me merezco una recompensa por todo ese trabajo arduo, ¿y qué mejor recompensa que volver a ser yo mismo?

Me salto la ducha. La idea de aprovechar la noche me arranca de los informes. Me visto. Tengo un armario lleno de ropa bonita que pertenece a hombres que ahora tienen esposas muertas. Me meto la Glock en la cintura de los vaqueros y me aseguro de que mi chaqueta de cuero la cubra. Deslizo uno de mis cuchillos en el bolsillo interior.

Vestido para matar. Con lo básico.

# CAPÍTULO VEINTIDÓS

Christchurch de noche. Mi ciudad. Mi patio de recreo. Donde la gente que te odia aún te llamará «amigo». El aire es cálido, rebosante de actividad; una brisa ligera sopla del noroeste. La noche no es demasiado caliente, pero sí agobiante. Llena de sonidos y de humedad. Llena de luces fluorescentes y de hormonas. Al sur de la ciudad, en Port Hills, un millón de luces titilan en la distancia. En las otras direcciones, sólo un paisaje chato salpicado de edificios. La ciudad en sí está repleta de luces de neón: rosas, morados, rojos y verdes. Todos los colores posibles deslumbran los ojos desde todos los ángulos posibles.

El barrio rojo de Christchurch abarca las calles Manchester y Colombo, que corren paralelas a través del corazón de la ciudad. En cualquiera de estas esquinas, se puede comprar una fiesta personal por veinte, sesenta o cien dólares. Dos clases de personas circulan por estas calles. La primera incluye a los adolescentes y veinteañeros que conducen sin más destino en mente que el de estar en otro lugar, siempre en movimiento, como un tiburón. Motores modificados que hacen más ruido que un *jumbo*. Llantas de magnesio brillantes y gruesas. Tubos de escape lo bastante anchos como para meter el puño. Son los tuneros. No podría decir cómo surgieron, pero lo hicieron; un día, miles de adolescentes aparecieron en coches japoneses importados de aspecto costoso, algunos con altavoces que emitían bajos tan potentes como el disparo de un cañón, otros con tiras de neón pegadas a lo largo de la base del vehículo y aún otros pintados de forma tan brillante que podrían causar una embolia cerebral en un observador. Todos estos coches son una molestia para la sociedad. Los escaparates de las tiendas cercanas tiemblan a su paso. Algunos pelan los neumáticos en cada semáforo cuando sus motores modificados se abalanzan hacia adelante. Niños que hacen un esfuerzo descomunal por ser geniales en un mundo que no lo es y que terminan su ajetreada semana ocupada en cobrar cheques de la seguridad social impresionando a todo el mundo con su gusto musical.

En el otro extremo del espectro está la segunda clase de personas. Son los tipos que solían hacer lo mismo diez años atrás, sólo que entonces se limitaban a ir y venir por la misma calle. Estos tipos siguen conduciendo los mismos coches: coches más viejos y más grandes, sin tanto kilometraje. Estos tíos usan vaqueros negros ajustados y camisetas negras con agujeros y estampadas con nombres de bandas de *heavy metal* o marcas de *whisky*. Llevan el cabello largo o la cabeza rapada, sin punto medio. De sus bocas cuelgan cigarrillos o porros. Andan con ventanillas tintadas, y con las laterales siempre bajadas para que todos podamos disfrutar de su presencia. Creen que las mujeres que los vean se enamorarán al instante, y lo más loco es que algunas lo hacen. Las putas que andan con sus vestidos teñidos y sus rostros cubiertos de maquillaje… sin nada que ocultar y exhibiendo sus

tatuajes coloridos y baratos.

La línea de bares y cafés de Oxford Terrace se conoce como La Gran Avenida. Es un mercado de carne en el que las chicas más dudosas provocan a unas cuantas docenas de hombres por cada uno con el que terminan acostándose. Siete u ocho de estos bares están apretados en esta manzana, todos ellos con vistas a la orilla del río. Al otro lado del río y en una ligera diagonal, a unos setenta metros de distancia del bar más cercano, está la comisaría de policía. Un viernes por la noche, la mezcla de agua y orina en el Avon es de cincuenta y cincuenta. Las anguilas flotan panza arriba. Los patos picotean los preservativos usados y desechados en la orilla. Los peces pequeños aletean hacia la superficie con la idea de que tal vez tengan más posibilidades en el aire que respirando la misma cosa en la que están nadando. Cada diez metros más o menos, alguien se ha desmayado borracho. A medida que me acerco a La Gran Avenida, saco la pistola de mi cintura y la guardo en el bolsillo interior de la chaqueta, luego me quito la chaqueta y la cargo en la mano. La noche no es tan calurosa como la semana pasada, pero el sudor resbala por los costados de mi cuerpo. Me he aplicado suficiente loción para después de afeitar y desodorante para ocultar cualquier olor que mi cuerpo pueda emitir, aunque ya hay más que suficiente loción para después de afeitar y perfume en el aire. Caminar por esta calle me ha perfumado de forma gratuita en cuestión de segundos.

Es pasada la medianoche y la Gran Avenida está cada vez más animada. Durante toda la semana, las mujeres se han dirigido del trabajo directo a sus casas y han cerrado sus puertas con llave, temerosas de que lo ha que les ha estado sucediendo a sus pares en las noticias pueda pasarles a ellas. En cualquier día de la semana, hay una conciencia general de que las cosas no son tan seguras como deberían. Sin embargo, al llegar el viernes y el sábado por la noche, todos esos temores se hacen a un lado para dejar que empiece la diversión. Aquí, la mayoría de las mujeres son jóvenes y andan poco vestidas. Intentan colarse en clubes que suponen que son populares por las colas de personas que esperan fuera. Los porteros están de pie con los brazos cruzados y sus músculos abultados. Tienen problemas de actitud y quieren que todo el mundo lo sepa.

La Gran Avenida es el plato fuerte de la ciudad para la mayoría de los habitantes locales. Ya la música de batería y bajo, el tecno, y el hip hop me ensordecen. Lo único que sé sobre el hip hop es que lo odio, y creo que es lo único que todos saben sobre él. Puede que hayamos evolucionado de algo que se arrastró fuera de un pantano y continuó evolucionando a medida que los monos se convertían en hombres, pero los tuneros y el hip hop son la prueba de que hemos tocado fondo y empezado a retroceder.

Podría tomar al menos treinta minutos entrar en cualquiera de estos lugares, así que me adentro en la ciudad y tomo por Cashel Mall, pasando por zapaterías y tiendas de ropa en busca de otro club o bar. Quizá uno más tranquilo. Por fin lo encuentro… un club con la fachada abierta donde la música no es tan ruidosa y es mucho más soportable, y hay lugar para sentarse. El público parece estar

compuesto por personas de entre veinticinco y treinta y pico de años. Supongo que eso me convierte en la media.

Me abro paso hacia el interior, esquivando al portero con una sonrisa y sin que medie comentario entre nosotros. Hay un mar de gente para recibirme, pero no un océano. Avanzo a través de él, con la chaqueta bien aferrada. En la barra me atiende una rubia deliciosa: camiseta blanca ajustada, falda corta negra, buenas tetas. Me pido un *gin-tonic*. Caro, pero no se puede venir a la ciudad un viernes o un sábado por la noche sin esperar gastar una pequeña fortuna. Podría haberme quedado en casa y tomado la misma bebida por una cuarta parte del precio, pero no tendría a quién mirar. Me siento en la barra, bebo mi trago y observo a la gente a mi alrededor. La mayoría son hombres que llevan ropa cara que no pueden permitirse en un intento por parecer más ricos y más impresionantes de lo que en verdad son. Conserjes, obreros, fontaneros, dependientes, todos vestidos para parecer abogados. Mientras que los abogados están en otros bares, vestidos para parecer tipos informales. Las mujeres, incluso las gordas, se visten para parecer putas. No es que me queje. Aquí es donde los hombres acuden para echar un vistazo a posibles historias para contar a sus amigos el lunes por la mañana. Las mujeres vienen aquí para ser fáciles. Para ser libres.

Desde todos los rincones del club, las luces parpadean y bailan y palpitan y pulsan hacia mis ojos. Termino mi trago y pido otro. Levanto la vista hacia el techo para chequear si hay cámaras de vigilancia que cubran el bar. Nada. La música suena cada vez más fuerte. Me zumban los oídos.

En un lugar como este, las mujeres te hablan por una de tres razones: o eres guapísimo, o pareces riquísimo, o te dicen que te pierdas y no las molestes. Esta noche llevo ropa cara. El dinero no es problema cuando se trata de ropa, porque algunas de mis víctimas han tenido maridos de mi talla. También llevo un reloj de pulsera bastante caro, un Tag Heuer por el que el marido de la víctima número tres pagó tres mil dólares. Tiene un cristal de zafiro que no se raya y pulsera de metal. No es tan caro como un Rolex, pero los Rolex no mantienen un alto valor de mercado; son feos, sólo los usan los ancianos y los asiáticos.

Se necesitan treinta minutos y tres tragos para que se me acerque una mujer. Sin el mono de trabajo, no parezco el tipo sencillo que los tíos de la comisaría creen que soy. La ropa marca la diferencia. Ella se abre paso hasta la barra y se detiene a mi lado. Se gira y sonríe. Reconoce mi existencia. Un buen comienzo. Pide un trago. Sólo uno.

—Hola. —Tengo que gritar para hacerme oír por encima de la música.

—Hola.

Le calculo unos veintisiete, tal vez veintiocho años. Un metro setenta, delgada. Al igual que la chica detrás de la barra, tiene un buen par. Con esta luz, su piel parece morada. Tal vez lo sea. Su pelo también parece morado. No puedo decir de qué color son sus ojos.

—¿Cómo va todo? —grito.

—Bien —responde y asiente con la cabeza—. Bien. ¿Y tú?

—Sí. Bien —digo.

De repente me doy cuenta de que no sé qué decir a continuación. Ese ha sido siempre mi problema. Las habilidades sociales no son mi fuerte. Si lo fueran, no tendría que irrumpir en las casas de mujeres; sería capaz de convencerlas de que me invitaran. *¿Vienes aquí a menudo?* No, no voy a preguntar eso.

»Joder, ojalá se me ocurriera algo para decir que pudiera impresionarte —agrego.

Se ríe, tal vez porque ha escuchado la frase antes o sabe la rapidez con que nuestra conversación se volvió incómoda.

—Esperaba que lo hicieras.

Esto es una buena señal. Divertida. Buen sentido del humor. Gran sonrisa. Y todavía está aquí, no me ha dicho que me pierda. Examino su atuendo. Falda negra corta. Camiseta rojo oscuro que deja ver la parte superior de sus pechos firmes. La parte trasera revela casi toda la espalda, excepto donde las tiras de material la cruzan para sostenerla en su lugar. No lleva sujetador. Zapatos de cuero negro con tiras de cuero del ancho de un dedo que se entrecruzan sobre ellos. Collar de oro delgado y un reloj de oro que parece un Omega caro.

Me encojo de hombros.

—Yo esperaba lo mismo.

La otra cosa que tengo en mente es que aunque las mujeres que frecuentan estos lugares pueden parecer putas, y de hecho pueden ser fáciles, llevarse una a casa requiere muchísima habilidad, encanto, persuasión, o puta suerte… nada de lo cual me sobra. Todo es cuestión de habilidad para vender. Aquí tienes a una mujer atractiva que quiere comprar algo, que está buscando al hombre adecuado y que sabe que si tú no lo eres, hay otro a un metro de distancia.

Me sonríe. La mejor arma que puedes tener en tu arsenal, además de ser guapo y rico, es el humor. Si puedes hacerla reír enseguida, entonces tienes una oportunidad. Si se ríe de verdad… no una de esas risas estúpidas y educadas porque crees que eres gracioso… entonces te la has ganado. En algún punto de la noche, te aseguras al menos un toqueteo amistoso en el baño del fondo.

Yo espero algo más, también amistoso.

—Me resultas conocido —sugiere.

Le sonrío, sin saber muy bien qué responder.

»Trabajas en la comisaría, ¿verdad?

Asiento con la cabeza.

—Algo así.

Ahora su sonrisa es un poco más grande.

—Me pareció. Te he visto allí.

—¿Trabajas allí? —pregunto, con la esperanza de que sepa algo útil, pero sabiendo que es más probable que tenga que pasar a otro tema.

Ella niega con la cabeza.

—No. ¿Así que eres policía?

—Algo así.

—Me llamo Melissa —dice y da un sorbo a su bebida.

La iluminación cambia de morado a blanco y consigo echarle una mirada rápida. Cabello castaño oscuro. Tez bonita. Ojos azules impresionantes. Pómulos afilados. Nariz definida. Sin manchas. El cabello le cuelga más allá de los hombros, tanto por detrás como por delante. Inclina la cabeza y se acomoda unos mechones detrás de la oreja derecha. Cuando aleja el vaso de su boca, observo bien sus labios. De color rojo brillante, gruesos.

La luz cambia a naranja. Y ella también.

—Joe —respondo.

—Cuéntame, ¿en qué estás trabajando en este momento? —Se toma el resto de su trago, deja el vaso en la barra junto al mío y sigue dirigiéndome la sonrisa más dulce. Mi vaso está vacío excepto por los cubitos de hielo que se están derritiendo con el calor de mi mano.

—¿Quieres otro trago? —pregunto.

—Un Red Bull con vodka.

Genial. Así que pido un *gin tonic* para mí y la bebida más cara del bar para ella.

Doy un sorbo a mi trago mientras la contemplo y pienso que es bastante bonita, pero no quiero mezclar bebidas: es motivo de dolor de cabeza a la mañana siguiente y de pérdida de memoria la noche anterior. No me pasa a menudo, pero me ha sucedido un par de veces en los últimos diez años.

»Estabas a punto de contarme en qué estás trabajando —insiste.

—¿Has estado leyendo sobre el asesino en serie?

—¿Estás trabajando en el caso del Asesino del Cementerio?

Sacudo la cabeza.

—En el otro.

—Dios mío, ¿estás trabajando en *eso*? ¿En el caso del Carnicero de Christchurch?

El Carnicero de Christchurch. Así es como me llaman. Tengo ganas de decirle que puede llamarme *Carni* para abreviar. Que puede tomar un periódico y leer sobre mí. Es increíble la rapidez con que los medios de comunicación apodan a un tío que comete una serie de crímenes. No tiene que ser preciso. Sólo pegadizo.

—Ese mismo —confirmo.

—¡Qué increíble! —exclama, y parece que lo dice en serio.

—Bueno, hago lo que puedo —acoto.

—Hay mucho ruido aquí —comenta.

Estoy de acuerdo. Sí. Mucho ruido.

Nos alejamos de la barra hasta una mesa cerca del frente del club, pero fuera de la vista de la calle. Es menos ruidoso, pero apenas. Más oscuro, sin embargo. Por mí está perfecto. Al menos ya no necesitamos gritar. A la derecha, en la pista de baile, hombres y mujeres intentan perderse a sí mismos en un intento de ritmo. Parecen marionetas controladas por titiriteros con sentido del humor.

»¿Qué puedes contarme sobre el caso? ¿Estáis por atraparlo? —pregunta y se inclina hacia adelante. Está pasando el dedo por el borde del vaso, jugando con la sal.

Empiezo a asentir.

—Pronto.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—No estoy autorizado a hablar.

—¿Sabes quién es el tipo? —Lame la sal, y luego va por más.

—Tengo una buena idea —respondo.

—Pero no estás autorizado a decírmelo —replica.

—Así es.

—Has visto a las mujeres que mató, ¿no?

—Sí, las he visto. —Doy un sorbo a mi trago. Este tiene una mezcla más intensa que el otro.

—¿Qué aspecto tenían?

No estoy preparado para su pregunta, y no estoy seguro de que le vaya a gustar la respuesta.

—Eh, bueno, nada bonito, eso es seguro.

—Hizo un verdadero desmadre con ellas, ¿eh?

Me encojo de hombros, pero es obvio que estoy indicando que el desmadre fue importante. Conversamos sobre el caso y le cuento algunas de mis percepciones. Parece impresionada, pero no ofrece ninguna opinión propia, aunque admite que ha estado siguiendo el caso de cerca.

—¿Y a qué te dedicas? —pregunto, por fin cambiando de tema. Parece decepcionada.

—Soy arquitecta.

Vaya. Nunca he matado a una arquitecta.

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo eso?

—Ocho años.

—Me estás vacilando.

—No. ¿Por qué?

—Juraría que tienes veintidós años.

Suelta una carcajada, esa risa cliché reservada para cuando le pifias la edad en la dirección correcta.

—Soy un poco mayor que eso, Joe.

Me encojo de hombros como si no pudiera creerlo.

—¿Vienes aquí a relajarte?

—Esta es mi tercera vez.

—Esta es mi primera vez en cualquier lugar.

—¿Oh?

Otro encogimiento de hombros.

—No podía dormir. Decidí ver cómo se divierte la gente.

De nuevo la risa.

—¿Qué te parece hasta ahora?

Apoyo mi vaso sobre el anillo de humedad que había dejado.

—Hasta ahora no es tan aterrador como había pensado.

—Puede ponerse más aterrador.

Tiene razón en eso.

»¿Vives en Christchurch, Joe?

—Sí. Toda mi vida. ¿Tú?

—Nací y me crié aquí —responde—. Incluso empecé a ir a la universidad local, pero me mudé hace un par de años. Acabo de volver y no estoy segura de cuánto tiempo me quedaré. Es un cliché, pero estoy tratando de decidir qué hacer con mi vida. ¿Sabes a qué me refiero? En los dos años que no estuve, todo el mundo ha seguido adelante. Ya no conozco a nadie.

Perfecto. También significa que no es una clienta habitual de este bar, o sea que poca gente estará pendiente de a dónde va. En principio, no suelo buscar mujeres en los bares. Sólo lo he hecho una vez antes. Es un desafío. Conseguir una mujer en un bar es bastante difícil, pero quebrarla después es suficiente recompensa por el esfuerzo. Lo último que esperan es que las mates, aunque siempre es el principal temor en sus mentes. Es una de las mayores ironías de la vida, y tal vez la perciben justo antes de morir.

Como con Angela… podría haberme limitado a irrumpir en su casa. Como con Candy… podría haberme limitado a pagarle. Pero el trabajo es una rutina. La vida es una rutina. Tomarse el tiempo para disfrutar de lo que amamos en la vida no es una rutina, es un mandamiento. Si tienes poco por lo que vivir, entonces necesitas disfrutarlo. Necesitas saborearlo.

—¿Estás aquí con amigos? —pregunto.

Ella sacude la cabeza.

—Estar sentada sola en casa un viernes por la noche me estaba matando.

No digo nada sobre su elección de palabras. No menciono que haber salido es lo que acabará matándola.

—¿Te busco otro trago?

—Vale. Otro de estos —agrega y levanta su vaso vacío.

—¿Quieres que te pida un vaso vacío?

Se ríe.

—Eres muy gracioso.

Me pongo la chaqueta con aire casual, como si tuviera frío, aunque hay por lo menos treinta grados aquí adentro con toda esta gente alrededor. Espero que Melissa no esté pensando que me la puse porque no confío en ella o porque no voy a volver.

Avanzo rebotando entre un centenar de personas. Mi mente está relajada. Con una extraña sensación de ligereza. Pido agua tónica. Nada de vodka. No puedo arriesgarme a que mi mente se vuelva más borrosa. Le compro otro Red Bull con vodka, sin saber bien cómo esta extraña mezcla afectará sus sentidos.

De regreso en la mesa, ella gira la conversación hacia el caso. Hacia el crimen y el castigo. Hacemos una pausa para comprar más tragos cuando los necesitamos. Cada vistazo a mi reloj me informa que el tiempo está transcurriendo de manera bastante agradable. El ambiente es ruidoso pero relajado. De hecho, siento que

podría quedarme aquí toda la noche, bebiendo agua tónica y conversando con esta hermosa mujer.

Hasta que se hacen las cuatro, porque entonces decido que aunque podría quedarme toda la noche, no lo haré. Es hora de dar un cierre. Salvo que le confiese cuáles son mis aficiones, no se me ocurre ninguna cosa que pueda decir ahora mismo para hacerla desistir de ir a casa conmigo.

—Será mejor que me vaya. Debería estar durmiendo hace rato. —Me alejo de la mesa. Ella también lo hace.

La música está ahora un poco más baja y el bar ha encendido más luces. También quieren que nos vayamos.

—¿Quieres compartir un taxi? —sugiere.

Yo estaba a punto de sugerir algo parecido.

—Vale.

La noche sigue siendo cálida a causa de la brisa. La población nocturna de discotecas se ha reducido a la mitad. Algunos caminan a la deriva por las calles, con aspecto de estar colocados y borrachos. Varios se agolpan en los locales de comida rápida que hacen mucho dinero a esta hora de la noche. Unos pocos buscan pelea. Otros sólo buscan algo que hacer. Hay largas colas en las paradas de taxi.

»¿Caminamos? —sugiero.

Me coge del brazo para estabilizarse. Ha bebido mucho más que yo, y ese era el plan.

—No veo por qué no, Joe.

Llevo mi chaqueta sobre el brazo de manera que ella no se apoye en la pistola o el cuchillo. Entonces hago la pregunta más importante.

—¿Hacia dónde?

—¿Dónde vives, Joe? —aventura ella, dando la respuesta más importante.

—No muy lejos. Una hora a pie, más o menos.

—Empecemos a caminar.

Mantengo mi brazo alrededor de Melissa y caminamos, pero la distancia hasta mi casa no parece acortarse. Estoy pensando en dónde voy a arrojar su cuerpo. Tal vez en la casa del maricón. Me imagino su cara. Una mañana se despierta y se encuentra con migajas y una lata de Coca-Cola vacía y al día siguiente se despierta y se encuentra con un cadáver. Avanzamos a un ritmo uniforme, pero por cada paso que damos, nuestro destino se aleja otro paso. Al cabo de un rato, Melissa se quita los zapatos y los toma en la mano. Debe ser una de esas mujeres que elige el estilo antes que la comodidad. Yo no estoy ni cerca de estar borracho, pero todavía hay una pequeña cantidad de ginebra flotando en mi cerebro porque las cosas no son tan nítidas como deberían ser. Melissa está mucho más allá. Siento como si hubiéramos estado caminando una eternidad, pero es probable que ella crea que han pasado cinco minutos.

Tropezamos con el oeste. Seguimos las calles. La proporción de putas por esquina disminuye con lentitud hasta que ya no queda ninguna. Sostenemos una

conversación inteligente en el camino, pero más que nada, yo hablo sobre el caso. Cada tanto nos pasa un taxi, pero no nos molestamos en hacerle señas para que se detenga. El paisaje empieza a cambiar, de casas nuevas pintadas de colores raros a casas destartaladas con cristales rotos y puertas cubiertas de algún tipo de moho apestoso. Jardines descuidados y partes de coches abandonados que queman el césped. Periódicos y folletos publicitarios se acumulan en los jardines delanteros.

Después de media hora, Melissa empieza a quejarse de que tiene frío, así que le doy mi chaqueta. Es como cuando Candy cargaba mi maletín. Es excitante ver cómo llevan el arma que está a punto de matarlas. Me imagino que sería como hacer que alguien cave su propia tumba.

—Hay una pistola ahí —suelto. El alcohol ha embotado mi mente, pero no ha reducido la intensidad de la emoción.

—¿Me estás tomando el pelo?

Sacudo la cabeza.

—Es una Glock nueve milímetros automática.

—¿Andas con un arma?

—La estándar de las fuerzas del orden.

—Joder.

Nada de mi automática es estándar. La Glock 17 fue asignada a la policía de Nueva Zelanda, pero muchos oficiales no la utilizan. Dispara diecisiete rondas y pesa más de seiscientos gramos. Está hecha de un material sintético más resistente que el acero y casi un noventa por ciento más ligero. El arma en sí contiene apenas treinta y tres piezas.

»¿Puedo verla?

La mía, sin embargo, es una Glock 26. En lo básico, es igual, pero es más ligera y mucho más compacta. Mucho más fácil de ocultar.

—No debería sacarla.

—Me gustaría verla, Joe, de veras. Y tocarla.

A mí me gustaría que la viera y la tocara.

»Además no hay nadie cerca —añade.

Tiene razón. Estamos solos aquí. Bueno, si ella quiere verla, ¿quién soy yo para oponerme?

Cuando extiendo el brazo hacia su cintura, ella frota su cara contra un lado de mi cuello. Su aliento se siente caliente sobre mi piel. Sus labios se mueven contra mí. Abro la cremallera del bolsillo, cojo la Glock y la saco.

Ella se aparta, la observa y repite un sentimiento anterior.

»Joder.

Se la entrego. Melissa estudia la empuñadura, la corredera de acero inoxidable, el armazón de acero azul oscuro. Es una pistola preciosa. Algunos dirían que es una pistola para una mujer.

Bueno, claro. Sólo la he usado con damas.

»¿Alguna vez le has disparado a alguien?

Me encojo de hombros. Miro la palanca de seguridad en el costado.

—Un par de veces.

—Dios mío. Apuesto a que los mataste, ¿eh?

Nunca estuvo más excitada en toda la noche. Algunas mujeres aman el elemento de peligro. Algunas viven para eso. Algunas mueren.

—Es parte del trabajo —respondo.

Coloca su pequeña mano alrededor de la empuñadura y apunta hacia adelante, hacia la calle.

—¡Pum!

—En efecto, Pum.

Es hora de recuperar la pistola.

—¿Está cargada?

—Ajá.

Como dije, la Glock me costó mucho dinero. Eso hace que me resulte difícil separarme de ella. Estoy lo bastante sobrio como para identificar eso.

—Hecha en Alemania, ¿eh? Los alemanes tienen la mejor calidad.

Niego con la cabeza y alargo la mano para cogerla. Sí, tienen la mejor calidad.

—En Austria —la corrijo—. Las hacían para el ejército austriaco. Primero comenzaron a suministrarlas a Noruega y a Suecia, hasta que Estados Unidos entró en escena. Ahí fue cuando saltaron a la fama. Las fuerzas del orden de todo el mundo usan Glocks.

—Se ve que sabes de lo tuyo.

Claro, sé algo sobre armas. Sé que si usas balas de punta hueca encamisadas, puedes hacer un verdadero desastre. La bala tiene una abertura en la camisa y, al impactar, se expande. Orificio de entrada pequeño. Orificio de salida inmenso. Sí. Eso sí que lo sé. Las balas de punta hueca protegida pueden atravesar a la persona y continuar, y a veces impactar en la siguiente persona en su trayectoria. Las balas de mi Glock son bastante estándar. No hacen mucho daño, y muchas fuerzas del orden no las usan por esa razón. Tienen un bajo poder de parada.

Le quito la pistola. Doblo mis dedos alrededor de la empuñadura. Se siente bien.

—¿Te sientes más segura ahora? —le pregunto.

—Es una sensación agradable sostener la pistola. Como si tuvieras mucho poder en las manos. Me gusta aferrarme a cosas poderosas, Joe. Me gusta tocar cosas que producen explosiones.

No sé qué decir.

»¿Cuánto falta, Joe? Estoy ansiosa por empezar a hacer otras cosas en lugar de caminar.

Yo también estoy ansioso.

—No mucho.

Encajo la pistola en la cintura de mis vaqueros y saco la parte inferior de mi camisa hacia afuera para taparla. Unos minutos después, llegamos a un parque a menos de un kilómetro de casa.

»Es más rápido si cruzamos por aquí —explico e indico el parque con un gesto amplio de mi brazo.

—¿Seguro?

Asiento con la cabeza. Por supuesto que estoy seguro. No hay nada aquí salvo nosotros y mucho césped y unas docenas de árboles. El amanecer está en camino. No habrá tráfico hasta dentro de unas horas. La mayoría duerme hasta tarde el sábado por la mañana. Solo algunos pobres cabrones tienen que trabajar.

No soy uno de ellos.

# CAPÍTULO VEINTITRÉS

El cielo enloquece de luz morada cuando el amanecer comienza a cruzarse con la noche. En el parque todo es gris brumoso, pero no negro. La brisa se ha enfriado desde que empezamos a caminar y se ha vuelto refrescante; el aire ya no se siente como en el interior de un complejo de natación cubierto. Lejos de la ciudad, lejos de las luces de los borrachos y la música insultante, sólo hay aire fresco y este parque verde y húmedo bajo mis pies. Esta es la Ciudad Jardín. Mi ciudad. Resulta revitalizante estar lejos del hedor del humo de cigarrillo, del alcohol y del vómito, aunque las fibras de mi ropa han atrapado un ligero olor a todo eso. Todavía me pitan los oídos por la música fuerte.

Guio a Melissa al interior del parque. Todavía lleva los zapatos en la mano. El césped está un poco resbaladizo. Roza la parte superior de mis zapatos y moja el cuero. Gruesas áreas de árboles y arbustos quiebran el paisaje, dividen el parque en zonas separadas y nos ocultan de la calle. A esta hora de la noche, ya no parece verano, sino el otoño en el que se supone que estamos. Melissa tiene su brazo alrededor de mi cintura. Percibo que está recuperando la sobriedad. En unos minutos más, estará sobria de miedo.

—¿Dónde estamos? —pregunta cuando nos detenemos.

—En un parque.

—¿Por qué nos detenemos?

—Me pareció una buena idea.

Sonríe.

—¿Oh?

Sonrío.

—Sí.

—Me gusta el parque. ¿Y a ti, Joe?

La verdad es que no me gusta mucho. Es sólo una gran extensión con un montón de césped sembrado que podría ser arrancado mañana y me importaría un bledo.

—Supongo que sí —respondo y hago un esfuerzo por mostrar algo de entusiasmo.

—Me gusta venir de noche. Cuando no hay nadie alrededor y nadie ve lo que estás haciendo. Soy una persona nocturna, Joe. Me gusta salir cuando la gente duerme. Ellos están en su mundo y yo estoy en este mundo. Su mundo tiene gente con trabajos e hipotecas que no les permiten el lujo de tomarse el tiempo para hacer lo que de verdad quieren hacer en la vida.

Suena más sobria de lo que yo pensaba.

»¿Entiendes a qué me refiero, Joe?

No tengo ni idea. Tal vez si la escuchara en lugar de imaginarme su cuerpo desnudo en el césped frío me haría una idea.

—Claro. Entiendo.

—¿Alguna vez has estado de noche en la casa de alguien cuando está dormido y te has paseado por el lugar y echado un vistazo a sus cosas?

Qué raro.

—Eh, no puedo decir que lo haya hecho.

—¿No?

—No.

Se estira y me besa. Con fuerza. Deja caer una mano a la parte delantera de mis pantalones y la otra sobre mi espalda. Empuja su lengua dentro de mi boca y por un segundo, me pregunto qué diría si se la arrancara de un mordisco. Supongo que nada, aunque no por elección.

La mano en la parte delantera de mis pantalones comienza a moverse. Tiene mucha superficie que cubrir, sobre todo ahora. Mientras me besa, no puede hablar, pero siento curiosidad por saber acerca de lo último que dijo. Esto es divertido. Muy divertido. Y será todavía más divertido cuando le muestre mi cuchillo.

Para de besarme y se aparta. Su mano desaparece de mi entrepierna.

Su otra mano aparece mientras retrocede otro paso con mi pistola en su mano. Me está apuntando.

Mi mente está registrando lo que está sucediendo, pero no logra procesarlo para convertirlo en la información adecuada para asustarme. En segundos, he sido reducido a una víctima. ¡Justo yo!

No, un momento. Debe haber algo que se me está escapando…

Mi arma me está mirando. Me estoy dando cuenta de por qué a la gente no le gusta desde este ángulo. ¿Es esto real? ¿Cómo he podido perder el control con tanta facilidad? Doy un pequeño paso hacia atrás y levanto los brazos a la altura del pecho con las palmas hacia ella.

Melissa no dice nada. Ambos permanecemos en silencio, la pistola es lo más ruidoso entre nosotros, aunque no emite ningún sonido. Intento convencerme de que esto es una broma. Sus manos están firmes, sin el menor rastro de embriaguez. ¿Estuvo borracha en algún momento? Cuando iba con su trago al baño, ¿bebía de verdad? Cuando yo iba al baño, ¿lo vaciaba? ¿Por qué lo haría?

Podría estar a sólo unos segundos de morir. Luego será una cuestión de horas hasta que me encuentren, y no pasará mucho tiempo hasta que me relacionen con los asesinatos. Trato de imaginar la cara de mamá cuando se entere. Trato de imaginar la expresión del detective inspector Schroder cuando descubra que mi coeficiente intelectual era de hecho mayor que el de la planta en el rincón de la sala de conferencias. Pienso en lo dolida que se sentirá Sally. Imaginar sus reacciones me provoca cierto placer. Es lo único que tengo.

Melissa parece estar esperando que yo diga algo, pero no quiero ser el primero en hablar. Sé que ella romperá el silencio porque las mujeres no pueden permanecer calladas mucho tiempo, y estoy seguro de que sentirá la necesidad de hacer algún comentario antes de dispararme.

—¿No vas a decir nada? —pregunta.

Me encojo de hombros.

—¿Qué hay para decir?

—Pensé que habría mucho para un hombre en tu posición.

Tiene razón. Tengo un montón de cosas que querría desahogarme.

—¿Cómo qué?

Sonríe.

—Como… ¿por qué me estás apuntando con la pistola?

—Vale. Eso entonces.

—¿Qué entonces?

—Lo que dijiste. Lo de apuntarme con la pistola.

—¿No te gusta? —aventura.

—La verdad es que no.

—¿Con qué está cargada esta bebé? —pregunta mientras echa una mirada rápida al arma.

—Con balas.

—Sí que eres listo.

—Gracias.

—¿Qué tipo de balas? —inquiere.

—Luger de nueve milímetros.

—Sí, ¿pero qué tipo?

—Encamisadas y prefragmentadas.

Da un par de pasos hacia atrás para poder observar mejor el arma y no estar demasiado cerca como para que me abalance sobre ella.

—Ah. Camisa de metal, proyectiles separados y comprimidos en el interior. Alimentación fiable, y rápida también.

¿Cómo podía saber eso? Trato de calcular la distancia entre nosotros. Supongo que hay unos cuatro metros y medio. Demasiado terreno para cubrir. Demasiado terreno cuando la persona que sostiene el arma sabe cómo están hechas las balas encamisadas y prefragmentadas. Estoy seguro de que quiere que la felicite por sus conocimientos sobre armas. Bueno, va a tener que esperar.

»Quítate los pantalones —me ordena.

—¿Qué?

—Ya me oíste.

El corazón me late con fuerza. De hecho, me aporrea el pecho, tanto por el miedo como por la excitación. Me siento mareado, como si toda la sangre en mi cuerpo se estuviera escurriendo por mis pies. Una buena cantidad de ella se está acumulando en mi entrepierna. Bajo las manos a la cintura y me desabrocho el cinturón. No le quito los ojos del rostro. Sus ojos azules brillan, incluso en esta luz morada. Parece excitada.

La pistola se mantiene firme como una roca. Ella está tranquila y serena. Sabe lo que está haciendo. Yo no tengo ni idea. ¿Ha hecho esto antes? Sigo mirándola a los ojos, y aunque puedo equivocarme, pareciera que se están volviendo más azules.

Se ven más decididos, ahora que ella tiene todo este poder. Está teniendo un orgasmo. Su respiración es cada vez más fuerte.

Me abro la bragueta. Me bajo los vaqueros. Luego me enderezo y la miro con fijeza.

»Quítatelos.

—¿Me vas a disparar si no lo hago?

—Te voy a disparar de cualquier manera.

Está siendo honesta. No hay nada malo en eso. Supongo que su madre también le enseñó a no mentir. Me agacho, me desato los zapatos y pateo los pies para quitármelos. Saco mi pierna izquierda de los vaqueros y consigo quitármelos sin caerme.

»Arrójalos hacia mí.

Aterrizan en un montón a sus pies. El cinturón tintinea y mis llaves se caen. Espero que se distraiga y baje la vista, pero no lo hace. Me quedo de pie en camisa, calzoncillos y calcetines. Ah, y con una erección. Estoy aquí de pie con una erección de puta madre.

»Camisa.

—¿Qué hay con ella?

—Arrójala.

Me quito la camiseta polo por encima de la cabeza, la hago una bola, y se la lanzo. El gris de la mañana ya no es gris, y el morado se está convirtiendo en azul. Melissa no baja la mirada hacia la ropa.

»¿Cómo te hiciste esas cicatrices?

Observo mi pecho, mi estómago, mis hombros y mis brazos. Cicatrices de mujeres que no estaban de acuerdo con morir.

—No lo recuerdo.

—Atrapando criminales, ¿eh?

—Algo así.

—Calcetines.

Me los quito, los estrujo en una bola, y se los arrojo. Caen sobre mi camisa. El césped está frío y estoy temblando como una hoja.

»Calzoncillos.

Ni siquiera dudo.

Ella contempla mi erección. Está rebotando ligeramente. No le quita los ojos de encima y, con lentitud, separa un poco las piernas. Mantiene una mano en la pistola, pero usa la otra para echarse el cabello hacia atrás por encima del hombro. Luego se lleva la punta de un dedo a los labios. Lo desliza despacio de un lado a otro como si estuviera pensando algo en profundidad.

»¿Es todo lo que tienes para ofrecer? —suelta por fin.

—Hasta ahora no he tenido ninguna queja.

—¿Cómo vas a tenerla? Seguro que antes las amordazas.

—¿Qué es lo que quieres?

—¿Ves ese árbol a tu izquierda?

Es un árbol flaco, pero el único que hay.

—¿Quieres el árbol?

—Ve hacia allí.

Cuando llego, me apoyo en él. Ella rebusca en su bolso y saca algo, que me lanza. No intento cogerlo.

»Cógelas.

Un par de esposas. Genial.

—¿Por qué?

Me apunta con la pistola a la polla. Recojo las esposas.

—Ponte una de ellas en la muñeca izquierda.

—¿Qué vas a hacer? —pregunto.

—¿Qué voy a hacer? —repite, en caso de que yo no haya escuchado mi propia pregunta—. Te voy a disparar en las pelotas si no haces lo que te pido.

Trabo con rapidez uno de los fríos brazaletes metálicos alrededor de mi muñeca. El mecanismo de trinquete emite un clic cuando queda asegurado en su sitio.

»Túmbate de espaldas, estira los brazos alrededor del árbol y espósate en el otro lado.

—¿Estás segura?

—Segurísima.

—Todavía estás a tiempo de cambiar de opinión.

—Hazlo antes de que tu encanto me saque de las casillas.

Sigo sus órdenes. El césped me pica en la espalda cuando me tiendo sobre él. No puedo ponerme cómodo, pero dudo que eso le preocupe. Sin embargo, la vista es bonita desde aquí. Las estrellas todavía son visibles, aunque están desapareciendo. Es como si estuvieran abandonando este universo, como si estuvieran muriendo en esta luz morada. Rodeo el árbol con los brazos y aseguro la esposa en mi otra muñeca.

Sin dejar de apuntarme con el arma, Melissa camina alrededor del árbol para chequear. Se inclina y aprieta más las esposas, que ahora me estrujan los huesos de las muñecas. Me duele, pero no me quejo, no muestro ningún signo de dolor. Sí, soy un verdadero hombre. Un hombre de verdad que no tiene ni idea de lo que está pasando.

Ella da la vuelta, se detiene frente a mí, y saca otro juego de esposas. Se ve que ha venido preparada.

Contemplo la posibilidad de lanzarle patadas mientras las traba alrededor de mis tobillos. Pero no me servirá de nada. Ella tiene la pistola. Tiene las llaves. Lo único que yo tengo es una erección a demasiada distancia de ella. Tiro de las esposas, luego tiro del árbol, pero es inútil.

»¿Estás cómodo, Joe?

—Para ser honesto, no.

Coge los lados de mi chaqueta y tira de ellos hacia afuera.

—¿Qué más tienes aquí?

No respondo. Ya sea que mienta o no, ella va a chequear igual. Rebusca en los

bolsillos y encuentra el cuchillo.

»Llevas algunos objetos interesantes, Joe.

Me encojo de hombros, aunque ella no lo ve. Es un movimiento más leve al estar acostado con los brazos estirados sobre tu cabeza. Melissa lanza el cuchillo al aire… la hoja sube, la hoja baja… y lo coge por la empuñadura, con la hoja apuntando hacia adelante. Lo maneja mejor que yo. Tal vez sea chef. Busca entre mis vaqueros y encuentra mi cartera.

»Sin identificación, ¿eh?

—Soy lo bastante mayor para beber, si a eso te refieres.

—¿Cuánto hace que eres policía, Joe?

Sabe que no soy policía. Es probable que lo haya sabido desde el momento en que nos conocimos.

—Más o menos el mismo tiempo que tú has sido arquitecta.

Se ríe.

—Apuesto a que a la policía le encantaría echar un vistazo a este cuchillo. Podrían conectarlo con algunas cosas malas que han sucedido en los últimos tiempos.

—¿Te refieres a mis ensaladas?

Ignora mi ocurrencia y continúa.

—Apuesto a que el arma también tiene su historia.

—Todo tiene una historia —replico—. ¿Cuál es la tuya?

Se acerca a mí y arroja mi cartera… ahora vacía… al suelo. Guarda el dinero en el bolsillo de mi chaqueta y me advierte que puedo ir despidiéndome de mi chaqueta.

—Ya te conté mi historia —dice—. Antes vivía aquí, me mudé, y ahora he vuelto.

Melissa, si ese es su nombre, se agacha a mi lado, con la pistola en la mano izquierda y el cuchillo en la derecha. Recuerdo haber pensado en ellos como armas básicas antes de salir de casa, lo que me hace reflexionar sobre los diez minutos anteriores que me han conducido hasta aquí, pero mi oportunidad de detener lo que sea que esté a punto de ocurrir terminó cuando trabé esas esposas en mis muñecas. Tal vez esto estaba destinado a suceder desde el principio. En este mundo loco y confuso. Paso otro momento preguntándome por qué las esposas se llaman esposas, y luego empiezo a considerar mis opciones. Una vez más, Dios no está haciendo nada para ayudarme así que no tiene sentido ni siquiera rezarle. Dejaré en paz al *hippie* de la toga y guardaré mis oraciones para mí.

»¿De verdad quieres que te cuente más?

Sostiene el cuchillo por encima de mí, no al estilo de una daga en el sacrificio de una virgen sino más bien de la manera en que se rebana la capa superior de un pollo asado. Apoya el lado de la hoja contra mi estómago. Está más fría que el resto de mi cuerpo tembloroso. Mi erección descansa sobre la parte baja del vientre. La punta del cuchillo está a un par de centímetros. Ahora sí empiezo a rezarle a Dios, al mismo Dios al que le reza Sally, el mismo Dios que ella quiere que la acompañe a visitar los domingos por la mañana… y voy a ir, lo prometo, si es que Él consigue

sacarme de aquí en una sola pieza.

—No —respondo, temblando. No, no quiero conocer su historia. Me voy a cagar de miedo. No necesito saber por qué dejó Christchurch ni por qué volvió. No quiero saber cómo ha tratado a algunos de los hombres en su pasado. Es el mismo respeto que muestro hacia las mujeres con las que me involucro. De buen tío que soy.

Es mi humanidad.

Melissa inclina el cuchillo de modo que la punta de la hoja toca mi estómago justo arriba del ombligo. Luego empuja hacia abajo. Mi estómago ofrece la misma resistencia que la piel de un tomate poco maduro, y luego cede. El cuchillo me corta, pero sólo lo suficiente como para hacer brotar sangre. Un escozor tibio más que dolor. Mientras observo, forzando mi cuello para mirar, ella comienza a deslizar el cuchillo por mi cuerpo. Ya me han cortado antes. Sé lo que me espera.

# CAPÍTULO VEINTICUATRO

En este instante, comparto la misma vista con los miles de personas sin techo en todo el país: un cielo sin nubes, con estrellas difusas que apenas titilan como agujeros en una cortina morada que cubre el cielo. Si Dios está allá arriba mirando a través de uno de esos agujeros con sus ojos grandes y sabios, me pregunto en qué estará pensando. ¿Puede verme? Si puede, ¿le importa?

—¿Tienes miedo, Joe? —pregunta Melissa mientras juega con el cuchillo a lo largo de mi cuerpo.

Tengo miedo, pero intento no demostrarlo.

—¿Quieres que tenga miedo?

—Depende de ti.

—¿Debería tener miedo? —aventuro, y trato de controlar mi voz.

Cuando el cuchillo llega a mi pecho, ha formado una línea bastante recta hasta el centro de mi cuerpo, salpicada con manchas donde la piel no se ha roto. La línea es roja.

—Yo no lo tengo —afirma ella.

—¿No? ¿Y por qué?

—Porque soy quien tiene el cuchillo y la pistola.

—¿Quieres que cambiemos?

—No, gracias.

—Te regalaré el cuchillo cuando hayamos terminado. Como recuerdo.

—Eres muy generoso, Joe, pero ya tengo el cuchillo. Y la pistola. ¿Qué más podría querer?

No estoy seguro, y ese es el problema. Deja correr un dedo por el corte en mi cuerpo, y lo mueve al mismo ritmo lento que cuando lo deslizó por sus labios. Me produce cosquillas y una sensación un poco agradable, pero se me eriza la piel. La sangre se extiende al mismo ancho que la punta de su dedo.

»¿Qué te hace sentir eso, Joe?

—Puedo mostrarte.

Cuando alcanza el final de la línea, se lleva el dedo a la boca y se chupa la punta. Cierra los ojos y empieza a gemir. Luego se saca el dedo, abre los ojos y sonríe. Sus ojos azules se clavan en los míos. Me pregunto qué ve detrás de ellos. Con un movimiento rápido, dobla su cuerpo para que su cara quede sobre mi pecho. Sin prisa, acerca su lengua para tocar el corte. Con la misma lentitud, recorre la longitud del corte como si estuviera lamiendo el interior de la solapa de un sobre. Su rostro baja hasta mi entrepierna, pero se detiene justo donde en realidad debería seguir.

Levanta la vista hacia mí y se estremece.

—Sabe bien.

—Intento comer bien.

Me excito otra vez. Es evidente.

Ella se pone de pie y me observa.

—Sé quién eres, Joe.

—¿Oh?

—La pistola. El cuchillo. Las cicatrices. Tendría que ser estúpida para no saberlo. Eres él.

—¿Quién?

—El Carnicero de Christchurch.

Sacudo la cabeza.

—No —respondo. No he olvidado el consejo de mamá sobre no mentir, sólo lo he relegado al último lugar de mis prioridades.

Suelta una risita nerviosa, como la de una colegiala al abordar a su ídolo de rock. Me apunta con la pistola.

—¡Pum!

Me sobresalto y las esposas se clavan en mis muñecas y tobillos. Se ríe.

—Claro que eres él. Lo sé. Yo iba a ser tu próxima víctima.

—No te hagas ilusiones.

—No me las hago, Joe. No soy nadie especial. Sólo una chica a la que le gusta la noche. Sólo una chica que sabe que la policía no usa la Glock veintiséis. Usa la diecisiete.

—¿Te basas en eso?

Sonríe.

—Eres demasiado inteligente, Joe, ¿no? ¿Te gustaría saber más?

—La verdad es que no.

—No fue pura suerte que me detuviera a tu lado, Joe. Te reconocí. Te he visto entrar y salir del departamento de policía porque a veces me gusta seguir a los policías a sus casas. Te he visto ir y venir con tu mono de trabajo. ¿Qué eres, un conserje? Aun así, pensé que podría ser interesante hablar contigo, que tal vez podrías divertirme un rato. Pero luego dijiste que eras policía y tuve curiosidad por saber a dónde querías llegar con eso. Luego hablamos del caso. Tu caso. Tenías demasiado conocimiento, sabías demasiado sobre los asesinatos, demasiado para un tío que entra y sale de trabajar con un mono y coge el autobús. Ni siquiera había terminado mi segundo trago cuando empecé a sospechar quién eras. Soy buena para leer a las personas, Joe, muy buena. No solía serlo, y eso me ocasionó problemas en el pasado, pero la gente aprende más rápido cuando los errores y las consecuencias son mayores, lo que me convierte en una experta en estos días. Necesitaba ponerte a prueba. Y fue fácil. Todo lo que tuve que hacer fue decirte que no era de por aquí, y enseguida me viste como una víctima perfecta. Alguien a quien nadie echaría de menos en el corto plazo. Y esto —agrega y sacude un poco la pistola—, sólo confirma todo lo que pensaba de ti.

—Te equivocas.

—No me equivoco, Joe.

—No sabes lo suficiente sobre el trabajo policial para hacer estas suposiciones. No sabes lo suficiente sobre asesinos en serie.

—¿Ah, no? Sabes, Joe, me encantan los policías. Me encantan las cosas que hacen los policías. También me gusta revisar las casas. Llámalo un fetiche, llámalo cómo quieras, pero me gusta estar adentro de un lugar cuando la gente está durmiendo. En particular, en la casa de un policía. Como te dije, por eso te reconocí.

—¿Y?

Levanta una pierna a la vez y se quita los zapatos. Intento echar un vistazo a sus bragas, pero no veo nada.

—Creo que se trata del control. Tú sabes todo sobre el control, ¿verdad, Joe? Es parte de quien eres. ¿No te encanta la forma en que los policías te dan órdenes de un lado para otro? Cuando te dicen que saltes, saltas. La policía es lo máximo en control, Joe, lo máximo. Nosotros lo sabemos. Ellos lo saben. Me gusta coleccionar cosas de la policía. En casa tengo todos esos libros sobre policías, de la policía de Nueva Zelanda y de la del extranjero. Tengo pósteres, documentales, películas. Hasta tengo una de estas —precisa y agita la Glock—, pero la mía es de plástico. Y es un modelo diferente, pero esta la reemplazará lo más bien. Incluso tengo un Ford Falcon. El mismo modelo que usa la policía. Y, por supuesto, los uniformes, las insignias, las porras y las esposas, pero lo de las esposas ya lo sabes.

—O sea que eres una fanática. Algunas personas coleccionan conchas. Tú coleccionas cosas de la policía. Felicitaciones. ¿Quieres reconocimiento? Escribe a *Woman's Weekly*.

Melissa deja la pistola y el cuchillo en el suelo y utiliza ambas manos para sacarse la ropa interior por debajo de la falda. Levanta una pierna a la vez. Un tanga, observo, con absoluta aprobación. Se da la vuelta, se inclina para recoger el cuchillo y la pistola, y luego camina hacia mí.

—Soy más que una fanática, Joe. Sé todo sobre los procedimientos policiales y la ley. Hasta tuve una hembra pastor alemán durante unos meses. La bauticé Tracy. Era una perra grande que me quería y odiaba a todos los demás.

¿Quería? ¿Odiaba? ¿Había esposado a la perra y la había matado también?

—Los perros son así.

—Por la noche me gusta pasearme por mi casa con el uniforme, pero sin ropa interior. Me gusta la forma en que la camisa me roza la piel, Joe. —Se frota ligeramente las manos sobre sí misma—. No tienes idea de cuánto me gusta.

Oh, Dios. Trago. Con fuerza. ¿Qué me está haciendo? Ahora se ríe de nuevo. Quiero decir, se ríe de verdad. Se coloca sobre mí, con una pierna a cada lado y luego baja con lentitud y se sienta a horcajadas sobre mi cintura.

»Abre la boca.

—¿Por qué?

Pone el cañón de la pistola en mi ojo y empuja con fuerza, lo bastante fuerte para hacer que ambos se humedezcan. Abro la boca. Un segundo después, el cañón de la pistola está dentro. Es como chupar una piruleta de metal que puede destruir la parte posterior de tu cráneo.

Levanta el cuerpo y luego, con la otra mano, introduce mi erección en su interior. Se desliza sobre ella, con cierto esfuerzo y dolor al principio, pero solo por un segundo. Me lleva tan adentro como es posible. No sé si recurrir a mi optimismo habitual o sentirme agradecido, y si estoy agradecido, no estoy seguro de qué. Intento mover la pelvis hacia arriba.

Ella se inclina hacia adelante y susurra.

—¿Sabes qué más me gusta de la policía, Joe?

—Ug —exclamo en voz baja, murmurando la palabra alrededor de la pistola.

Comienza a mecerse despacio hacia adelante y hacia atrás, gimiendo. Yo mantengo mis ojos en el arma, aunque me duelen por tener que enfocarse en algo tan cerca. Su dedo está firme alrededor del gatillo. Si se excita demasiado, podría apretarlo. Tal vez esté planeando hacerlo de todos modos. Este tiene que ser el momento más surrealista de mi vida. ¿De verdad estoy aquí? Parece que sí.

¿Cómo era ese dicho en latín? ¿*Carpe diem*? ¿*Aprovecha el día*? Eso es lo que tengo que hacer ahora: aprovechar el día… o más concretamente, el momento. ¿Por qué no disfrutar ahora, si este va a ser mi último momento? No soy un mártir. Soy un hombre condenado. Melissa es mi última cena. Mientras ella se balancea hacia adelante y hacia atrás, mi hambre va en aumento.

—Me gusta colarme en sus casas, Joe. Me gusta pasearme por dentro mientras duermen con sus familias, y a veces me gusta llevarme cosas como recuerdo.

Hago lo que puedo para acoplarme a su impulso. Acelera. Sus gemidos se hacen más fuertes. La pistola golpetea contra mis dientes. La ausencia de preservativo es a la vez excitante y aterradora. Hasta donde ella sabe, yo podría tener sífilis. O ella.

Tengo que concentrarme. *Carpe diem*. Es mi nuevo lema.

»También tengo un montón de libros sobre asesinos en serie —continúa, sin quitar sus ojos de los míos—. Sobre lo que hacen. Sobre lo que los motiva. Dime, Joe, ¿tienes una madre o una tía dominante? ¿Tus víctimas son sustitutas de ellas?

Sacudo la cabeza. La imagen de mi tía surge en mi mente, pero la aparto con la misma rapidez, un recuerdo en el que no quiero ahondar.

»¿Lo estás disfrutando? —agrega con un jadeo.

La pistola está restringiendo mi libertad de expresión.

De pronto, se detiene y se pone de pie, como si se hubiera aburrido. Mi pene cae sobre mi estómago.

»Eres un asesino, Joe, y yo quería que fueras un policía. Quería tener sexo en tu casa, en tu jardín, en tu coche. Quería que me tomaras de todas las maneras que pudieras imaginar. Pero no aquí. No en un parque. Y ahora no voy a follar contigo.

La pistola ya no está en mi boca, pero sólo puedo pensar en una cosa que decir.

—¿Eh?

Ella arruga su rostro y me escupe el pecho.

—No eres más que un asesino, y ahora he perdido mi tiempo. —Se agacha y acaricia el cuchillo donde los cuchillos no deberían acariciarse.

Esto no puede ser bueno.

Coloca su mano alrededor de mí donde deberían colocarse las manos, pero me

sujeta de una manera en que no debería sujetarme. Acerca el borde de la hoja a la base de mi polla. Tengo ganas de llorar cuando se me ocurre que podría estar preparándose para tomar un recuerdo. Me quedo completamente quieto.

»¿Sabes lo que creo que deberíamos hacer con los violadores? —pregunta.

Niego con la cabeza. Me detengo cuando vuelve a meter el cañón de la pistola en mi boca. El metal rechina contra mis dientes y se siente frío en mi lengua.

Intento pedirle que no haga nada, pero la pistola me lo impide.

Cuando siento que la hoja recorre un estrecho círculo alrededor de la base de mi pene, empiezo a sudar. Oh, Dios. Oh, Jesucristo. Miro al cielo, pero ninguno de ellos viene en mi ayuda.

Aprieto los puños y tiro de las esposas, pero no se rompen, y el maldito árbol no se cae. Inclino la cabeza hacia arriba y no sé si sentirme aliviado por no poder ver lo que está haciendo. Quiero mover las caderas y empezar a patearla, pero en este momento, es una pésima idea.

Trato de gritar, pero la maldita pistola me presiona el fondo de la garganta y me provoca ganas de vomitar. Mi grito es un gorgoteo, un sonido nauseabundo acompañado del ruido de mis dientes castañeteando contra el cañón. La piel de todo mi cuerpo se comprime para alejarse de ella, y siento mucho frío a pesar de que estoy sudando. Las lágrimas brotan de mis ojos y me hacen cosquillas en un lado de la cara. La presión sobre el cuchillo se hace más fuerte, pero no puedo hacer nada al respecto. Esto es una locura. Soy yo quien decide quién vive y quién muere. Trato de empujar mi culo más hacia el suelo, pero el cuchillo sigue ahí.

Las imágenes de mi pene seccionado atraviesan mi mente en imágenes de fracciones de segundo, como las de un viejo proyector de cine. Aprieto los ojos e intento que esas imágenes retrocedan, que traigan mi pene de vuelta, alejen el cuchillo y suelten las esposas. Una oleada de vómito sube desde mi estómago y empuja la parte posterior de mi corazón. Todo mi cuerpo tiembla y empiezo a tener calambres en los pies. No puedo entender cómo alguien puede ser tan cruel.

La temperatura sigue bajando y no sé si desearía estar muerto. El problema es que no quiero morir. Tengo tanto que ofrecer. No me quiero morir, y no quiero que ella me haga esto, pero será más fácil aceptar morir a que me corten el pene.

Sollozo mientras más lágrimas me nublan la vista. Intento suplicar con sonidos quejumbrosos y los ojos húmedos, pero ella me ignora.

Y entonces, de improviso, retira el cuchillo.

Parpadeo para librarme de las lágrimas. Las lágrimas de dolor son ahora lágrimas de alivio. Me dejará ir, y luego morirá por esto. Morirá despacio y con mucho dolor, aunque ni siquiera puedo empezar a considerar cómo. Trato de agradecerle, trato de agradecerle a Dios, pero todavía tengo la puta pistola metida en la boca.

Ella busca en su bolso y saca algo. Me doy cuenta de que las cosas están a punto de empeorar.

# CAPÍTULO VEINTICINCO

Recuerdo que en una época, cuando era adolescente, jugaba al críquet en la escuela. Nunca fui bueno en los deportes, pero si no los practicabas, te obligaban a tomar clases para maricones de arte básico o costura. El críquet no era divertido, pero era mejor que hornear y tejer. Un día… y ese día ronda siempre mi memoria… me lanzaron una pelota de críquet con mucha fuerza. No logré coordinar mis manos a tiempo, así que mi entrepierna atajó la pelota, salvando cuatro corridas. Me derrumbé en una pila de agonía y el juego se detuvo durante más de veinte minutos hasta que pudieron subirme a una camilla y sacarme del campo entre los abucheos y las risas de mis compañeros. Mis testículos quedaron magullados y se me hincharon. Si hubiera sido un dibujo animado, habrían estado encendidos como si hubieran sido aplastados por el martillo Acme de Wile E. Coyote. Tuve que faltar cuatro días a la escuela y aunque no podía hablar, sí podía vomitar. Las risas que soporté durante los meses siguientes fueron constantes. Los chicos eran malos, pero las chicas eran peores. Se burlaban de mí todo el tiempo y me llamaban «Huevos Rotos». Las chicas nunca se olvidaron del incidente. Cinco años más de escuela, y nunca lo olvidaron.

Sin embargo, le hice frente. Aprendí que se puede aguantar cualquier cosa. Ahora mismo, casi veinte años después, daría cualquier cosa por ese dolor, porque estoy seguro de que sería menor que el que estoy a punto de experimentar. Cada poro de mi cuerpo emite una gota de sudor.

El tiempo se ha detenido esta madrugada en este pequeño parque. Escucho voces que me susurran lo que está por venir. La del dolor es la más fuerte; le sigue la de la ira. A la zaga de esas dos, está la voz del arrepentimiento. No son las únicas. Incluso está la vocecita que me dice que esto es lo que pasa cuando no *vives para trabajar*, y que debería haberme quedado en casa y seguido leyendo los expedientes.

El juguete de Melissa es un alicate, que hace brotar más lágrimas de mis ojos cuando lo coloca alrededor de mi testículo izquierdo. La pistola en mi boca significa que no habrá conversación, ni negociación. Le suplico con los ojos, pero a ella no le importa. Intento mover el cuerpo a la izquierda y a la derecha, arriba y abajo, pero ella aumenta la presión de su mano lo suficiente como para matar el impulso. Es como si acabara de atar mi cuerpo a un bloque de hielo. Me quedo paralizado, como si me hubieran cortado la medula espinal.

Me sonríe.

Y cierra el alicate.

Un grito gutural llega hasta la mitad de mi garganta y luego se expande: se queda alojado allí y no me permite respirar. No quiero hacerlo. Acaba de triturar mi testículo con la misma facilidad con la que alguien aplasta una uva entre el

pulgar y un dedo y, como la uva, el interior se derrama. Se me acalambran el estómago y los muslos. Mis pulmones se hinchan y se niegan a ofrecerme aire. Mi grito se abre paso hacia el norte y se libera en el aire. En lo alto, los pájaros salen volando desde los árboles, demasiado asustados para bajar al suelo. Un calor palpitante en la ingle sustituye la sensación de frío de hace un momento, un calor que sin duda solo puede encontrarse en el mismísimo corazón del infierno. Borbotea a lo largo de todo mi cuerpo, irradiándose desde el epicentro entre las dos pinzas del alicate.

Todavía mantengo mi erección.

La explosión de calor utiliza dedos con garras para llegar a mi alma y despedazarla. Destruye cada célula de mi cuerpo y las marchita. No puedo hacer otra cosa más que gritar y llorar y maldecir con todas mis fuerzas mientras las garras se clavan cada vez más profundo. Trato de alejarme, de apartarme de este ente, pero me tiene atenazado y no me suelta. Todo el dolor en este loco, maldito universo se ha fusionado en mí y le gusta lo que encuentra.

Dejo de gritar porque ya no puedo hacerlo. Alcanzo a oír perros en la distancia que aúllan, ladran y lloran. Mi mandíbula está bloqueada. Me duele la garganta y siento como si me hubiera tragado una soldadora. Empiezo a perder el conocimiento, pero no lo consigo; las oleadas de dolor regresan y chocan contra mi conciencia. Tengo el cuerpo paralizado excepto por la cabeza, que se mueve de lado a lado, con los gritos silenciosos que siguen quemando mi garganta y mis ojos.

Entonces la veo. Está arrodillada allí, este demonio que se hace llamar Melissa, esta criatura del Hades que me ha hecho esto. Reacomoda el alicate, no en el testículo opuesto, sino en el mismo. Cada movimiento que hace ahí abajo hace vibrar mis nervios hasta el cerebro. Lo toma a lo ancho y aprieta, como si quisiera devolverle la forma.

Grito y grito y grito como si mi vida dependiera de eso, y lo único que quiero es morir. Intento despejar mi cabeza, ponerla en blanco. Esto es el infierno y me han traído aquí. El fuego se arrastra sobre mi regazo, mi piel chisporrotea por el calor: se está ampollando, pero no veo ninguna llama. Melissa empuja la pistola más adentro de mi boca. El guardamonte se clava en mis dientes delanteros, pero apenas lo siento. Le ruego en silencio que apriete el gatillo.

No lo hace.

En una fracción de segundo, mi testículo se volverá bidimensional. Siento el líquido que se escurre por mis muslos, casi puedo oír cómo se convierte en vapor. El dolor es tan intenso y tan profundo que no puedo creer que siga vivo. Melissa me pregunta algo, pero no logro entender sus palabras. Lo único que puedo oír es este zumbido constante, un zumbido más fuerte y profundo en mi cráneo que el de la música del club.

*Carpe diem*.

Sigo sin poder respirar. Mi sangre está fría y mi temperatura corporal alta. Cierro la boca, muerdo la pistola y rezo para que Melissa apriete el gatillo.

Tengo un orgasmo.

Ahora estoy casi ciego. Formas oscuras se desplazan en los márgenes de la mañana que recién apunta. El dolor va a desaparecer, desde luego, porque esa es la naturaleza del dolor, pero en este momento, está desafiando su propia naturaleza. Apenas puedo distinguirla de pie sobre mí, el alicate ahora bien lejos de mis genitales, la pistola lejos de mi boca. Puedo hablar, pero no tengo nada que decir. Nada que suplicar.

Cierro los ojos, deseando la muerte, pero cuando los abro, sólo encuentro la libertad. Melissa se ha ido y se ha llevado las esposas. Soy un hombre libre que ha sido engañado por el tiempo, pero no puedo moverme. Respiro hondo. Mi estómago está caliente, mi pecho tibio, mis piernas frías. Vuelvo a cerrar los ojos y el mundo que me rodea empieza a desvanecerse.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que levanto la cabeza despacio y observo mi cuerpo desnudo. Mi pene y mis muslos están cubiertos de sangre seca. Una mezcla de fluidos rojos y blancos, un cóctel de sangre y semen, se extiende sobre mi estómago. El vómito se ha acumulado en mi cuello y el pecho, y puedo sentirlo como una costra sobre la cara y la barbilla. Huele a podrido. Ni siquiera recuerdo haber vomitado. Supongo que tengo suerte de no haber muerto asfixiado… y luego decido que tengo mala suerte de no haberlo hecho. Bajo la mano con suavidad para examinar el daño. Algo que parece espagueti está saliendo de algo que parece cartón.

«Oh, Dios, no. ¡Que esto sea un sueño, por favor!».

Tengo los brazos rígidos y los músculos sensibles y doloridos. Los llevo hacia atrás y hago palanca para levantarme. Pedazos de vómito ruedan por mi cuerpo. Casi me desmayo. El dolor no es nada comparado con antes y, a juzgar por el sol, supongo que antes fue hace unas tres horas. Son alrededor de las nueve, y el domingo por la mañana significa que la gente todavía está relajándose e intimando en la cama, o en la iglesia. En cualquiera de los dos casos, los están cagando.

Nadie vendrá al parque por un rato todavía.

Ruedo de costado. Un grito se eleva en mi frágil garganta. Lo resisto, pero no lo suficiente.

Busco mi ropa y la veo a unos diez metros. Mientras intento arrastrarme hacia ella, mi testículo se balancea de un lado a otro, atascándose entre mis piernas. Es como si todavía tuviera el alicate allí. Sigo pensando que si logro llegar a casa, sobreviviré a esto. Pero no sé si lograré llegar a casa.

Tardo dos minutos en recorrer los diez metros. Me siento como si hubiera corrido una maratón. El sudor gotea de mi frente. La sangre resbala por mis muslos. Me pongo la camiseta. Mi chaqueta no está por ninguna parte. Tampoco la pistola. Ni el cuchillo.

Mis llaves están encima de mis vaqueros. Me mezo con la mayor suavidad posible sobre la espalda y trato de encajar las piernas. Es mucho más difícil de lo que parece. Me detengo a mitad del movimiento para tomarme un breve descanso, durante el cual mi mundo se obnubila. Las fuerzas me abandonan y el dolor parece feliz de regresar. Tengo que luchar para no desmayarme. Ojalá me hubiera

puesto unos calzoncillos más apretados en vez de estos holgados, porque habrían contenido el peso del desastre bamboleante entre mis piernas. En cambio, mi testículo cuelga como un tomate podrido y rezuma como si estuviera infectado por exceso de sol. Arranco un puñado de césped húmedo y me limpio la cara. Con dos puñados más limpio la mayor parte del vómito del cuello y el pecho.

Me miro la muñeca y me sorprende ver que mi reloj sigue allí. Son apenas las ocho. Los últimos días he llegado tarde. Pensé que era más tarde de lo que es. Vale. Es hora de hacer esto. Me pongo de rodillas y luego de pie. Todo lo que tengo que hacer es llegar a casa. No está lejos. Sólo tengo que mover un pie delante del otro. Repetir el procedimiento. Ignorar el dolor hasta que me desplome sobre la cama. Un pie adelante. Este es el primer paso. Me alejo del árbol.

El plan es caminar a paso lento y uniforme, y no aprecio la ironía cuando trato de dar un paso lento pero termino corriendo hacia adelante en un intento por mantener el equilibrio. No sólo me muevo rápido sino que mis piernas pisan el suelo con pesadez, estremeciéndome y enviando ráfagas pulsantes de calor hacia la ingle. Recorro unos veinte metros con una combinación de andar tambaleante y caídas antes de aterrizar de rodillas en un ovillo de lágrimas y agonía sangrienta. Quiero cerrar los ojos y quedarme tendido aquí durante unas horas más, pero sé que no puedo. Tarde o temprano llegará gente al parque. Debajo de los bancos en la periferia y en los cubículos del patio de juegos infantil, los esnifadores de pegamento despertarán a la mañana de otro día estimulado por los químicos. Al final me encontrarán, pero no me ayudarán, sólo se ayudarán a sí mismos quedándose con las pocas posesiones que me quedan.

Me arrodillo otra vez. Me pongo de pie. Sigo.

Esta vez es más fácil. Con los brazos a los lados, mantengo el equilibrio mientras avanzo en zigzag. Enfoco los ojos en el extremo del parque. No mires hacia abajo. No mires a tu alrededor. Sólo continúa caminando. Sólo sigue caminando y estarás bien… Dejo veinte metros atrás, treinta. Luego, en unos minutos, he cubierto cien metros. Unos minutos después de eso, estoy de vuelta de rodillas luchando por contener un grito. Esta vez gano.

Observo cómo el sol va trepando en el cielo. Me pregunto cómo estará el clima hoy. Soleado, caluroso, con períodos de dolor breves pero intensos a lo largo del día. Y el resto de la semana. Tal vez todo el maldito año.

Me las arreglo para volver a ponerme de pie. Camino despacio, con las piernas separadas. Me cojo las pelotas con una mano: duele como su puta madre, pero la marcha se hace más fácil. Trastabillo unos cientos de metros, hago una pausa para vomitar, luego trastabillo otros cientos más. Incluso me detengo para orinar; el acto es doloroso pero sencillo, ya que dejo la polla dentro de mis pantalones y prosigo. La orina gotea por mis piernas y sobre mis zapatos de cuero. Está tibia, es incómoda, y me arde.

El trayecto a casa me lleva más de una hora, y para entonces, la parte delantera de mis vaqueros está empapada de orina y sangre. No me desmayo ni una sola vez, pero en varias ocasiones el mundo se balancea y se oscurece. Me cruzo con

algunas personas en el camino; algunas me ven, otras no. Las que lo hacen me miran con fijeza y no dicen nada. Nadie se ofrece a ayudar. No es el tipo de barrio en el que a la gente le importa. Llegar a casa con la cartera vacía y el reloj ya es un milagro. Cuando llego a mi edificio, ya no parece la obra de un escultor de la basura sostenida por una malla metálica. Más bien parece un palacio. Ojalá el arquitecto hubiera diseñado un ascensor.

Subo las escaleras sentado de espaldas: levanto el culo despacio peldaño a peldaño y cargo la mayor parte del peso en mis brazos. Sólo tengo que hacer tres tramos, pero se convierte en un viaje épico, como escalar el exterior del Empire State Building… sólo que desnudo, con mis bolas que raspan contra las paredes y quedan atrapadas debajo de todos los marcos de las ventanas. No paro de repetirme que ya casi he llegado, pero sé que cuando llegue a lo alto, me esperan mil problemas.

Frente a mi puerta, rebusco en mi bolsillo. Mis vaqueros se estiran en la entrepierna. Hago una mueca de dolor mientras cojo las llaves. La meto en la cerradura. Treinta segundos. Y esta no la fuerzo.

Cierro la puerta a mis espaldas, dejo caer las llaves al suelo y me tambaleo hacia la cama. Todo mi cuerpo tiembla. ¿Es este el siguiente paso? ¿Tenderme y no levantarme nunca más?

No. Aunque lo único que quiero hacer es descansar, sé que tengo que ocuparme de la herida. Lo mejor es hacerlo mientras aún tengo los cojones…

«¡Uf!»

… para encararlo.

Encuentro una toalla y la arrojo al suelo, luego me quito los vaqueros. No sé si alguna vez podré volver a usarlos. Según mi experiencia, la sangre, por desgracia, mancha. Demoro quince minutos en desvestirme, luego otros cinco en buscar un cubo y llenarlo de agua caliente. Mis peces me observan con expresiones extrañas en sus pequeñas caras. No les digo nada para tranquilizarlos. Quiero darles de comer, pero no puedo.

Cojo más suministros y me tumbo en el suelo sobre la toalla, con el culo sobre un cojín y las caderas elevadas. La hora siguiente transcurre de tres maneras. La primera consiste en beber suficiente vino como para que la habitación gire. La segunda es morder muy fuerte el palo de una escoba para sofocar mis gritos. La tercera incluye limpiar con un trapo empapado de desinfectante donde nunca se debería limpiar con desinfectante. No sé si se infectará. La idea de que mi testículo pueda gangrenarse es tan espantosa que la mera posibilidad me impulsa a seguir limpiando. Cuando termino, me lavo el estómago y veo que el corte largo que me hizo Melissa es lo bastante superficial como para ignorarlo… tampoco es que me importe. Quiero decir, Jesús, aunque la pared de mi estómago asomara por allí, no sería nada en comparación con mi testículo.

No sé si volveré a tener sexo. O a caminar bien. O a hablar. Lo único que sé es que necesito que este día termine. Este domingo… No, espera un momento. ¿Sábado?

¡Jesús, es sábado! Esto significa que mi reloj interno está mucho más dañado de lo que pensaba, pero también significa que tengo otro día antes de que termine el fin de semana. Un día entero para sanar.

Siento que mi cuerpo se está apagando. Camino hacia la cama y me acuesto. Mi mente está dejando de lado el dolor y lo almacena en mi banco de memoria ante la posibilidad de que me quede dormido, y ante la posibilidad más remota aún de que vuelva a despertar. Desenfocado, les deseo buenas noches a mis peces. Podría ser de noche. Podría ser todavía de mañana.

Pensamientos de venganza se arremolinan en mi mente, aletargada por el alcohol. Cierro los ojos y busco una vía de escape.

# CAPÍTULO VEINTISÉIS

Está viendo un DVD con su padre cuando suena el teléfono. En la televisión, alguien está intentando matar a Clint Eastwood. Si quitaras eso de una película de Clint Eastwood, no habría mucho más. Esta vez en particular, le están colocando una soga alrededor del cuello. Su padre pulsa el botón de pausa mientras ella se levanta y se dirige al comedor. En la pantalla, el tiempo se ha detenido, y Clint tiene un momento más largo para pensar en qué ha hecho para que estos hombres quieran colgarlo.

Sally está segura de que la llamada será para uno de sus padres, porque a ella nunca la llaman. Por un instante, piensa que podría ser Joe, pero el instante es breve. Seguro que tiró su número en cuanto ella salió de la sala de informes ayer. ¿En qué había estado pensando? ¿Que podía sustituir a su hermano de alguna manera?

Estira la mano y coge el auricular.

—¿Hola?

—¿Sally?

—Sí —responde, sin reconocer la voz.

—¿Quién habla?

—Soy Joe.

—¿Joe?

—¿Sally? Sally, dijiste que si alguna vez necesitaba algo… —La voz se apaga.

—¿Joe?

Todavía nada. ¿Es Joe de verdad? No suena como él.

»¿Joe?

—Por favor. Sally. Ha ocurrido algo. Estoy mal. Muy, muy mal. No sé qué hacer. Tengo dolor. Mucho. ¿Puedes ayudarme? ¿Hay algo que puedas hacer?

—Puedo llamar a una ambulancia.

—No. La ambulancia no. Por favor, necesito que entiendas esto —le pide, como si fuera ella la que tiene problemas mentales y no él—. Necesito analgésicos. Y un *kit* de primeros auxilios. Por favor, necesito que cojas eso y vengas a mi casa. Me duele mucho. Por favor. ¿Entiendes?

—¿Dónde vives?

—¿Dónde vivo? No… no me acuerdo.

—¿Joe?

—Espera, espera. Bolígrafo. ¿Tienes un bolígrafo?

—Sí, tengo.

Le da su dirección, y luego silencio. Sally se queda mirando por la ventana el huerto en el jardín trasero con el que su padre ha estado en guerra durante los últimos años (poco a poco está aceptando la derrota). Todas las plantas y las malas

hierbas también parecen estar en guerra entre sí. Ya siente como si la llamada telefónica no hubiera ocurrido. Fue corta y confusa y tan impropia de Joe. Se da cuenta de que aún tiene el teléfono en la mano. Eso es la prueba de que él acaba de llamar. No le gustó nada la forma en que sonaba. Pulsa dos de los tres números necesarios para llamar a una ambulancia, y cuelga. No pedirá ayuda hasta haber visto a Joe. Hasta donde sabe, podría ser algo tan simple como una astilla. A veces su hermano se comportaba de la misma manera por algo igual de pequeño.

Arriba en su habitación, saca un *kit* de primeros auxilios de debajo de la cama, abre la cremallera de la tapa y comprueba que está completo, aunque sabía que lo estaría. Les dice a sus padres que volverá más tarde y se dirige a su coche. Afuera está gris, con algunos parches de cielo azul hacia el este, pero no muchos.

El barrio de Joe está venido a menos, piensa, mientras sigue las calles en el mapa. Muchos de los edificios y casas necesitan reparación. Algunos más que otros. Una capa de pintura y una cortadora de césped resolverían algunos problemas, pero en ciertos casos, la demolición sería la única opción. Esta zona no tendría que estar así, decide, si más gente se preocupara.

El edificio de Joe tiene pocos pisos. Es de ladrillo, y los adolescentes han dejado sus huellas con pintura en aerosol. Las ventanas están sucias, el moho y la humedad han descolorido el tercio inferior del edificio, y las grietas están emparchadas con cemento y pintura. El sendero del frente tiene algunas manchas extrañas y huele a comida podrida.

La escalera está poco iluminada y huele un poco a orina, pero no está tan oscura como para no ver manchas de sangre cada pocos centímetros. Cuando llega al último piso, está más que preocupada. Chequea las diferentes puertas y encuentra el apartamento de Joe. Cuando estira el brazo para llamar a la puerta, se da cuenta de que le tiemblan las manos.

Pasa un minuto y Joe no responde. ¿Habrá sido él quien llamó? No sonaba como él, pero ¿quién más podría haber sido? Un segundo y mucho peor pensamiento la asalta. ¿Y si estaba tan malherido que había muerto? Ese pensamiento la hace probar la manija. Extiende la mano y la gira, y cuando abre la puerta, el hedor de la descomposición y el desinfectante la arroja hacia atrás y tiene que reprimir la compulsión de empezar a tener arcadas.

El apartamento es pequeño desde cualquier punto de vista. La luz del día entra a raudales a través de la única ventana en el extremo lejano e ilumina cada partícula de polvo que flota en su camino: Sally tiene la sensación de estar caminando hacia una tormenta de arena. Se ha estado preguntando cómo sería la casa de Joe, pero no se había imaginado esto: papel tapiz que cuelga de las paredes, los tablones de madera del piso sucios y deteriorados, muebles viejos, rotos y rajados. Vale, tampoco se había imaginado nunca que lo vería en estas circunstancias, ni en semejante desorden, pero cuando repara en Joe tumbado en la cama se da cuenta de que esto ha de ser resultado del estado en que se encuentra. Su ropa está amontonada en el suelo, cubierta de sangre, manchas de césped y vómito. En el centro del suelo, se apilan vendas y pañuelos de papel. Junto a ellos hay una

botella de vino vacía, bastoncillos de algodón, trapos, incluso una botella de desinfectante. Un cubo que apesta a cosas feas está al lado del sofá.

Su primer pensamiento es que Joe ha sido apuñalado. Apuñalado y asesinado.

Cierra la puerta y se apresura hacia él. Está desnudo, excepto por una sábana que tapa su cintura. Su cuerpo entero está cubierto por una película de sudor y ha adquirido un tono grisáceo. Sus ojos apenas están abiertos, y Sally no está segura de que la pueda ver. Puede percibir el ascenso y descenso de su pecho. Le aparta el pelo húmedo y le apoya una mano sobre la frente. Está ardiendo.

—¿Joe? ¿Puedes oírme, Joe?

Sus ojos se abren un poco más.

—¿Mamá? ¿Qué pasa?

—Soy Sally, Joe.

—¿Mamá?

Sus ojos se cierran. La sábana que cubre su cintura tiene manchas de sangre. Y hay sangre seca sobre su estómago. Su cuerpo está lleno de cicatrices, y un corte reciente desciende a lo largo de su estómago. La sangre en sus manos y debajo de las uñas está seca y mezclada con tierra. En la parte superior de su cuerpo, tiene manchas de vómito y vestigios de césped y tierra.

—¿Puedes contarme qué te pasó, Joe?

—Me atacaron. Me atacaron.

—Llamaré a la policía y luego pediré una ambulancia.

—No. No. Nada de ambulancia. Nada de policía. Por favor.

—¿Dónde está el teléfono? —pregunta ella, y justo entonces empieza a asimilar las palabras de él.

Antes de que pueda preguntarle por qué, él estira un brazo y le rodea una muñeca con la mano. Ejerce presión y consigue mantenerla unos segundos antes de soltarla.

—Soy Joe La Víctima —dice—, pero Joe no quiere ser una víctima. Nada de policía. Sólo medicamentos.

Sally se extiende y coge con suavidad la esquina de la sábana. Joe empieza a temblar. La levanta despacio, sin saber qué esperar, pero sin duda no esto, y lo que ve le arranca un grito ahogado y hace que las lágrimas corran por sus mejillas.

—Ay, mi pobre y dulce Joe —dice—. ¿Quién te ha hecho esto?

—Nadie —responde él en un susurro.

—Necesitamos más ayuda.

—La gente no tiene que saberlo. La gente se ríe de Joe. Se reirán más si se enteran.

—Debo llamar a la policía. —Sally toma el teléfono.

—¡No! —grita él. Se sienta y la sujeta de la mano de nuevo; la aferra con tanta fuerza que Sally tiene miedo que se la rompa—. ¡Me van a matar!

Entonces, el dolor de sentarse lo embiste. Se deja caer hacia atrás, sus ojos se ponen en blanco y se desmaya.

Sally se queda mirando el teléfono. ¿Cuáles son sus obligaciones aquí? Ayudar a

Joe, por supuesto. ¿Debe hacer lo que es mejor para su paciente o debe seguir los deseos del paciente? ¿Qué pasa si hace la llamada y Joe tiene razón y la gente vuelve para hacerle daño? La policía no puede hacer mucho. Deja el teléfono. Ha tomado una decisión. Dios la ha traído aquí para ayudar a Joe, no para arriesgarse a ponerlo en el camino de más violencia.

Hace una bola con la sábana, la aparta y la deja en el suelo. De pie al lado de la cama, observa la herida y no puede evitar pensar que está invadiendo la privacidad de Joe, pero desde luego, ahora es una enfermera, una profesional. Esto es para lo que se formó. Esto es lo que quería ser.

«Sí, pero una profesional sabría cuándo una situación supera sus habilidades. Sabría cuándo llamar a una ambulancia».

Eso es absolutamente cierto. No está capacitada para esto. Pero un profesional que tomara esa decisión podría llevar a Joe a la muerte, si lo que él había dicho era verdad. Al menos verá qué puede hacer para ayudarlo, y luego reevaluará la decisión. Se lleva su crucifijo a la barbilla. Lo sostiene allí durante unos segundos antes de quitárselo y envolver la cadena alrededor de la mano de Joe para que Jesús descanse en su palma. Retrocede y se agacha para estudiar la herida desde otra dirección. El pene de Joe yace en un ángulo, hacia arriba sobre la base de su estómago y apuntando al hombro. Ha colocado un trozo de cinta adhesiva sobre él para mantenerlo alejado de la herida.

—Pobre Joe —susurra, casi llorando. Debe comenzar con lo básico. Se lo repite a sí misma una y otra vez mientras se pone un par de guantes de látex, y en el proceso, advierte que hay otros pares alrededor del apartamento. ¿Para qué los usa Joe? Para limpiar, seguro. Se acerca y empuja hacia abajo un costado del muslo de Joe para tratar de ver mejor la herida sin tocarla. Su testículo ha sido estrujado, aplastado y destruido con una herramienta. Supone que con un alicate, o unas pinzas.

—Me asaltaron —murmura Joe. Sus ojos están abiertos.

—¿Quién te asaltó?

No responde. Mantiene la mirada clavada en el frente.

Sally sigue examinando la herida. Hay que extirpar el testículo. Le gustaría que hubiera una forma de evitarlo, pero no se le ocurre. No hay duda de que hay que quitarlo, como tampoco hay duda de que ella no está capacitada… ni siquiera tiene la confianza en sí misma… para hacer el procedimiento.

»Tienes que ir a un hospital, Joe.

—No. Volverán. Me harán daño. Por favor, ¿puedes arreglarlo?

Ella le sonríe.

—Por supuesto —responde.

Lo primero que hace es abrir la ventana. Deben hacer cerca de treinta y ocho grados aquí adentro, y ya está sudando. El aire fresco empieza a entrar. Mientras espera a que hierva el agua, moja un paño en agua fría y lo apoya en la frente de Joe. Él apenas parece darse cuenta.

Su *kit* de primeros auxilios es más avanzado que la mayoría, ya que incluye

elementos de su época en la escuela de enfermería. Lo único que le falta es cualquier tipo de anestesia local, pero si la suerte la acompaña, Joe permanecerá inconsciente durante la mayor parte de esto. En realidad, quien necesita suerte es Joe.

Retira el mango del bisturí y lo deja caer en el agua hirviendo. La hoja está envuelta en papel de aluminio, ya estéril. Despliega una lámina de plástico y trata de poner a Joe de lado y deslizarla debajo de él, pero es demasiado pesado. Sally sabe cómo mover a un paciente, pero no a un paciente con un testículo hecho pedazos. Lo mece ligeramente hacia un lado y lo acomoda lo mejor posible. Le deja la cinta sobre el pene. Es algo un poco rudimentario, pero bastante efectivo. Empapa unas pequeñas almohadillas en yodo y comienza a limpiar el área alrededor de la herida. El riesgo de infección es alto, pero esto es lo mejor que puede hacer.

—¿Estás seguro de que no quieres ir a un hospital? ¿Joe?

Joe la mira como si no esperara que ella estuviera aquí. Sus ojos se desvían a la pecera en la mesa. Ella no la había visto hasta ahora.

»¿Joe?

—Por favor… —Señala la botella de vino vacía. Ella la observa con más atención y nota que todavía le queda un tercio. La toma y se la da. Le ayudará, piensa. También quita el cinturón de los vaqueros descartados y ensangrentados. El cinturón también ayudará.

Baja la mirada hacia sus manos. Ya no le tiemblan. Rompe el envoltorio de papel de aluminio de la hoja del bisturí y se dispone a trabajar.

# CAPÍTULO VEINTISIETE

Sueño con la muerte y deseo estar allí. Sueño con el dolor y aquí es donde vivo.

Mis dientes muerden el cuello de la botella de vino y empiezo a tragar lo que puedo. Tengo suerte de tener vino. Lo compré hace seis meses cuando fue el cumpleaños de mi madre. Pensé que podríamos celebrarlo. Ella me acusó de intentar envenenarla y terminé trayéndolo a casa. Por lo general, el olor del vino es suficiente para darme arcadas. Ahora me aferro a la sensación que me da, un sentimiento de esperanza de que tal vez pueda escapar de todo esto. Intento apartar la lengua para no tener que sentir el gusto, pero no funciona. Después de unos segundos, tengo ganas de vomitar, pero cuanto más trago, menos me preocupa el sabor, y más empiezo a disfrutar de la sensación que me está dando. Dejo caer la cabeza sobre la almohada y miro a la persona agachada frente a mi entrepierna. La persona lleva una máscara de cirujano, pero me doy cuenta de que es una mujer. Rezo para que no sea Melissa. No sé por qué está aquí. No recuerdo haber pedido ayuda, y creo que estoy alucinando. O tengo suerte. Mi rostro se está entumeciendo y mi visión se vuelve lenta. Cuando giro la cabeza, mis ojos tardan un segundo en ajustarse.

El dolor comienza a agudizarse de nuevo. Observo alrededor de la habitación, pero el entorno es familiar, no como debería ser si estuviera en un hospital. Intento morder el cuello de la botella, pero descubro que ya estoy mordiendo otra cosa. Es mi cinturón. No es el tipo de cosa que usaría un médico.

Me tiemblan las manos y siento todo el cuerpo caliente. No sé cómo lo hace la doctora, pero se mueve tan rápido que en un momento está sosteniendo algo afilado en el aire, y al siguiente me está aplicando algo. Parpadeo una vez, ella cambia de posición; vuelvo a parpadear, está en otro lugar… recobro el conocimiento y vuelvo a perderlo. Sus palabras son en gran parte inconexas, pero intenta tranquilizarme. Veo cómo retira trozos de piel y carne, y luego no puedo mirar más.

Clavo los ojos en el techo. Se está hundiendo un poco en el centro. Intento hablar con mi médica, pero no estoy muy seguro de lo que digo. ¿Es todo esto un sueño? ¿Me estoy operando a mí mismo?

No sé cuánto tiempo pasa, pero cuando vuelvo a mirar hacia arriba, la médica se ha ido. Estoy solo, igual que mi testículo. Empiezo a bajar la mano por mi cuerpo, pero luego lo pienso mejor. Me da demasiado miedo ver el nivel de daño. Cierro los ojos. Los abro de nuevo. La médica ha regresado. Los cierro. La médica se ha marchado.

¿Qué me está pasando?

¿Me estoy muriendo?

Miro el techo y espero que sí.

# CAPÍTULO VEINTIOCHO

Sally se sienta en el sofá y se queda mirando la pecera. Cuando extiende la mano y echa un poco de comida, los dos peces en el interior se dirigen deprisa a la superficie y comienzan a comer.

La operación, si puede llamarse así, ha salido bien. Sospecha que las posibilidades de infección son escasas. Ha eliminado con cuidado el daño hecho por el alicate y ha utilizado puntos reabsorbibles en el área interna y puntos normales en el área externa. Por supuesto, sólo el tiempo dirá. Ahora que ha terminado, se ha vuelto a colgar el crucifijo alrededor del cuello.

Había supuesto que Joe lo necesitaría más durante ese tiempo.

Ha decidido que por mucho que quiera llamar a la policía, no lo hará. Quiere que Joe reciba un cuidado profesional y que la gente que le hizo esto sea atrapada y condenada, pero esperará hasta poder discutirlo con él. No hay lugar en las calles para personas capaces de cometer semejante acto de maldad. Piensa en el Carnicero de Christchurch, en el infierno por el que ha hecho pasar a las mujeres. Es cierto que el diablo puede caminar entre nosotros.

La vida de Joe ya es de por sí diferente, y ella no lo culpa por no querer ser el hombre con problemas mentales que fue privado de su dinero y su dignidad. Respeta el derecho de Joe a no ser conocido como el hombre que ha perdido un testículo. Cuando recupere sus capacidades, cuando sea plenamente consciente, Sally lo ayudará a entender que el camino correcto será involucrar a otros que puedan ayudarlo.

Piensa en las cicatrices en su pecho. ¿Qué clase de vida ha tenido? ¿Quién abusó de él? ¿Es por eso que nunca habla de sus padres?

Joe está inconsciente, así que lo hace rodar hacia un lado y luego hacia el otro para sacar las sábanas ensangrentadas de debajo de él. Envuelve los trozos de carne que ha cortado en la sábana de plástico y los coloca en una bolsa de plástico, luego arroja la ropa de cama, los vaqueros, la ropa interior y la camiseta en la lavadora y la pone en marcha. Encuentra una segunda bolsa de plástico y empieza a llenarla con toda la basura de la cirugía. Envuelve la hoja del bisturí con cuidado para asegurarse de que no pueda herir a nadie. Se quita los guantes de látex y los deja caer en la bolsa.

Se pone otro par y empieza a ordenar y limpiar el apartamento. Los platos apilados en el fregadero ni siquiera están enjuagados. Las manchas de comida en la mesada coinciden con las manchas de comida en la mesa. Cuando encuentra una aspiradora, decide pasarla aunque sea un poco. Ninguno de los ruidos despierta a Joe. Cuando la lavadora acaba su ciclo, pasa las prendas a la secadora y la pone en funcionamiento. Los libros en el sofá son novelas románticas. Martin nunca leyó nada como esto; sólo leía cómics. Al principio le resulta raro, aunque le

entusiasma que Joe lea algo que por lo menos tiene una trama. Cuando coge las carpetas junto a los libros, el contenido de una de ellas se desliza hacia afuera.

«¿Qué estás haciendo, Joe?», susurra para sí misma. Reconoce la fotografía de una de las mujeres muertas. La recoge, hojea el resto y devuelve todo a la carpeta antes de pasar a la siguiente. Joe tiene el expediente completo… de las víctimas del Carnicero de Christchurch. También tiene información sobre los detectives que investigan el caso. Sally sigue revisando mientras intenta descifrar por qué Joe tendría esto aquí. ¿Sabe que las mujeres de estas fotos están muertas?

Joe no traería estas cosas a su casa a menos que hubiera una buena razón, y está segura de que no lo haría por dinero. O alguien lo está amenazando o las trajo para sí mismo. ¿Pero por qué? ¿Tiene algo que ver con su ataque?

Cuando echa un vistazo a Joe, detecta otra carpeta en la mesita de noche. Es un perfil psicológico del Carnicero. No hay manera en el mundo que Joe pueda entender nada de esto. ¿Por qué tenerlo, entonces? ¿Y por qué tenerlo al lado de la cama, como si lo hubiera estado leyendo hace poco? Afuera, las luces de la calle se han encendido. La calle está vacía excepto por unos cuantos coches aparcados y, por primera vez, empieza a parecer otoño. Sally cierra la ventana.

Vacía el cubo en el fregadero y lo enjuaga, luego lo llena con una cuarta parte de agua y lo deja junto a la cama de Joe. Se imagina que lo usará para orinar… no podrá caminar durante unos días. Comprueba el vendaje de la herida. No hay señales de sangre. Cuando la secadora detiene su ciclo, saca las sábanas, hace rodar a Joe a un lado y al otro, y coloca una sábana debajo de él. La segunda la usa para cubrirlo…. todavía hace demasiado calor aquí para una manta. Toma el maletín, que es más pesado de lo que pensaba, y lo pone al alcance de la cama en caso de que lo necesite. Durante unos segundos, piensa que debería abrirlo, que tal vez haya respuestas allí, pero decide no hacerlo. Joe confiaba en que ella vendría a ayudarlo, no a revisar sus pertenencias.

Verifica que todo está ordenado, recoge las llaves de Joe, su *kit* de primeros auxilios, y se encamina de regreso a su coche.

# CAPITULO VEINTINUEVE

Domingo. No por la mañana, ni siquiera por la tarde, sino ya de noche. He dormido más de un día. Mi reloj interno no me dice nada. Estoy en algún lugar entre el infierno y el tormento de la vida. Pierdo y recupero el conocimiento, apenas consciente del hecho de que estoy vivo. Miro mi despertador. Son las nueve y cuarenta.

Cuando descorro la sábana, me siento aliviado de ver poca sangre. Alguien me ha colocado un vendaje blanco alrededor de la entrepierna con gran meticulosidad. Está casi seco. Intento concentrarme en lo que pasó después de que logré llegar a casa ayer por la mañana, pero todo lo que obtengo es dolor de cabeza.

No tengo ningún motivo para levantarme. Mis peces necesitan que les de comer. Pero mis peces pueden esperar. No sé cuánto tiempo pueden sobrevivir sin comida, pero podríamos averiguarlo. Orino en el cubo, que parece bastante limpio teniendo en cuenta que lo he llenado de agua y antiséptico. Me escuece al orinar, y la orina sale en chorros cortos. Cuando termino, mi habitación huele peor de lo normal.

Cierro los ojos. Veo a una mujer de pie sobre mí con una máscara en la cara y un bisturí en la mano. Un resplandor la rodea, y la máscara desaparece, el bisturí se convierte en un alicate, el techo de mi habitación se convierte en un cielo morado con estrellas trémulas y la extraña se convierte en Melissa. Melissa me hizo esto. Melissa me arrancó el testículo.

Y fue Melissa quien vino a ayudarme. Tuvo que ser ella.

—Maldita sea —pronuncio y abro los ojos. Me tapo con la sábana y me recuesto en la almohada. Necesito descansar, pero no estoy cansado. Necesito pensar en otra cosa que no sea Melissa, aunque sea por unos minutos. Me estiro hacia la mesita de noche y cojo la carpeta.

Un solitario. Caucásico, ya que este tipo de crímenes no suelen tener que ver con la raza, y todas las mujeres son blancas. Treinta y tantos años. Los asesinatos ocurren siempre de noche, lo que sugiere que tiene un trabajo, pero será algo de poca importancia. Siente que el trabajo es poco para él, que es demasiado bueno para lo que hace. Vive con una mujer dominante, quizás una madre o una tía.

Recuerdo que Melissa me preguntó sobre la figura materna dominante. Cree la misma mierda que quien escribió esto.

No tiene la capacidad de enfrentarse a esta mujer y, a través de la transferencia,

se venga de ella matando a otras mujeres. No busca el sexo, sino el poder de dominación. Utiliza el sexo como un arma. Es muy probable que tenga antecedentes policiales. Me inclinaría por voyerismo. Y también por robo con allanamiento de morada.

El informe continúa diciendo que no tengo una personalidad múltiple y que no soy insano, lo que significa que al menos han acertado en algo.

Si experimenta una compulsión constante por violar y matar, eso no se refleja en los lapsos de tiempo entre los crímenes. En la mayoría de los casos, ha habido intervalos de un mes entre las muertes. Esto podría ser porque ha sido detenido por otros cargos no relacionados. En otras ocasiones, el intervalo es de apenas una semana. El hecho de que sus víctimas cooperen sugiere que las amenaza con un arma, y dado que ninguna de las víctimas ha sido asesinada mientras su marido o pareja estaba en la casa, es razonable suponer que no está dispuesto a arriesgarse a un encuentro con otro hombre.

Muestra falta de organización, puesto que utiliza elementos de la escena para atar a las víctimas en lugar de traer sus propios elementos. Su naturaleza sexual se torna cada vez más perversa a medida que continúa con los ataques. Planea sus ataques tal vez con semanas de antelación antes de cometerlos. El hecho de cubrir los rostros de las víctimas y voltear las fotografías revela que le gusta despersonalizarlas. Les cubre el rostro antes de matarlas para fantasear que está matando a otra persona, a la mujer dominante en su vida, en lugar de cubrirlas después por algún sentimiento de culpa. Guarda objetos como trofeos, ropa interior y joyas de las escenas, quizás para revivir los momentos.

Tiene tendencias sociopáticas, carece de conciencia, y no ve a sus víctimas como personas reales.

Se deberá mantener las tumbas bajo vigilancia dado que es probable que se aparezca por allí, no por remordimiento, sino para revivir el crimen. Puede que llame a la policía para ofrecer ayuda o declarar como testigo, todo para averiguar en qué punto se encuentra la investigación. Es posible que merodee por los bares de la policía y trate de hablar del caso con ellos para averiguar lo que pueda…

El informe continúa. Menciona que la violación es un crimen violento en el que el sexo es el arma. Menciona que el sexo se utiliza para obtener poder y control, para dominar. ¿Tienen razón sobre por qué les cubrí la cara? ¿Las estaba despersonalizando, o fingiendo que eran otra persona? No estoy seguro. Sin embargo, no se equivocan con respecto a las tumbas. Consideré ir allí, pero por suerte me enteré de que estaban bajo vigilancia antes de intentarlo.

A fines de mi adolescencia, solía acostarme en la cama por las noches y pensar en mis vecinos. Me preguntaba qué estarían haciendo en ese preciso momento.

¿Estarían pensando en mí? Solía imaginarme que iba de casa en casa en la oscuridad de la noche y tomaba todo lo que me apetecía, y hacía todo lo que quería a cualquiera. En aquel entonces, la fantasía consistía en que no me atraparan, no en matar, sino en triunfar. En ese tiempo, estaba convencido de que podía cometer el crimen perfecto. Hoy en día, la fantasía se ha convertido en realidad. Y eso es lo que omite el perfil.

Apago la luz y cierro los ojos. Estoy cansado, pero el dolor me mantiene despierto. Llego hasta cuatro antes de decidir que contar ovejas es una idea estúpida.

No sé cómo sucede, pero lo siguiente que sé es que me despierto por la mañana; mi despertador me ayuda a escapar de otra pesadilla. Soñé con Melissa y el alicate. Yo no paraba de gritarle que se detuviera, pero nada la detenía.

Llamo al trabajo. No, no estoy enfermo, pero mi madre sí. Sí, es una pena. Sí, le transmitiré sus deseos de recuperación. Sí, los mantendré al tanto de cómo está. Sí, me tomaré el tiempo necesario para asegurarme de que va a estar bien. Sí, sí, joder, sí. Me duele hablar, y siento como si a mis pelotas les hubiera pasado un tren por encima. Utilizo el cubo para orinar.

Tengo la tentación de levantarme para buscar un vaso de agua, pero la tentación sucumbe ante mi reticencia a producir más dolor del que puedo soportar. En su lugar, sigo teniendo sed hasta que por fin me quedo dormido otra vez. Cuando me despierto, estoy cubierto de sudor. Las sábanas están mojadas, mi cara pegajosa. Tengo tanta sed que hago una bola con las sábanas e intento chupar el sudor de ellas. Cuando no encuentro suficiente humedad, miro el cubo de orina, pero no es algo a lo que puedo recurrir.

Me pongo de pie tambaleando y me alejo cojeando de la cama para honrar el fregadero con mi presencia. Vomito en él antes de llenar un vaso de agua y beberlo de un trago. Lo lleno de nuevo. Enjuago el fregadero. Luego vuelvo a vomitar. La mesada de la cocina está ordenada. No recuerdo haberlo hecho. De hecho, todo el apartamento parece como si lo hubiera limpiado. ¿Qué demonios he estado haciendo mientras estaba desmayado?

En el proceso de arrastrarme a medias hacia el sofá, tropiezo y el dolor estalla en mi ingle cuando golpeo el suelo. El mundo desaparece, y cuando vuelvo en mí, estoy en la cama. Un vaso de agua con pedacitos de hielo descansa en mi mesita de noche junto a un frasco de pastillas sin etiqueta. Han pasado varias horas. Quizá un día entero.

Saco una de las pastillas. Tiene que ser algún tipo de antibiótico. Me la trago con un poco de agua. Cierro los ojos. Ya ni siquiera sé qué es real.

Salgo de la cama, me apoyo en el sofá y espolvoreo un poco de comida para peces en la pecera. No me quedo para observarlos comer. Miro a mi alrededor. Mi ropa está lavada y doblada. Las sábanas tienen muy poca sangre. Contemplo el vendaje alrededor de mi herida. Parece que tiene menos sangre que ayer. ¿Melissa me cambió el vendaje cuando me ayudó a volver a la cama? ¿O yo cambié el

vendaje cuando me ayudé a mí mismo a volver allí? Jesús, ¿qué me está pasando? Me desmayo en el momento en que toco la cama.

Cuando despierto, cojo el teléfono y marco el número.

—¿Joe? ¿Eres tú?

—Sí, mamá. Escucha, no puedo ir a cenar esta noche.

Hablar me significa un esfuerzo, pero hago lo mejor que puedo para sonar tan normal como un tipo que tiene un solo testículo que le funciona.

—Tengo pastel de carne, Joe. Te encanta el pastel de carne.

—Claro.

—No me importa cocinarte pastel de carne. Te gusta, ¿verdad?

—Por supuesto, mamá, pero…

—A tu padre nunca le gustó mi pastel de carne. Decía que tenía gusto a zapato con suela de goma.

—Mamá…

—Porque si no te gusta, solo tienes que decírmelo.

«¿De qué demonios está hablando? Dios mío».

—Escucha, mamá, no puedo ir. Estoy ocupado con el trabajo.

—¿Cómo puedes estar ocupado con el trabajo? Vendes coches. Escucha, Joe, si quieres puedo prepararte otra cosa. ¿Qué tal si hago espagueti a la boloñesa?

Al principio no estoy seguro de a qué se refiere, supongo que debe estar hablando de mi primo, pero luego recuerdo que durante los últimos años le he dicho que vendo coches. Me doy cuenta de que estoy apretando el teléfono con fuerza.

—No puedo ir, mamá.

—¿A las siete, entonces?

—No puedo ir.

—El supermercado tiene el pollo en oferta. ¿Crees que debería comprar?

Sacudo la cabeza, con los dientes apretados. Tengo punzadas en mi único huevo.

—Como quieras.

—El pollo de ocho piezas está barato.

—Compra algunos, entonces.

—¿Crees que debería? —pregunta.

—Claro.

—¿Quieres que te compre algunos para ti?

—No.

—No me molesta.

—Estoy bien, mamá.

—¿Estás bien, Joe? Suenas como enfermo.

—Estoy cansado. Eso es todo.

—Necesitas dormir más —sugiere—. Tengo justo lo que necesitas. ¿Quieres que vaya a tu casa?

—No.

—¿No quieres que vea tu casa? ¿Tienes cosas gais allí, Joe? ¿Vives con uno de

esos homosexuales?

—No soy *gay*, mamá.

—¿Y qué se supone que debo hacer con este pastel de carne? Tirarlo a la basura, supongo.

—Congélalo.

—No puedo congelarlo —responde con un tono que sugiere que se está preguntando cómo me las arreglo en la vida si creo que congelar la carne está bien.

—Iré el próximo lunes, mamá. Te lo prometo.

—Supongo que habrá que esperar y ver. Adiós, Joe.

—Adiós, mamá.

Estoy sudando. Y sorprendido de que se haya despedido primero. Me vuelvo hacia el cubo. El olor a orina ha desaparecido. El agua parece clara. Meo en él, con un dolor pulsante en la entrepierna.

Al colgar el teléfono, consigo recordar. Cuando llegué a casa del parque, estoy seguro de que hice una llamada telefónica. ¿Pero a quién?

¿A Sally?

Me levanto y camino hacia la nevera. Su número sigue ahí, pero hay manchas de sangre en el papel. Llegué a casa. Tenía dolor. Hice una llamada telefónica. Creo que hice una llamada telefónica.

Regreso a la cama. Mi testículo no está, y cuando trato de recordar quién me lo cortó, me imagino primero a Melissa detrás de una máscara quirúrgica y luego a Sally, también con una. Me pregunto dónde lo habré puesto. O dónde lo habrán puesto. Luz y oscuridad, sueño y vigilia, conciencia de todo y luego de nada. Me deslizo por esta existencia lo mejor que puedo, sin molestarme en contar las horas en caso de que no estén transcurriendo. Otras veces me descubro de pie frente a Pepinillo y Jehová, sin recordar haberme levantado ni haberme acercado a ellos: los contemplo nadar y me pregunto si un pez de colores se acordaría de que le han quitado un testículo. Mi testículo ha desaparecido y también mi cordura. El primero nunca volverá. Mantengo la esperanza en lo segundo.

El lunes por la mañana, mi alarma interna me despierta a las siete y media. Ha pasado una semana entera. Así como así. Me levanto de la cama y descubro que camino mejor de lo que lo he hecho en toda la semana. Contemplo mi vista de mierda por la ventana, que hoy es incluso más asquerosa de lo normal. Parece que afuera hace frío.

Sigo mi rutina de los días laborales. Me ducho y me afeito, aunque tardo un poco más. Preparo unas tostadas. Les doy de comer a mis peces. Mi apartamento no huele tan mal como hubiera pensado. El cubo en el que he estado meando parece como si solo lo hubiera usado unas pocas veces. Cuando me dispongo a preparar el almuerzo, descubro que la mayoría de la comida en mi nevera se ha puesto mala. Aun así, siento como si hubiera pasado la semana en el infierno y hubiera emergido de bastante buena forma, dentro de lo que cabe. Las escaleras se me complican y me cuesta bajarlas, pero lo logro sin que aparezca sangre en la parte

delantera de mi mono. La temperatura ha bajado a la mitad desde la última vez que estuve afuera. Cielos grises en lo alto y nubes negras a lo lejos, todo muy quieto. Tengo que explicarle al Sr. Stanley por qué no lo he visto en una semana. «Sí, mamá ha estado enferma». En el autobús, lo que queda de mi escroto amenaza con desgarrarse con cada sacudida provocada por los baches. Lo que necesito es un tampón para hombres. O una máquina del tiempo.

El Sr. Stanley abre la puerta para permitirme bajar. Cruzo la calle cojeando y me preparo para empezar otra semana de trabajo.

# CAPÍTULO TREINTA

—Oí que habías vuelto al trabajo —dice Sally, y su rostro parece pugnar entre aparentar estar contenta y preocupada a la vez.

Estoy abajo, en las celdas nocturnas provisorias, desplazando una fregona de un lado a otro para tratar de limpiar el vómito y la orina que los borrachos del fin de semana han esparcido por todo el lugar. De todas las cosas que hago aquí, esta es la peor. Una vez por mes, el departamento contrata a un equipo de limpieza para que haga un acondicionamiento exhaustivo de las celdas, pero es increíble cómo las paredes de bloques de hormigón y los pisos de cemento absorben el olor: huele como un zoológico donde los animales estuvieran encerrados en jaulas pequeñas y los cuidadores nunca limpiaran la mierda. Acabo de pasar diez minutos con una mancha en particular fea cuyos ingredientes no podría adivinar, y sé que me llevará otros diez minutos acabar con la tarea.

Me quito la mascarilla que me protege del espantoso olor. Las celdas, con sus puertas de metal y su construcción de hormigón, son muy frías, incluso en pleno verano, y ya no es verano, y el aire gélido en este momento me produce pinchazos en el huevo.

—Mi madre está bien —señalo, sabiendo que debe haberse enterado del motivo de mi ausencia.

—¿Perdón?

—Mi madre. Estuvo enferma toda la semana. Por eso no vine.

—¿Tu madre estuvo enferma?

—Ajá. Pensé que te habrías enterado. Por eso no vine. Supongo que todo el mundo lo sabe.

—Ah, vale, entiendo —responde, en tono de secreto, arrastrando el *ah* y el *vale* como si se tratara de una conspiración. Como si tuviéramos un amorío—. Tu madre estuvo enferma. Por eso te tomaste la semana libre.

—Ajá. Eso es lo que dije —afirmo, y algo en la forma en que habla suena mal, muy mal.

—¿Y ya está mejor?

—Claro —respondo, arrastrando la palabra y asintiendo con lentitud mientras intento entender. ¿Acaso sabe lo que ha pasado? ¿Acaso esta mujer con un coeficiente intelectual de setenta vino a mi casa y me operó?

—¿Y cómo estás tú, Joe? ¿También mejor ahora?

—Ahí estoy. El tiempo cura todas las heridas, eso dice mi madre —aventuro y me pregunto si mi madre tenía una herida de testículo en mente cuando lo dijo.

—Así es. Mira, Joe, recuerda que si necesitas algo, si quieres que te ayude con… tu madre… sólo tienes que pedírmelo.

Por supuesto, la clase de ayuda que necesito con mi madre no es del tipo de la

que ella podría ofrecer. Sin embargo, si hubiera más gente como Sally, tal vez el mundo sería un lugar mejor. El problema es que ella suena como si compartiéramos un gran secreto: el de cuando Joe se levantó una mañana en un parque después de que le estrujaran un testículo con un alicate y tuvo que arreglárselas para regresar solo a su casa.

»¿Joe?

Sin embargo, no puedo imaginar que Sally y yo lleguemos a compartir nunca un secreto. Esto es muy propio de Sally. Tratar de ayudarme con mi madre de la misma manera que me ayuda preparándome el almuerzo. Sólo está intentando obtener una ventaja para llevarme a la cama.

»¿Joe? ¿Estás bien?

—Siempre —respondo.

—De acuerdo, Joe, pero tenemos que hablar sobre… sobre tu madre… que se enfermó. ¿Entiendes lo que digo? Me preocupas. Me preocupa que tu madre… se enferme de nuevo.

—Mi madre está sana como un buey —replico—. Yo que tú no me preocuparía. Tengo que seguir con mi trabajo, Sally.

—Vale —contesta, pero no se mueve. Me mira con fijeza y yo acabo bajando la vista, sin querer hacer contacto visual por miedo a que lo tome como una señal para empezar a desvestirse.

»¿Puedo preguntarte algo personal, Joe?

«No».

—Sí.

—¿Sientes fascinación por los asesinatos?

«Sí».

—No.

—¿Y qué me dices de la investigación en curso?

—¿Cuál?

—La del Carnicero de Christchurch.

—Debe ser un tío inteligente.

—¿Por qué dices eso? —pregunta.

—Porque no han podido atraparlo —explico—. Porque sigue escapándose. Debe ser muy listo.

—Supongo que sí. ¿Te interesa el caso?

Finjo que tengo que pensarlo, y luego sacudo la cabeza despacio.

—En realidad no.

—¿Has… visto algunas de las carpetas? ¿Las fotografías de las mujeres muertas? ¿Algo así?

—He visto fotos en la pared de la sala de conferencias. Eso es todo. Son horribles.

—Si alguien te obliga a robar porque te está lastimando, eso no es robar. Y lo mejor que puedes hacer es ir a la policía.

No entiendo el repentino cambio de tema, pero no tiene el más mínimo sentido.

Está repitiendo el tipo de moral cristiana de mierda que alguien le ha metido en la cabeza. No tiene ni idea de lo que estamos hablando ahora. Podría estar diciendo que matar está mal, que la venganza le pertenece a Dios, que usar Su nombre en vano está mal, que vender a tu hija como esclava no está mal visto. Todas estas cosas están en la Biblia y por alguna razón ella piensa que las estamos debatiendo. Bien podría haber dicho que ahogar a los ancianos está mal.

—Tienes razón, Sally. Si alguien te obligara a hacer algo que no quisieras, estaría mal. La policía ayuda a la gente cuando le pasan cosas. —Solo que, por supuesto, no lo hace. Puedo dar fe de ello. Hasta puedo mostrar fotos.

Entonces empiezo a preguntarme, ¿alguien le estará haciendo algo malo a Sally?

Ella parece tomar eso como una especie de respuesta a algún dilema a medio formar en su cabeza, porque sonríe, me dice que debe volver al trabajo y se va.

Sally desaparece, pero mi paranoia permanece, la idea de que podría haber ido a mi casa es suficiente para darme náuseas. Si Sally vino a casa, entonces podría tener que devolverle el favor. Podría haber visto cosas, o yo le podría haber contado cosas, lo que ameritaría una visita a su casa en mitad de la noche.

Me siento en la litera de la celda que estoy limpiando y apoyo la frente contra el palo de la escoba. Durante los siguientes minutos, me convenzo lentamente de que me estoy volviendo loco. Es imposible que Sally haya estado en mi apartamento. Si lo hubiera hecho, no sería capaz de mantener la boca cerrada. Me estaría preguntando cómo está mi testículo. Pensaría que el mero hecho de haberme visto desnudo significaba que estamos comprometidos para casarnos. Sally es demasiado tonta para haberme ayudado, demasiado inocente para no haber llamado a la policía, y está demasiado enamorada de mí para no haberse quedado a mi lado cada minuto de la semana que estuve en cama. Demasiados demasiados. Y no puedo imaginármela consiguiendo antibióticos. No, tiene que haber sido Melissa. Lo que significa que todavía está tramando algo.

Antes del almuerzo, paso veinte minutos en la sala de conferencias: estudio la información e intercambio las cintas mientras limpio las ventanas y las persianas. Leo las declaraciones y examino las fotografías, asegurándome de que nadie me vea. Más allá de la ventana de la sala de conferencias, el cielo está oscureciendo, y al hacerlo, pareciera que se está acercando, como si el mundo estuviera acorralándome.

Descubro que varias prostitutas locales han sido abordadas en relación con las muertes. Mmm... interesante. Les han hecho preguntas sobre sus clientes. ¿Hay alguien que tenga un fetiche extraño? ¿Alguien que disfrute de actos sexuales perversos? ¿Alguien abusivo con peticiones inusuales? Es un esfuerzo débil y desperdiciado. Esperan que en algún momento de mi vida haya desahogado mis aspiraciones sexuales con una puta. Jamás haría eso. Quiero decir, jamás haría eso y la dejaría con vida.

Las prostitutas han proporcionado una lista a la policía. Es una lista muy corta. No muchos nombres y, hasta ahora, no muchas pistas.

Antes de que termine mi jornada laboral, logro apropiarme de cuatro fotografías

en color, una de cada uno de los cuatro hombres en mi lista. Schroder y McCoy tienen fotografías recientes en sus expedientes, pero se me hace muy difícil conseguir fotos actuales de los otros dos… hasta que me doy cuenta de que es probable que hayan sido fotografiados por periodistas y fotógrafos durante las últimas semanas. Mientras paso la aspiradora por una oficina de la planta alta, utilizo Internet y busco en los sitios web de los periódicos hasta que encuentro fotos de suficiente calidad para poder imprimir.

Cuando salgo del trabajo, Sally se ofrece a llevarme a casa junto con la oportunidad de hablar de mi madre, y lo rechazo. Cojo mi autobús habitual, y me detengo en un banco para sacar algo de dinero en efectivo; supongo que lo voy a necesitar en las próximas noches. Melissa se llevó todo el efectivo que estaba usando hace unas semanas, además de mi tarjeta del cajero automático. Entrar en el banco es como entrar en una pequeña reserva natural. Unas cuantas macetas con plantas que cubren las paredes del suelo al techo brillan bajo el resplandor intenso de las luces halógenas, y varias más pequeñas se apiñan en la mayoría de los espacios disponibles; no sería sorprendente que hubiera animales salvajes viviendo aquí. Una fila de gente se extiende desde el mostrador hasta la pared, y aunque no quiero sumarme, no tengo otra opción. Esperamos juntos sin atrevernos a entablar conversación, porque si alguno lo intentara, lo mirarían como a un friki. Por fin, la fila avanza un par de veces y llego hasta la cajera. Es una mujer alta, masculina y de manos grandes, y me sonríe mucho, pero por más que me sonría, jamás conseguiría que me escabullera por su puerta del frente a altas horas de la noche.

Cuando dejo el banco me encamino a un supermercado, ya que la mayoría de la comida en casa está caducada. Deambulo un rato, y me permito cojear un poco, ahora que estoy lejos del trabajo. Parece extraño estar aquí, como si me hubiera colado en una parte de la vida en la que no se me debería permitir entrar, como si el supermercado para asesinos en serie y hombres que han sido asaltados con alicates fuera el supermercado al final de la calle, al lado de la charcutería. Observo las mujeres hermosas con atención mientras compro, y empiezo a sentirme mal. Estas mujeres se reirían de mí si las atacara. Me llamarían Huevos Rotos, o tal vez incluso Unihuevo.

La chica en la caja me sonríe y me pregunta cómo va mi día. Tengo ganas de abrirme la bragueta y mostrarle lo bien que me va. Estoy furioso. El izquierdo era mi favorito.

Me subo al autobús y el traqueteo del viaje amenaza con desgarrar mi testículo. Cuando llego a casa, tardo cinco minutos en subir las escaleras. Mucho más difícil que bajarlas. Entro en mi apartamento. La luz del contestador automático está parpadeando. Un rayo de sol entra por la ventana a medida que una parte del cielo se aclara. Al menos el lugar no huele a desinfectante y a orina rancia. Sin embargo, puedo oler la comida que ha comenzado a podrirse. Abro una ventana antes de tirar la comida vieja y sustituirla por la nueva. Me siento en el sofá y trato de relajarme, de recuperar algo de energía. Pepinillo y Jehová nadan hacia mí

después de tragarse hasta el último gramo de comida a la vista.

Pulso el botón reproductor en el contestador automático, con temor de lo que mamá tenga para decir, pero es la mujer de la veterinaria. Jennifer. Y tiene buenas noticias, y buenas noticias es algo que no he tenido desde hace un tiempo. Me cuenta que el gato se ha recuperado por completo. Los dueños no se han puesto en contacto. Quiere saber exactamente dónde encontré al pobre gatito, quiere saber si conozco a alguien que quiera un gato. Me pide que la llame cuando llegue a casa esta noche. Estará en el trabajo hasta las dos.

¿Quiero un maldito gato? En realidad, no, pero en cierta medida, me he vuelto responsable por él. Me pregunto si podría dárselo a mamá. Le haría compañía. Quizás así no sentiría la necesidad de llamarme cada dos minutos para preguntarme por qué no la quiero. Joder, hasta podría cocinarle el pastel de carne al puto cabrón peludo todos los días.

Sólo que pensaría que de alguna manera estoy tratando de matarla… el gato le daría alergia, o la asfixiaría durante la noche, o vertería veneno para ratas en su café.

Después de cuatro timbres, Jennifer contesta, y su voz adquiere un tono animado cuando me identifico. Me explica con su voz seductora todo lo que ya explicó en el contestador automático. Hace que la cirugía de gatos suene sexy. Quiere saber si me apetece quedarme con el gato, y todo el tiempo suena como si estuviera a un paso de preguntarme si me acostaré con ella. Le respondo que pensaré lo del gato y que me pondré en contacto con ella mañana por la noche. Nos deseamos buenas noches y colgamos. Me quedo esperando que diga, «No, cuelga tú primero», y cuando no lo hace, me entristece un poco.

A las seis, llego a casa de mamá. Mantenemos el tipo de conversación que me hace preguntarme cómo diablos puede ser mi madre. Cenamos, y luego tengo que verla armar su rompecabezas durante treinta minutos antes de ponernos al día con sus amigos de la telenovela. Me siento terriblemente mal y consigo excusarme con mamá y de su noche del lunes y, en medio de las quejas acerca de que nunca la trato bien, me marcho.

Está empezando a llover. Cojo un autobús de vuelta a la ciudad y mantengo la mano sobre el maletín durante todo el trayecto mientras observo las gruesas gotas de lluvia que se estrellan contra el cristal; el aguacero dura apenas cinco minutos. Cuando me bajo, me desvío para pasar por delante de la casa de Daniela Walker y a ella no parece importarle. Dos manzanas más adelante, robo un coche. Son casi las diez cuando llego a la calle Manchester, armado con fotografías y dinero en efectivo. Las prostitutas recorren las calles, algunas están comenzando a trabajar, otras están de regreso de encuentros de diez o quince minutos en coches aparcados en callejones oscuros. En el fondo de mi mente, no paro de preguntarme si esta línea de investigación es válida. A la policía no le sirvió. ¿Por qué iba a servirme a mí? Para empezar, tengo fotografías para mostrarles. Los detectives no tenían. Es probable que las prostitutas necesiten estimulación visual para refrescar sus recuerdos. Observo cómo dos de ellas se traban en una pelea de empujones,

que es desarticulada por una tercera, y al cabo de un momento, todo es puro abrazo. En el lapso del minuto siguiente, las tres han sido recogidas por tres coches diferentes, lo que me hace pensar que la riña fue un espectáculo para la clase de gente que le gusta recoger a chicas que se tiran de los pelos y se abofetean entre sí.

Paso por alto los salones de masaje donde las mujeres son monitoreadas por hombres violentos con dinero sucio y mala reputación. Los hombres que los frecuentan, si no son clientes, son captados por cámaras de vigilancia o, al menos, son recordados. No es el tipo de lugar que visita un policía a menos que esté intercambiando sexo por indulgencia. El otro factor que tengo que considerar es la disponibilidad de mujeres dispuestas a recibir dinero para interpretar la fantasía pervertida del asesino. Ese tipo de cosas no suelen ocurrir en los salones sin que mucha gente lo sepa. Un policía no quiere que mucha gente lo sepa. No quiere repercusiones como el chantaje y la extorsión.

La primera prostituta con la que hablo tiene una voz profunda que casi da miedo. No consigo que me diga su nombre y tampoco quiero que lo haga. Incluso después de identificarme como policía, me pregunta si quiero follar con ella. Le digo que no. Me muestra un pezón y sigo diciendo que no. Aunque mis testículos estuvieran intactos, no los acercaría a ella. No reconoce ninguna de las fotos.

La segunda prostituta tampoco. En este punto estoy decidiendo no decir que soy un policía, sino un ciudadano preocupado, pero de todos modos me pregunta si soy policía. Lleva una peluca roja lo bastante grande como para ocultar un bolso de mano pequeño.

Paso de zorra a puta, de perra a golfa y les muestro las fotos sin obtener ninguna respuesta útil. Mi testículo empieza a latir mientras voy de esquina en esquina. De las prostitutas con las que hablo, ninguna reconoce de manera contundente a ninguno de los cuatro hombres. A algunas les cuesta recordar. Les doy dinero, pero no ayuda. Estoy teniendo una mala racha. La pistola. El cuchillo. Ahora estoy pagando por información que ni siquiera obtengo, y mojándome en el proceso.

Falta apenas una hora para que la noche del lunes se convierta en martes cuando mi suerte empieza a cambiar.

Me encuentro con dos prostitutas que creo que reconocen una de las cuatro fotografías, lo cual acalla la vocecita en el fondo de mi mente que me repetía que esto era una pérdida de tiempo. Sin embargo, habla de nuevo cuando cada una de las dos mujeres reconoce una foto diferente.

La primera mujer, Candy (así es... sesenta prostitutas, tal vez siete nombres), señala la foto del detective inspector Schroder. Carl. No puedo estar seguro de que no lo esté reconociendo por haber sido entrevistada la semana pasada por las mismas razones. Por cuatrocientos dólares, Candy me mostrará lo que dejó que Schroder le hiciera.

La segunda mujer, Becky, señala a uno de los policías que ha venido de otra ciudad. El detective Calhoun. De Auckland. Robert. Pregunto qué quería. Dice que por dos mil dólares, puedo averiguarlo. Dos mil dólares en comparación con cuatrocientos. Se me ocurre que para que una puta de la calle pida dos mil dólares

por un servicio debe tener flor de repertorio.

Dos mil dólares. Seguro. Por qué no. Tengo el dinero.

Camino con Becky hasta mi coche y la llevo a la residencia de los Walker. Estuve aquí más temprano, justo después de robar el coche. Quité la cinta policial del interior y escondí los marcadores de evidencia. Hoy chequeé en el trabajo si la casa todavía estaba bajo vigilancia. La respuesta fue no. Abro la puerta y el olor me golpea de nuevo. El lugar necesita un poco de aire fresco.

Becky no menciona el olor. Tal vez no se da cuenta.

Entramos en la cocina y nos ponemos a conversar; le ofrezco un trago y luego me acuerdo que me llevé toda la cerveza. Abro la nevera y la han vaciado, toda la comida caducada ha desaparecido, los estantes están todos vacíos.

—Un vaso de agua —dice Becky, y siento alivio.

Becky parece tener poco más de veinte años, pero imagino que su vida le ha dado la madurez de alguien de cuarenta. Su cabello negro extralacio le cae sobre los hombros. Sus ojos están ligeramente inyectados en sangre, pero titilan con indicios de una inteligencia penosa. Son de color verde pálido y parecen un buen par de canicas. Lleva una minifalda de cuero negra ajustada. Botas de cuero a la rodilla. No usa sujetador y la camisola roja oscura hace poco por ocultar sus pechos firmes. La chaqueta de cuero negro fina se le trepa por la espalda y tiene un millón de borlas colgando. Me gusta el toque de ironía en el pequeño crucifijo de plata alrededor de su cuello. La selección de joyas baratas que exhibe en los dedos parece de plástico. Sus pendientes de diamantes son de circonio cúbico o tal vez de cristal. Su pequeño bolso ha de estar lleno de condones, dinero y pañuelos de papel.

Me duelen las piernas de tanto caminar y, lo que es más importante, la entrepierna me está matando. Me siento frente a ella en la mesa de la cocina y empiezo a beber un vaso de agua sin prisa. En respuesta a lo que me pidió antes, abro mi cartera y saco dos mil dólares en efectivo. Había retirado tres mil del banco. En este momento, le entrego dos tercios a Becky.

Calculo que los recuperaré.

Sentada frente a mí y mientras bebe su agua, cuenta el dinero dos veces, como si pensara que la están estafando. Observo su cara mientras estudia cada uno de los billetes. Sus labios se mueven mientras cuenta. Una sonrisa se dibuja en su boca. Ya le he pagado y todavía no ha hecho nada. Puedo verla pensando que va a acortar la versión erótica que quizás compartió con el detective Robert Calhoun. También puedo imaginarla gastándose el dinero. Está pensando en tomarse la semana libre, o en comprar un viaje a Fiyi.

—¿Empezamos? —le pregunto.

Se quita la chaqueta.

—¿Quieres hacerlo aquí?

—Arriba.

Recojo mi maletín y subo las escaleras. Al llegar a la planta superior, me dirijo al dormitorio principal pero luego me detengo, me doy la vuelta y me encamino al

dormitorio de los niños.

—Hace calor aquí arriba —protesta ella.

—No me había dado cuenta.

Entro en el dormitorio de los niños.

—¿Aquí? —pregunta, y arroja su bolso en la primera de las dos camas individuales.

—¿Necesitas más espacio?

Sacude la cabeza.

—Es un poco perverso.

—Un poco —convengo.

Este lugar será bueno por dos razones. Primero, necesito un poco de variedad en esta casa. La vida es pura rutina y todas esas cosas. Segundo, las sábanas no están impregnadas de olor a muerte.

Nos sentamos en camas opuestas. Ella comienza por reclinarse hacia atrás, de modo que yo alcance a ver debajo de su falda. No lleva ropa interior para un rápido acceso.

»¿Qué puedes decirme de él? —le pregunto.

—¿De quién?

—Del hombre en la fotografía.

—¿Qué quieres saber?

—Todo.

Se encoge de hombros. Parece decepcionada, aunque no sé por qué. ¿No prefiere que le paguen por hablar en vez de por trabajar?

—Vale, me pagó dos mil dólares por dejarlo hacer más o menos lo que quisiera.

—¿Eso cuesta dos mil dólares?

—Dos mil dólares es mucho dinero, cariño.

Supongo que sí.

—¿Cuántas veces lo has visto?

—Sólo una.

—¿Cuándo?

—No lo sé.

—Pues piensa.

—Pudo haber sido hace un mes. Tal vez dos.

Para una mujer como esta, el tiempo no tiene un significado demasiado importante. Es probable que tenga un bebé en su casa, y que se lo esté cuidando una amiga drogona que ha dejado el oficio pero es demasiado perezosa para hacer el esfuerzo de ayudar a su amiga a que lo deje también. Becky gastará el dinero en cigarrillos y hierba, y se sentará con uno de sus vestidos desteñidos y fumará delante del bebé. Será novia de tres o cuatro tíos… todos con condenas penales por robo, posesión de drogas y agresión. Tendrá moretones en los muslos que nunca se curarán, pero las drogas encubrirán el dolor. No tendrá más objetivos a largo plazo que el de seguir viva y permanecer dentro de un mundo asolado por las drogas. Despertar de la pesadilla en la que vive sería despertar a una realidad que

de niña nunca creyó que pudiera existir. Se suponía que la vida no debía ser así.

Era la princesita de papá.

Conozco a esta gente. No son útiles para la comunidad y lo único que hacen es ocupar espacio. Escupen bebés, no porque no puedan permitirse la anticoncepción, ya que usan sus cheques de la asistencia social para drogarse, y con cada bebé que tienen, reciben otro de esos subsidios del gobierno que nunca es suficiente para criar a un niño como es debido. Este es el mundo de Becky. Algunas no pueden escapar, o no saben a dónde escapar. Me pregunto si ella siquiera sabe que está atrapada allí.

Esta noche voy a ofrecerle un escape del dolor de la vida.

Mi humanidad no me perdonaría si no lo hiciera.

# CAPITULO TREINTA Y UNO

El dormitorio de los niños tiene todas esas cosas alegres y graciosas que nunca tuve de niño. Pósteres de personajes de dibujos animados adornan las paredes; se persiguen unos a otros con sonrisas estúpidas y gestos homosexuales. Ni siquiera las colchas son normales. También tienen personajes que corren sobre ellas, congelados en un momento de diversión. El radio reloj sobre el pequeño escritorio azul tiene la forma de un payaso. Sus ojos se mueven de un lado a otro y cuentan los minutos que han pasado desde que los ocupantes de esta habitación perdieron a su madre. Pero el payaso no lo sabe. Sigue sonriendo con sus labios rojos y brillantes, casi del mismo tono que los de Becky, y sus ojos que van de un lado a otro, de un lado a otro, en busca de algo que nunca encontrará. El suelo está cubierto de juguetes de colores. Los osos de peluche parecen haber sido masacrados por soldados de juguete, y sus cuerpos han quedado abandonados en este campo de batalla caótico. Varios juegos de mesa de plástico se apilan en una esquina. Uno de ellos está abierto en el suelo, y las piezas diseminadas por la alfombra. Una estantería con más juguetes que libros ha sido empujada contra la pared.

Los colores principales de la habitación son el azul y el rosa claro. Colores relajantes, o eso se cree. Se han gastado miles de dólares en casos de estudio para demostrarlo. Colores felices significan niños felices. De pequeño, yo tenía paredes grises en mi cuarto. Puse un póster y me castigaron. Sin embargo, miren lo feliz que soy. Esos investigadores se habrían ahorrado todo ese dinero si hubieran acudido a mí primero.

—¿Crees que la última vez que lo viste fue hace dos meses? —pregunto, para confirmar su suposición.

—Ajá. Supongo que sí.

—Pensé que recordarías a un cliente que te paga dos mil dólares.

Se encoge de hombros.

—Vaya una a saber. Recuerdo el dinero más que cualquier otra cosa.

—¿Cómo era su nombre?

—¿Su nombre? ¿Qué es un nombre?

—Todo —respondo y me pregunto si está tratando de citar a Shakespeare. Decido que no puedo endilgarle esa inteligencia y lo atribuyo a una casualidad. Aun así, me resulta inquietante.

¿Es posible que una puta sea tan inteligente?

Se encoge de hombros.

—No me lo dijo.

—¿Qué te dijo?

—Sólo lo que quería que le hiciera.

—¿Y qué fue eso?

Me cuenta. Es tan gráfico que casi me sonrojo.

»¿Y le hiciste *eso* por dos mil dólares?

—Ajá.

No puedo discernir si ha sido una ganga o no. Lo que sí percibo es la similitud entre este encuentro y la muerte de Daniela Walker. La misma firma.

—¿En qué lugar fue?

—Te lo acabo de explicar.

Sacudo la cabeza.

—Quiero decir a qué lugar te llevó, si a su casa, a la tuya o a un motel.

—Ah, vale. Bueno, fuimos a una habitación de motel. No solemos ir a la casa del cliente.

—¿Puedes recordar el motel?

—Algún antro de mala muerte al otro lado de la ciudad. El Everblue. ¿Lo conoces?

Asiento con la cabeza. Nunca he estado allí, pero he pasado varias veces.

—¿Tomó una habitación cuando llegaron?

—No. Ya tenía una. Fuimos en el coche derecho hacia allí y después directamente a la habitación.

—¿Vivía allí?

—¿Eh?

—¿Viste alguna maleta? ¿Ropa extra?

—No, pero no tampoco me fijé.

Supongo que no se estaba quedando allí. El Everblue es una pocilga que cobra las habitaciones por hora, no por noche, sólo para gente como Becky y sus colegas. Becky parece ansiosa por contarme más ahora. Antes se mostraba muy cautelosa, a la defensiva. Ahora siente que va a ganar dos mil dólares por hablar y después de su sincera explicación sobre el sexo perverso que le solicitó Calhoun, no tiene ninguna razón para contenerse.

—¿Dónde te recogió?

—En el mismo lugar que tú.

—¿Había alguien más por ahí cerca?

—Nadie.

—¿Tu chulo?

—¿Eres poli o algo así?

Es una pregunta que me doy cuenta de que se sentía tentada de hacer desde el primer momento. Su codicia la había frenado entonces, pero ahora que tiene el dinero, y quizás una navaja en su bolso para protegerlo, puede preguntar lo que quiera.

—Algo así.

—Si eres poli, esto es una incitación al delito.

Genial. Una maldita erudita.

—No soy policía.

No parece decepcionada ni aliviada por esta confesión.

—¿Vas a tener sexo conmigo o qué?

—Todavía no estoy seguro.

—Porque debería cobrarte extra por estas preguntas.

—Vale. Dos mil dólares por las respuestas. Si quiero sexo, pagaré la tarifa normal.

Parece contenta con esto.

»Entonces, ¿tu chulo lo vio? —pregunto.

—No tengo chulo.

—¿Hablas en serio?

—Ajá. Antes tenía, pero era bastante violento.

—Pensaba que las chicas con chulo les complicaban la vida a las que no lo tienen —comento, pero para ser honesto, no tengo ni idea del mundo de los chulos y las putas, sólo lo que he visto en televisión.

—Este tipo era peor que las chicas.

—¿O sea que nadie sabe que te fuiste con él?

—Sólo él, yo y Dios.

Dios. ¡Ja! Me parece interesante que lo mencione a Él. Como si Él se fuera a tomar el tiempo de estar atento a una basura como ella. Como si alguien se fuera a tomar el tiempo. Sin embargo, lleva el crucifijo alrededor del cuello porque es una cristiana devota. No tiene sentido. La buena noticia es que me acaba de decir que sólo Dios y yo sabemos que está aquí.

—Entonces no sabes su nombre.

—Escucha, cariño, nadie me dice su nombre, y los que lo hacen, mienten. De cualquier modo, no tengo memoria para los nombres ni las caras. De lo único que me acuerdo es del sexo, y sólo cuando es algo fuera de lo común. Que fue el caso.

—¿Hay algo que puedas decirme sobre él? ¿Tipo de coche? ¿Dónde te dejó? ¿Cualquier cosa que pueda ayudar?

—¿Ayudar a qué? ¿Por qué estás buscando a este tío?

—Pensaría que por dos mil dólares, yo debería ser el que haga las preguntas.

—Vale, como quieras.

—Entonces, ¿recuerdas el coche?

—Más o menos. Era bonito. Último modelo.

—Eso sí que es detallado.

—No te hagas el listo.

—¿Crees que era un coche deportivo?

—No. Un sedán. Recuerdo que pensé que iba a querer que se la chupara en el asiento trasero.

—¿Lo hiciste?

—No.

—¿Y en el asiento delantero?

—¿De veras te importa?

La verdad es que no.

—¿De qué color era el coche?

—No me acuerdo. Estaba oscuro. Lo que más recuerdo es que el sexo fue muy violento y extraño, y que después él fue muy amable conmigo.

Me imagino.

—¿Dejaste que te llevara a tu casa?

—Joder, no. No quería que un enfermo como ese supiera dónde vivo. Le pedí que me dejara en un complejo de apartamentos y esperé a que se fuera para irme a casa.

—¿Te lastimó mucho?

Se encoge de hombros.

—Me han lastimado antes.

—¿Cuánto?

—No pude ir caminando a casa, tuve que coger un taxi. Apenas pude caminar durante tres días.

Sé lo que es eso.

—¿Tan violento fue?

—Dios, no fue como si me hubiera violado, si te refieres a eso.

Prostitución y violación. Dos cosas que la gente de mente cerrada cree que van de la mano. Algunas personas piensan que las prostitutas se lo merecen. Algunas personas piensan muchas estupideces. Algunos incluso piensan que violar a una prostituta no es una violación, que la única diferencia es que desembolsas los cincuenta dólares.

—¿Conoces la diferencia, ¿eh?

No responde. En vez de eso, me mira y usa sus manos para sacar una cajetilla de cigarrillos de su bolso con tanta fluidez que un segundo sus dedos no tienen nada y al siguiente sostienen la cajetilla.

—¿Te importa? —pregunta.

Me encojo de hombros. Pienso que el humo va a ayudar a enmascarar el olor que viene de una de las habitaciones más adelante en el pasillo.

—Como quieras.

Noto que sus manos tiemblan ligeramente.

—Me dijo que si algún policía quería saber de él, debía mantener la boca cerrada. Dijo que me mataría si no lo hacía.

No entiendo por qué no la mató de todos modos. Es la mejor manera de mantener a alguien callado. Tal vez no había llegado a ese punto en su vida.

—¿Por qué me lo estás contando, entonces? —pregunto.

—Tengo que pagar las cuentas.

Claro, eso y el hecho de que el dinero siempre le ganará al miedo, la lealtad, la verdad, o cualquier otra mierda que se cruce en la vida de una prostituta. Retira un cigarrillo del paquete, muerde el extremo y saca un encendedor. Sigue en silencio, y se lleva el cigarrillo a la boca. Sus labios secos dejan escapar tres anillos de humo.

»¿Tienes un cenicero?

—Usa el suelo. La criada lo limpiará.

Deja caer la ceniza sobre la alfombra roja.

—Sigo pensando que un día voy a dejarlo —admite, con los ojos en el cigarrillo, pero apuesto a que está pensando en la prostitución.

—Te matará —afirmo.

—Hoy en día, cualquier cosa acabará matándote.

Tiene mucha razón.

—¿Crees que era un policía, entonces? —retomo.

Se encoge de hombros.

—Actuaba como un policía.

—¿Cómo actuaba?

—Ya sabes. Un poco reservado. Siempre vigilando para ver quién estaba mirando. Movimientos rígidos. Sabía lo que estaba haciendo. Decidido.

—¿Puedes saber que es un policía por eso?

—En mi profesión, tienes como un instinto para ese tipo de cosas. Cuando se detuvo por primera vez, no iba a ir con él. Pensé que me iba a arrestar por algo, aunque no sé por qué… no estoy haciendo nada ilegal.

—Lo es si no pagas tus impuestos —le advierto, lo cual es cierto.

—Sí, vale, de todos modos, lo que quiero decir es que era un policía. Me di cuenta.

—¿Le preguntaste si era policía?

—¿Acaso importa? Habría mentido. Como sea, vamos directo al Everblue y empiezo a asustarme un poco porque pienso que tal vez quiere más de lo que me ha dicho, pero me ha pagado por adelantado y aunque no me creas, soy una profesional, y me pareció demasiado tarde para echarme atrás. Supuse que un motel seguía siendo más seguro que un matorral y que decirle que había cambiado de opinión no sería una buena idea. A algunas personas no les gusta eso.

—¿Dónde vas normalmente, si no es a un motel?

—No muy lejos de donde tú me recogiste. Por lo general a un callejón cercano.

Por lo que me contó hace unos minutos sobre las preferencias de Calhoun, un callejón habría sido más que suficiente. Con el tipo de ruido que necesitaban hacer, una habitación de motel no habría sido lo más adecuado. Aunque por otra parte, nadie se iba a quejar del ruido porque la gente en las otras veinte habitaciones contiguas también estaría haciendo ruido. Incluso tal vez Calhoun reservó las dos habitaciones contiguas, sólo para asegurarse de que no hubiera tanta gente oyéndolo disfrutar como nunca en la vida.

Saco la fotografía del bolsillo de mi chaqueta.

—¿Estás segura de que era el mismo tío de la fotografía? —pregunto, sin mostrarle la foto.

—Segurísima.

—¿Qué aspecto tiene? —Sostengo la foto de espaldas a ella. Estoy poniendo a prueba su memoria, a pesar de que la ha visto apenas hace media hora.

—Como ese —responde y asiente con la cabeza en dirección a la foto.

—Descríbelo.

—¿Eh?

—Descríbelo. Dime cómo es.

—Vale. Tenía puesta una camiseta blanca. Chaqueta deportiva marrón claro. Pantalones negros.

—No lo que llevaba puesto, perra…

—Ey.

—Dime qué aspecto tenía.

—No me llames *perra* —replica.

—Sólo responde la puta pregunta.

—Vete al carajo.

¿De dónde viene todo esto? ¿Por qué esta repentina hostilidad?

Abro el maletín. Saco un cuchillo.

»Oye, ¿qué estás haciendo?

—Escucha con mucha atención, perra, porque no tengo tiempo para andar jodiendo. Si no me dices lo que quiero saber, voy a empezar a cortarte. Para cuando acabe la noche, nadie va a pagar una mierda por follarte. La única manera de que consigas otro cliente será con una bolsa de papel en la cabeza.

Estudio su rostro, y aguardo su reacción. Espero que se sorprenda, ¿verdad? O que se quede atónita. Tal vez que se asuste. Pero empieza a bostezar. Cuando termina, se mete el cigarrillo en la boca y aspira otra bocanada de humo cancerígeno, como si ni siquiera le importara. Es obvio que Becky ha sido amenazada antes.

—¿Crees que me asustas?

Sí. Sí, creo que la asusto. Se lo digo.

»¿Te gusta eso? —aventura.

—¿Eh?

—Asustar a la gente.

—Es lo que hago.

—Ah.

Sostengo el cuchillo de manera que la hoja apunta hacia ella. Por primera vez, tengo dudas de que lo vaya a usar. Hay algo en ella que empieza a gustarme. No, no me estoy ablandando, y por cierto no voy a proponerle matrimonio, pero estoy empezando a preguntarme si de verdad es necesario cortarla.

No estoy seguro de cómo continuar, que es probable que sea lo que ella quiere.

»Cuéntame, ¿qué vas a hacer con esta información? —pregunta, ignorando el cuchillo.

—¿Y a ti qué te importa?

—Pensaría que un hombre en tu posición sería un poco más amigable.

Un hombre en mi posición. ¿Qué posición? Yo soy quien tiene el cuchillo. Ella no irá a ninguna parte a menos que yo se lo permita. Lo que no entiende es que mi amenaza es real, a diferencia de las que le hicieron los perdedores con los que ha follado.

Considero la posibilidad de disculparme, pero no quiero hacerlo.

—Creo que mató a alguien —confieso.

—Jesús, ¿estás seguro? —exclama, sin duda pensando que bien podría haberla matado a ella.

—Bastante seguro.

—¿Crees que mató a Lisa Houston?

—¿A quién?

—A Lisa Houston.

Tengo que pensar durante unos segundos, y luego me viene a la cabeza.

—¿Te refieres a la puta de hace una semana o algo así?

—Sí.

Vuelvo la vista hacia la puerta que da al pasillo y recuerdo a Lisa cargando mi maletín al llegar, luego me la imagino siendo cargada al salir.

—Eso creo.

—¿Estás diciendo que la mató un policía?

Claro. ¿Por qué no? No hay nada que ella pueda hacer con la información.

—Eso es lo que parece.

—Increíble.

—¿La conocías?

—Todas nos conocemos, cariño.

—¿Te caía bien?

—No la soportaba. No es que la quisiera muerta, pero ya que lo está, supongo que me pone contenta.

—Más contenta que Lisa, al menos.

—¿Eh? Supongo que tienes razón.

*Tengo* razón. Estoy en la posición ideal para hacer una comparación fiable.

—¿Qué puedes decirme de él, entonces?

Me da una descripción detallada. Lo captó a la perfección.

Le enseño la fotografía por segunda vez. Confirma que es él. En cuestión de una hora, he reducido mi lista a un sospechoso. El detective Robert Calhoun. Padre de un niño muerto. Marido de una esposa decepcionada. Cómplice de sus deseos morbosos.

Hablamos un poco más. Guardo el cuchillo de nuevo en el maletín y cierro la tapa. Becky no parece aliviada al ver que ha desaparecido. Es como si nunca le hubiera importado. Sólo permanece allí sentada, chupando su cigarrillo y hablando. Y pensando en su dinero. Me imagino mis dos mil dólares en su bolso. Ya no quiero que los tenga. Consulto mi reloj.

—¿Se te hace tarde, cariño?

La miro.

—Sí.

Todavía tengo mucho que hacer esta noche, incluido recoger al gato.

—¿Y ahora qué?

Me encojo de hombros. Si no voy a recuperar mi dinero, bien podría sacar

partido de él.

»¿Hay algo que te gustaría hacer? —agrega.

Asiento con la cabeza. Tengo aspiraciones. Mi vida está llena de cosas que me gustaría hacer.

»¿Sí? ¿Qué? —presiona.

—Bueno, supongo que podríamos hacer uso del dormitorio.

Pero no me apetece hacer uso de ella, y mucho menos del dormitorio. El reloj de payaso con los grandes ojos móviles sigue mirándola a ella, luego a mí, luego a ella de nuevo. Lo único que me apetece hacer es ir a casa y meterme en la cama. Bostezo. Me paso las yemas de los dedos por mis ojos llorosos.

»Mejor lo dejamos para otro día.

—¿Estás seguro?

—Muy seguro. —Me pongo de pie y cojo mi maletín.

—Como gustes, cariño. Si alguna vez quieres volver a hacer esto, no dudes en llamarme.

Apago las luces al salir. Dejo la puerta principal sin llave. Ha parado de lloviznar y el viento está fresco. De lejos, la noche más fresca de todo el año. Las personas están dentro de sus casas, envueltas en sábanas y mantas. En sus sueños, la gente como yo las persigue. Las gotas de agua reflejan las luces de la calle en las hojas y cercos, y en mi coche por esta noche.

Nos dirigimos a la ciudad. No deseo molestarme en entablar una conversación y ella tampoco parece tener muchas ganas, así que enciendo la radio. Están pasando una canción de mierda, pero no me importa lo suficiente para cambiar de emisora.

—¿Dónde quieres que te deje?

—En cualquier lado.

¿Debería o no debería? Todavía no lo sé. Matarla me devolverá mis dos mil dólares; dejarla vivir implicará tenerla como ayuda en caso de que necesite más información. No es nada en comparación con el dilema que tuve en la casa del *gay*, pero sigue siendo un dilema. ¿Qué querría Dios que hiciera? Tal vez que castigara a la muy puta, pero es demasiado simpática para eso.

Detengo el coche en un callejón entre un par de tiendas, los faros alumbran docenas de cajas de cartón, trozos de poliestireno blanco y bolsas de basura. Los gases de escape han formado pequeños charcos con arcos iris en su interior. Le sonrío, me extiendo por delante de ella y le abro la puerta como un caballero. Esta mujer ha reducido mi lista a un solo sospechoso, y por eso, le estoy agradecido. Me devuelve la sonrisa y me da las gracias por una agradable velada.

—De nada —digo, y treinta segundos después, cuando su cuerpo cae sobre el pavimento frío con un ruido ligero, guardo los dos mil dólares en el bolsillo de mi chaqueta. limpio el cuchillo en su falda corta y me reclino hacia atrás en el coche.

Ante todo, un caballero.

# CAPÍTULO TREINTA Y DOS

El dinero en mi bolsillo me produce una agradable sensación. Me hace sentir que valgo algo, que soy alguien importante. Lo único que me produce una sensación no tan agradable es la culpa que siento por haber matado a Becky. No puedo creer la rapidez con que me acometió. Como cuando le rompí el cuello a Minina. La única manera de equilibrar la balanza es si cuando conduzco a casa esta noche me cruzo con una prostituta que ha sido atropellada por un coche.

Mientras me alejo del callejón y los faros iluminan su cuerpo tendido, el dolor comienza a ceder. Para cuando me detengo en el primer semáforo en rojo, ya no me siento mal.

Trato de entender por qué Calhoun hizo lo que hizo y la respuesta es bastante simple. Su problema fue que el sexo con Becky la prostituta no estuvo a la altura de la fantasía que había imaginado. Pensó que podía aplacar su deseo de sexo violento con Becky, pero el hecho de que le estuviera pagando y que ella solo fingiera estar asustada, le quitó el realismo. Becky no temía por su vida, y Calhoun lo sabía. Puede que no lo haya asimilado hasta pasados unos días o quizá más, pero al final, se quedó con ganas de mucho, mucho más. Daniela Walker cumplió su fantasía. En el proceso, él sabía las diferencias entre lo que estaba bien y lo que estaba mal, jugó con las consecuencias y decidió que el riesgo valía la pena.

No me molesto en cuestionar por qué mataría a una mujer inocente y dejaría pasar la oportunidad de matar a la prostituta, en especial cuando la mujer inocente era un objetivo más difícil. Todo es parte del juego, parte de la fantasía. Es la sensación más absoluta de ser superior, de ser poderoso, increíblemente dominante. Seguir a Daniela a su casa, enfrentarla, quebrarla, habría sido un subidón de ego de puta madre.

El coche se siente pesado, pero eso es porque Candy dos, la puta de cuatrocientos dólares, se encuentra en el maletero, donde la puse no hace mucho. Me detengo fuera del parque donde Melissa me cambió la vida con un alicate y camino hacia la parte trasera del coche.

La blusa corta de Candy está cubierta de sangre. Sus ojos hinchados están abiertos y me miran con fijeza, me atraviesan, y me pregunto en qué estará tratando de enfocarse. Su piel es tan pálida que parece que hubiera estado encerrada en el maletero durante los últimos seis meses. En contraste, sus labios pintados son de un rojo vivo, el color de la sangre. Cierro el maletero.

No hay luces encendidas en ninguna de las casas, y algo menos de la mitad de las farolas de la calle están rotas. Alcanzo a ver los contornos oscuros de los árboles del parque, pero ningún detalle. No hay tráfico. No hay peatones. Ninguna señal de vida.

Abro el maletero y observo a la chica muerta. Con mis manos enguantadas, doy

la vuelta el cuerpo. El charco de sangre debajo parece aceite. Vuelvo a mirar a mi alrededor. Cuando cerré la tapa sobre Candy más temprano, estaba viva. La cierro sobre ella de nuevo, sólo que esta vez está muerta.

*Yo no la maté*.

Camino de regreso al costado del coche y sé que sólo una persona puede haberme hecho esto: Melissa. No estoy seguro exactamente cuándo, o por qué. La misma razón por la que vino a mi apartamento y me ayudó con la herida. Está jugando conmigo. Se está divirtiendo conmigo. Está tramando algo que ignoro por completo.

Estoy dentro del coche y cerrando la puerta cuando un movimiento a mi derecha me detiene. Giro la cabeza y veo a un anciano que sale de la oscuridad hacia mí.

—Dios mío, ¿eres tú, Joe? —Se acerca unos pasos y le echo un vistazo casual de arriba abajo, como si hubiera salido a buscar víctimas. Parece tener unos sesenta y cinco años; lleva el pelo gris peinado hacia atrás en la parte de adelante, pero de punta en la parte de atrás. Su rostro es un *collage* de arrugas largas y profundas. Sus gafas están rotas en el medio y parecen sujetas con círculos de velcro. Están cubiertas de una fina capa de polvo que no me permite distinguir el color de sus ojos amplificados. Extiende una mano hacia mí, no tanto señalándome sino en un gesto que me indica que está a punto de apoyar su mano en mi brazo. Lo triste es que estoy a punto de permitírselo. Lleva una camisa de franela y unos pantalones de pana marrones. Tiene un aire familiar. No digo nada. No estoy de humor para conversar.

»¿Pequeño Joe? Eres tú, ¿verdad?

Fuerzo mi memoria, y en ese mismo momento, su cara parece resplandecer y volverse nítida, junto con un nombre.

—¿Sr. Chadwick?

—Así es, muchacho. Dios mío, no puedo creerlo. —Empieza a sacudir la cabeza —. Pero si es el mismísimo pequeño Joe. El hijo de Evelyn.

Me ofrece su mano derecha. Por un segundo, me la imagino adentro de mi maletín junto con un pequeño trozo de su muñeca. Salgo del coche y se la estrecho; espero que no me abrace.

»¿Cómo está tu madre, Joe?

Me encojo de hombros. El Sr. Chadwick siempre ha sido un tipo bastante simpático, supongo, una vez que superas las manchas en su piel y las arrugas, y por cierto parece bastante agradable en este momento. A su edad, debe contemplar mucho la muerte. Debería preguntarle.

—Está muy bien, Sr. Chadwick.

—Llámame Walt.

—Claro, Walt. Mamá es mamá, si sabes a qué me refiero.

—¿Sigue armando esos rompecabezas?

—Sí. —De pie afuera del coche, empiezo a temblar. Una rápida ojeada a las estrellas cubiertas sugiere que puede volver a llover. Si es así, va a arruinar mis

planes.

—Ha estado haciendo esos rompecabezas desde que tengo memoria.

—Sí, le gustan mucho.

—Apuesto a que es buena haciéndolos. Muy buena.

—Dime, Walt, eh… ¿qué haces afuera tan tarde?

—Estoy paseando a mi perro —dice y me muestra la correa.

Miro a mi alrededor.

—¿Dónde está? ¿En el parque?

—¿Quién?

—Tu perro, Walt.

Sacude la cabeza.

—No, no. Sparky murió hace dos años.

No tengo respuesta para eso. Hago todo lo posible para pensar que está bromeando, pero estoy bastante seguro de que no lo está haciendo. Empiezo a asentir despacio, como si lo entendiera perfectamente. Él empieza a asentir con lentitud también, imitándome. Pasan unos segundos más antes de que vuelva a hablar.

»¿Y tú, Joe?

—Estoy dando un paseo con el coche, ya sabes.

—En realidad no. Ya no conduzco. No lo he hecho desde la apoplejía. Los médicos me dicen que nunca volveré a conducir. ¿Sabes, Joe?, debo ponerme al día con tu madre. Vaya mujer. Ya no existen mujeres como ella.

¿No existen locas? Claro que sí, Walt. Me encojo de hombros y no digo nada.

»¿A qué te dedicas, Joe?

—Vendo coches.

—¿En serio? Estoy buscando un coche —agrega, y me confunde, ya que acaba de decir que no puede conducir más; quizás se confunde a sí mismo. Estoy desesperado por saber si vio el cadáver en el maletero—. ¿Dónde trabajas?

—Eh… —Me esfuerzo por un nombre—. Coches Everblue. ¿Has oído hablar de él?

Asiente despacio.

—Excelente establecimiento, Joe. Debes estar orgulloso.

—Gracias, Walt.

—¿Ese es uno de los tuyos? —Señala con la cabeza hacia el coche.

—Sí. —Walt es un testigo. El viejo y simpático Sr. Chadwick—. ¿Quieres dar una vuelta?

—Está en venta, ¿verdad?

—Ajá. —Me arriesgo con el precio—. Ocho mil dólares.

Silba. Como hace la gente después de que le cotizan un precio. Al silbido suele seguirle una patada en un neumático.

—Joder, está barato —comenta, y trata de patear el neumático más cercano, pero falla.

Subimos al coche. Me coloco el cinturón de seguridad y Walt hace lo mismo.

Empieza a silbar de nuevo mientras observa el tablero, el aire acondicionado y los controles de la radio.

»¿Sabes, Joe? No he visto a tu madre desde que tu padre murió.

Lo envidio.

»Fue una verdadera tragedia —añade. Suena contrariado.

Me sorprendo a mí mismo asintiendo. Tengo ganas de decirle que para mí también fue una tragedia. Tengo ganas de contarle cuánto me dolió que papá ya no estuviera con nosotros, cuánto deseaba que estuviera vivo, pero no digo nada.

—Sí —logro responder, con un esfuerzo para mantener la voz bajo control.

—¿Alguna vez te dije cuánto lo lamenté?

No tengo ni idea de qué carajo me dijo entonces. De qué me dijo nadie.

—Lo hiciste. Gracias.

Abre la boca, pero no dice nada. Parece estar pensando.

—¿Cómo lo llevas estos días?

—Lo he superado —respondo, sin molestarme en mencionar lo vacía que se ha vuelto la vida sin él.

Ahora le toca a él asentir.

—Qué bueno, Joe. Cuando un hombre se quita la vida, su familia puede tardar años en recomponerse. Gracias a Dios te has convertido en un buen muchacho.

Todavía estoy asintiendo. Cuando papá se suicidó, lo único que yo quería al principio era irme con él. Había cientos de preguntas, pero la mayor era *¿Por qué?* Mamá lo sabe, estoy seguro. Como también estoy seguro de que nunca me lo dirá. El segundo *por qué* es igual de importante: ¿por qué me dejó solo con mamá?

»¿Todavía tiene la casa en South Brighton?

Paro de asentir. Estoy pensando en papá y me deprime. Sé que Melissa me está observando, pero por el momento no me importa.

—Sí. —Arranco el coche—. ¿Vamos a dar una vuelta? —pregunto, necesitando cambiar de tema.

—Claro, Joe.

Contemplamos la ciudad al pasar. La vida ha declinado en esta parte del mundo. Sólo vemos algunos otros coches en la calle. Pasamos por una estación de servicio con un coche de policía aparcado afuera y dos agentes de pie junto a un hombre que han esposado y está tendido boca abajo. Walt conversa sobre el coche y el clima y me cuenta que su perro muerto se sigue escapando.

»Dios mío, ¿quién iba a pensar que me encontraría con el hijo de Evelyn? Sabes, Joe, conozco a tu madre desde hace más de cuarenta años.

—Increíble.

—Los dos estamos solteros ahora. Solteros y viejos. ¿No es triste la vida?

—Es triste —coincido.

Me detengo al norte de la ciudad, en un tramo largo justo antes de la autopista donde miles de árboles bloquean la vista en todas las direcciones. Aquí afuera, estamos solos. Aquí afuera, puedo hacer lo que quiera.

—Tal vez llame a tu madre mañana y le pida que me invite a cenar.

Con una mano en el volante, me estiro al asiento posterior y abro mi maletín.

—¿Quieres que te alcance algo, Joe?

—No. Estoy bien.

—Tu madre y yo nos conocíamos bastante bien antes de que ella conociera a tu padre. ¿Lo sabías, Joe?

—No, no lo sabía, Walt.

—¿Te importaría que la llamara? Me gustaría seguir conociéndola.

La oportunidad es muy tentadora, pero dejo caer el cuchillo. Candy está en el maletero del coche, pero Walt no sabe que está allí. No puede saberlo. Aun cuando la hubiera visto, es demasiado viejo para entender nada, y de haberlo hecho, estaría hablando de ella sin parar y haciéndome un montón de preguntas. Cierro el maletín. Si dejo que Walt viva, va a pasar tiempo con mi madre, y ese es un tiempo que ella no podrá dedicarme a mí.

»¿Por qué sonríes, Joe?

—Por nada. ¿Quieres conducir de vuelta, Walt?

—No, muchacho, dejaré que tú lo hagas.

Conduzco de regreso a la ciudad. Pasamos por los mismos árboles. La misma estación de servicio con el mismo coche de policía aparcado afuera sólo que ahora el tipo esposado está en la parte trasera del coche. Walt habla durante todo el trayecto, y toca temas que todavía soy demasiado joven para que me preocupen. Cosas sobre dietas y enfermedades y soledad. Me cuenta sobre mi madre y ahonda en un pasado que existió antes de que ella conociera a mi padre. Walt habla tanto que entiendo por qué se llevaba tan bien con mi madre; tiene esa habilidad para convertir nada en algo aún menos interesante. Sus frases fluyen de una a otra, y entremezcladas en el mismo aliento, están las instrucciones para llegar a su casa. La casa es pequeña y está bien cuidada. Es obvio que el perro muerto de Walt no caga en el jardín.

»Llamaré a tu madre mañana por la mañana —afirma, mientras se inclina hacia el coche y me sonríe.

—Pienso que le va a gustar. Poder tener alguien con quien hablar. A mí me cuesta identificarme con sus problemas, que son más propios de su edad, como la jubilación y el cáncer.

Me hace un gesto de complicidad y sus ojos brillan un poco.

—Evelyn —dice, más para sí mismo que para mí, luego se vuelve y toma por el sendero hacia la puerta de su casa.

Me alejo y me dirijo al sur. Enciendo el estéreo y canto y en voz alta. Después de diez minutos, aparco debajo de un grupo de árboles a un costado de la carretera. El césped, quemado y seco por los últimos meses de sol abrasador, ha estado lo bastante protegido por los árboles de la mayor parte de la lluvia del día. Estudio el cuerpo de nuevo, con la esperanza de poder aprender algo de él o de que Melissa me haya dejado algún mensaje. Lo muevo un poco. Los cortes profundos me sonríen. La carne de color rojo oscuro brilla debajo de los gruesos colgajos de piel. Tengo una buena idea de qué causó las heridas. Saco a Candy del coche, con

cuidado de no mancharme con sangre, y la arrojo al suelo, lo que deja al descubierto el arma homicida en el fondo del maletero.

Mi cuchillo.

O, para ser más exactos, una fotografía de mi cuchillo.

Ver esto me lleva a un par de conclusiones: primero, no hay ninguna duda de que Melissa me está acosando, y segundo, estoy en serios problemas. El cuchillo tiene mis huellas dactilares, al igual que mi pistola.

Saco un recipiente de plástico rojo lleno de gasolina y lo pongo en el suelo.

¿A qué está jugando Melissa? Si quisiera darle las armas a la policía, ya lo habría hecho. Eso significa que quiere algo más. Y estoy seguro de que me lo hará saber muy pronto.

Vuelvo a meter a Candy en el maletero. Todavía tiene las manos atadas y la boca amordazada. Ambas cosas son obra mía. Me pregunto qué pensó cuando estaba desesperada por ayuda y se le apareció una mujer que abrió el maletero. Fue el fin de los males de Candy. Fue el fin de todo.

La coloco de costado para tratar de hacer caber su espalda, pero termina con una pierna que sobresale. Cuando cierro la tapa del maletero, le rompo el tobillo. A ella no le importa.

Decido dejar el maletero abierto. Agito el bidón de un lado a otro y escucho como la gasolina chapotea en el interior. Está a un cuarto de su capacidad. Utilizo lo que hay para empapar la ropa de Candy y luego tiro el recipiente dentro con ella. Busco mi maletín en el coche y uso un cuchillo para cortar la blusa de Candy. Saco el tapón de la gasolina en el costado del coche, meto la blusa adentro, y dejo una lengua colgando.

El encendedor del coche hace su trabajo.

Estoy cerca de la ciudad cuando me acuerdo del gato. Nadie me ve cuando robo el segundo coche de la noche.

Jennifer me sonríe cuando cruzo la puerta. Me mira como si fuéramos amigos que no se han visto en mucho tiempo.

—Hola, Joe —dice, y su voz suena seductora.

—Hola.

Espera unos segundos, para chequear si eso es todo lo que voy a decir.

—Ahora te lo traigo.

—Gracias.

Me estoy imaginando cómo se vería Melissa con un collar de perro con tachuelas cuando Jennifer reaparece con el gato en una jaula pequeña.

—No pensé que querrías llevarlo —arriesga—, después de lo de la semana pasada.

—¿La semana pasada?

—Cuando te llamé para contarte cómo estaba; dijiste que no querías más gatos. ¿Cuántos tienes?

—¿La semana pasada? —repito.

Su sonrisa desaparece y es reemplazada por una cautelosa.

—Te llamé la semana pasada.

—Ah. La semana pasada estuve enfermo, muy enfermo. Para ser sincero, ni siquiera recuerdo que me llamaras. Me pasé toda la semana en cama. No sé qué demonios me pillé, pero estuve bastante delirante. Así que si me llamaste y me porté como un cabrón o algo así, lo siento mucho. —Aunque es ella la que debería sentirse mal por mí, yo soy el que perdió un testículo. Su cautela se convierte en simpatía.

—¿Estás bien ahora?

—Recuperándome. Lo curioso es que ni siquiera tengo un gato.

Sonríe, y me pregunto por qué debo seguir siendo amable con la gente. ¿Por qué no puedo llevarla a algún sitio y hacerle lo que le he estado haciendo a todas las demás?

—Bueno, ahora tienes uno. ¿Cómo lo vas a llamar?

—La verdad es que no lo he pensado. ¿Alguna sugerencia?

—Tal vez podríamos pensarlo mientras tomamos un café —sugiere.

—No sabía que los gatos tomaran café —respondo.

Sonríe, luego deja de sonreír, y parece un poco confundida.

»¿Cuánto te debo por la jaula? —pregunto. Supongo que no quedaría bien que sacara una bolsa de plástico de mi bolsillo y metiera al gato adentro. Apuesto a que la jaula va a añadir una buena cantidad de dinero a lo que ya es un mamífero caro.

—¿Puedo confiar en que la traerás de vuelta?

—Soy un tipo confiable.

—Entonces no te costará nada. —Sonríe—. ¿Quieres que te lleve a tu casa o tienes coche?

Sería bueno que me llevara a casa, ya que me daría la oportunidad de probar algunas cosas que no han sido usadas desde mi castración parcial. Pero mi nombre está registrado aquí, y la policía no tardaría en presentarse.

Le doy las gracias por el ofrecimiento, prometo traer la jaula de vuelta antes de que acabe la semana y le pido que me llame un taxi.

La jaula se mueve debajo de mi mano. El taxista hace algunos comentarios sobre el gato, suponiendo que puede entablar una conversación conmigo. Supone mal. Cuando llego a casa, dejo el gato en el baño y cierro la puerta. Cuando me voy a la cama, lo oigo llorar. Mañana compraré comida para él y unos tapones para los oídos para mí. Luego le enseñaré mi apartamento.

# CAPÍTULO TREINTA Y TRES

A la mañana siguiente, mi despertador interno no me defrauda. Las cosas vuelven a ser todo lo normales que pueden ser para un tipo al que le falta el testículo izquierdo. Sigo soñando, sin embargo, y eso me preocupa. Anoche estuve hablando con papá. El sueño era inconexo, pero recuerdo fragmentos en los que me preguntaba qué estaba haciendo. Supongo que me lo preguntaba porque yo lo estaba introduciendo en la parte delantera del coche en el que fue encontrado. Había envuelto gomaespuma alrededor de sus muñecas, gomaespuma y almohadilla, para que la soga no dejara moretones. No podía bajar los cristales ni abrir las puertas. No podía ajustar el aire acondicionado ni apagar el motor en tanto el monóxido de carbono inundaba el habitáculo. Se puso azul mientras me pedía una y otra vez que me detuviera. Mamá no estaba allí. Estaba jugando al *bridge* en el salón de bingo local. De hecho, esa fue la última vez que jugó. Papá dejó de pedirme que parara y me dijo que me amaba. Luego se murió. Un momento era mi padre. Al momento siguiente no era nada.

No logro acostumbrarme a los sueños y éste me ha dejado tembloroso y sintiéndome mal. Por supuesto que no maté a mi padre. Lo quería mucho y, al igual que mi madre, nunca le habría hecho daño. El hecho de que Walt mencionara el suicidio de mi padre debe haber activado las imágenes. Nadie sabe por qué papá hizo lo que hizo. Por qué se sentó dentro del coche en el garaje y bombeó monóxido de carbono por la ventana lateral con una manguera. Ni siquiera dejó una nota.

Le doy al gato instrucciones explícitas de no arañar los muebles ni las paredes. No lo hace. Mira a su alrededor durante unos segundos antes de decidir que la mejor manera de tomarse un descanso de estar encerrado dentro del baño es esconderse debajo de mi cama. Doy de comer a mis peces, tomo nota mental de comprar algo de comida para el gato, realizo las rutinas habituales y luego lucho para que el gato vuelva al baño con la ayuda de una escoba.

Enciendo la radio y escucho las noticias.

El incendio del coche se propagó, como predije, pero la lluvia durante el último día impidió que se diseminara lejos. Dicen esto como si a alguien le importara los árboles y los cultivos, como si el país se estuviera quedando sin ellos. El tipo de las noticias no menciona a las prostitutas muertas. En cambio, avanza con un informe sobre ovejas. Afirma que ahora nos superan en número, en una proporción de diez a uno. No comenta nada sobre una revuelta ni tampoco explica por qué necesitamos clonarlas y aumentar su número.

Bajar las escaleras resulta más fácil hoy que ayer. El viaje en autobús también. El clima está un poco peor. Llueve sin parar. No aprendo nada en el trabajo, excepto que la gente con la que trabajo no tiene puta idea de lo que hace.

—Te preparé unos sándwiches —dice Sally, cuando se encuentra conmigo afuera de mi oficina justo antes del almuerzo.

—Gracias.

Me como los sándwiches y me tomo otra pastilla. Siento como si bajara de costado por mi garganta, y no me produce ninguna mejoría. Pienso en el sueño, y me pregunto por qué estaré soñando tanto en estos días. Lo atribuyo al hecho de que en este momento no estoy haciendo las cosas que otras personas se limitan a fantasear.

Unas horas después del almuerzo, estoy cargando el cubo y la fregona cuando la veo: Melissa, sentada en un escritorio. Por un segundo, quizás incluso dos, el mundo se detiene por completo. Puedo oír la sangre que late en mi cabeza, lo cual es un buen truco porque podría jurar que mi corazón ha dejado de latir. Se vuelve hacia mí y me guiña un ojo. Avanzo hacia ella, y luego retrocedo, así que acabo inmóvil. Quiero mirar a mi alrededor para ver a los oficiales que se abalanzan sobre mí, pero no puedo apartar la vista de ella. Después de todo lo que me ha hecho, hay algo en ella que no puedo evitar admirar.

Hoy viste un traje sastre gris claro y costoso que la hace parecer una abogada que cobra demasiado, lleva el cabello recogido con prolijidad y poco maquillaje. Tiene el aspecto de una mujer en la que cualquier hombre querría creer con desesperación.

Me sonríe antes de volver su atención al detective Calhoun. ¿Están trabajando juntos?

—Buenas tardes, Joe. ¿Cómo va todo?

Me sobresalto y me doy la vuelta. Schroder está de pie a mi lado, bebiendo un café que yo no le he preparado. Me sonríe.

—Bien, detective Schroder.

—¿La conoces?

—¿Eh?

Asiente con la cabeza hacia Melissa.

—Me pareció que la reconociste.

Sacudo la cabeza.

—No.

Sonríe.

—Sólo mirabas, ¿eh? No te culpo, y no te sientas mal por haber sido atrapado.

—¿Atrapado? —repito. Oh, Jesús, ha llegado el momento, por fin ha llegado, y tengo el arma en la oficina. No puedo creerlo. Cosa curiosa, siento ganas de llorar.

—No eres el único —agrega Schroder.

—¿Qué?

—La mitad de los hombres aquí la están mirando.

Tiene razón. La mitad de los hombres aquí la están mirando.

»No dejes que te atrape —me advierte, y es un buen consejo… un consejo mucho mejor de lo que él imagina.

Desaparece en la dirección de la que vino, como si sólo hubiera aparecido para

hacer comentarios frívolos. Yo sigo de pie en el mismo lugar que cuando vi a Melissa, sólo que ahora siento que mi presencia es muy obvia. Tengo que irme. ¿Voy por mi maletín en caso de que necesite la pistola para poder salir de aquí, o me limito a dirigirme a la puerta?

Llevo el cubo y la fregona a mi oficina, cierro la puerta a mis espaldas y cojo mi maletín; mientras lo abro, me acuerdo que ya no tengo la pistola. Me desplomo sobre la silla. No sé qué hacer; con un poco más de distancia entre Melissa y el testículo que me queda, puedo pensar con mayor claridad.

Melissa no me ha delatado. No está aquí por eso. Está aquí porque al igual que mi arma, le pertenezco. Este es su juego. Ha venido aquí hoy para asegurarse de que yo sepa quién tiene el control.

Me levanto de la silla. Contemplo la ciudad durante unos segundos, la gente afuera se mueve con rapidez a través del frío. Saco uno de los cuchillos de mi maletín. Es pequeño y fácil de ocultar, pero supongo que si yo caigo, podría cargarme a una o tal vez dos personas. Lo guardo en mi bolsillo. Cuando me encamino al pasillo con la aspiradora, Melissa y Calhoun se han ido. Han de estar en la más pequeña de las dos salas de conferencias en esta planta. Es similar a una sala de interrogatorios, pero con una decoración más bonita y diseñada para obtener información de gente agradable de una manera cómoda. Habrá té y café y un almuerzo ligero, música placentera. Es un juego previo con el objetivo de atrapar a un asesino. Me gustaría poder estar allí escuchando, y al mismo tiempo, desearía estar a mil kilómetros de distancia. Cuando abro la puerta de la sala de conferencias principal, veo a un puñado de detectives de pie estudiando el tablero. Me quedo esperando que todos se vuelvan al unísono hacia mí, como si yo fuera un pistolero que hace su entrada en la taberna local, pero solo se acerca el detective Landry. Tiene unos cuarenta años y el aspecto guapo y robusto de un actor de cine que interpreta a un policía. Su ropa está arrugada, sus mangas arremangadas y parece el tipo de hombre a punto de lograr un avance significativo. Huele a humo de cigarrillo.

—No es un buen momento, Joe.

—¿Eh?

—La sala está bastante limpia. No va a ser necesario que la repases hasta dentro de unos días.

—Vale, entonces.

Me da una palmadita en el hombro. ¿Acaso deja su mano ahí un segundo de más ¿Me está mirando de forma diferente?

—Gracias, Joe.

Me doy la vuelta hacia la puerta y resisto la tentación de salir corriendo. Me recuerdo a mí mismo que soy el que tiene el control, el que lleva la batuta, pero si eso fuera cierto, no tendría esta horrible sensación de malestar en el estómago. Echo un último vistazo al tablero antes de salir al pasillo y veo una fotografía de un coche quemado. Dios mío. No sabía que lo habían encontrado. Estoy desinformado.

Entonces, de repente, aparece una oportunidad de averiguar al menos algo: el detective Wilson F. Hutton está balbuceando en mi dirección; sostiene una barra de chocolate en su mano sudada como si fuera un tubo de insulina. Es obvio que la F no se refiere a *fuerza de voluntad.* Lleva puesto un jersey negro de cuello alto. De hecho, nunca lo he visto con otra cosa. No me queda claro qué aspecto pretende tener, y supongo que él tampoco lo tiene claro. Tal vez cree que lo hace ver como alguien importante. O menos gordo.

—Buenas tardes, Joe.

—Hola, detective Hutton. Se ve que estáis muy ocupados. ¿Pasa algo?

Me sonríe con esa lástima habitual en sus ojos.

—¿No te has enterado?

—¿De qué?

—Tenemos una descripción del tipo.

Siento como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago, pero me obligo a desempeñar el papel de Joe el Lento. ¿Acaso esta gente está jugando conmigo? ¿Es esto una trampa elaborada para desafiarme? Deslizo la mano en el bolsillo y busco el cuchillo. Para un tipo como Hutton, no creo que la hoja sea lo bastante larga.

—¿Cómo? —pregunto y trato de mantener mi voz bajo control.

—Anoche hubo otra víctima, Joe. Otra prostituta. Esta vez, un testigo lo vio alejarse del callejón donde arrojó el cuerpo.

Jesús, me pregunto cómo se sentirá Calhoun ahora que la mujer a quien le pagó por sexo hace dos meses ha sido asesinada. ¿Se sentirá peor que yo? Hará la conexión con la puta muerta, ¿pero la creerá?

—¿Ya han atrapado al hombre malo?

Hutton sacude la cabeza.

—Todavía no. Utilizó un coche robado.

—¿Ya saben eso? Vaya que sois inteligentes.

—El coche se utilizó para deshacerse de otro cuerpo más tarde esa noche.

—¿Otra prostituta?

—No puedo revelar tanto, Joe. —Hace una pausa para comer un bocado de su barra de chocolate, como si necesitara energía para encontrar las palabras que no puede decirme. Los dientes manchados de chocolate comienzan a triturar la golosina. Algunos trozos diminutos caen sobre su cuello alto. No sé por qué no se traga toda la maldita cosa de una sola vez.

—¿Hay algún sospechoso?

Sacude la cabeza y sigue masticando.

—Mejor sigue con lo tuyo, Joe.

—Claro que sí.

Regreso a mi oficina. Me tiemblan ligeramente las manos. «Cálmate». «Cálmate».

Es fácil pensarlo, pero es difícil hacerlo. Tengo que crear un orden en esta maldita confusión en la que me ha metido Melissa. El único problema es que no se me ocurre nada, salvo más excusas para hacerle daño. Al final, entreabro la puerta de mi oficina y echo un vistazo al pasillo. Está vacío. ¿Podré salir del edificio y

seguirla? ¿Es así de sencillo? ¿Me dejará salir la policía?

Espero treinta minutos, durante los cuales me asomo cada tanto para ver si veo a Melissa o a la policía que viene a buscarme. No sucede, y empiezo a tener la esperanza de que no va a suceder. Cojo la aspiradora y me dejo ver. Deambulo por el pasillo, aspirando los ácaros del polvo y migas de comida en la alfombra, a la espera del momento oportuno. De vez en cuando, uno o dos detectives salen de la sala de conferencias y se dirigen a sus cubículos o a la calle, pero no me miran. Otras veces, vienen a por un café. Me saludan con la cabeza y me sonríen sin verme en realidad.

El día empieza a alargarse. No paro de consultar mi reloj, casi acusándolo de mentir. No me siento muy bien, y cada vez que limpio un baño, tomo asiento unos minutos dentro de uno de los cubículos con la cara en las manos y mi destino en las manos de los que se han sentado aquí antes.

Estoy atento a Melissa, pero no la encuentro. Tampoco veo a Calhoun. Ni a Schroder.

Todos los de siempre ya se han ido, o tal vez no, tal vez están esperando a la vuelta de la esquina, vigilando y esperando. Excepto Sally. Ella siempre se mantiene cerca, y me pregunta cómo estoy, cómo está mi madre, si me gustaría que me lleve a casa.

No sé cómo, pero por fin llegan las cuatro y media. El alivio es casi inexistente, porque no tengo ni idea de hasta dónde llegaré antes de que alguien grite mi nombre y me ordene que me detenga, que me tire al suelo y ponga los brazos detrás de la espalda. De vuelta en el pasillo, con mi maletín y las manos aún temblorosas, apenas llego a tiempo de ver que Melissa se dispone a irse, escoltada por el detective Calhoun, y me pregunto si habrá estado esperando a que yo termine. Ha estado aquí casi tres horas hablando con los detectives. ¿Qué demonios ha dicho?

Regreso con rapidez a mi oficina y espío desde la esquina de la puerta. Mientras ella sigue allí, el detective Landry sale del ascensor. En su mano, en el fondo de una bolsa de plástico transparente, hay un cuchillo. No cualquier cuchillo, sino mi cuchillo. Uno de mis favoritos. Lo lleva como si acabara de encontrar el Santo Grial. Nadie podría confundir la mirada de orgullo en su rostro. Melissa y Calhoun van hacia él y hacia el ascensor y se detienen para hablar. Me encantaría saber lo que están diciendo, y si las cosas salen como están planeadas, pronto lo sabré. Luego Calhoun entra con ella al ascensor y las puertas se cierran. Me apresuro hacia las escaleras y bajo corriendo a la planta baja, sin prestar atención a las punzadas en mi ingle. Y vale la pena, porque lo hago con la suficiente rapidez para ver a Melissa cuando sale del edificio. Ahora está sola. Me dirijo a la puerta. Nadie me pone una mano en el hombro.

Giro a la derecha. Melissa se dirige hacia el río Avon, así que tomo la misma ruta, cruzo la misma calle, evito a las mismas personas. El sol ha aparecido en lo alto, pero no parece que vaya a durar mucho tiempo, y no me ayuda a sentir más calor. Cuando Melissa llega a la orilla cubierta de hierba, gira a la derecha y sigue

avanzando en paralelo al agua oscura. Yo hago lo mismo, pero me mantengo a unos cincuenta metros detrás de ella. Tengo que tener cuidado, porque si huye, no estoy en condiciones de perseguirla.

Unos instantes después, se desvía hacia un banco del parque, se sienta en el extremo más alejado y mira directamente hacia mí. Me detengo y estudio el suelo como si hubiera algo interesante allí. Puedo sentir su mirada sobre mí. Cuando levanto la vista, sonríe.

# CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

El largo verano por fin llega a su fin, pero no le importa, porque a ella le encanta el otoño. No se le ocurre nada mejor que estar al aire libre bajo una agradable brisa del noroeste mientras las hojas cambian de color; pero por mucho que le guste, los meses subsiguientes le provocan terror. El invierno trae consigo un sórdido manto de depresión que se asienta sobre la ciudad e impregna los edificios, las plantas y las personas, todo ello regado por la lluvia, el viento frío y el humo.

Sally está desconcertada. Con respecto a Joe. Con respecto a sus mentiras.

Entiende por qué mintió sobre la enfermedad de su madre. Se había sumado con gusto a esa mentira porque era una forma de protegerlo. Joe no quería ser conocido como el hombre a quien le habían estrujado un testículo con un alicate. Si algo así le hubiera pasado a Martin, bueno, ella hubiera querido que alguien como ella lo hubiera protegido. Todo lo que puede hacer ahora es esperar a que la penicilina que le dio a Joe ayude al proceso de curación y a combatir cualquier posible infección. Debería. Si no, tendrá que ir a un hospital. No tendrá otra opción.

Sally había ido al apartamento el día del ataque y durante los tres días siguientes. En una ocasión, lo había encontrado desmayado en el suelo. Había querido volver al día siguiente, pero su padre había sufrido una caída grave y se había visto obligada a sopesar sus prioridades. La familia tenía que ser lo primero. No había podido faltar al trabajo… no le quedaban más días libres por enfermedad… pero al salir había regresado directamente a su casa para ayudar a su padre. Se había dislocado la cadera y se había roto la clavícula, pero se estaba recuperando.

Tenía planeado volver al apartamento de Joe el lunes… todavía tenía puntos de sutura que había que quitar… pero él se había presentado a trabajar. No habían hablado del ataque de forma directa. Ella quería convencerlo de que fuera a la policía a pedir ayuda, pero no en el trabajo.

No le gusta que le haya mentido sobre que sólo había visto las fotografías de la escena del crimen en la sala de conferencias. Joe sabe que eso es robar, pero es obvio que no quiere admitirlo ante ella. El hombre de la sonrisa grande parece tan inocente que le cuesta imaginárselo mintiendo con deliberación, pero el hombre que le sonrió entre las puertas del ascensor hace dos semanas, bueno, ese no era el mismo Joe, ¿no? Ese era un Joe que parecía capaz de…

¿De qué? ¿De cualquier cosa? No. No de cualquier cosa. Pero parecía capaz de mentir. Se lo veía tranquilo, calculador, como si supiera muy bien lo que estaba pasando. Sally se recuerda a sí misma que fue una sonrisa de casualidad, que Joe no es así en absoluto.

Pero ¿por qué las mentiras?

Cada vez que da vueltas a las posibilidades en su mente, una en particular parece predominar: alguien está forzando a Joe a hacer algo que no quiere hacer. Por lo tanto, alguien tiene que ayudarlo, y le corresponde a ella. Es su deber cristiano asegurarse de que no le pase nada malo.

Joe ha estado nervioso y ansioso la mayor parte del día, sobre todo esta tarde, y ella sospecha por qué: la persona que lo está presionando para que le entregue información le ha pedido más. Desde luego, Sally sigue sin entender por qué las carpetas todavía están en el apartamento de Joe y no en posesión del hombre que lo atacó, pero supone que debe ser una cuestión de tiempo. Tal vez Joe olvidó llevar las carpetas a una reunión y el hombre se enojó. Tal vez las carpetas ya no están en el apartamento de Joe, sino que las tiene el hombre que lo está amenazando. La única forma de saberlo es no perder de vista a Joe. De la misma manera que Joe parece no perder de vista a la mujer que ha venido a hablar con los detectives, quien, si Sally tiene que ser sincera, le da un poco de celos. No es sólo Joe quien no la pierde de vista, sino la mayoría de los hombres del departamento.

Como todo el mundo, Sally ha oído los rumores que corren en la comisaría. Esta mujer ha visto algo que podría llevar el caso a su fin. Quizás entonces Joe esté a salvo.

Ver a Joe observando a la mujer era desconcertante. Su fascinación era tan obvia que en cierto punto Sally se convenció de que debía conocerla. Pero por supuesto, él sólo estaba averiguando lo que podía para tener algo que contarle a su torturador que pudiera salvarlo de otro ataque.

De pie afuera, mientras vigila a Joe desde la esquina donde él no puede verla, Sally no puede entender por qué él se acercaría a la mujer, pero se quedará allí observando hasta poder ayudar a Joe a salir del lío en el que se haya metido.

# CAPITULO TREINTA Y CINCO

El Avon está lleno de patos, latas de cerveza y bolsas de patatas fritas vacías. La orina del viernes por la noche ha fluido a donde sea que fluya la orina. Grupos de algas flotan entre la basura. Alguien... el tipo con el puto peor trabajo del mundo... ha venido y ha recogido los condones usados. Cosa curiosa, la vista sigue siendo agradable. El agua oscura refleja la luz del sol y juega con las sombras, aunque no soy un amante de la naturaleza. Podrían pavimentar el río entero y me daría igual.

A medida que me acerco a ella, Melissa deja de observarme, como si yo no fuera lo bastante importante para ameritarlo, y no vuelve a mirarme hasta que estoy a un metro de distancia. Soy consciente del dolor intenso que aún tengo en la entrepierna. Como si el testículo sobreviviente estuviera experimentando punzadas de dolor por la pérdida y ahora sintiera miedo al estar en presencia de la mujer que le quitó a su hermano. Melissa sigue sentada. El corazón me late con fuerza, al compás de mi testículo palpitante. No puedo entender por qué de repente estoy tan asustado.

—Toma asiento, Joe.

Mantiene su sonrisa.

Sacudo la cabeza.

—¿Junto a ti? Estás bromeando.

—¿Todavía estás enfadado conmigo? Vamos, Joe. Es hora de seguir adelante.

¿Seguir adelante? Escuché eso después de la muerte de papá. La gente lo escucha todo el tiempo. Calhoun lo debe haber escuchado después de que se ahorcó su hijo. ¿Vivimos en una sociedad tan desechable que ni siquiera se nos permite aferrarnos a nuestro odio y remordimiento? Quiero abalanzarme sobre ella y mostrarle que seguiré adelante una vez que me haya ocupado de algunas cosas. Pero no puedo. Hay demasiada gente alrededor. Demasiados riesgos. Incluso si pudiera romperle el cuello y escapar, no tengo ni idea de dónde está mi arma. Supongo que la tiene alguien que la enviará a la policía si le pasa algo a ella.

»Menudo trabajo tienes, Joe.

Me encojo de hombros. Veo a dónde quiere llegar con esto, pero la obligo a continuar.

»El empleado de la limpieza de la comisaría de policía. Eso debe permitirte acceso a información privilegiada: pruebas, informes, fotografías. Debe ser divertido ver qué rumbo toman las investigaciones. Dime, ¿alguna vez quisiste ser policía? ¿Acaso lo intentaste y fracasaste? ¿O no lo intentaste porque sabías que se darían cuenta de los pensamientos enfermizos que albergabas?

—¿Y tú, Melissa? ¿Alguna vez lo intentaste?

—¿Has tratado de contaminar la evidencia?

Si esto es todo lo que tiene que decir, entonces estoy a salvo.

—Estás celosa.

—¿De ti?

—De que trabaje entre todos esos policías, con toda esa información.

Se lleva la mano izquierda a los labios y empieza a frotar un dedo con lentitud hacia un lado y hacia el otro, de la misma manera que lo hizo la otra noche. Se humedece el dedo y sigue frotando. Después lo retira con rapidez, lo roza contra su pecho y lo apoya en su regazo.

—No somos tan diferentes, tú y yo, Joe.

—Lo dudo.

—¿Notas el olor que hay ahí dentro?

—¿Qué olor?

—Como trabajas allí todos los días, es probable que estés acostumbrado. Pero hay un olor ahí dentro. Huele ligeramente a sudor y a sangre húmeda, pero es poder. Poder y control.

—Es el aire acondicionado.

—Hoy estuvo divertido, Joe. Pude ver algo que tú ves todos los días. Aunque tu trabajo parece insignificante para alguien como tú.

—Lo hago por amor al trabajo.

—¿Te pagan bien?

—¿Es necesario?

—¿Sabes qué es lo que me confunde? —pregunta.

—¿Varias cosas?

Su sonrisa se alarga.

—¿Cómo puedes permitirte una pistola costosa, ropa bonita, un buen reloj, y sin embargo vives en una pocilga?

Odio el hecho de que haya estado en mi apartamento. Odio el hecho de que esta mujer se haya ocupado de mi desastrosa herida. De ninguna manera voy a agradecerle eso.

—Tengo un buen contable.

—Se gana bien siendo empleado de la limpieza, ¿eh?

—Lo suficiente para pagar las cuentas.

—Es una suerte que ganes dinero con otras cosas.

—¿A dónde quieres llegar?

—A que imagino que debes tener algo de dinero guardado.

—Tengo un par de cientos de dólares. ¿Por qué?

—No me jodas, Joe. ¿Cuánto tienes?

—Te lo acabo de decir.

—No, no lo hiciste. Es hora de que seas honesto con tu socia, Joe.

—¿Qué? —exclamo, y de pronto sé a qué juego estamos jugando.

—Me oíste —responde ella.

—Obviamente no lo hice.

Melissa echa la cabeza hacia atrás y se ríe. Fuerte. Esto me cabrea mucho. Nadie se ha reído así de mí desde los días en la escuela cuando las risas acompañaban las

palabras Huevos Rotos a todos los lugares a los que iba. Otras personas miran a su alrededor. No puedo hacer más que esperar a que termine de reírse. Por fin, termina.

—Somos socios, Joe, te guste o no. En especial, después de lo que acabo de hacer por ti.

—¿Y qué es eso?

—Le di a la policía un retrato robot de ti.

Aprieto los puños.

»Cálmate, cabrón. Les di una descripción de otra persona.

—¿Por qué?

Pero sé la respuesta: porque quiere dinero.

—¿Por qué no?

—Déjate de joder con tus putas evasivas —salto.

—¿No te gustan? ¿Qué te gusta, Joe?

—¿Qué tal si te digo lo que me gustaría hacer?

—Me imagino. Sabes —continúa—, fue agradable estar allí y hablar con los detectives, y ver por mí misma lo inteligentes que son o, en este caso, lo poco inteligentes que son. Son más fáciles de engañar de lo que jamás hubiera imaginado. Siempre los vi de otra manera, supongo. Pero sólo son personas, Joe. Personas reales, como tú y yo. Supongo que por eso tienes tanto éxito. Fue una desilusión, de veras. En cierto modo.

—No estoy seguro de que exista alguien como tú y yo —afirmo.

Asiente despacio.

—Supongo que tienes razón.

—¿Por qué lo hiciste, entonces? ¿Por qué ir a la comisaría?

—Por el dinero.

—Volvemos a lo mismo, ¿eh? Deberías empezar a escuchar mejor. Deja que te lo explique un poco más despacio. No. Tengo. Dinero.

—Anda, Joe, no seas tan modesto. Estoy segura de que si no tienes dinero, un hombre con tus habilidades sería capaz de *conseguir* dinero. Con cien mil dólares me conformo.

—Has visto donde vivo. ¿Cómo sugieres que consiga esa cantidad de dinero?

—Estás lleno de preguntas, Joe, cuando deberías estar lleno de respuestas. Sí y no. Es todo lo que quiero escuchar de ti.

—Mira, es imposible reunir esa cantidad de efectivo.

—Siempre puedes entregarte. Eso cubriría la mitad.

Melissa se refiere a la recompensa de cincuenta mil dólares que ofrece el gobierno para quien proporcione información que lleve a mi captura. No puedo creer que sea tan poco, y supongo que no quedará así. Si Melissa quisiera esa cantidad de dinero, ya me habría entregado. O no se trata de dinero o está esperando que aumenten la cifra antes de entregarme. Pero primero me atormentará y se hará de algo de dinero extra. Sólo soy una inversión para ella. Es como si estuviera comprando acciones.

—Te voy a matar. Lo sabes, ¿no? —aventuro.

—¿Sabes qué, Joe? Voy a disfrutar trabajando contigo. Eres muy divertido —Se pone de pie, se acomoda su traje sastre a medida y se echa el cabello hacia atrás. Es tan hermosa que me parte el corazón. Ojalá estuviera muerta. Me entrega una caja.

—¿Qué es esto?

—Un teléfono móvil. Llévalo contigo, porque te llamaré en un par de días.

—¿Cuándo?

—A las cinco. El viernes.

Observo la caja. El teléfono es nuevo. Me pregunto si lo compró con el dinero que le robó a la prostituta muerta.

»Sabes, Joe, creo que este es el comienzo de una hermosa relación. ¿No es eso lo que se dice?

No es lo que yo digo. Así que le digo que se vaya al infierno.

»Y desde luego, no hace falta decir que si algo llegara a pasarme, el resto de las pruebas que tengo contra ti irán derecho a la policía, junto con una declaración detallada.

Seguro. No es lo único que no hace falta decir. Como es lógico, voy a matar a esta mujer en algún momento. Pero primero debo hacer mis deberes. Soy bueno para eso. La vida se trata de los deberes. Y tengo hasta el viernes a las cinco para hacer mi tarea. Ahora empieza a explicarme las reglas de su juego. Tengo que cargar el teléfono cuando llegue a casa porque ella se pondrá en contacto. Me recuerda que todavía tiene mi pistola, con mis huellas dactilares en ella. Se puede utilizar como una futura arma homicida. Agrega que borró mis huellas del cuchillo antes de decirle a la policía dónde podían encontrarlo, pero esto no mejora esta pesadilla.

Cuando se aleja, me quedo mirando el agua mientras tamborileo los dedos sobre la parte superior de mi maletín y observo los pájaros. Toco un ritmo que nunca antes había escuchado. Es como si mi vida acompañara ese ritmo. Algunos de los patos dan la vuelta y me miran. Tal vez ellos también quieran dinero.

Cien mil dólares es una cantidad que no alcanzo a asimilar y ya sé que nunca podré reunirla. ¿Melissa también lo sabe? Incluso si por algún milagro pudiera conseguir el dinero, nada le impedirá pedirme más en otro año, u otro mes, o incluso otro día.

El conductor del autobús es un tipo aburrido de unos cuarenta años que usa un audífono y me grita «Hola» cuando subo, y «Que tengas un buen día» cuando me bajo, a pesar de que el día está por terminar. Cuando llego a casa, la luz del contestador automático está parpadeando. Pulso el botón, sólo para oír la voz de mi madre que insiste en que vaya a cenar a su casa esta noche. Cuando insiste, lo mejor es ir. También me cuenta que Walt Chadwick la llamó y la invitó a almorzar afuera. Ella aceptó, y me relata toda la llamada telefónica hasta que mi máquina se queda sin cinta.

Cuando abro la puerta del baño, el gato sale corriendo, y me siento mal porque de hecho me había olvidado de él. Me doy una ducha, me aseo y me visto con ropa

limpia, con la esperanza de que mamá no encuentre nada en mi aspecto de lo que pueda quejarse. Vuelvo a meter al gato en el baño cuando termino y le prometo que le traeré algo de comida más tarde.

Robo un coche y aparco a una manzana de la casa de mamá. El sonido de la playa me arranca una sonrisa. Me imagino correteando hacia allí para darme un baño. No llego a imaginar la parte en que me mojo.

Estoy a medio camino de la puerta cuando mamá la abre y sale. Hace años que no la he visto con tan buen aspecto. Antes de que pueda decir nada, me abraza. Le devuelvo el abrazo… mientras protejo mi entrepierna con sutileza… para evitar que me pegue en la cabeza.

—Me alegro tanto de verte, Joe.

—Yo también me alegro de verte, mamá.

Se aparta, pero mantiene sus manos en mis hombros.

—Walt me invitó a almorzar mañana. Tú sabes, no he visto a Walt desde el funeral y han pasado seis años desde que murió tu padre.

—Ocho años, mamá.

—El tiempo vuela —responde y me lleva adentro.

Vuela cuando te diviertes. No puedo entender cómo puede haber volado para mamá. —¿Adónde van a ir? —pregunto.

—No me ha dicho. Es una sorpresa. Me recogerá sobre las once.

—Qué bueno.

—Voy a ir así. —Se gira para mostrarme su vestido, una cosa horrenda con mangas largas que parece haber sido hecha con arpillera reciclada y luego sumergida en sangre—. ¿Qué te parece?

—No recuerdo la última vez que te viste tan bien y tan feliz, mamá.

—¿Estás diciendo que nunca parezco feliz?

—No estoy diciendo eso en absoluto.

Frunce el ceño.

—Entonces estás diciendo que nunca estoy bien.

—Tampoco estoy diciendo eso.

—Entonces, ¿qué estás diciendo, Joe? —replica—. ¿Que no me merezco ser feliz?

—No estoy tratando de decir nada —preciso—, salvo que te ves muy bien. Estoy segura de que Walt estará encantado.

Me las he arreglado para decir lo correcto, pues una sonrisa se extiende en su rostro.

—¿Te parece?

—Estaría loco si no lo estuviera.

—¿No te molesta?

—¿Molestarme? ¿Por qué?

—Tu padre se ha ido hace seis años…

—Ocho.

—Y sólo voy a almorzar con Walt. No me voy a casar con él. No te estoy pidiendo que lo llames *papá*.

—Lo sé.

Se inclina hacia adelante, y en lugar de pegarme, me abraza de nuevo.

—Tenemos que agradecerte esto, Joe —susurra—. Si no fuera por ti, nunca habría llamado.

Mamá sirve la cena. En lugar de pastel de carne, ha cocinado uno de los pollos que compró en oferta la semana pasada. Es demasiado grande para dos personas, pero guardará la mitad en la nevera como sobras. Por suerte, ha cocinado el pollo a la perfección. Es una cosa que mi madre consigue hacer bien. Está jugoso y muy sabroso, y la grasa empieza a deslizarse de mis dedos.

»Te llamaré mañana por la noche, Joe, y te contaré todo sobre el almuerzo.

—Ajá.

—Quizá este fin de semana podamos salir los tres a almorzar. ¿Te gustaría?

—Claro. Estaría bien —digo, incapaz de pensar en algo peor. Cojo una servilleta que me ha dado mamá. Siempre dice que soy muy descuidado para comer.

Se lleva los platos vacíos y empieza a lavar. Envuelvo un poco de pollo en una servilleta y lo meto en mi maletín para el gato. Mis manos están cubiertas de grasa de pollo.

»Voy a lavarme las manos, ¿vale, mamá?

—Así me gusta, Joe.

Camino hacia el baño y como un trozo de pollo por el camino. Al pasar junto al retrete me vienen imágenes de ella sentada allí con su camisón recogido alrededor de la cintura y las gafas apoyadas en la punta de la nariz mientras coloca unas cuantas piezas más del rompecabezas en su sitio. Me pongo de rodillas y dejo colgar la cabeza, con los ojos enfocados en la alfombra de baño. Las náuseas empiezan a ceder. Cuando enciendo la luz del baño, mi mano se resbala del interruptor. Retiro la cortina de la ducha. Mamá tiene una combinación de bañera y ducha, pero siempre usa la ducha. Intento abrir el grifo, pero mis manos se resbalan así que me agacho y empiezo a untar el extremo de la bañera con la grasa de pollo. Paso un minuto extendiéndola y cubro un área de buen tamaño. Se desprende de mis dedos y de las palmas de mis manos con facilidad. Además, es transparente, así que mamá no notará el lío. La única manera de que lo vea es con el ángulo y la luz correctos. Me como el resto del pollo. Ya está frío. Cojo el grifo y esta vez gira con bastante facilidad. Me lavo las manos y vuelvo a la cocina.

»Walt fue muy amable por teléfono, Joe.

Walt. Me estoy arrepintiendo de haberlo dejado ir.

—Parecía simpático, mamá.

Me siento en la mesa del comedor mientras ella termina de lavar los platos. Me ofrezco a secarlos, pero ella dice que no. La observo con atención y me pregunto cómo puede ser que esta mujer me haya dado la vida. ¿Cómo puede pensar que soy *gay*? ¿Qué le he hecho a esta mujer para que piense eso? Soy su hijo, y ni siquiera me da el beneficio de la duda.

«No soy gay, mamá. No soy gay».

No para de hablar de Walt durante otra hora o más hasta que por fin me deja

irme. De pie en el umbral, rodeado por la noche, el sonido de la playa y el aire agobiante sobre mi piel húmeda, contemplo las estrellas que vigilan a mi madre desde lo alto. Un día, su espíritu flotará hacia allá arriba y encontrará el cielo y a Dios. Se irá para seguirle hablando a papá.

Empiezo a sonreír. Tanto a Dios como a papá les espera un tiempo difícil.

Le doy un abrazo antes de irme. La echaré de menos.

Aparco el mismo coche robado a una manzana de casa. Ya falta poco para el viernes y…

¡Jesús!

Dejo caer mi maletín y corro hacia la pecera. Algunos de los cuchillos se deslizan fuera de las tiras que los sujetan y suenan como platillos de batería al ser golpeados. Cojo la pecera con las dos manos. El agua está turbia. Unas cuantas docenas de escamas flotan en la superficie. Introduzco la mano y busco a tientas a alguno de mis peces y, mientras lo hago, mis ojos los encuentran. Uno está frente a mi cama. El otro cerca de la cocina. Los dos están cubiertos de arañazos sin sangre. El mensaje de Melissa es evidente.

Estoy yendo a buscar a Pepinillo cuando el gato sale corriendo de debajo de la cama, engancha el pez muerto en sus garras, lo lanza por la habitación, lo persigue, se lo mete en la boca y vuelve corriendo a la cama. El pez se cae de su boca, pero el gato sigue corriendo, ya sea porque sabe que ha sido descubierto y estará en graves dificultades o bien porque sigue pensando que tiene el pez en la boca. En cualquier caso, está corriendo como si nunca se hubiera roto una pata, y me doy cuenta de que Melissa no ha tenido nada que ver con esto.

—Gato de mierda —grito mientras me acerco a Pepinillo y me arrodillo junto a él. Parece muerto. Lo levanto… está frío, pero los peces son fríos, ¿no? Lo llevo a la pecera y lo dejo caer adentro, con la esperanza de haberlo devuelto a tiempo. Recojo a Jehová y hago lo mismo. Pepinillo ya está flotando de costado. Unos segundos después, Jehová lo imita.

Los hago girar en el agua y los empujo hacia adelante para obligarlos a nadar; luego presiono sus pequeños pechos y aunque parece que nada sirve de nada, insisto durante otros diez minutos antes de darme por vencido. Me voy la vuelta en dirección a la cama. Este puto gato caro ha matado a mis dos mejores amigos. Avanzo con furia, tomo los bordes de la cama y la levanto de costado. Un montón de basura cae al suelo. El colchón se patina y también las sábanas. Me empieza a doler la ingle, pero no tanto como el corazón. El gato me mira asombrado, con la cabeza inclinada y los ojos muy abiertos. Cuando me agacho para recogerlo, retrocede. Repliega sus orejas hacia atrás y parece dispuesto a matarme. Me inclino hacia adelante para pisarle la espalda, pero se da cuenta y se mueve con rapidez, lo que me obliga a estirarme más para corregir mi puntería. Cuando bajo el pie, mi ingle grita de dolor. Piso el suelo donde acaba de estar el gato, y la punzada en mi testículo fantasma me hace caer de rodillas.

Gatito se detiene en el centro de la habitación y se sienta. Me mira en silencio. Ya no tiene las orejas echadas hacia atrás. Me sostengo con suavidad mi único

testículo. Vale. Es hora de cambiar de táctica.

—Ven aquí, gatito. Anda, amigo. Sólo quiero acariciarte. —Empiezo a chasquear mis malditos dedos porque parece ser el tipo de cosa que les gusta a los gatos. Sigo chasqueándolos, y mi mente reproduce una película en la que yo, en el papel principal, le retuerzo el cuello al estúpido gato. El gato debe estar viendo la misma película, porque no se me acerca. Voy a buscar mi maletín. Tanto el gato como yo miramos el cuchillo que saco, y ambos sabemos lo que puede hacer. El pequeño cabrón sabe que estoy a punto de poner a prueba el conocido dicho y ver de cuántas maneras puedo despellejarlo. Puedo ver el reflejo de mis ojos en la hoja. Los observo durante unos segundos, y en lo único que pienso es que tengo los ojos de mi padre. Pensar en papá me hace sentir más triste por haber perdido a mis seres queridos, y entonces me enfado con el gato por hacerme sentir triste.

»Buen chico. Vamos. —Sigo chasqueando los dedos. El gato maúlla.

Entonces lanzo el cuchillo. Soy rápido. El cuchillo es rápido. El gato es aún más rápido. La hoja se clava en el suelo en el lugar exacto donde había estado sentado una fracción de segundo antes. Acto seguido, el gato me da la espalda y vuelve a caminar despacio hacia la cama. Estoy yendo a buscar el cuchillo cuando suena el teléfono. No quiero contestar. Lo único que quiero hacer es matar a este puto gato. Me duele un mazo el testículo. El teléfono sigue sonando y sonando.

Recojo el cuchillo y lo vuelvo a arrojar; el gato sale corriendo un segundo después sin un cuchillo que sobresalga de él. Vuelve a mirarme.

»Voy a matarte, hijo de puta.

El gato sisea en mi dirección.

El teléfono no para de sonar. Me está dando dolor de cabeza. ¡Riiin, riiin, riiin, joder! ¿Por qué no atiende el contestador automático?

Tomo otro cuchillo y me pongo en pie con cuidado. El dolor en la ingle se está yendo. Me acerco con lentitud al teléfono. Ha dejado de sonar y el contestador automático está grabando un mensaje. El volumen está bajo y no puedo oírlo. Interrumpo el mensaje.

»¿Hola? —digo, esperando que mis peces sean lo único que voy a perder hoy, aunque mi instinto me dice que algo le ha pasado a mamá. Esa premonición ha regresado para atormentar mis pensamientos. ¿Por qué la vida tiene que ser tan cruel con los que amo? ¿Y por qué los que amo deben traicionarme? Acogí al gato y le di un hogar, y a cambio me ha hecho esto.

—¿Joe? Hola, soy Jennifer.

¿Jennifer? ¿Cómo conoce a mi madre?

—¿En qué puedo ayudarte, Jennifer? —me oigo preguntar.

—No me vas a creer, ¡pero acabamos de encontrar al dueño del gato!

Suena emocionada. Vuelvo la vista hacia mi cama. El gato sigue sentado allí. Apunto con el cuchillo.

—No me digas. —Esto significa que mi madre sigue vivita y coleando—. ¡Gracias a Dios!

—¡De veras! ¿No es emocionante?

—El gato ya no está aquí —preciso, mientras me pregunto con cuánta fuerza necesito lanzar el cuchillo para dejar al maldito gato clavado en el suelo.

—¿Qué quieres decir?

—Se lo regalé a uno de mis vecinos.

—¿Puedes recuperarlo?

—Bueno, el caso es que se ha escapado. —Sigo hablando, pero casi no la escucho, ni a ella ni a mí mismo. Mi cerebro está en automático. No puedo apartar los ojos del maldito gato ni dejar de pensar en papá. En papá suicidándose. En cuando encontramos a papá encerrado en el coche.

—Estás bromeando —responde Jennifer, y por primera vez no suena como si estuviera desesperada por verme desnudo. Mis ojos van de la pecera al gato.

—Y hay algo peor —agrego.

—¿Peor? ¿Has dicho peor? ¿Qué?

—Bueno, no sólo se escapó. Salió corriendo hacia el tráfico. —Ni de coña pienso devolverle el gato. Representa demasiado. Melissa me traicionó. Papá me traicionó. No voy a dejar que me gane un animal con un cerebro una décima parte del mío.

—¿Estás hablando en serio, Joe? ¿O estás intentando quedarte con el gato?

—Si no me crees, ¡puedes venir y desenterrar la maldita cosa del jardín!

—No es necesario…

—¡Odio el pastel de carne! —grito, y ella cuelga sin decir otra palabra. Supongo que no veré más a Jennifer.

En lugar de lanzar el cuchillo, decido probar suerte de nuevo con ser amable con el gato para ver si logro acercarme a él. Echo un vistazo a la pecera. El agua turbia sigue quieta. Esto me pasa por intentar ser una buena persona, una persona cariñosa.

»Anda, gatito. Ven con Joe.

Me arrodillo lentamente. Estoy apenas a unos metros ahora, y el muy cabrón no tiene idea de lo que está a punto de suceder. Continúo avanzando. El cuchillo se va a ver bien sobresaliendo de un costado de su cabeza.

»Anda. Anda. Eso, lindo gatito. —Ya casi estoy. Empiezo a extender la mano con el cuchillo. Voy a enseñarle una lección que nunca olvidará. El gato se pone de pie.

»Vamos. Está todo bien.

El hijo de puta sale disparado. Bajo el cuchillo con fuerza y rapidez, pero fallo. El gato pasa junto a mí en dirección a la cocina.

Y entonces ve la puerta abierta.

Le arrojo el cuchillo y él se patina en el suelo, cambia de dirección, pasa junto a mi maletín a toda velocidad y se dirige hacia la libertad. Esta vez, la hoja pasa justo por encima de su cabeza y se clava en la puerta. El gato se detiene en el vano, me mira, emite un maullido que me hace querer pasar las próximas doce horas pisándolo hasta que muera, y luego se va.

Me pongo de pie, corro hacia la puerta y miro hacia el pasillo. Si pudiera, correría tras él, pero me late la ingle y es probable que esté sangrando. Cierro la

puerta, me dejo caer en el sofá y contemplo la pecera. Pepinillo y Jehová siguen flotando en la superficie. No puedo distinguir quién es quién. Y mientras los observo, mis ojos se empañan. Me permito llorar. No hay nada vergonzoso en llorar.

Encontraré a ese gato. Lo encontraré y lo mataré. Lo juro.

Me levanto y voy a la cocina. La noche es joven, y aunque estoy sufriendo contratiempos, necesito seguir adelante. Las lágrimas me nublan la vista y me duelen los ojos de tanto frotarlos. Estoy temblando, aunque deben hacer treinta y dos grados aquí dentro. Cuelgo el teléfono, vuelvo a apoyar la cama sobre las patas y ordeno un poco.

Lo único que puedo hacer es seguir adelante. Pepinillo y Jehová querrían que lo hiciera.

Mi mente retrocede y me sobrecogen los recuerdos de cuando decidí comprar mis peces. Los compré porque estaba harto de vivir solo. Al principio sólo servían para darle una sensación de vida al apartamento, pero en pocos meses, teníamos un vínculo que yo sabía que un día se rompería con la muerte. Pero no este día. No tan pronto.

Vierto el agua turbia de la pecera en el fregadero. Papá sigue apareciendo en mis pensamientos, y desearía que me dejara en paz. Coloco los peces en una bolsa de plástico transparente y la cierro antes de bajar las escaleras. En el jardín delantero de este complejo de apartamentos… y la palabra *jardín* es generosa… aparto las malas hierbas y uso mis manos para cavar un hoyo. Pongo la bolsa de plástico adentro y le echo tierra encima. Podría haber tirado fácilmente a Jehová y a Pepinillo por el retrete, pero no quería insultar sus memorias y dejar que sus cuerpos flotaran por toda la eternidad junto a pedazos de mierda. Palmeo la tierra y la compacto con prolijidad antes de pronunciar unas palabras sobre el suelo donde yacen mis amigos. Los ojos se me llenan de lágrimas. Juro venganza sobre su tumba.

Busco al gato, y aunque no lo encuentro, siento sus ojos en mí. Después de quitarme la tierra debajo de las uñas, consigo meterme en la cama temprano, que es lo único bueno que me ocurre en toda la noche.

Sueño con la muerte, pero de quién, no estoy seguro.

# CAPITULO TREINTA Y SEIS

A Sally no le importaría vivir en una calle como ésta. Todas las noches dejaría la ventana abierta para escuchar el océano estrellarse contra la orilla. En las mañanas de verano podría darse un baño antes de ir a trabajar. Está segura de que la gente que vive aquí debe ser más tranquila, más relajada. A Martin le habría encantado vivir aquí, piensa. Amaba la playa.

Ayer por la tarde, permaneció oculta en la esquina de la comisaría mientras Joe hablaba con la mujer. Se debatió con la idea de acercarse a él y preguntarle directamente qué estaba pasando; también lamentó la oportunidad que había dejado pasar de revisarle el maletín. Si la oportunidad se presenta de nuevo, la aprovechará.

Luego fue al cementerio y, de pie sobre la tumba de su hermano muerto, se concentró menos en su duelo y más en Joe. Quería saber, no, *necesitaba* saber qué estaba pasando. Decidió que no podía esperar. Se disculpó con Martin, le prometió que regresaría al día siguiente, y condujo hacia el apartamento de Joe. Iba a confrontarlo. Tenía que hacerlo, si es que tenía alguna posibilidad de ayudarlo. De todos modos, había que quitarle los puntos y devolverle la copia de la llave que había hecho.

Pero no llegó allí.

A pocas manzanas del apartamento, lo vio conduciendo un coche. Y está segura, cien por ciento, de que era él.

Conduce despacio por la calle y, cada tanto, chequea los buzones y observa cómo van subiendo los números. La mayoría de las construcciones parecen necesitar una buena capa de pintura para ser casas atractivas y con personalidad.

Cuando la puerta se entreabre poco después de golpear, Sally sabe de inmediato que está en el lugar correcto. El parecido es evidente.

—Lo siento, no me interesa comprar —afirma la mujer y empieza a cerrar la puerta.

—No estoy vendiendo nada —replica Sally con rapidez, pero la puerta no se detiene—. Me llamo Sally. Trabajo con Joe y esperaba que…

—Vale, ¿por qué no lo dijiste? —responde la madre de Joe y abre la puerta de par en par—. Jamás he conocido a ninguno de los amigos de Joe. Soy Evelyn. Por favor, por favor, pasa. ¿Quieres tomar algo? ¿Una Coca-Cola quizás?

—Claro. Con gusto.

—Sally, Sally. Es un nombre hermoso.

—Pues… gracias —dice Sally. Nunca le habían dicho eso antes.

La madre de Joe la guía por el vestíbulo y hacia la cocina. La decoración tiene unos treinta años, piensa Sally, y sospecha que la madre de Joe ha estado viviendo aquí todo ese tiempo. Se sienta detrás de una mesa de formica y Evelyn abre la

nevera; un momento después, se le une en la mesa.

—¿A qué hora llegará Joe? —pregunta Evelyn.

—¿Joe viene para aquí?

—Por eso estás aquí, ¿verdad? ¿Has quedado con Joe? Es un poco tarde para el almuerzo, pero supongo que aún puedo preparar algo. Tal vez lo llame para ver si está en camino.

—En realidad Joe no sabe que estoy aquí.

La madre de Joe hace una pausa y las comisuras de sus labios se inclinan hacia abajo.

—No te sigo, querida.

—Estoy aquí porque quería hablar con usted sobre Joe.

Ahora el resto de los rasgos de Evelyn siguen la dirección de sus labios.

—¿Sobre Joe? ¿Por qué?

Desde el momento en que Sally revisó el expediente personal de Joe ese día más temprano para obtener la dirección de sus padres, supo las preguntas que su madre iba a hacer.

—Yo, bueno, hay algunas cosas que me gustaría hablar con usted. Estoy un poco… preocupada.

Evelyn comienza a asentir, despacio, como si de repente se entristeciera por las posibles preocupaciones de Sally.

—Sé a qué te refieres, querida.

—¿Lo sabe?

—Yo también estoy preocupada —admite la mujer, y los rasgos de su rostro curvados hacia abajo se suavizan—. Dime, ¿te gusta mi hijo?

—Por supuesto que sí. Por eso estoy aquí.

Evelyn empieza a asentir.

—Siempre pensé que las mujeres lo encontrarían atractivo, pero él no parece tener ningún interés en ellas. Es… especial, ya sabes.

—Lo sé. Me recuerda a mi hermano.

—¿Ah? ¿Tu hermano es así?

—Eh… sí, lo es —responde; no dice *era*, porque *era* tiene una finalidad en la que no quiere pensar ahora.

—Y a ti te gusta Joe.

—Me gusta mucho — confiesa Sally.

—Qué bueno, querida —dice Evelyn, y abre la Coca que ha traído para Sally y se la entrega—. Me gusta escuchar eso. Significa que todavía hay una oportunidad para Joe.

—Pero estas cosas que me preocupan, bueno, la verdad es que no sé por dónde empezar.

—Ya hemos empezado, querida.

—¿Desde cuándo conduce Joe?

—¿Qué dices, querida?

Sally da un sorbo a la Coca-Cola. Está más caliente de lo que había pensado, o la

nevera está ajustada a una temperatura muy baja o Evelyn acaba de poner la lata allí.

—¿Desde cuándo maneja Joe?

—No entiendo qué tiene que ver eso con que te guste.

—Bueno, no tiene que ver, no en realidad. Pero anoche lo vi conduciendo y…

—Estaba viniendo a verme. Es un buen chico.

—Lo sé. Es obvio que Joe tiene un gran corazón. Es un tío encantador. Pero no tenía ni idea de que sabía conducir.

—¿No sabías que sabía conducir? —pregunta Evelyn con tono de sorpresa—. Pensé que habías dicho que trabajabas con él.

—Sí, trabajo con él.

—Entonces seguro de que lo has visto con los coches de aquí para allá.

¿Acaso Joe le dice que conduce los coches de policía? Sería el tipo de cosa que haría un niño grande. Sally no quiere arruinarle la ilusión a Evelyn. Ya es bastante malo estar aquí, invadiendo su privacidad. Además, Sally ya se siente abrumada por la culpa y asustada sobre cómo reaccionará Joe. Por tratar de ayudarlo, podría acabar lastimándolo, y él podría terminar odiándola.

—Por supuesto. Sólo tenía curiosidad por saber hace cuánto tiempo que sabe conducir, eso es todo.

Evelyn se encoge de hombros con displicencia.

—No lo sé —responde—. Supongo que desde hace años. Pero lo que más me interesa eres tú, Sally. Me imagino que no eres casada, ¿no?

Sally sonríe.

—No, no, no estoy casada —confirma y bebe un trago de Coca-Cola.

—¿Tienes familia? ¿Hermanos o hermanas? ¿Qué haces con Joe? ¿Eres su recepcionista? ¿Lavas los coches? ¿Eres empleada de la limpieza?

—Vivo con mis padres —responde, ansiosa por acabar pronto con esta parte para poder volver a hablar de Joe—. No lavo los coches, y creo que Joe tampoco lo hace.

—No, claro que no. ¿Por qué iba a hacerlo?

Sally se encoge de hombros a modo de respuesta. ¿Por qué un empleado de limpieza tendría una recepcionista?

»¿Qué haces entonces? —insiste Evelyn—. En el trabajo, quiero decir.

—Bueno, soy empleada de mantenimiento. Mantengo las cosas en funcionamiento, algo así.

—Oh, eso suena muy interesante, Sally. No se ven muchas mujeres mecánicas. ¿Quieres vender coches algún día?

—¿Vender coches?

—Sí. ¿Quieres venderlos?

Tal vez vender coches es un sueño de Joe.

—Supongo que nunca lo he pensado. —Coge su gaseosa y bebe otro trago largo. Hablar con la madre de Joe está resultando tan difícil como algunas de las conversaciones que ha tenido con Joe—. El caso es que he venido a hablar de algo

que creo que podría estar sucediendo.

—¿Entre tú y Joe? Oh, ¡eso sería maravilloso!

Sally se echa hacia atrás y hace un esfuerzo por no suspirar. De pronto, no puede seguir adelante con esto. Joe ha creado un mundo en el que su madre pueda imaginarlo, y sin duda le ha tomado mucho, mucho tiempo. Y ella podría destruirlo con unas pocas palabras descuidadas. No, ya está. Aquí no obtendrá ninguna respuesta sobre el hecho de que Joe sabe conducir. Ni tampoco obtendrá respuestas sobre quien lo atacó. Bebe otro sorbo largo de Coca; quiere terminarla con rapidez y marcharse.

»Sabía que Joe encontraría a alguien.

—No hay duda de que es muy especial —comenta Sally, sin saber qué más decir. Toma otro trago. Uno más y se acaba.

—Después de que murió su padre, bueno, temí que eso pudiera afectarlo, ¿entiendes a qué me refiero? Pensé que podría confundirlo. Volverlo un poco raro.

Sally asiente. No sabía que el padre de Joe había muerto.

»Joe se volvió callado. Introvertido. No mucho después, se mudó. ¿Sabes que nunca he ido a su casa? Me preocupa, Joe. Supongo que eso es propio de una madre.

—A mí también me preocupa —coincide Sally y termina su bebida—. Vale, será mejor que me vaya.

—Pero si acabas de llegar.

—Lo sé. La próxima vez me quedaré más tiempo. Sólo quería pasar a saludar.

—Eres una joven muy simpática. —Evelyn la acompaña hasta la puerta y la abre. La noche se ha tornado más fría en los quince minutos que ha estado aquí. Cree que va a empezar a llover de nuevo—. ¿Te contó Joe sobre Walt?

—¿Walt?

De pie en el vano de la puerta y con los brazos envueltos alrededor del cuerpo, Sally escucha a Evelyn contar la historia de Walt. Cuando termina, le da las gracias y recorre el sendero de entrada hacia su coche. Aferra el volante, pero no arranca el motor.

Según Evelyn, Joe es un vendedor de coches. Joe estaba probando un coche cuando se encontró con Walt, el viejo amigo de su madre.

Sally coje el crucifijo que cuelga de su cuello. Joe ha creado un mundo ficticio para mantener feliz a su madre. ¿Qué más ha creado? Joe es más de lo que parece y, en cierto modo, eso la asusta.

# CAPITULO TREINTA Y SIETE

A la mañana siguiente, mi alarma interna me despierta para otra gloriosa mañana en Christchurch, según un anciano que informa el pronóstico en la radio. Cuando miro por la ventana, veo algo diferente: cielo gris y nubes de tormenta oscuras en el horizonte, lo que me hace pensar que el pronosticador debe estar loco o borracho. Hay algo de condensación en la ventana y el suelo está frío.

Me quedo mirando la mesita de café antes de irme a trabajar. Hay una lata de comida para peces sobre ella y ningún gato muerto. Dejo mi apartamento y bajo las escaleras para salir a la primera helada del año. El césped parece crujiente y los canalones están llenos de hojas. Estoy temblando un poco cuando le entrego al Sr. Stanley mi tiquet de autobús, y hoy lo marca. Me pregunto si esto es un presagio. Quiero hablarle sobre mis peces, y no sé por qué. Ni siquiera sé si le importará.

Cuando me deja frente a mi trabajo, intercambiamos saludos. El día no sugiere que vaya a hacer mucho más calor. Mantengo las manos en los bolsillos mientras cruzo la calle. Sally me alcanza junto al ascensor. Entablamos una conversación trivial hasta mi piso, aunque Sally parece preocupada, y luego se va.

No puedo acceder a la sala de conferencias, así que termino haciendo lo que me pagan por hacer. Vigilo al detective Calhoun cuando está cerca. Intento descifrar cómo se siente, pero no lo conozco lo suficiente para darme cuenta si está atravesando una crisis personal. También estoy pendiente de Melissa, pero no aparece. Paso la aspiradora, el trapo, y limpio: la tarea de todos los días que me reporta mi fabuloso salario de empleado de la limpieza. Nadie me trata diferente. Nadie me mira con el tipo de mirada que reservarían para un asesino en serie.

La comisaría no bulle con la misma expectación de ayer, cuando todo el mundo pensaba que habría un importante avance en el caso. Hasta la sala de conferencias está vacía. Entro y observo a mi alrededor. El retrato robot que proporcionó Melissa está en la pared. Cabello oscuro y tupido, y pómulos hundidos; mucha barba incipiente. Nariz chata, ojos grandes, frente alta. La expresión fría y calculadora de su rostro es miserable, como si la persona de esta foto hubiera nacido para ser un criminal.

La foto no representa para nada mi aspecto real. Mi cabello es más fino, bastante corto, y me lo peino hacia atrás. Es oscuro… eso es lo único que coincide… pero tengo pómulos altos y firmes, y ojos más pequeños. ¿Y la barba incipiente? De ninguna manera. Con suerte tengo que afeitarme una vez al mes. Sonrío a la foto. No me devuelve la sonrisa. Sobre la mesa con las carpetas, está el cuchillo. En una bolsa de plástico, dentro de una caja de cartón, ya lo han analizado en busca de huellas dactilares, sangre y ADN. Si hubieran encontrado mis huellas en él, ya me habría enterado. Todos los empleados de este edificio deben registrar sus huellas dactilares. Es un procedimiento estándar. Melissa no estaba mintiendo. No es

estándar proveer muestras de ADN.

Cojo el mango con fuerza, y lo siento debajo del plástico fino. Este cuchillo me lo robaron en circunstancias que jamás podré olvidar. Este cuchillo estuvo allí la noche que sufrí mi mayor indignidad, mi mayor dolor, y experimenté el odio más grande. Lo dejo de prisa. Ya no es mío.

Me tomo el tiempo para leer los informes. La prostituta que dejé en el callejón ha sido identificada. Charlene Murphy. Veintidós años. Le había calculado más cerca de los treinta. La prostitución envejece a la gente con rapidez. Sin embargo, era madre de un niño. Eso lo había deducido. Su novio no es sospechoso, puesto que estaba en la cárcel en ese momento por cargos no relacionados. La fotografía de Charlene ha sido colocada en la pared para hacerles compañía a las otras mujeres.

La segunda puta que murió, Candy dos, todavía no ha sido identificada.

No necesito llevarme ninguna información, pero aun así me sorprendo recogiendo lo que puedo, más como recuerdos que otra cosa. También me llevo la cinta de la grabadora en la maceta. Estoy de regreso en mi oficina cuando Sally llama a la puerta y entra.

Después de las formalidades habituales, Sally para de hablar, como si hubiera agotado todas las palabras que recordaba para el día. Se queda de pie allí, como si alguien hubiera metido la mano en su interior y hubiera pulsado el botón de *apagado*. Al cabo de medio minuto, más o menos, empieza a mirar a su alrededor.

—Hoy está fresco —comenta, pero ahora ha puesto el botón en *automático*, así que en realidad no sabe lo que está diciendo. Mira por la ventana. Mira el techo. El suelo debajo de la mesa. Por fin, sus ojos se posan en mi maletín—. Me olvidé de prepararte el almuerzo. Lo siento, Joe.

—No te preocupes.

No le quita la vista al maletín, y supongo que está pensando que tal vez me sentiría más atraído hacia ella si se comprara uno igual. Está tratando de descifrar si yo estaría impresionado o devastado si se comprara uno mejor. Lo cierto es que no debe estar pensando en nada en absoluto. Tiene el ceño ligeramente fruncido, lo que sugiere que algo está pasando dentro de su mente, aunque las arrugas leves en su rostro indican que lo único que está ocurriendo ahí dentro es una confusión enorme. Es como si quisiera hacerme una gran pregunta, pero no tuviera ni idea de cuál es esa pregunta.

»Bueno, gracias por pasar. Tengo mucho que hacer.

Esto parece arrancarla de su aturdimiento. El interruptor dentro de ella no pasa a *encendido*, porque no tiene esa opción. Además de *apagado* y *automático*, sólo tiene *funcionamiento a duras penas*, y ahora ingresa en esa modalidad.

—Te veo más tarde, Joe.

—Ah, vale —respondo, pronunciando las dos palabras con voz cantarina.

Sale de mi oficina, pero no cierra la puerta. Tengo que levantarme y hacerlo yo mismo.

Escucho la cinta de la sala de conferencias. Un montón de teorías diferentes,

ninguna correcta. La policía está entrando en pánico porque cree que los ataques están recrudeciendo. Creen que pronto habrá apenas días de intervalo entre mis víctimas. Diablos, tal vez tengan razón. Es demasiado pronto para saberlo.

El motel Everblue es uno de esos antros que uno ve en las películas donde le suceden cosas malas a gente que tiene la mala fortuna de alojarse allí la misma noche que un enfermo mental que está prófugo. No queda lejos de la ciudad, pero sí lo suficiente para que los terrenos sean de poca monta, igual que los habitantes de los alrededores.

El motel es una extensión de habitaciones en forma de L con pintura vieja y alféizares desportillados frente a un área de césped marrón y arbustos medio muertos. Las grietas en la galería exterior están llenas de agua de color del óxido. Cuento una docena de vehículos en el aparcamiento, que van desde el más barato de los baratos hasta el más promedio, el sedán familiar de clase media. Tal vez sea miércoles de descuento para las prostitutas. Unos cuantos carritos de supermercado oxidados están tumbados de costado, rodeados de maleza y colillas. El cartel de neón emite un zumbido intenso.

Aparco afuera de la oficina. Largas cintas de plástico grueso cubren la puerta, del tipo que encontrarías si viajaras veinte años atrás y entraras en una tienda de productos lácteos. Las hago a un costado y entro. La habitación huele a látex y a humo de cigarrillo. Las paredes y el techo están manchados. La alfombra está estampada con quemaduras de cigarrillo.

El tipo detrás del mostrador debe tener unos cuarenta años. Es calvo y con sobrepeso, y me mira con fijeza como si no confiara en mí. Como si pensara que voy a coger sus cintas de plástico multicolores de la puerta y salir corriendo. Lleva puesta una camiseta que dice «El Racismo es lo Más».

Le muestro una identificación policial que ni siquiera es mía; a veces todo lo que necesitas para abrir cualquier puerta es la tarjeta de un policía con un nombre y sin una foto. El tipo se encoge de hombros y apenas la mira. Cuando le pido revisar el libro de huéspedes, lo gira hacia mí y me dice que sí, que adelante. Sus uñas, largas y sucias, pasan las páginas abiertas hacia la fecha que le indico. Luego las utiliza para rascarse el cuero cabelludo calvo. Pequeños trozos de piel se quedan debajo de sus uñas, y empieza a quitárselos. Caen sobre el libro de huéspedes y los barre a un costado con la mano.

Intercambiamos una miniconversación mientras estudio el libro. Ha tenido trato con la policía antes, por lo que dice, y una vez hasta le alquiló una habitación a un asesino. Por supuesto, no sabía que el tipo era un asesino en ese momento. Eso no se supo hasta que lo atraparon.

Fascinante. Se lo digo.

Examino las fechas y busco la habitación que usó Calhoun. Desde luego que no va a estar a su nombre, pero busco de todos modos. Mi dedo se desplaza por un montón de gente llamada John Smith, y otra con nombres como Ernest Hemingway y Albert Einstein. El Everblue parece un lugar popular para los

muertos, porque hasta Abraham Lincoln se alojó aquí.

Giro de vuelta el libro para colocarlo frente al Sr. Mugriento. Apoyo la fotografía del detective Calhoun encima.

—¿Reconoces a este tipo?

—¿Debería?

—Sí, deberías.

Mira más de cerca.

—Sí, lo recuerdo. Vino hace unos meses.

—De todas las personas que vienen aquí, ¿recuerdas a este tío? ¿Por qué?

—Recuerdo muy bien el lío que armó, y el ruido que hizo mientras lo estaba haciendo.

—¿Estás seguro de que este tipo hizo eso?

Vuelve a encogerse de hombros.

—¿Importa?

Supongo que no. No me molesto en darle las gracias. Sólo asiento con la cabeza y me voy.

Mi siguiente parada es un contraste directo con el Everblue. El hotel Five Seasons queda más cerca del centro de la ciudad, entre un puñado de hoteles, la mayoría de alrededor de diez años de antigüedad. Los terrenos aquí no son de poca monta. Sólo lo parecen. Aparco el coche robado a tres manzanas y llevo el maletín conmigo. El crepúsculo se ha vuelto más oscuro y más frío. Vamos a tener otra helada.

El hotel es feo. No sé muy bien cómo describirlo de otra manera que no sea como un sueño artístico convertido en pesadilla. Arquitectos que usaron braille para dibujar los planos. Pintores que usaron materiales de los años setenta. Parece una lámpara de lava. Tiene quince pisos de altura; no es enorme, pero sí lo bastante grande cuando el color predominante es el verde lima. Los reflectores alrededor de la fuente la iluminan por la noche. El hotel sería más adecuado como una atracción de terror en Disneylandia. Cosa sorprendente, es cinco estrellas.

Lo que también es sorprendente es que el personal de policía de otras ciudades se aloje aquí. Esto se llama darle un buen uso al dinero de los contribuyentes.

Ya tengo una imagen en mi mente de cómo será el interior, pero enseguida me doy cuenta de que estoy completamente equivocado. Las paredes del vestíbulo son de madera barnizada, lo que le da un extraño aspecto antiguo. Una lámpara de araña cuelga del techo con un millón de reflejos de luz. La alfombra de color rojo intenso es lo bastante afelpada como para dormir en ella con comodidad. Donde termina la alfombra, le sigue el linóleo a cuadros blancos y negros. El vestíbulo es tan grande como para perseguir a alguien durante al menos un minuto entero. El aire es fresco y está ligeramente perfumado. Podría ser jazmín, o lilas, o alguno de esos otros aromas de incienso que los hombres de todo el mundo no tienen ni idea de cómo distinguir de otros.

Me acerco al mostrador de recepción. Es muchísimo más agradable que el mostrador del Everblue, además de que el personal se las ingenia muy bien para

mantenerlo calentito. Una mujer joven me sonríe; es bastante atractiva: pechos bonitos, cuerpo firme, rostro agraciado, pelo rubio recogido, maquillaje aplicado a la perfección. Lleva un uniforme verde oscuro. La blusa es blanca, y sería bastante fácil darle un toque de rojo. Me pregunto qué diría si le pidiera que se la quitara.

Reservo y pago una habitación en efectivo, luego firmo el libro de huéspedes con el mismo nombre de la tarjeta. Me pide una tarjeta de crédito para poder cubrir cualquier gasto extra y le explico que soy de los que sólo pagan en efectivo y que no tengo tarjeta. Asiente y sonríe, y dice que está bien, y luego añade que le pondrán un candado al minibar para que no pueda acceder a él.

Me asigna la habitación 712. Cojo mi llave, que en realidad es una tarjeta electrónica, lo que podría suponer un problema. Le doy las gracias y me pregunto si la volveré a ver. Me agradece, y sin duda tiene un pensamiento similar.

Un botones con apenas la personalidad suficiente para desenvolverse en la vida me acompaña al séptimo piso. No tengo equipaje, pero me acompaña de todos modos. Parece deprimido; imagino que ha de ser porque tiene más de cien años y sigue siendo un maldito botones. Mis piernas me llevan a la habitación doce. El botones me quita la llave, la introduce en la cerradura y el mecanismo se abre con el mismo sonido que el pestillo de un maletín. El hombre abre la puerta y se queda ahí como si estuviera en su maldito derecho de recibir una propina. Como si se hubiera ganado diez dólares por hacer este viaje y no abrir la boca. Le doy cinco y no me agradece. Cierro la puerta y camino hacia las ventanas. Mis ojos me transportan a la ciudad más allá.

Decido relajarme un poco. Sin zapatos y mientras mis pies respiran en la habitación con aire acondicionado, me cuesta creer o tal vez no quiero creer que fuera de este hotel tengo una vida que consiste en el caos y la confusión y muy poco más.

La habitación es divina, el tipo de lugar que me genera la motivación de hacerme rico sólo para poder vivir aquí. Podría quedarme en el Everblue durante una semana y aun así pagaría menos de lo que cuesta una noche en este lugar. La gran ventana hace que la vista de Christchurch parezca más bonita que nunca, y combinada con la altura y el hecho de que ha estado lloviendo, incluso hace que Christchurch parezca más limpia. La cama es tan cómoda que temo que si me acuesto no me levante nunca. Chequeo el minibar: una ojeada a los precios y pienso que es irónico que yo sea al que llaman delincuente. Ninguno de los artículos es accesible, ya que la puerta del minibar está cerrada con candado. La cocina está llena de electrodomésticos caros que no tengo ni idea de cómo se usan. El televisor es una gran pantalla con un mando a distancia que tiene cien botones.

Me arriesgo y me tumbo en la cama. Acabo pasando cuarenta minutos mirando el techo, permitiendo que mi mente visite otros lugares en los que no ha estado durante semanas, poniéndome al día con viejas fantasías que incluyen a la mujer de la veterinaria, y pensando en nuevas, que incluyen a la recepcionista de abajo, antes de por fin usar el teléfono para llamar a casa y chequear mi contestador automático. Un momento después, escucho a un hombre de la clínica veterinaria

que me recuerda que tengo una jaula de gato que no me pertenece. No necesito preguntarme por qué Jennifer no ha llamado. Devolveré la jaula cuando todo esto termine.

La segunda persona que llama se identifica como el doctor Costello. Deja un número de teléfono donde puedo contactarlo. Dice que es urgente. Dice que mamá está en el hospital. No da ningún otro detalle. Me tiemblan las manos y me cuesta colgar el teléfono. ¿Le ha pasado algo a mamá? Por supuesto que sí. De lo contrario no estaría en el hospital. Por favor, Dios… por favor, que esté bien.

Marco el número (lo apunté con una mano temblorosa en una libreta de cortesía del Five Seasons mientras escuchaba el mensaje) y el teléfono empieza a sonar. Acabo hablando con una mujer de un restaurante chino durante un minuto… mientras intento preguntar cómo está mi madre, ella me recita los especiales del día… hasta que me doy cuenta de que me he equivocado de número. Bajo el teléfono con fuerza y respiro hondo, pero eso no calma mis nervios. Las manos me tiemblan con violencia y tengo que usar las dos para marcar. Cierro los ojos y empiezo a imaginar un mundo sin mamá, y mientras lo imagino, los ojos se me llenan de lágrimas.

# CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Una vida sin mamá. Me niego a pensar en eso. Es la persona más importante del mundo para mí, y pensar que algo podría estar mal… bueno… bueno, duele. Duele más que me aplasten un testículo hasta dejarlo reducido a pulpa y jugo. Imaginar que se ha ido…

No voy a imaginarlo.

No puedo imaginarlo.

Una mujer del hospital de Christchurch contesta el teléfono y me dice que acabo de llamar al hospital de Christchurch. Aprecio su perspicacia. Pregunto por Costello y un largo minuto después viene al teléfono; su voz suena profunda y preocupada.

—Ah, sí, Joe. Escucha, se trata de tu madre.

—Por favor, no me diga que tiene algo malo.

—Bueno, en realidad, no tiene nada malo —responde, y por alguna razón que no puedo explicar, siento decepción—. Puedes hablar con ella. Está aquí mismo.

—Pero usted está en un hospital —replico, como si lo acusara de algo, tal vez de ser médico.

—Sí, pero tu madre está bien.

—¿Por qué no me llamó ella entonces?

—Bueno, ahora está bien, pero como no va a regresar a su casa esta noche, esta era la única manera de que ella pudiera hablar contigo. Dijo que la única forma de contactarte era si llamaba yo. Es una mujer bastante insistente, tu madre —agrega, sin ningún humor.

—¿Qué le pasó?

—Te paso con ella.

La línea enmudece mientras el teléfono cambia de manos y se produce un murmullo de voces.

—¿Joe?

—¿Mamá?

—Soy tu madre.

—¿Qué pasó? ¿Por qué estás en el hospital?

—Me rompí un diente.

Me quedo sentado con el teléfono en la mano, bastante seguro de que me ha dicho que se rompió un diente, pero sabiendo que eso no es lo que dijo porque… bueno…

—¿Un diente? ¿Te rompiste un diente y estás en el hospital? —Sacudo la cabeza mientras trato de encontrarle sentido a sus palabras. Si se rompió un diente, ¿no debería estar…?

»En el dentista. ¿Por qué no estás en el dentista?

—Ya fui al dentista, Joe.

Se queda callada. Mi madre, una mujer que no dejará de hablar ni siquiera cuando esté muerta, no me da ninguna explicación. Hace un par de semanas estaba feliz de contarme que estaba cagando agua. Así que tengo que preguntar.

—¿Por qué estás en el hospital?

—Se trata de Walt.

—¿Está enfermo? —pregunto, quizás con demasiada esperanza.

—Se rompió la cadera.

—¿Se rompió la cadera? ¿Cómo?

—Se resbaló en la ducha.

—¿Qué?

—Se estaba duchando y se cayó. Se rompió la cadera. Tuve que llamar a una ambulancia. Fue aterrador, Joe, pero también emocionante, porque nunca había estado en una ambulancia. La sirena era fuerte. Por supuesto, Walt no paraba de llorar. Me daba tanta pena, pero se la aguantó. El conductor de la ambulancia tenía bigote.

«Ajá. Ajá».

—¿Estabas en casa de él cuando se estaba duchando?

—No seas tonto, Joe. Estaba en casa.

—¿Por qué te llamó?

—No necesitó llamarme. Yo ya estaba en casa. Fui yo quien llamó a la ambulancia.

—Sí, pero ¿por qué no llamó Walt? —pregunto, algo confundido…tal vez no tan confundido como me gustaría, porque aquí se está armando una escena.

—Porque estaba en la ducha —responde mamá.

—¿Entonces cómo te llamó?

—Yo ya estaba allí, Joe. ¿A dónde quieres llegar?

—No estoy seguro —admito, feliz de dejarlo ahí.

—Nos estábamos preparando para salir y decidimos… —Hace una pausa, pero ya he escuchado su error—. *Él* decidió tomar una ducha.

—¿Estaba en tu casa? ¿Te duchaste *con él*?

—No seas tan grosero, Joe. Por supuesto que no lo hice.

Las imágenes empiezan a pasar por mi mente. Cierro los ojos con fuerza. Me los arrancaría si eso ayudara. Las imágenes no ceden. Estoy sudando como un cerdo. Empujo los dedos sobre mis ojos cerrados y aparecen miles de colores, como en la araña de luces abajo, y trato de seguir los colores con mis ojos mientras flotan en mi mente. Me alegra creer que no se han duchado juntos. Si ella lo dice, me alegro de creerlo. Me alegra olvidar que dijo «decidimos» en lugar de «decidió». Me alegra olvidar toda esta conversación. Sólo tiene que decirme que…

—Entonces, dime, mamá, ¿cómo te rompiste el diente?

—Fue cuando Walt se cayó.

—¿Qué?

—Fue cuando…

—Ya te oí, mamá —digo, tratando de cerrar los ojos con más fuerza todavía—. Pero creí que habías dicho que no os estabais duchando juntos.

—Bueno, Joe, somos adultos. Sólo porque estábamos tomando una ducha juntos no significa que estaba ocurriendo algo de naturaleza sexual. Sólo porque en esta época los jóvenes no puedan quitarse las manos de encima no significa que estuviéramos actuando de forma inmoral. Somos jubilados, Joe. No podemos permitirnos dejar el agua caliente corriendo todo el día. Así que nos duchamos juntos. Ahora no vayas a hacer un escándalo por nada.

—¿Y cómo te rompiste el diente? ¿Él te hizo caer?

Abro los ojos, porque si están abiertos, veo esta preciosa pared de la habitación del hotel y no a mi madre duchándose con un tío viejo. No quiero interrogarla. Ha explicado las cosas con suficiente detalle, pero la pregunta ha salido de mi boca antes de que pudiera detenerla. No quería preguntar, Dios sabe que no quería. Con los ojos abiertos, veo un par de sillas, algunos cuadros, y la puerta de la habitación del hotel. Tal vez debería correr hacia ella.

—No, no, me dio una patada en la boca. Se le resbaló el pie y me dio con el talón en la boca.

«No preguntes, Joe. No preguntes».

—Pero, ¿cómo llegó tan alto su pie?

—Ah, es que yo no estaba de pie. Estaba arrodillada. Estaba…eh… bueno, sólo pasó, Joe, ¿vale? Me dio una patada en la boca.

«Sólo pasó. ¿Qué pasó? Oh Dios, por favor no me lo muestres…».

Pero mi mente me lo muestra. Tengo toda la camisa mojada. Me da tanto miedo que ella pueda confirmar exactamente lo que estaba haciendo que en el momento en que empieza a hablar de nuevo, dejo el teléfono y corro al baño; llego a la taza justo a tiempo.

Un hipo, una convulsión de mi estómago, el sabor de la bilis. El vómito estalla desde mi interior con un rugido y salpica el agua mientras gotas de agua y vómito saltan a mi cara y bajan a mi barbilla. Toso hasta que ya no me queda más qué toser, pero sigo tosiendo de todos modos mientras observo cómo se forma una sopa amarillenta en el fondo del inodoro. Mi cuerpo se estremece y todo lo que puedo imaginar es a mi madre en la ducha. Me empieza a doler la garganta y mi estómago se encoge en una pequeña bola de dolor. Siento el gusto a sangre que gotea de mis labios y cae en el jarabe debajo. Hay algo que flota ahí que parece uno de mis peces muertos.

La mente me da vueltas y me siento mareado. Alargo la mano y bajo la palanca, y la porquería que no es posible que haya salido de mí, pero que de todos modos lo hizo, es acarreada por el agua.

La descarga no ha terminado y ya estoy otra vez arrodillado sobre la taza, tratando de vomitar de nuevo. Ahora sólo tengo arcadas. Coágulos de sangre caen en el agua y se extienden en forma de pétalos de rosa. Tiro de la cadena, pero el inodoro no ha recuperado la presión, así que los pétalos no desaparecen. Sólo se arremolinan en los bordes de la taza. Hilos de baba cuelgan de mi labio inferior. Se

pegan al borde de la taza y se estiran cuando me inclino hacia atrás, hasta que se rompen. La parte superior de los hilos se deslizan sobre el linóleo negro. Pensar en los miles de personas que se han sentado y orinado y cagado aquí es mejor que pensar en mamá y en su diente roto.

Cuando estaba en la casa del maricón, intenté pensar en otras cosas para alejar mi mente de lo que estaba ocurriendo, y en el proceso pensé en papá y en lo que diría. Inclinado sobre el retrete, empiezo a recordar algo que vi. Algo que papá estaba haciendo. Se suponía que yo no debía estar en casa. No puedo recordar por qué, pero me acuerdo que llegué a casa temprano y encontré…

Oh, Dios.

Empiezo a tener arcadas, pero ya no me queda nada más que expulsar, excepto sangre. Mantengo los ojos cerrados para no tener que ver el agua roja debajo, pero detrás de mis ojos, mi memoria no se detiene. Las imágenes de mamá y Walt en la ducha van y vienen, y son reemplazadas lentamente con imágenes de papá en la ducha. Sólo que él está ahí dentro con otra persona. ¿Con quién? ¿Y por qué demonios entré al baño cuando oí el ruido de la ducha encendida?

Esa otra persona era otro hombre.

Oh, Dios. Abro los ojos. Me duelen los pulmones y me arde el estómago. Siento la garganta cerrada. Hago todo lo posible para alejar las imágenes. Papá trata de calmarme mientras el tipo desnudo se viste y se va, y mamá no está allí para oírlo porque está jugando al *bridge* en el bingo local. Fue la última vez que jugó.

Pienso en el policía y en su novio y en cómo sacudían la pared del dormitorio y esto ayuda a apartar el recuerdo, este falso recuerdo, porque sin duda, eso nunca ocurrió.

¡Desde luego! Estoy recordando un sueño. Papá no era *gay*. Por supuesto que no. Y yo nunca lo maté. Yo lo amaba. Papá era tan honesto como el que más, y por qué decidió quitarse su propia vida, nunca lo sabré. Y tal vez no quiero saberlo.

Me pongo de pie, mis piernas parecen como si fueran de goma. Me lavo la cara y me enjuago la boca, pero no puedo deshacerme del gusto. Cojo uno de los jabones de cortesía y le doy un mordisco. Una espuma blanca mezclada con sangre hace espuma en mi boca.

Tiene gusto a pollo.

En realidad, lo que tiene gusto a pollo es el vómito, y mientras mastico más el jabón, se me empieza a cerrar la boca y me arde la garganta. Siento latidos en mi único testículo y sobre todo un escozor. Me enjuago el jabón de la boca y me tambaleo de regreso al teléfono. Es increíble, pero mamá sigue hablando.

—Vale, mamá, me alegro de que estés bien —la interrumpo—. Y sí, iré a visitar a Walt mientras esté en el hospital, pero acaba de llegar mi taxi. Tengo una reunión con un cliente. Tengo que irme. Te quiero.

Miro mi reloj como si ella pudiera verme, envío un beso por el teléfono y tengo el auricular a medio camino de vuelta a la horquilla cuando una de sus palabras me impide colgar.

»¿Qué dijiste? —pregunto y presiono el teléfono con firmeza contra mi oído.

—Tuvimos una charla muy agradable. Te quiere de verdad, Joe.

—¿Quién?

—Tu novia. Nunca me acuerdo de los nombres. Tenía una *s* en alguna parte. Tal vez empezaba con una *s*.

—¿Querrás decir Melissa?

—¿Melissa? Sí, eso es. Recuerdo haberle dicho que tenía un nombre hermoso.

—¿Pasó por tu casa? —pregunto, y decido no señalar que el nombre Melissa tiene dos eses.

—Es lo que te estaba diciendo. De veras, Joe, tienes que limpiarte los oídos.

—¿Pasó por tu casa anoche?

—Joe. ¿Alguna vez escuchas algo de lo que digo?

Aprieto el teléfono. Puedo oír que mi respiración se está alterando.

—Sí que te escucho, mamá, pero esto es importante. ¿Qué te dijo?

—Sólo que estaba preocupada por ti. Y que pensaba que eras una persona muy agradable. Me gustó, Joe. Me pareció encantadora.

Sí, bueno, no pensaría que Melissa es encantadora si supiera de lo que es capaz. ¿Por qué iría a ver a mi madre? ¿Sólo para dejar en claro su control?

»No tenía ni idea de que tuvieras una mujer tan simpática en tu vida, Joe.

—Tengo suerte, supongo.

—¿Cuándo volveré a verla?

—No lo sé. Mira, mamá, tengo que irme.

—¿Sabías que su hermano era *gay*?

—¿Qué?

—Me lo contó.

—¿Qué?

—Que era *gay*.

No tengo ni idea de lo que está hablando. Es como si otra conversación hubiera interferido la línea.

—En serio, mamá, de verdad me tengo que ir. Te llamaré pronto.

No espero una respuesta. Esta vez cuelgo.

Me acerco a la ventana y contemplo la ciudad. Tengo ganas de saltar y estrellarme contra la acera debajo. Imágenes de mi madre y Walt giran en mi mente, pero ahora son sólo sombras. El día está llegando a su fin. Las farolas de las calles y los faros de los coches reemplazan la luz solar. Los miércoles por la noche suelen ser tranquilos. Los camiones de la basura recorren las calles y recogen la basura frente a los comercios y las oficinas. Me enjugo las lágrimas que corren por mi cara sin saber por qué estoy llorando. Por fin, logro concentrarme en la razón por la que estoy aquí. Enciendo la luz de la habitación del hotel y me familiarizo con el entorno en tanto hago todo lo posible por olvidar a mi madre. Es una distracción, pero funciona. Vuelvo al baño. Tiro de la cadena y rocío un poco de ambientador por todo el lugar. Sólo que la distracción termina cabreándome. Me hace pensar en lo que tengo en casa o, más exactamente, en lo que no tengo. Es como estar casado y luego comprar un calendario de trajes de baño. Pensar en mi

pequeño apartamento sin el minibar y la cama blanda me provocan ganas de volver a llorar.

Camino hacia el área de la cocina… o la *kitchenette*, como la llamarían los *gays* y los *hippies*. Rebusco en los cajones en busca de un cuchillo que parezca lo bastante ruin para hacer un trabajo bastante ruin. Encuentro uno, lo llevo conmigo a la cama y lo examino debajo de la lámpara en la mesita de noche. La hoja no es larga; es más grande que un cuchillo de fruta, pero más pequeño que el estándar que usan los directores de películas de terror. Muevo la mano hacia arriba y hacia abajo, siento el peso del cuchillo y su estabilidad, y me familiarizo con sus especificaciones y limitaciones. No es algo por lo que pagaría, y es la primera cosa que he visto en este hotel que no parece terriblemente cara. Se necesitará una gran cantidad de puñaladas, o una gran precisión.

Ninguna de las dos cosas presenta un problema.

Abro el maletín y saco un trapo para eliminar mis huellas dactilares del cuchillo. Esto no es esencial, pero es mejor estar seguro que encarcelado. Me pongo un par de guantes de látex, limpio el cuchillo una vez más y lo meto dentro de una bolsa de plástico en mi maletín.

Cojo la lista de números de teléfono de mi maletín. Busco el del detective inspector Calhoun y lo marco desde el teléfono móvil que me compró Melissa. Como es un prepago, si el número aparece en la pantalla de identificación de llamadas de Calhoun, no podrá ser rastreado. Debido a los últimos avances en el caso, muchos de los detectives están haciendo horas extras, y supongo que Calhoun es uno de ellos. Después de seis timbres, estoy empezando a dudar de que esté allí. Si no está en su escritorio, el teléfono transfiere la llamada directamente a su móvil, que estos tipos llevan con ellos a toda hora del día.

Por fin responde.

—Detective inspector Calhoun —dice y me lo imagino de pie en una calle en algún lugar con el teléfono apretado contra una oreja y un dedo en la otra.

—Buenas noches, detective.

—Buenas noches, señor. ¿En qué puedo ayudarlo?

—No, soy yo quien puede ayudarte a ti.

—¿Quién habla?

—Eso no es importante; lo importante es lo que sé.

—No tengo tiempo para andar con juegos —responde y me lo imagino igual que hace unos segundos, sólo que ahora con cara de cabreo.

—Esto no es un juego. Yo sé algo.

—¿Y qué es eso que sabes?

Sonrío, aunque yo también estoy nervioso. No puedo recordar la última vez que tuve una razón para sonreír. Pero sí puedo recordar la última vez que estuve nervioso.

—Sé que eres un asesino.

Silencio. Entonces, más tarde de lo que debería haber contestado:

—¿Qué demonios te has fumado?

—No me he fumado nada.

—¿De qué estás hablando, entonces?

—¿Sabes quién soy?

—¿Cómo diablos voy a saberlo?

—Soy la persona que estáis buscando.

—Mira, si esto es una broma, no me estoy riendo.

Estoy asintiendo en el teléfono, como hace la gente aunque nadie pueda verla. Al menos no estoy agitando las manos.

—Sabes que no estoy bromeando.

—¿Cómo conseguiste este número?

—Nos estamos yendo por las ramas, detective. Ahora, vayamos al tema que nos interesa —afirmo, rascándome el testículo. El picor es cada vez peor.

—¿Qué tema es ese?

Me acerco a la ventana. Observo la ciudad.

—El tema de esta noche, o moraleja, es que sé que tienes una disfunción sexual que intentas arreglar usando prostitutas, y que esa disfunción te ha llevado a matar.

En lugar de negarlo, insultarme o amenazarme, se queda callado. Los dos nos quedamos así durante casi medio minuto. Sé que sigue ahí: el sonido de la línea telefónica abierta zumba con fuerza.

—Eso es una gilipollada —responde por fin, pero no cuelga.

—Charlene no pensó lo mismo cuando la llevaste al Everblue. Y estoy seguro de que Daniela Walker estaría de acuerdo con ella. Si no la hubieras matado, claro.

Se queda en silencio unos segundos más mientras asimila el hecho de que sé exactamente lo que ha hecho.

—¿Qué es lo que quieres?

—Dinero.

—¿Cuánto?

—Diez mil dólares.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—¿Dónde?

—Cashel Mall.

—No puedo arriesgarme a que me vean pagándole a alguien. ¿Qué tal un lugar más aislado?

—¿Cómo dónde? —pregunto. Sabía que preguntaría esto.

Puedo imaginarme exactamente lo que está pensando. Sus respuestas rápidas lo ponen en evidencia. De repente, se encuentra en medio de ese juego para el que me dijo que no tenía tiempo. Como en el ajedrez, me está tendiendo una trampa, pero también como en el ajedrez, puedo preverla. Estoy media docena de pasos por delante de él. Nadie tiene diez mil dólares encima ni está listo para hacer un pago en treinta minutos, y nadie va a querer pagar un soborno a metros de la comisaría en la que trabaja. Calhoun está viendo una oportunidad ideal para

eliminarme como riesgo. Como le he salido con esto muy rápido, no ha tenido tiempo suficiente para pensarlo de forma adecuada. Cree que lo está resolviendo bien. Que está siendo inteligente. Más inteligente que yo. Pero yo me he pasado el día reflexionando sobre esto. Va a sugerir un lugar mucho menos público y mucho más aislado.

—¿Conoces el puente Styx? —aventura.

—¿En el camino hacia Redwood? — Lo crucé la otra noche para llegar a la autopista cuando llevé a Walt a dar una vuelta.

—Nos vemos debajo del puente a las diez. No intentes nada raro.

—Soy un tío muy normal. No lo haré.

—¿Cómo sé que diez mil dólares alcanzarán para comprar tu silencio?

Buena pregunta. Me sorprende que la haga, considerando que no puede permitirse el lujo de alimentar la sospecha de que se está preparando para matarme. De nuevo, he estado pensando en esto todo el día, y sabía que él no tendría más remedio que hacer esta pregunta.

—Por diez mil dólares, te daré las fotografías y los negativos en los que apareces en el Everblue. Y te daré los negativos y las fotografías de cuando dejaste la casa de Daniela Walker la noche en que murió. Y además, si quisiera más dinero, te lo pediría. Solo quiero lo suficiente para marcharme de la ciudad antes de que la policía empiece a acorralarme.

—A las diez entonces. —Cuelga sin esperar una respuesta. Se ha dado cuenta de que soy más listo de lo que pensaba al principio, que soy lo bastante inteligente como para tener fotos de él en la escena del crimen, y se preguntará cómo es posible. Le llevará un tiempo, pero al final concluirá que estoy mintiendo. Consulto mi reloj. Tengo más de tres cuartos de hora para no aparecer. Mucho tiempo para no hacer varias cosas.

Mucho tiempo para no matar.

Bajo mi mano y me rasco el testículo a través de la almohadilla, y me doy cuenta de que lo que me tiene molesto no es mi único testículo, sino el que me falta. El picor proviene de la piel que se está curando. Melissa me dejó un poco de desinfectante y algo de talco. Los saco del maletín y me siento en el borde de la cama. Me retiro la almohadilla, que me arranca los pelos y me obliga a reprimir un grito, y luego limpio la zona y espolvoreo el talco. Cuando termino, mi testículo parece como si le hubieran echado polvo para levantar huellas dactilares. Vuelvo a colocar la almohadilla, me acuesto en la cama y me concentro en no quedarme dormido. El problema es que la cama es tan cómoda que me pregunto si habrá alguna forma de robarla.

# CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

El cementerio está casi desierto. Es tarde para estar aquí, pero Sally quería un lugar tranquilo para pensar. Aparca junto a un coche en el que hay un tipo que bebe con lentitud de una botella envuelta en una bolsa de papel. Él la mira y ella puede ver el dolor en sus ojos, y por un momento quiere ayudarlo, decirle que las cosas mejorarán, pero no está segura de que sea cierto, no para este tipo. Lo ha visto aquí antes, y también lo ha visto en la comisaría un par de veces, hablando sobre todo con el detective Schroder. Sally cree que solía trabajar allí. No conoce su historia, y no quiere preguntar.

Camina hacia la tumba de su hermano. Las hojas largas de hierba, las que están cerca de las lápidas y que la máquina cortacésped no logra alcanzar, se doblan bajo el peso del rocío. Aparte de la iglesia, Sally siente que el cementerio es el lugar más cercano a Dios.

Anoche, en lugar de obtener respuestas a algunas de sus preguntas, lo único que consiguió fue adentrarse más en su confusión. Mejor dicho, adentrarse más en el mundo de ficción de Joe. ¿Hasta dónde llegan sus mentiras? ¿Se atacó a sí mismo?

Piensa en la sangre en las escaleras de su edificio. Si Joe se atacó a sí mismo, debió hacerlo afuera. No parece probable. ¿Tan improbable como que Joe conduzca? Sabe que tiene que confrontarlo. Iba a hacerlo hoy en el trabajo, pero se asustó. No quiere perder a Joe. Aunque, a decir verdad, es probable que ya lo haya perdido. Tal vez su madre no le ha contado aún sobre su visita, pero pronto lo hará.

Se pasa el dorso de la mano por la cara y se esparce las lágrimas por las mejillas. Su aliento forma un vaho frente a su rostro. No quiere defraudar a Joe.

«¿De la misma manera en que defraudaste a tu hermano?».

Las lágrimas empiezan a brotar con más libertad. Nadie la culpa por lo que le pasó a Martin, al menos eso es lo que dicen, pero ella sabe que lo hacen. Claro que lo sabe. Sus padres deben hacerlo. En cuanto a Martin y a Dios, bueno, algún día lo descubrirá. Saca un pañuelo de papel del bolsillo y se seca la cara. Al otro lado del cementerio, la bruma parece surgir del suelo. La niebla se cierne alrededor de las lápidas, pero no tiene la fuerza para elevarse más alto. Para cuando vuelve al coche, siente las piernas húmedas.

Pone la calefacción al máximo mientras conduce hacia el apartamento de Joe. El aire caliente le seca las piernas y la cara. A veces cuando regresa a casa después de visitar a su hermano muerto, no puede detener las lágrimas.

Aparca en el mismo lugar en que lo hizo la primera vez que vino aquí. Coge el botiquín de primeros auxilios del asiento trasero. Primero ayudará a Joe y le quitará los puntos, y después lo ayudará confrontándolo.

Nadie aparece mientras sube a la última planta. Las pequeñas manchas de

sangre siguen en las escaleras. Algunas se han corrido y ahora tienen el tamaño de la esfera de un reloj. Golpea a la puerta, pero nadie contesta. Un gato aparece al final del pasillo y camina hacia ella. Cojea un poco. Sally se pone en cuclillas y empieza a acariciarlo.

—Hola, pequeño, mira que eres bonito.

El gato maúlla como si estuviera de acuerdo, y luego empieza a ronronear. Sally vuelve a llamar a la puerta, todavía encorvada junto al gato. Joe no responde. ¿Se habrá desmayado de nuevo? ¿Habrá sufrido otro ataque? Golpea más fuerte. Lo más probable es que no esté en casa, pero, ¿y si lo está? ¿Y si está tendido en la cama, sangrando, y le han extirpado el otro testículo?

Busca en su botiquín, donde la copia de la llave de Joe ha estado desde el día en que la mandó hacer. Se endereza y la inserta en la cerradura. Se da cuenta de que hay más posibilidades de que esté buscando una excusa para entrar y no de que Joe esté en problemas adentro. Esto no le impide girar la manija y empujar la puerta.

—¿Joe?

Joe no responde, porque Joe no está en casa. Sally cierra la puerta a sus espaldas. El gato se sienta en la mesa junto a la pecera. La pecera está vacía. ¿Joe no les dio de comer? ¿Ha comprado un gato para reemplazarlos? Su ropa está desparramada por el suelo de nuevo, aunque esta vez no tiene manchas de sangre. La pila de guantes de látex que ella había hecho se ha vuelto más pequeña. Hay platos en el fregadero, comida expuesta sobre la mesa. La cama está sin hacer y es posible que haya estado así desde el ataque. ¿Habría vivido Martin de esta manera?

Sally comienza a recorrer el apartamento. Esto no está bien, estar aquí, pero lo que sea que le esté pasando a Joe tampoco está bien.

«¿Que le esté pasando a Joe?»

Revisa los expedientes que él ha traído de la comisaría; ahora hay más. Las fotos son repulsivas, y sólo puede soportar mirarlas durante unos segundos. Las vuelve a dejar en su lugar. ¿Por qué tendría Joe esto aquí?

Tal vez una pregunta más importante sería qué diría él si llegara a su casa y la encontrara registrando su apartamento. Sí, será mejor que se vaya. Está a punto de recoger el gato cuando el animal sale corriendo hacia debajo de la cama.

—Vamos, pequeño, vamos. No puedes quedarte ahí abajo.

Pero el gato cree que sí puede. Cuando ella se pone a cuatro patas y mira debajo de la cama, el gato está justo en el centro. Junto a él, hay un pequeño trozo de papel. Guiada por la curiosidad, Sally alarga el brazo y lo coge.

Es un tiquet de un edificio de aparcamiento. La hora y la fecha impresas en él son de hace varios meses. No tiene sentido tener todavía el tiquet, porque de hecho hay que devolverlo al salir del edificio de aparcamiento para que el tipo de la cabina sepa cuánto cobrarte. Vuelve a estirar el brazo debajo de la cama y deja el tiquet en el suelo.

Chasquea los dedos hacia el gato, que un momento después está ronroneando en sus brazos. Lo lleva al pasillo, lo deja en el suelo y se marcha.

# CAPÍTULO CUARENTA

Trato de ponerme en la cabeza de Calhoun. Está viendo una oportunidad no sólo de atrapar al Carnicero de Christchurch, sino también de eliminar a la única persona que conoce su vida secreta. Estoy seguro de que también está sopesando el hecho de que no podrá atribuirse el mérito por eso. Quiere ser un héroe, pero si me coge vivo, sabe que hablaré. Así que necesita atraparme de tal manera que pueda tener una excusa para matarme. Será difícil de hacer. Difícil de explicar.

Su opción más fácil es matarme y ocultar mi cuerpo. Se quedará sin su momento de gloria y el caso que se abrió hace meses con mi primera víctima permanecerá abierto. No se le añadirá nada, pero nunca se cerrará. *Chao* gloria. El Carnicero de Christchurch desaparecerá. Mientras todo el mundo siga investigando el caso, él se podrá ir a jugar al golf.

Me pongo la chaqueta, me ajusto los guantes y dejo la habitación. Mantengo las manos en los bolsillos, pero no importa, ya que no me cruzo con nadie. Me dirijo al último piso, a la habitación de Calhoun. El número estaba en su expediente. El problema es que la única forma de entrar es con una tarjeta magnética.

Entro en el ascensor. Justo cuando las puertas se están cerrando, una empleada de limpieza sale de una habitación cercana, casi como si el destino lo hubiera dispuesto. Pulso el botón en el panel interior para que se vuelva a abrir la puerta y salgo al pasillo otra vez. La empleada me sonríe cuando nos cruzamos. De unos cincuenta años, tiene el aspecto agotado de una madre tal vez de seis que se pasa cuarenta horas a la semana limpiando las habitaciones de cientos de adultos. De cabello negro teñido, parece tan delgada que si la levantara y la lanzara contra la pared, se caería en mil pedazos. Sonrío y le devuelvo el saludo con la cabeza, luego me doy la vuelta y veo que se detiene unas puertas más adelante.

Espero a que entre, luego observo a mi alrededor para estar seguro de que seguimos solos, y entro detrás de ella, con la idea de que tiene que haber algo que pueda decir para convencerla de que me dé la tarjeta magnética que necesito.

Paso mi brazo por encima de su hombro y antes de que se dé cuenta de que estoy ahí, la tomo con fuerza de la garganta y uso mi otra mano para sostener la parte posterior de su cabeza. Aprieto ambos brazos un poco más para disminuir su respiración. Ella, por supuesto, empieza a forcejear, pero se detiene enseguida cuando le sugiero que no le conviene. Deja de resistirse, y me pregunto si ya habrá pasado por esto antes. Tal vez por eso tiene seis hijos.

No quiero hacerle nada. No sexualmente, al menos, porque es lo bastante vieja como para ser mi madre. Aquí está, haciendo su trabajo, un trabajo mal pagado y degradante como el mío, y de pronto podría costarle la vida. Bueno, voy a darle una oportunidad de conservarla. Por ahora.

Le digo que se calle o que va a morir. Luego le digo que siga mirando al frente y

que si se da la vuelta, si intenta verme, morirá. Por mi voz, sabe que no voy de farol.

Le pido la tarjeta. Ella baja su mano a la cintura, coje la tarjeta y me la entrega. Sabe que no vale la pena morir por ella. Está pensando que puedo robar todas las toallas y el jabón gratis que quiera de la habitación que quiera. Con mi brazo todavía alrededor de su garganta, guardo la tarjeta magnética en mi bolsillo, la hago caminar hacia adelante y la empujo sobre la cama. Tendida boca abajo, no se queja, no grita. Aprende rápido. Por otro lado, también la amenacé con matar a su marido y a sus hijos.

Utilizo una sábana para atar sus brazos y piernas, y otra para cubrir sus ojos.

Le digo que se quede quieta durante veinte minutos, porque voy a volver. Tal vez incluso antes. Si se va, la buscaré y la mataré. Si todavía está aquí, la dejaré ir. No quiero crear una escena del crimen. No puedo permitirme llamar la atención. Satisfecho de que no va a ir a ninguna parte, salgo al pasillo, entro el carro en la habitación para que nadie lo vea y cierro la puerta.

Introduzco la tarjeta en la cerradura de la habitación del detective Robert Calhoun. Debe estar esperándome, tal vez se esté impacientando. Calculo que me dará otros diez minutos. Aun si se marchara ahora, todavía tendría que conducir a la ciudad. Tengo tiempo de sobra para revisar su habitación.

Cierro la puerta a mis espaldas y me quedo en una completa oscuridad, luego busco en mi bolsillo y saco la pequeña linterna que he traído, pero entonces me doy cuenta de que no tiene sentido andar a hurtadillas y enciendo las luces. La cocina es más grande que la mía y Calhoun tiene una mayor variedad de utensilios, ollas, y cubiertos. Veo que se preparó un sándwich antes de ir a trabajar.

Para que la policía consiga tarifas baratas, los huéspedes tienen que ocuparse de la limpieza de la habitación, lo que incluye lavar los platos. Calhoun es un hombre de cincuenta años alejado de su mujer, lo que significa que en este momento, los platos están apilados y llevan sucios alrededor de una semana. Es probable que compre comida basura por un par de días antes de lavarlos.

Saco mi cuchillo y lo pongo en la mesa junto a su gemelo, asegurándome de que son de verdad idénticos. Satisfecho, los envuelvo en bolsas de plástico separadas, con cuidado de no borronear las huellas dactilares de Calhoun. Introduzco las bolsas en mis bolsillos: el mío en el izquierdo, el de Calhoun en el derecho.

Perfecto.

Busco en sus cajones, en sus maletas. A pesar de que ha estado aquí más de un mes, apenas ha desempacado. Encuentro una colección de revistas pornográficas, un par de esposas (estándar, no las de uso policial), y una mordaza de cuero con una bola de goma en el centro para mantener a la gente callada. Considero la posibilidad de llevármela, pero quizás no sea prudente. En fin, estoy contento con mi propia técnica. Hay otros juguetes sexuales, muchos de los cuales nunca he visto. El tipo es un verdadero pervertido y empiezo a admirarlo.

Cuando me marcho, la puerta se bloquea automáticamente detrás de mí.

Parece que la empleada de la limpieza ha intentado librarse de sus ataduras, pero no lo ha conseguido. Más o menos lo que esperaba. Voy a la cocina y encuentro un tercer cuchillo idéntico, que coloco dentro de una bolsa de plástico diferente.

De regreso en la habitación, le digo a la empleada que guarde silencio y que no se da la vuelta hacia mí. Desato las sábanas, paso un brazo sobre su hombro y le doy mil dólares. Esto comprará su silencio sin ninguna duda, y todavía estoy mil arriba después de no pagarle a Becky la otra noche. Además, es bueno no crear otra escena del crimen. Percibo cómo sus ojos escudriñan el dinero, su mente ya lo está gastando. Puedo verla pensando en lo que tiene que hacer para ganar más. Le digo que se quede dónde está durante otros cinco minutos. Si lo entiende, que asienta con la cabeza. Asiente con energía sin dejar de mirar el dinero. Arrojo la tarjeta magnética sobre la cama (una decisión difícil porque podría divertirme yendo de habitación en habitación), me vuelvo y me largo; cierro la puerta detrás de mí. Es probable que esté pensando que a menos que haya una denuncia de un delito, no hay razón para que ella cuente nada de lo que pasó. El cuchillo de la habitación de Calhoun se siente más pesado que el último que tomé, aunque es idéntico. Las huellas dactilares le agregan peso.

A veces me da vergüenza ser tan competente. De vuelta en mi habitación, regreso mi cuchillo a la cocina, luego limpio el que saqué de la habitación con la empleada de la limpieza y lo deslizo de nuevo en una bolsa.

Todavía queda mucho por hacer. La vida sería más fácil si pudiera volver al coche que aparqué con la mujer muerta en la parte de atrás. Por cierto, podría arrojar el arma homicida dentro del maletero y luego llamar a la policía, pero la realidad es que nunca la apuñalé, y si lo hiciera ahora, bueno, cualquier patólogo con suficiente conocimiento para distinguir un brazo de una pierna se daría cuenta de que las heridas son *post mortem*. En especial, después de todo este tiempo. No, necesito a alguien nuevo. Alguien fresco.

Esta noche saldré a mirar escaparates. No habrá deberes previos, porque no puedo basar la espontaneidad en los deberes.

Esta noche debería ser divertida.

Esta noche debería arrancarme una sonrisa.

Después de todo, hace años que no voy de compras.

# CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

El mayor delito en Christchurch... aparte de la moda y la arquitectura inglesa antigua, la inhalación de pegamento, el exceso de vegetación, los malos conductores, los que no saben aparcar, la falta de aparcamiento, los peatones errantes, las tiendas caras, el humo de invierno, el humo de verano, los críos que andan en monopatín por las aceras, los críos que andan en bicicleta por las aceras, los ancianos que gritan pasajes de la Biblia a cualquiera que pase cerca, los policías estúpidos, las leyes estúpidas, demasiados borrachos, muy pocas tiendas, los perros que ladran, la música alta, los charcos de orina en las puertas de las tiendas por la mañana, los charcos de vómito en las cunetas y la decoración gris... es el robo. Cada pocos minutos, se produce un robo. Sobre todo, gracias a adolescentes que crecerán para convertirse en delincuentes armados que disparan a la gente para conseguir suficiente dinero para comprar su receta diaria de drogas. A la misma altura del robo, está el robo de coches. La tasa de robos de coches es casi la misma que la de violación de domicilio. Por lo tanto, uno creería que más gente tendría alarmas de coche. Pero no es así. Prefieren gastar su dinero en estéreos para coches costosos que acaban en casas de empeño baratas. De modo que robar otro coche no es difícil. No cuando sabes cómo hacerlo. No cuando eres tan bueno para eso como yo.

Estoy conduciendo por las afueras de la ciudad en mi coche nuevo, un Ford o algo así; en busca de mercadería, de alguien de mi agrado, o tal vez de una casa que parezca lo bastante insegura, cuando de pronto se me ocurre. Una idea. Como sé por experiencia, las ideas espontáneas son a veces las mejores. Tengo que recordarme que a veces no lo son.

Mi maletín se encuentra en el asiento del pasajero, cargado con cuchillos, tijeras y un alicate. El maletín es la caja de herramientas del asesino en serie moderno.

Me dirijo a un complejo de cines cercano, uno de los tantos que parecen estar surgiendo por toda la ciudad a un ritmo de uno por año. Aparco el coche entre otros muchos. Espero aquí, rascándome la entrepierna con distracción y activando el limpiaparabrisas cada treinta segundos más o menos para despejar la vista. El flujo de gente se interrumpe con las sesiones que empiezan y terminan; los lentos, los chismosos y los discapacitados tardan más en llegar a sus coches. Por fin, descubro a la víctima perfecta. De unos treinta años, supongo. Pelo rubio y largo, pómulos altos, silla de ruedas brillante. Me imagino que una persona así no tiene nada que perder, de modo que matarla no será un verdadero crimen; joder, ni siquiera sentirá la mitad de las cosas que pienso hacerle.

Observo como el cadáver que respira se dirige con coraje hacia su coche y usa los brazos para transferir su peso de la silla al asiento del conductor. Luego, con una habilidad que sólo los lisiados pueden adquirir, balancea la silla hacia el techo

del coche y la sujeta allí. Increíble. Será la última vez que lo haga.

La sigo a su casa. El Ford es un último modelo y tiene un buen andar. Enciendo el aire acondicionado y escucho el estéreo. Es un viaje muy relajante. Me detengo frente a una casa unos metros delante de la de ella y le doy veinte minutos para que entre y se instale. Supongo que vive sola. En primer lugar, es una lisiada y nadie querría quererla; segundo, si tuviera una pareja, habría estado con ella en el cine. Hasta ahora nunca había considerado que los discapacitados, los retrasados y los lisiados pudieran ser útiles.

La casa tiene una sola planta, no se puede esperar más para alguien en su condición. El jardín está mal cuidado. La rampa para sillas de ruedas que conduce a la puerta principal tiene una alfombra de bienvenida en su base. La subo cuando son apenas pasadas las once. Fuerzo la cerradura. Para alguien que vive en una silla de ruedas, tiene poca seguridad. Así es la vida. Los más propensos a ser atacados… los viejos, los débiles y las mujeres bellas… suelen tener una cadena y una cerradura de seguridad. No mucho. Nada para alguien como yo.

El primer puerto de escala es la cocina, donde los electrodomésticos están a la altura de la cintura. Abro la nevera y examino el contenido. Lo hago no porque tenga hambre ni sed, sino porque lo he hecho en muchas de las casas de las otras víctimas. La nevera no ofrece nada atractivo para elegir. Parece que es vegetariana. No entiendo a los vegetarianos.

Selecciono un cartón de leche, bebo de él y lo dejo en el centro de la mesa. Me paso el brazo por la boca para quitarme el bigote de leche y luego me encamino por el amplio pasillo sin alfombrar hacia el dormitorio.

No hay tiempo para juegos. No quiero arriesgarme a que grite. Así que tendrá que ser directamente allí, y sin rodeos.

Estoy en su habitación y la domino antes de que sea consciente de lo que está pasando. Dejo de golpearla cuando siento un dolor agudo y repentino en mi mano, como si me hubiera roto el dedo meñique. Rezo para que no sea así, y calculo que ya que Dios no me ayudó con mi testículo, está en deuda conmigo. Sólo espero que esté de buen humor.

No tendré que preocuparme por atarle las piernas. No serviría de nada. Sólo las manos. Uso el cable del teléfono que está junto a la cama. No lo va a necesitar. Después de sujetarla bien, empiezo a masajearme el dedo. La sensibilidad ha regresado poco a poco, y respiro con alivio. Después de todo, Dios me ama.

La almohadilla en mi testículo me impedirá hacer lo que haría normalmente, pero al menos puedo hacernos un favor a los dos y ahorrarnos algo de tiempo. Con cuidado de no ensangrentarme demasiado las manos, uso el cuchillo que limpié anoche y, cuando termino, lo guardo y saco el que tiene las huellas de Calhoun. El riesgo de borronear las huellas ahora que la víctima está muerta es mínimo. Aun así, tengo cuidado cuando deslizo la hoja dentro de una de las heridas ya abiertas.

Cuando acabo, reviso los armarios y cajones y termino tomando prestado algunas cosas que la mujer ya no va a necesitar. Estoy a punto de irme cuando oigo un zumbido que proviene de la sala de estar. Es una pecera. Me quedo de pie en

silencio y observo a unas dos docenas de peces que se mueven de un lado a otro en la luz azul. Pienso en Pepinillo y en Jehová al instante. Y de inmediato deseo haber escogido a otra mujer para matar y no a una colega amante de los peces. La tentación de elegir dos peces de esta pecera para quedármelos es poderosa, pero sé que nunca podré reemplazar a los dos que he perdido. No. El vacío en mi vida debe permanecer, al menos hasta que tenga la oportunidad de hacer el duelo. La alegría de tener dos peces nuevos sólo tendrá gusto a ceniza.

Mientras dejo la casa, me siento bastante mal por haber matado a la Señorita Lisiada. Ella amaba a los peces, y yo amaba a los peces. Los dos vivíamos solos con ellos. Eran nuestros amigos. Éramos sus dioses. Antes ella era sólo una persona que no conocía, pero ahora es alguien con quien tengo un vínculo. En otra vida, tal vez podríamos haber sido amigos. O incluso más. Dejo la puerta principal abierta, para que de esa manera su cuerpo sea encontrado más rápido por un vecino preocupado o un ladrón nocturno. Lo mejor que puedo hacer por ella ahora es esperar que tenga un bonito funeral. Antes de caminar hacia mi coche, chequeo para ver si tengo sangre sobre mí. Detecto unas pocas manchas oscuras que me han salpicado, pero que pasan inadvertidas en mi mono oscuro.

Conduzco directo al hotel, me aseguro de que no haya policías cerca y me dirijo a mi habitación. A salvo en el interior, limpio la verdadera arma homicida, la sumerjo durante diez minutos en lejía que tomé del trabajo y luego la vuelvo a meter en la bolsa de plástico. Lo ideal sería regresarlo al lugar de donde me lo llevé, pero este no es un mundo ideal. Lo tiraré por ahí.

Retiro la almohadilla de mi testículo; sé que pronto tendré que reemplazarla. Me siento primero en el borde de la cama y examino mis genitales en el espejo. Espero ver esta cosa negra e infectada que me llevará al hospital o a la morgue. Lo que veo es piel arrugada cubierta de sangre seca y polvo de talco, y cuando la corro con la esquina húmeda de la toalla, veo que el trabajo de Melissa ha sido efectivo. La zona está inflamada por todo lo que me he rascado, y al examinarla más de cerca, me doy cuenta de por qué me ha estado picando tanto. Me tendría que haber sacado los puntos hace días.

No quiero que Melissa me haga otra visita para ayudarme, así que voy al baño y cojo el pequeño kit de costura del tipo de una cartera de fósforos que está junto a los jabones. Me siento sobre una toalla en la cama y uso una aguja con mucha lentitud para tirar de los puntos y así aflojarlos lo suficiente para después cortarlos con uno de mis cuchillos más pequeños. Toda mi ingle, la base del estómago y la parte superior de los muslos me empiezan a doler, pero el dolor es tolerable; lo más difícil es saber qué pasará si cometo un descuido. Pero no lo hago, y cada hilo estremece todo mi cuerpo cuando lo tomo y lo corto, alejándolo de la piel. Me pregunto si no sería mejor emborracharme para hacer este procedimiento, pero decido que quizás no, no a los precios que tendría que pagar para acceder al minibar. Mi escroto empieza a sangrar, pero sólo un poco.

Ordeno todo y me doy una ducha larga. El cabezal es direccional y puedo controlar la presión del chorro. Es una maravilla. La ingle ya no me duele tanto, y

me pregunto por qué no me convertí en un cirujano en lugar de un empleado de limpieza. Después de media hora, salgo y me seco con la toalla. Toda la sangre ha desaparecido, tanto la de la lisiada como la mía. También ha desaparecido el dolor punzante y, mejor aún, el picor. Me estoy recuperando. Nunca seré el mismo, pero me estoy recuperando. Me desplomo sobre las sábanas frías y cierro los ojos.

# CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

El día siguiente es un día laboral como siempre. El viejo que informa el pronóstico esta vez le acierta y se gana su sueldo. Supongo que está mirando la escarcha por la ventana en lugar de leer el informe en su mano. Mi mayor preocupación es cruzarme con el detective Calhoun. Utilizo las escaleras en vez del ascensor, y me rasco la entrepierna durante todo el trayecto hacia abajo. En el vestíbulo, el portero les está dando instrucciones en inglés a un grupo de turistas que están teniendo problemas para entender. Unos cuantos taxistas llevan equipajes desde y hacia los taxis. La gente se está registrando. Ni señales de Calhoun. Miro hacia afuera. Las nubes de tormenta de anoche no mentían. Todas las superficies que alcanzo a ver están mojadas.

Devuelvo la habitación. Vigilo a mi alrededor con tanta frecuencia que el empleado de la recepción debe pensar que estoy paranoico. No hay ningún cargo extra. El empleado me pregunta si he tenido una estancia agradable y le respondo que sí. Me pregunta de dónde soy y me doy cuenta de que no puedo decirle de Christchurch porque quedaría como un idiota. ¿Quién diablos pasa un par de noches en un hotel de cinco estrellas en su propia ciudad? Le digo que soy del norte. Me pregunta de dónde exactamente, y de repente entiendo por qué me está haciendo todas estas preguntas: me está coqueteando. Le digo que de Auckland y me contesta que él también es de Auckland. Comenta que el mundo es pequeño. Le digo que no es lo bastante pequeño, y tiene que pensar unos segundos hasta que se da cuenta de que en mi pequeño mundo, él ni siquiera existiría. De hecho, puedo ver su proceso de pensamiento mientras su sonrisa se desvanece con lentitud.

Voy caminando al trabajo. Es uno de esos días que no te dicen nada, que podría terminar siendo soleado o lloviendo, pero no lo sabes y no te importa. Me siento bien por un montón de cosas diferentes, entre ellas que mi testículo no me pica esta mañana. Sally está en mi piso cuando llego al trabajo. Me mira de arriba abajo. Parece distraída.

—¿Hiciste algo interesante anoche? —me pregunta.

Aquí vamos de nuevo: la fascinación de la gente sobre lo que otras personas hacen con su tiempo.

—No mucho. Me quedé en casa viendo televisión.

—Qué bueno —responde, y se va.

Empiezo el día limpiando los baños de la primera planta. Han encontrado el cuerpo de la mujer lisiada. Trágico, al parecer. E inhumano, señala la gente. Estamos viviendo en un país vergonzoso, según las noticias. «¿Adónde acabará esto?», se sigue preguntando la gente, pero nadie me pregunta a mí. En mi oficina, utilizo un marcador de fieltro para oscurecer las manchas de sangre en mi mono y que parezcan manchas de tinta.

Mientras los estresados detectives buscan al asesino, me siento en mi oficina y hago una llamada con el móvil. Me siento con la silla contra la puerta en caso de que aparezca Sally e intente entrar.

El detective Calhoun responde. Me disculpo por no haberme reunido con él hace dos noches. Me dice exactamente lo que piensa de mí. Intercambiamos un par de cumplidos más antes de acordar quedar otra vez, ahora a las seis de la noche, en casa de los Walker. Acepta de mala gana. Y cuelga sin darme las gracias.

Después del almuerzo, aguzo los oídos para averiguar si los detectives están planeando colocar vigilancia en casa de los Walker. Nadie hace ninguna referencia al respecto. Calhoun se ha guardado la información para sí mismo. Eso significa que sigue con su plan de matarme. Entonces, de repente, la comisaría se torna más ajetreada todavía. No conozco los detalles, pero si lo suficiente para saber que han encontrado otro cuerpo esta mañana… este no tiene nada que ver conmigo. Han matado a un tipo de una manera bastante desagradable en una iglesia en algún lugar de la ciudad. Así que la carga de trabajo se duplica, porque ahora tienen a la mujer muerta en la silla de ruedas y al tipo muerto en la iglesia, y lo que de verdad necesitan es el doble de policías.

Cada media hora o algo así me encuentro con Sally, pero no parece estar de humor para hablar. Se queda observándome desde el final de un pasillo o escalera, y me clava los ojos con una expresión que sugiere que está desconcertada, pero ni una sola vez se me acerca para hacer esos comentarios estúpidos que me dan ganas de gritar. Debo admitir que extraño los almuerzos que me prepara y tomo nota mental de hacer una sugerencia sobre mi hambre para alentarla a que vuelva a hacerlos.

Llegan las cuatro y media, y con ello, la oportunidad de disfrutar de mi día. De regreso en mi oficina, hago otra llamada desde el móvil, esta vez también a la comisaría. Pido hablar con alguien de homicidios. Cuando digo que puedo tener información, me transfieren directamente al teléfono de Carl Schroder.

Me salto la parte en la que se supone que debo darle mi nombre, comentarle que sé cómo funcionan estas cosas y que si bien estoy dispuesto a ayudar, no estoy preparado para testificar en un tribunal por razones que prefiero no discutir, pero que tienen que ver con mi propia seguridad. El detective no está de acuerdo con mis temores, pero no me presiona, tal vez porque el noventa y cinco por ciento de las llamadas que recibe son de chiflados. De todos modos, suena desesperado porque le cuente lo que sé. Le explico que no es lo que sé, sino lo que he encontrado. Le doy la ubicación del contenedor de basura a tres manzanas de distancia de la escena del crimen de anoche. Cuando me pregunta cómo lo encontré, le respondo que vi a un hombre que lo arrojó allí y que cuando hoy me enteré del asesinato, decidí llamar.

¿Una breve descripción del hombre?

Claro. ¿Por qué no? Doy una breve descripción de Calhoun y cuelgo antes de que haya más preguntas. No se parece en nada a la foto de «mí» que está en la pared de la sala de conferencias.

Cuando llego a casa, doy unos tres pasos antes de percibir que hay algo diferente, pero no logro descifrar qué. Es como si alguien hubiera pasado por aquí y hubiera desplazado todo apenas unos centímetros fuera de lugar. Me quedo de pie en un punto y doy un giro completo, pero al final no puedo encontrar ninguna razón tangible por la que deba sentir que algo está fuera de lugar. Es sólo una sensación. Quizá Melissa haya vuelto. O tal vez no.

Me pongo un par de guantes de látex y meto las manos debajo del colchón para buscar el tiquet de aparcamiento que guardé como recuerdo hace meses. Pero no lo encuentro. Hundo los brazos hasta los hombros y los hago girar, buscando, buscando… pero no está.

¿Melissa?

¿Por qué iba a buscar aquí?

Pero ya sé por qué. La gente esconde cosas debajo de los colchones todo el tiempo. Fue estúpido de mi parte esconder el tiquet allí.

Pero luego me acuerdo de haber dado la vuelta a la cama para intentar atrapar a ese gato estúpido. Me pongo en cuatro patas y miro debajo, y por cierto, ahí está el tiquet. Lo guardo en mi maletín y me quito los guantes.

Después de caminar unas cuantas manzanas, utilizo el modo habitual de transporte ilegal para llegar a la casa donde me encontraré con Calhoun. Los dos tenemos la intención de matar al otro, aunque se supone que ninguno de los dos lo sabe. Para cuando llego allí, son las cinco y cuarenta. Estoy seguro de que me he adelantado al detective, puesto que él ha tenido un largo día lidiando con los muertos.

Aparco a varias manzanas de distancia y camino. La noche es tan fría como la mañana, y temo que el invierno acabe siendo tan largo como el verano. Cuando llego a la casa, de pronto me acomete este miedo de que tal vez sus habitantes hayan regresado para retomar la vida familiar. Respiro hondo un par de veces. No, si alguien estuviera viviendo aquí, me habría enterado.

Utilizo mis habilidades para abrir la puerta principal y uso mi pie para cerrarla a mis espaldas. Me quedo inmóvil, atento a posibles sonidos de vida. No hay nadie aquí. El dormitorio parece el lugar más adecuado, ya que es el que tiene más historia ahora, así que me dirijo hacia allí primero. Abro mi maletín y, mientras me lamento por la falta de un arma de fuego que podría acabar rápido con todo este drama, saco un martillo. Dadas las circunstancias, es lo mejor que se me ocurre. Sin embargo, al observar el martillo, se me antoja que podría no ser adecuado: es demasiado fácil acabar haciéndole un agujero en el cráneo y matándolo. Voy a la cocina a buscar algo mejor. Regreso al dormitorio, ahora soy el orgulloso propietario de una sartén grande. Es antiadherente.

Me siento en la cama y miro cómo se mueven las manecillas de mi reloj mientras espero que llegue el detective Calhoun.

# CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

Está harta de no saber. Harta de las preguntas. Harta de estar harta.

A las cuatro y cuarto, Sally deja el trabajo. No necesita justificar su retiro temprano. Todos saben que su padre está mal y que ella quiere pasar tiempo ayudándolo. Tampoco es que nadie se vaya a dar mucha cuenta… ha sido un día muy activo en el mundo de un detective de homicidios. Siempre ha odiado los días como este, y odia que sean tan frecuentes.

A las cuatro y veinte, cuando llega al edificio del aparcamiento, Henry no está aquí. No está segura de si debería sentirse decepcionada o halagada por el hecho de que él sólo aparezca a las cuatro y treinta por ella. No sabe si sentirse utilizada o deseada.

Pasa con su coche por delante de la comisaría, hace un giro en U y encuentra un lugar para aparcar al otro lado de la calle. Se hacen las cuatro y media, pero Joe no aparece. Hasta donde ella recuerda, Joe siempre se marcha a las cuatro y media en punto. ¿Se habrá ido antes?

Espera otros cinco minutos. Ni señales de Joe.

«¿Qué estás haciendo? ¿Planeas seguirlo? ¿Todavía estás tratando de ayudarlo?».

Exactamente. Quiere ver si se encuentra con alguien. Quizás con la mujer con la que habló a principios de semana, la testigo de la comisaría. Cinco minutos después, arranca el coche y, decepcionada, se aleja. De todos modos, no se sentía cómoda esperando.

Está en un semáforo en rojo cuando ve a Joe de pie en la acera por el espejo retrovisor. El semáforo se pone verde. No sabe qué hacer. Un coche detrás de ella empieza a tocar el claxon. Para cuando da la vuelta, Joe ha desaparecido. Es probable que ya haya cogido el autobús.

Pone rumbo al cementerio, pero unos minutos después, se da cuenta de que en realidad no está yendo en esa dirección, sino de regreso al apartamento de Joe. Necesita hablar con él lejos de la comisaría. Espera que puedan tener una conversación sin que se convierta en un enfrentamiento. Aparca más adelante en la calle y decide aguardar veinte minutos como máximo. Joe llega en la mitad de ese tiempo.

Sally espera en el coche mientras imagina el resultado de la conversación y trata de decidir si debería ir y llamar a la puerta, o simplemente marcharse. Además, quiere ver si alguna otra persona viene a verlo. Al final, toda la espera le evita tomar una decisión, ya que Joe está en su apartamento apenas unos minutos y vuelve a salir. Comienza a caminar en dirección contraria. Sally lo sigue. Para cuando ella dobla la esquina, él está girando a la izquierda para tomar otra calle. Sally disminuye un poco la velocidad. Nunca ha seguido a nadie, y de repente se da

cuenta de que no es muy buena haciéndolo. Se acerca con su coche a la esquina, y está a punto de tomarla cuando Joe aparece por la izquierda: está atravesando la intersección en un coche.

En un coche diferente en el que lo vio la última vez.

Sally se coloca detrás de él, tratando de mantener un coche entre ambos, hasta que él reduce la velocidad en un barrio acaudalado y se detiene junto a la acera. Sally sigue su camino y lo observa por el espejo retrovisor. Joe se baja y camina hasta el final de la manzana; su maletín se balancea de un lado a otro con el impulso.

Lo sigue hasta una casa de dos plantas, donde él recorre el sendero de entrada y desaparece de la vista dentro del porche. Hay algo en la casa que le resulta familiar, pero no puede dilucidar qué. Si fuera algo tan inocente como encontrarse con un amigo, ¿por qué Joe aparcaría a cierta distancia? ¿Por qué no hacerlo en el sendero de entrada? La gente que aparca a unas cuantas manzanas de distancia suele ser gente que tiene aventuras amorosas, piensa Sally. Aparcar a unas cuantas manzanas de distancia es sin duda sinónimo de aventura amorosa, pero Joe no es el tipo de persona que tendría una aventura amorosa. Joe no es un… ¿un qué? Bueno, no es un tipo sexual. Es Joe. Es como su hermano. Sólo que Joe sabe conducir y es capaz de escabullirse, robar y mentir.

Tamborilea los dedos sobre el volante. Desearía tener la confianza en sí misma para ir y llamar a la puerta y preguntar qué está pasando, pero si Joe está en peligro, podría empeorar las cosas.

Pasan diez minutos. Veinte. Después de un rato, Sally se da cuenta de que está susurrando una plegaria. Quiere que Joe reaparezca y siga con su vida; quiere que Joe esté bien. Tal vez le está pasando algo malo, y todo lo que ella está haciendo es quedarse sentada esperando y dejando que le pasen cosas malas de la misma manera que dejó que le pasaran cosas malas a Martin hace cinco años.

—Estúpida, estúpida, estúpida —murmura y se golpea la palma de la mano contra la frente.

Entonces, unos minutos después, un coche se detiene en el sendero de entrada y un hombre se apea de él. Sally está un poco lejos para poder reconocerlo bien, pero, al igual que la casa, algo en él le resulta familiar. El hombre se apresura hacia la puerta principal y entra en la casa.

# CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

Calhoun se está dando la vuelta cuando yo salgo de detrás de la puerta del dormitorio. Levanta el brazo para protegerse de la sartén que se balancea en el aire. Consigue interponer el codo; la sartén se estrella contra él, y luego se desvía hacia el pecho. El detective trastabilla hacia atrás y yo me tambaleo hacia adelante y choco contra él. Ambos caemos al suelo, y él tantea su chaqueta en busca de su pistola. Mi mente va tan rápido que tengo tiempo para comprender que estoy fallando, tiempo para preguntarme por qué nunca tuvo el arma en la mano desde un principio, tiempo para especular que quería ganarse mi confianza primero para averiguar lo que yo sabía. Me pongo de rodillas mientras él se incorpora un poco, y alcanzo a ver la sorpresa en su cara porque sabe quién soy, pero ese conocimiento no reduce su desesperación por matarme.

Lanzo mi cabeza hacia adelante y lo golpeo en la frente; me duele tanto a mí como a él, pero al menos logro apartar su mano de la pistola. Detrás de mis ojos estallan cien, no, mil luces, todas a la vez y del mismo tono de blanco, aunque luego se empiezan a filtrar los rojos. Comparado con el dolor que he experimentado hace poco, esto no es nada, y me recupero en seguida. Me tambaleo hacia atrás y la habitación gira un poco. Sé que Calhoun debe estar sintiéndose igual, y también sé que no puedo darle una segunda oportunidad. Todavía estoy sosteniendo la sartén, y decido usarla.

Cuando lo miro, hay dos detectives Calhoun, dos puertas, dos de todo. Sacudo la cabeza y la habitación sigue dando vueltas, pero las imágenes empiezan a unificarse. Levanto mis brazos pesados y descargo la sartén contra un lado de su cabeza. El pómulo y la mandíbula reciben el golpe, y es bastante probable que el primero se haya roto y la segunda se haya dislocado. Calhoun se desploma sobre el suelo otra vez y no se mueve. Agotado, suelto la sartén.

Lo hago rodar para ponerlo boca arriba y le ato las manos por detrás, luego le ato las piernas. Cuando intento abrirle la boca, descubro que le he dislocado la mandíbula. Como tengo que hablar con él más tarde, le cojo la boca y trato de moverla hacia atrás. No pasa nada. Le doy unos golpes con el martillo, primero con suavidad, después un poco más fuerte, y al cabo de unos cuantos golpes, la mandíbula vuelve a su sitio con un chasquido. Le abro la boca y coloco el huevo en su interior, pero después cambio de opinión. No voy a correr el riesgo de que el huevo se deslice hacia la parte posterior de su garganta mientras está inconsciente y lo mate. Utilizo unos calzoncillos del marido para amordazarlo.

Para cuando Calhoun se despierta, lo tengo sentado en una silla que traje del comedor. Lo até con una cuerda, y como la silla tiene patas de metal, aun cuando pueda volcarla, no se romperá. Le rodeo las piernas con cinta adhesiva de tela plateada y también incluyo la silla, y paso más cinta alrededor de sus brazos. A

menos que sea Harry Houdini, no irá a ninguna parte.

Me pongo de cuclillas frente a él. Me mira con fijeza, como si la cara que vio antes de perder el sentido no pudiera ser la misma que está viendo ahora. ¿Cómo puede ser que Joe… el tipo de la limpieza; Joe, el puto retrasado… le esté haciendo esto? ¿Es posible que el hombre que han estado buscando haya estado trabajando para ellos todo este tiempo?

Asiento con la cabeza, confirmando que sí, que no sólo es posible, sino mejor que posible.

Calhoun gruñe, ya sea para confirmar su sorpresa o para preguntarme por qué, o quizás para probar la mordaza en su boca. Sea cual sea la razón, el ruido no dura mucho. El dolor en su mandíbula debe estar matándolo. La sangre le cuelga del labio inferior. Quiero decirle que no es nada comparado con que te arranquen un testículo, pero no quiero que nadie más lo sepa.

—Tú la mataste, ¿no?

—Uh-uh. —Sacude la cabeza—. No ma…té a na… die.

—Sí, lo hiciste.

Esta vez, sacudiendo la cabeza, repite lo mismo. Casi.

—No. No, no lo hice, chi…a… do hi…jo… de p..ta.

Creo que acaba de llamarme chiflado hijo de puta. Tal vez lo soy. Quizás ese sea mi problema. Pongo a prueba su teoría poniéndome de pie y dándole un puñetazo en el estómago.

¿Veis eso? El tío tenía razón. Sólo que soy un hijo de puta que necesita hacer un trato.

—Voy a quitarte la mordaza —le explico y me inclino hacia adelante una vez más—. Ya conoces el procedimiento. Si no lo conoces, dedúcelo. Cualquier sonido —agrego y levanto el cuchillo hacia su boca—, significará un final desagradable para ti. Asiente con la cabeza si lo entiendes.

Sigo siendo un hijo de puta, porque sostengo la punta de la hoja directamente debajo de su barbilla, así que cuando asiente, se la clava a sí mismo. Me aseguro de esto levantando el cuchillo más alto cada vez que él levanta la cabeza. Al final, asiente con los ojos. Utilizo el cuchillo para cortar la mordaza. Se cae y queda colgando alrededor de su cuello como un collar.

»¿Mejor?

Asiente con la cabeza. De hecho, asiente con casi todo su cuerpo.

»Puedes hablar, sabes. Ese es el objetivo de quitar la mordaza.

—Escucha, Joe, ¿sabes quién soy?

Es una pregunta estúpida, pero la respondo de todos modos.

—Por supuesto que lo sé.

—¿Entiendes que está mal hacer esto? Está mal atar a la gente. En especial a los policías.

—No soy un gilipollas.

—No. No, por supuesto que no lo eres. Entiendo que la vida es difícil para… para, vale, para gente especial como tú. Entiendo que…

Levanto la mano.

—Escucha, Bob, déjame interrumpirte justo ahí. Sólo porque sea un empleado de la limpieza no significa que sea un maldito gilipollas, ¿de acuerdo? Tienes que empezar a darte cuenta de que no soy el mismo idiota que has visto todos los días desde que has estado en esta ciudad.

Ladea un poco la cabeza mientras asimila esta información y, poco a poco, empieza a comprender lo que necesita comprender. Llega a la conclusión de que no soy Joe el Lento, sino Joe el Cabreado. Soy Joe el Superinteligente.

—Mira, Joe, no quise ofenderte. Es sólo que, bueno, fue una actuación del carajo. No puedes culparme por haber sido engañado —aduce, y suena como un intento de adulación.

—No, no puedo culparte, pero puedes dejar de lamerme el culo, Bob.

—Todavía estás a tiempo. Si me dejas ir, olvidaré que esto ha sucedido y ambos podremos seguir con nuestras vidas normales. Pero una vez que hagas algo, una vez que me hagas daño, ya no habrá nada que yo pueda hacer para ayudarte. Lo entiendes, ¿verdad? Si me matas, no te serviré para nada. ¿Vale? Eres un tío inteligente, no hay duda, y estoy seguro de que lo entiendes. Y estoy seguro de que sabes que un policía muerto y que no te sirve significará problemas para ti, Joe, y ninguno de los dos quiere problemas, ¿verdad? —dice, que es su manera de suponer que ninguno de los dos quiere un policía muerto—. Los dos lo sabemos. Es demasiado chungo. Así que, ¿qué tal si me desatas, ¿eh? Desátame y discutiremos lo que sea que te preocupe. Podemos hablar de lo que quieras.

—¿No quieres saber de qué vamos a hablar?

—Claro que sí, Joe, claro que sí, pero primero tienes que desatarme, ¿de acuerdo? Desátame y devuélveme la pistola y bajaremos o iremos adonde tú quieras porque tú eres quien decide, lo prometo. Tú diriges este juego y eres el que impone las reglas, así que iremos adonde quieras ir y podremos discutir lo que sea que tengas en mente, sin importar el tiempo que tome.

—¿No adivinas quién soy? ¿Además de Joe el Conserje?

—Eres el encargado de la limpieza. Joe el empleado de la limpieza. Nadie más. No me importa si eres alguien más, y si lo eres, no es asunto mío. Por lo que a mí respecta, puedes ser cualquiera. Pero para mí sólo eres el hombre de la limpieza. Sólo Joe. Joe, que no ha cometido ningún crimen salvo hacernos creer a todos que eras lento. ¿Qué me dices, Joe? ¿Qué tal si me desatas?

Está sudando tanto que empiezo a preocuparme de que la cinta se despegue de su cuerpo y se desprenda en tiras plateadas largas y le permita liberarse.

—¿Sabes quién soy?

Niega con la cabeza.

—No.

—Anda, sí que lo sabes. Soy el Carnicero.

—No sé quién eres, y después de que me sueltes, ni siquiera pensaré en eso. ¿De acuerdo, Joe?

Esto, por supuesto, es pura mierda. La mierda que se les enseña a estos tipos

cuando se convierten en policías. Está tratando de negociar conmigo, pero no tiene nada con qué negociar. Lo sabe, pero ¿qué otra cosa puede hacer? Sigue usando mi nombre, tratando de relacionarse conmigo, tratando de hacer que yo lo vea como una persona real.

—Hagamos algunas suposiciones. En primer lugar, supongamos que estoy diciendo la verdad. Segundo, supongamos que no te voy a dejar ir. Tercero, supongamos que no cooperas con lo que yo quiero. ¿Sabes qué pasará entonces?

Asiente con la cabeza. A la policía no le corresponde suponer. La policía debe atenerse a los hechos, no hacer suposiciones. Sin embargo, Calhoun ha estado en algunas de las escenas del crimen. Puede suponer con seguridad lo que le sucederá sin necesitar más pruebas. Todo lo que tiene que hacer es intercambiar, dentro de su mente, su propio cuerpo por el de una de las mujeres.

—Sí, lo sé.

—Vale. Ahora dejemos algunas reglas básicas en claro. En primer lugar, estás solo. Nadie vendrá a ayudarte y no tienes forma de escapar. Sin embargo, no dejes que esto te desanime. Calculo que ya te habrás dado cuenta de que si te quisiera muerto, ya estarías muerto, ¿verdad?

Asiente con la cabeza. Es probable que haya sabido esto desde el momento en que volvió en sí.

»Porque si aceptas lo que quiero, que es lo más probable, no sólo saldrás de aquí con vida, sino que recibirás un ingreso por sobrevivir.

Al oír esto, empieza a asentir despacio, por la palabra *ingreso*, no por *vida*. De pronto, no sólo va a sobrevivir, sino que se volverá más rico. El trato le está gustando. Ya está pagando por más prostitutas y todavía ni siquiera sabe cuánto está ganando.

»Lo segundo es que yo hago las preguntas y tú las respondes con la verdad. Si no lo haces, comprometerás los dos aspectos de la primera regla básica. ¿Alguna pregunta?

Abre la boca, pero no sale nada. Sí, lo entiende. A la perfección.

»Supongo que querrás saber cuánto dinero y qué necesitas hacer para ganártelo, ¿no?

—Por favor.

—Veinte mil dólares, y lo que tienes que hacer es muy sencillo. No hará falta que mates a nadie, porque eso me lo dejarás a mí.

Asiente otra vez. Piensa que veinte mil dólares no es demasiado para estar atado, pero es mejor que estar atado y te peguen un tiro. Y veinte mil dólares por no hacer nada es mucho dinero. Esta es la parte del plan que le gusta. La parte del plan que yo sabía que le gustaría.

# CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

—No quiero que muera nadie —empieza Bob, como si lo dijera en serio y como si a mí me importara, aunque así fuera. Que la gente muera no es un factor relevante para él, ni para mí. En otras circunstancias… mejores circunstancias, estaría pensando… podríamos habernos reído de su broma.

Lo relevante es Daniela Walker.

Me reclino sobre un codo. Si fumara, ahora sería el momento de encender un cigarrillo costoso con aire despreocupado. Si fuera un genio malvado, ahora sería el momento de empezar a acariciar a mi gato persa blanco. Pero no soy más que un empleado de la limpieza sin peces que alimentar. Una persona común y corriente. Si tuviera mi fregona, tal vez la acariciaría. Si tuviera mi cubo de metal, podría tocar un ritmo. Lo único que puedo hacer es girar el cuchillo una y otra vez en mis manos y observar como él observa la hoja.

—Anda, Bob, ya has matado antes. No entiendo cómo puedes sentirte mal por la muerte de otra persona.

—No he matado a nadie.

Agito el dedo de un lado a otro.

—No, no, no. Te dije que no mintieras. ¿Te acuerdas de lo que dije que pasaría si mentías?

Asiente con la cabeza. Se acuerda.

—Vale. Sé de un par de maneras en que podemos hacer esto —sugiero y busco y rebusco en mi maletín—. Puedo empezar usando esto —preciso y saco un par de tijeras de jardinería afiladas— en tus dedos. Por cada respuesta que no quiera escuchar, te cortaré un dedo.

En realidad, no lo haré. No voy a cortarle ninguno, pero mientras él crea que lo voy a hacer, eso es todo lo que de verdad cuenta. Aquí es donde sus suposiciones le fallarán. Observo su cara mientras él estudia las tijeras de jardinería. No hace falta esforzarse demasiado para imaginar cómo pueden envolver cualquiera de sus dedos, cómo las hojas pueden atravesar la carne y cómo con apenas un esfuerzo extra pueden partir el hueso. En su imaginación, Calhoun ya visualiza todos sus dedos esparcidos por el suelo detrás de la silla.

Soy capaz de esto. Melissa también lo sería. Y él también.

Los tres hemos matado.

»La mataste, ¿verdad?

Asiente.

»¿Puedes decirme por qué?

Se encoge de hombros.

—Todavía no estoy seguro.

No es una respuesta detallada, pero creo que es la verdad, al menos hasta donde

él lo entiende.

—¿Quieres que te ayude a entender por qué?

Hace lo más sensato y asiente con la cabeza.

—Porque puedes —empiezo—. Tienes la capacidad. Siempre has querido sentir el poder. ¿Cómo sería matar a alguien? ¡Imagina el control! Lo imaginaste, pero por supuesto, era sólo una fantasía. No podías admitirte a ti mismo que era algo que realmente te gustaría probar. Tu mente piensa en las consecuencias, en cómo podrías salir impune, en cómo lograr que los demás te vean como la parte inocente. Hay muchas maneras de hacerlo, pero ¿por qué explorarlas? Después de todo, sólo lo estás pensando, no lo estás considerando de verdad. Pero entonces, un día, la fantasía ya no es suficiente. No la fantasía de matar, sino la del sexo. Del sexo violento. Así que le pagas a una puta, pero no es lo mismo, porque ella no es una víctima real. Quieres matarla, porque ese es el final ideal del sexo violento, pero sabes que no tiene sentido matar a una puta porque ya está muerta. Son zombis saturados de mala suerte y mala crianza.

Necesitabas matar a una mejor clase de persona, y entonces apareció Daniela Walker. Una víctima de abuso doméstico que se niega a denunciar a su esposo.

No dice nada. Pienso en los comentarios en el informe de patología que indicaban que Daniela tenía lesiones previas. Si hubiera abandonado a su marido, todavía estaría viva. Y alguien más no lo estaría. No hay duda de que Calhoun habría encontrado a alguien más.

»Ella lo amenaza, incluso va a la policía, pero al final, el miedo y el amor hacia él le impiden actuar. Esta mujer es una perdedora. No puedes entender cómo pudo casarse con un tipo así, y mucho menos tener hijos con él. Pero olvidas que él era encantador cuando ella lo conoció, de la misma manera que tú eras encantador cuando conociste a tu mujer.

Lo miro. Mi discurso no ha producido ningún impacto. Si es cierto, y creo que la mayor parte lo es, no me lo va a decir. Esto me cabrea, pero no lo suficiente como para abalanzarme sobre él y cortarle la garganta. Me siento y espero.

»Eres nuevo en la ciudad —continúo—, de modo que la oportunidad de concretar tu fantasía es irresistible. Conoces la dirección de Daniela Walker y te familiarizas con sus movimientos. Su marido está en el trabajo, sus hijos están de campamento, así que mejor imposible. Antes de atacarla, decides inculpar al marido, puesto que ¿qué otro posible candidato podría parecer más atractivo como su asesino? Pero entonces respondes a la pregunta. Una persona encaja a la perfección, y esa persona soy yo. ¿Y qué haces? Me incriminas por un asesinato que no cometí y, para ser honesto, Bob, no me sentó nada bien. Pero estás de suerte, porque tienes la oportunidad de cambiar lo que siento por ti. Puedes salir de esta casa como un hombre enriquecido, tanto en términos de dinero y de carácter, o puedes hacerlo dentro de una bolsa para cadáveres de camino directo al infierno. Desde luego, no hace falta decir que el castigo allá abajo será eterno, y la eternidad, Bob, es un tiempo muy largo.

Empiezo a preguntarme de qué estoy hablando. ¿Del infierno? ¿A quién le

importa una mierda Satanás? El puto cabrón piel roja es un producto de la imaginación cristiana, diseñado como elemento disuasorio para asesinos, ladrones, violadores, mentirosos, hipócritas, y mimos… y para lo que coño ha servido.

»Que te pudras o no en el infierno no es asunto mío. Lo que me interesa es lo que le hiciste a la pobre Daniela Walker. Por lo que me he enterado, y estando aquí —añado y extiendo los brazos para abarcar la habitación—, he llegado a algunas conclusiones expertas y reveladoras.

—Me alegro por ti.

Sonrío.

—Irrumpiste en su casa al anochecer, subiste a la planta superior mientras ella se duchaba y la esperaste en el dormitorio. En este dormitorio.

Es un escenario familiar.

»Ella no tenía ninguna posibilidad. Después de todo, tú contabas con el elemento sorpresa de tu lado, además de ser más grande y más fuerte. El miedo y la imaginación la hicieron reaccionar, pero no lo bastante rápido para poder escaparse. Forcejeaste con ella y la empujaste sobre la cama, pero ella logró llegar a la mesita de noche y coger la única arma que pudo encontrar. —Señalo la mesita para crear un efecto—. Peleó contigo y logró clavarte el bolígrafo que había estado usando para llenar los crucigramas. La herida no era profunda, pero fue suficiente para cabrearte. Arrojaste el bolígrafo a un lado y luego te concentraste en lo tuyo. Excepto que el bolígrafo fue tu error, Bob, aunque ya lo sabes, ¿no? En ese momento, después de matarla, no te importó nada más. El dolor había desaparecido, y también la preocupación de ser atrapado. Ni se te ocurrió pensar en el bolígrafo. Hasta que volviste. Entonces se convirtió en lo único en lo que podías pensar, y fue sólo una cuestión de buena suerte que pudieras intercambiarlo sin que nadie se diera cuenta. Nadie excepto yo.

—¿Qué es lo que quieres?

Sacudo la cabeza.

—Bob, Bob, Bob. Pensé que teníamos un acuerdo. Sabes que no puedes hacer preguntas.

—Sólo dime qué quieres.

—Esa es otra pregunta.

—No, no lo es. Es una solicitud.

—Y eso es una mentira. —Levanto las tijeras de jardinería—. ¿Estás buscando esto?

Sacude la cabeza.

—No. Lo juro.

—¿Y Daniela? ¿Crees que se lo buscó?

La cara de Bob está húmeda e inclinada hacia su regazo. Ambos estamos sudando. No hace calor afuera, pero de alguna manera, esta casa sigue reteniendo el calor del verano. Las ventanas han estado cerradas durante tres meses, por lo que el aire está viciado y sabe a carne podrida. Me acerco a la ventana. La abro ligeramente. Aspiro el aire del exterior. El olor, el aire denso, la presión en mi

piel... se asemeja a mi apartamento la semana que me pasé en la cama con una bola sangrante y un cubo lleno de orina. Me había acostumbrado a la sensación, pero es un gran alivio librarse de ella ahora.

Me siento, me quito la chaqueta y me separo la camisa húmeda del cuerpo. La idea de ir a la playa me machaca la mente. Puedo sentir la atracción del mar y la arena, aunque estoy a ocho o diez kilómetros de distancia de la gota y el grano más cercanos, aunque un viaje a la playa esta noche no sería una buena experiencia.

»Responde la maldita pregunta, Bob.

Gira la cabeza para mirarme. Parece que lo lamenta, pero que lamenta haber sido atrapado, no que lamenta haber matado a Daniela Walker.

—No quise matarla.

El aire parece volverse más pegajoso con cada minuto que pasa. No hago ningún comentario sobre su respuesta. Me quedo quieto, reafirmando en silencio mi dominio sobre este hombre. La habitación se está enfriando. En algún lugar, Melissa está soñando con su dinero. En algún lugar cercano, un perro está ladrando. En algún lugar más lejano, la policía está más cerca de descubrir una coincidencia con las huellas dactilares del arma homicida que encontraron en el contenedor.

Bob es ahora un hombre condenado. A la espera de su ejecución. Sólo que nadie se lo ha dicho. Su familia, en especial su esposa, tendrá que vivir con el hedor de la culpa. ¿Cómo puede justificar el hecho de no saber la clase de monstruo que es su marido? ¿O cómo puede explicar que lo sabía y nunca hizo nada al respecto?

Me he estado preguntando si Bob tiene una coartada para varios de los asesinatos. Estaba en Auckland cuando ocurrieron los primeros. Sin embargo, debido a la gravedad de esta espantosa serie de crímenes, la policía no se detendrá en contradicciones menores, y cuando ya no aparezcan más cuerpos, estarán satisfechos con etiquetar a Calhoun como el Carnicero de Christchurch. He aprendido lo suficiente mientras limpio los pasillos de la comisaría para saber que están tan presionados por hallar un sospechoso que mantendrán la boca cerrada, nunca mencionarán todas las pruebas de ADN que no terminaron de coincidir y, si de vez en cuando aparecen algunos cuerpos más, lo atribuirán a un asesino imitador. Eso los mantendrá contentos, a ellos, a los medios y al país. Y a mí también.

—De acuerdo, Bob, explícame cómo fue que la mataste por accidente.

Levanta la vista. Me mira a los ojos. Se encoge de hombros, luego baja la mirada al suelo, y se encoge de hombros de nuevo. Parece inseguro de verdad.

—La seguí a su casa, para hablar con ella —comienza, todavía con la mirada hacia abajo—. Quería que denunciara a su marido por agresión, porque el tipo es un auténtico gilipollas, ¿vale? Joder, seguro que lo has visto. Un cabrón arrogante y engreído. Tan lleno de sí mismo, convencido de que está por encima de la ley y que tiene derecho a pegarle a su mujer. Así que la sigo para decirle que está cometiendo un error, y cuando llego aquí, me encuentro con que está sola en la casa.

—No era tu trabajo, Bob. Estabas en la ciudad sólo para trabajar en mi caso.

Suspira.

—Lo sé. Lo sé, pero, bueno, simplemente sucedió.

—¿Sabías que iba a estar sola en su casa?

—La verdad no.

—Eso suena a un *sí*, Bob.

—Lo sospechaba.

—Por eso la seguiste, ¿verdad? Porque sólo podías hablar con ella si estaba sola. Tener al marido en la misma habitación no iba a ser muy útil.

—Supongo que sí.

—Supones que sí. Vale, ¿qué pasó, entonces?

—Me quedé sentado afuera unos minutos, considerando qué hacer.

—¿Considerando si matarla o no?

Sacude la cabeza.

—Nada de eso.

—¿Entonces qué?

—No sé. Sólo me quedé ahí sentado mientras observaba la casa y pensaba sobre la mejor manera de convencerla de lo que tenía que hacer. Por fin, cuando me acerqué a la puerta y llamé, no hubo respuesta. Estaba por irme… —continúa, pero no termina la frase.

—Pero te quedaste —afirmo.

—Me quedé —admite—. Por alguna razón que no podría explicar, me quedé.

—Porque viste una oportunidad.

—No —responde—. No fue así. Estaba preocupado. ¿Y si no respondía porque su marido estaba en casa dándole una paliza por no tener la cena lista o porque no le había limpiado los zapatos o por cualquier excusa que el muy cabrón necesitara? Como sea, comprobé que la puerta estaba cerrada con llave, pero tenía conmigo unas llaves diseñadas para forzar la mayoría de las cerraduras de las casas, así que las usé.

Conozco bien las llaves. También sé que el abuso doméstico no tiene que ver con un hombre que está demasiado enamorado de su mujer; tiene que ver con un hombre que está enamorado de la capacidad de controlarla.

»Registré la cocina, la sala de estar, buscándola.

—¿La llamaste por su nombre?

—No.

—¿Porque no querías que ella supiera que estabas allí?

Sacude la cabeza.

—No, para nada. No quería que el marido supiera que yo estaba allí, por si estaba en la casa golpeándola. Quería atraparlo con las manos en la masa.

—Eso no es muy convincente, Bob.

—Te equivocas. Esta casa es grande. No podía estar seguro de lo que estaba ocurriendo ni dónde.

—¿Y entonces?

—Ella estaba arriba, sentada en la cama. Sollozando.

—¿Por eso no había respondido a la puerta?

—Eso pensé. Cuando me vio, empezó a volverse loca. Me apuré a explicarle quién era, pero ya me había reconocido.

—Debe haberse sentido aliviada de que fueras un policía y no un maníaco homicida —deslizo.

Si capta la ironía, no lo demuestra.

—Se volvió a sentar y empezamos a hablar de su marido, pero sobre todo de ella. Verás, el problema era ella, no él. Él siempre sería un golpeador de mujeres. No había manera de detenerlo. Lo que la gente no entiende es que estos tipos no se rehabilitan. Quiero decir, ¿para qué coño los vas a rehabilitar? Lo único que han conocido es la violencia. Intenté hablarle con calma y hacerla razonar, y en un principio funcionó.

Hace una pausa y me mira. Sus ojos parecen húmedos. Me pregunto si llorar está más allá de la capacidad de actuación de este chiflado. Lo urjo a que continúe con un ligero cambio de posición de las tijeras de jardinería. Estoy ansioso por escuchar sus pensamientos.

»Muy pronto ya no podía comprender mi forma de pensar, mi forma de entender.

—¿Te refieres a la forma correcta?

—Ajá. ¿Sabes lo que es, Joe, saber que tienes toda la razón sobre algo… quiero decir, más allá de toda duda… pero no puedes conseguir que otra persona esté de acuerdo contigo? No es que no lo entienda, o no quiera hacerlo. Se ha acostumbrado tanto a hacer algo de manera equivocada que ya no existe otra forma posible.

—Volvamos a lo que nos atañe, Bob.

—Terminamos discrepando, bastante rápido en realidad, y luego discutimos. Al final, empezó a gritarme que me fuera. Le pedí que se calmara, pero no lo hizo. Luego trató de llamar a la policía, así que tuve que detenerla. Me abofeteó, y le devolví el golpe. Lo siguiente que supe es que estaba muerta y yo estaba de pie sobre su cuerpo desnudo.

Se interrumpe. Ambos escuchamos el silencio de la habitación. Apacible, pero todavía más calurosa de lo que me gustaría. Creo la mayor parte de su historia, pero ha omitido algo.

—Lo siguiente que supiste —repito.

—No fue mi intención que sucediera.

—Una historia conmovedora, Bob —señalo, y me llevo un supuesto pañuelo a los ojos para enjugar lágrimas fingidas—. Se ve que has optado por una estrategia de defensa clásica. ¿Te lo enseñaron en la escuela de formación o lo aprendiste siendo policía? Verás, Bob, lo que acabas de hacer es de lo más común. Has trasladado toda la culpa a la víctima. Ella fue la que estuvo en desacuerdo, la irrazonable, la que te pegó. Si se hubiera abstenido de hacer cualquiera de esas cosas, todavía estaría viva. ¿Estoy en lo cierto?

No hay respuesta.

»¿Tengo razón, Bob?

De nuevo se encoge de hombros.

—No lo sé.

—Anda, Bob, sí lo sabes. Es el típico escenario de abuso doméstico. Ella merecía ser castigada, ¿no?, porque se pasó de la raya. Si hubiera hecho lo que se le pidió, si hubiera obedecido, hoy estaría contenta y feliz. Pero no lo hizo, así que la mataste… aunque no recuerdes haberlo hecho. Esa es la segunda fase común en estos casos, Bob. ¿Cuántos asesinos has encerrado que te han dicho que no recuerdan nada? ¿Cuántos te han asegurado que si no hubiera sido por la forma loca en que esta o aquella mujer en particular se había comportado, nada de esto o aquello habría sucedido? Ahora cuéntame qué pasó en realidad.

—Eso es lo que pasó.

—Sí, tal vez la mayor parte, pero apostaría mi vida a que… —Hago una pausa para crear un efecto dramático, y luego cambio de opinión—. No, apostaría *tu* vida a que sí recuerdas haberla matado, y que fuiste consciente de cada segundo.

—No me acuerdo.

Suena como un niño quejoso.

—La palabra «no» no existe, Bob. —Sostengo las tijeras de jardinería en el aire para reforzar mis palabras.

No dice nada hasta que empiezo a ponerme de pie.

—Vale, vale. —Si pudiera, tendría las manos extendidas en un gesto defensivo, agitándolas en el aire como un loco—. Sí me acuerdo.

—¿Ah? ¿Y qué es lo que te acuerdas? —No necesito saber esto para que mi plan funcione. Sólo estoy interesado, como un colega participante en este juego de la vida y la muerte.

—Discutimos, como te conté, y ella cogió el teléfono y amenazó con llamar a la policía. De modo que la golpeé, y una vez que hice eso, supe que no habría forma de callarla.

—Vamos, Bob. Era una víctima de abuso doméstico. Estaba acostumbrada a mantener la boca cerrada cuando un hombre la golpeaba.

—Esta vez no. Me dijo que iba a perder mi trabajo por lo que había hecho, y tenía razón, así que la golpeé de nuevo, en esta ocasión con más fuerza. Luego la arrojé sobre la cama y… —Se detiene, ya sea para pensar en qué decir a continuación o para inventarlo—. Bueno, tenía que hacerla pasar por una de tus víctimas, Joe.

—Y sabías muy bien cómo hacerlo. Le diste duro a la puta que maté la otra noche. Hiciste con ella lo que tu esposa no te permite ni siquiera imaginar. Y trasladaste la experiencia con Becky la Puta a la Señorita Abuso Doméstico.

—Tenía que hacer que pareciera real —explica con tono derrotado, no el tipo de tono de alguien que reafirma su trabajo.

—¿Eso es todo, Bob? ¿O también querías disfrutar? Anda, puedes contármelo. No estoy aquí para juzgarte. Sólo quiero escuchar que no eres mejor que yo. —Me

clava la mirada. Su cara, tensa de rabia, me escupe la respuesta.

—Por supuesto que lo disfruté. O sea, ¿cómo no disfrutar? Puro poder.

—Puro poder. ¿No es esa la respuesta, Bob? ¿No es eso lo que todos buscamos?

—¿Qué quieres de mí?

—Esa es una pregunta, Bob.

—Me importa una mierda, Joe. Sólo dime lo que quieres o vete al carajo. Me estás haciendo perder el tiempo, gilipollas. —El arrebato repentino no me sorprende. Durante la última hora, he tocado varios nervios sensibles. Antes de que todo esto termine, un cuchillo va a tocar unos cuantos más.

—El requisito es simple. Todo lo que tienes que hacer es escuchar.

—Así de simple, ¿eh?

—Así es.

—No me jodas —replica—¿Qué tengo que escuchar?

—Una confesión.

—¿La tuya?

—Curiosamente, no. Pero tu trabajo es ser mi garantía, mi seguro, si quieres. Desde el momento en que viste mi cara supiste que iba a matarte o a ofrecerte un trato. Bueno, este es el trato, Bob. Te daré veinte mil dólares, en efectivo, mañana por la noche, para que escuches una confesión. Es todo lo que tienes que hacer. Sólo sentarte y escuchar y recordar. ¿Crees que podrás hacerlo?

—¿Y entonces qué? ¿Me dejarás ir, así como así?

—Ajá.

—¿Y qué ganas tú con eso?

—Mi libertad. Y la tuya también.

—¿Y si me niego?

—Te mataré. Ahora mismo.

—Quiero la mitad del dinero ahora.

—No estás en situación de pedir nada, Bob. —Me pongo de pie y me acerco a él.

—¿Qué estás haciendo? —Inclino la silla hacia atrás y comienzo a arrastrarla por la alfombra. Es muy pesada, y empiezo a sentir punzadas en mi testículo—. ¿Joe? ¿Qué carajo estás haciendo?

—Cállate, Bob. —Sigo tirando de la silla, que va dejando marcas en la alfombra, hasta que logro entrar a Calhoun en el baño—. Me temo que tendrás que pasar la noche aquí.

—¿Por qué?

—Es más seguro así.

—¿Para quién?

—Para mí.

Saco un poco de cinta adhesiva de tela.

»¿Algo más antes de que te calle para toda la noche?

—Eres un verdadero psicópata, Joe, lo sabes, ¿no?

—Sé muchas cosas, detective inspector.

Le tapo la boca con la cinta. Luego regreso al dormitorio y saco el tiquet de

aparcamiento de mi maletín. Me pongo en cuclillas detrás de Bob, tomo la piel del dorso de su mano y se la retuerzo hasta que abre el puño; luego presiono las puntas de sus dedos contra el tiquet.

»No irás a ninguna parte, Bob. Ah, y el retrete está aquí si lo necesitas. —Le sonrío, vuelvo al dormitorio y cierro la puerta a mis espaldas. Coloco el tiquet en una bolsa de pruebas y la guardo en mi maletín.

Cierro la puerta principal con llave antes de marcharme. Afuera está oscuro. Siento que estoy sufriendo un golpe de calor, pero después de un minuto en el aire fresco el problema desaparece. Las luces de la calle arrojan un pálido resplandor sobre la noche oscura. Conduzco el coche de Calhoun a la ciudad y cojo el tiquet de la máquina en la entrada del edificio de aparcamiento. Tomo por las rampas… el número de coches disminuye a medida que voy subiendo… y cuando llego a la última planta, hay un sólo vehículo. No giro el coche lo suficiente, con lo que termino rozando la esquina del parachoques delantero y todo a lo largo del otro coche, dejando un profundo raspón y una línea de pequeñas abolladuras. Me doy cuenta de que los neumáticos del otro coche se han desinflado a medias con el tiempo. Me bajo. El olor que proviene del maletero del coche abandonado es apenas perceptible.

Sin nada más que hacer, me dirijo a casa y hacia el final de otra larga noche.

Otra fase completada.

# CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

Sally no sabe que es aquí hacia donde está conduciendo hasta que se detiene en el largo y tortuoso camino de entrada bordeado de hermosos árboles, lo cual es irónico porque ella quería venir aquí antes y se había sorprendido conduciendo en una dirección diferente. No puede aparcar en su lugar habitual porque la iglesia se ha convertido en una escena del crimen, así que aparca en la calle y utiliza una entrada más pequeña para ingresar.

Se dirige a la tumba de su hermano y se agacha junto a ella, no sobre ella. Siempre tiene cuidado con eso. Múltiples escenarios atraviesan su mente, pero no puede comprender ninguno de ellos, y los que cree alcanzar a captar insisten en desvanecerse.

Joe y el segundo hombre habían estado dentro al menos una hora. Sally se había sentido aliviada al ver que Joe salía ileso, y había estado tentada de seguirlo, pero tenía más curiosidad por saber quién era el segundo hombre. Había esperado otra media hora, pero el tipo no había aparecido. Lo más probable es que viviera allí.

Desliza las manos de un lado a otro por el césped y deja que las suaves texturas le hagan cosquillas en las palmas. El césped está húmedo. Había anotado la dirección antes de marcharse. No estaba segura de lo que haría con esa información. Tal vez la dejaría garabateada en el anotador sobre el asiento delantero de su coche durante semanas antes de decidir hacer un bollo con el papel y descartarlo.

Joe conducía coches diferentes. Joe guardaba expedientes en su casa. Joe había perdido un testículo. Joe tenía encuentros secretos con personas.

Bueno, vale, Joe fue a la casa de alguien, de la misma manera que ella ha ido a las casas de otras personas. Fue allí y tomó café, jugó a las cartas, mató el tiempo, cenó algo. ¿Qué hay de sospechoso en eso?

Nada. Excepto que aparcó a dos manzanas de distancia y se marchó en un coche diferente. Además, la casa… por algún motivo, ella conoce esa casa.

—Dime, ¿qué hago, Martin?

Si su hermano pudiera salir de su tumba y darle un consejo, no sería *No hagas nada*. Martin había muerto hacía cinco años justamente porque ella no había hecho nada. Por su falta de responsabilidad, su pereza y su inconsciencia. Cinco años atrás, Sally no estaba haciendo nada cuando debería haber estado haciendo algo. Debería haber hecho cualquier cosa para evitar que Martin fuera atropellado a sesenta y cinco kilómetros por hora en una zona donde el límite era de cuarenta y cinco. No fue culpa de la escuela. Ni siquiera fue culpa del conductor. Fue culpa de ella. Sally sabe que algunas personas culparían a Dios, y sospecha que sus padres dividen la culpa entre ella y Él.

Es por eso que su madre se aparta cuando ella la rodea con un brazo. Es por eso

que sus padres no intentaron convencerla de que siguiera en la escuela de enfermería y le permitieron abandonar su carrera para ayudarlos a pagar las cuentas.

Era difícil no odiar a Dios. Era culpa de Él que Martin fuera discapacitado mental. Sin embargo, era fácil culparla a ella. Era su culpa que Martin hubiera salido corriendo hacia la calle. Su culpa por olvidar cuánto se excitaba cuando ella terminaba sus clases temprano y lo pasaba a buscar por la escuela. Había llamado a su casa para avisar que recogería a Martin. Su madre le había dicho que no se molestara, pero Sally había decidido ir de todos modos. Le encantaba la expresión en el rostro de Martin cuando salía de la escuela y la veía allí, esperándolo.

Las reglas eran siempre sencillas. Sus padres se lo habían dicho a Martin mil veces. Nunca debía cruzar la calle. Y Sally también conocía las reglas. Nunca debía aparcar al otro lado de la calle y esperar por él allí; o bien aparcaba del lado de la escuela o cruzaba la calle para ir a buscarlo. Sus padres se lo recordaban una y otra vez, pero el problema cuando la gente te recuerda algo tan a menudo es que empiezas a ignorarlo. Las palabras entran, pero no las asimilas. El otro problema fue que llegó tarde. Sólo por dos minutos. ¿Cuántas veces ha recordado la ruta que tomó para ir a la escuela de Martin ese día? Un semáforo en rojo que podría haber estado en verde. Alguien que remolcaba un tráiler delante de ella a cuarenta en lugar de a cuarenta y cinco kilómetros por hora. Un paso de peatones con gente que se tomaba su tiempo para cruzar. Todo sumó y, al final, fueron dos minutos. Todo se sumó de la misma manera en que se suman todas las edades en el cementerio y se dividen para obtener una media de sesenta y dos. Simples matemáticas combinadas para acabar con una vida.

Había detenido el coche fuera de la escuela dos minutos más tarde de lo que debería haberlo hecho. Había abierto la puerta dos minutos después de lo que debería haberlo hecho. Y Martin la había visto desde el otro lado de la calle. Todo se redujo a matemáticas, física básica y dinámica humana. Martin se excitó. Martin salió corriendo hacia la calle mientras ella se bajaba del coche. Martin se interpuso en el camino de un objeto que se movía mucho más rápido que él y pesaba mucho más que él. Sally había corrido hacia él y se había arrodillado a su lado. Estaba vivo, pero eso había cambiado dos días después. Le había fallado a su hermano cuando él más la necesitaba.

No le fallará a Joe. Él la necesita. Necesita a alguien que lo cuide y lo proteja de cualquier locura en la que se haya metido.

# CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

El camino a casa me lleva por calles que huelen a perro mojado. La ropa se me pega, los calzoncillos se me amontonan en el culo. Cuando llego a mi edificio, entierro el arma homicida y los guantes en el jardín. Subo las escaleras y saco las llaves del bolsillo para…

¡Por el amor de Dios!

En el suelo, frente a la puerta de mi apartamento, está Pepinillo. O Jehová. Es demasiado difícil distinguirlos. Me doy la vuelta para buscar al peludo hijo de puta que hizo esto, pero se ha ido. Me agacho y toco mi pez muerto con el dedo. Está gomoso.

Encuentro una bolsa de pruebas en la cocina. Estoy inclinándome sobre el pez cuando escucho el maullido. Levanto la cabeza; al final del pasillo, está el maldito gato. En el suelo frente a él, está el otro pez de colores. El gato estira una garra hacia adelante con lentitud y empuja el pez unos centímetros hacia mí; luego retrocede la pata. Ladea la cabeza y maúlla en mi dirección. Saco un cuchillo de mi maletín, que todavía está junto a la puerta. Sin dejar de mirarme, el gato se adelanta y empuja el pez un poco más hacia mí. Luego se sienta. ¿Qué demonios intenta hacer? Cojo el cuchillo más grande que encuentro.

—Anda, gatito. Ven aquí.

Comienza a avanzar hacia mí, cubre la mitad de la distancia, se detiene, se da la vuelta hacia el pez detrás, se detiene, y vuelve a girar hacia mí. Maúlla. Aprieto el cuchillo. Entonces regresa despacio hacia el pescado, lo coge con suavidad entre los dientes y lo trae en mi dirección. Se detiene a cierta distancia, deja el pez en el suelo y retrocede unos pasos. Vuelve a maullar. Me pongo de rodillas para poder arrastrarme con lentitud hacia a delante. Mantengo la hoja del cuchillo delante de mí.

Y entonces entiendo lo que está haciendo. Me está devolviendo el pez. Maúlla de nuevo, pero esta vez es más como un gemido susurrante.

»Eso es —lo aliento con voz amistosa, feliz de hacerle creer que ya no tengo ningún deseo de verlo desollado—. Anda, amiguito. No voy a matarte, pequeño. No voy a romperte el cuello.

El animal maúlla y se adelanta unos pasos más. Sigo moviéndome hacia él. Estoy más cerca ahora. A menos de un brazo de distancia. Más cerca aún…

Nos alcanzamos, y el gato baja la cabeza y me da un cabezazo en un puño.

Y luego el muy hijo de puta empieza a ronronear.

¿Y yo? ¿Qué hago?

Joder, empiezo a acariciarlo. Le hago cosquillas debajo de la barbilla como si fuera el mejor gatito del mundo.

Miro el suelo donde están mis dos peces de colores muertos. Voy a tener que

enterrarlos de nuevo. Aprieto la empuñadura del cuchillo y uso la punta del mismo para empezar a rascarle la parte superior de la cabeza. El gato inclina la cara hacia un lado para que lo pueda rascar mejor.

Todo lo que tengo que hacer es empujar hacia abajo y este gatito que he salvado…

*Salvado*. Esa es la palabra clave. Yo salvé esta cosa, gasté dinero en ella, la traje a mi casa, me pagó matando mis peces de colores, y después de todo eso, lo estoy salvando de nuevo. Salvándolo al no matarlo. Guardo el cuchillo.

Bajo los ojos observadores del gato, coloco los dos peces de colores en una bolsa de pruebas. Los enterraré más tarde.

Ya en el interior, me siento en el sofá. El gato salta a mi rodilla y yo lo sigo acariciando. Al cabo de unos minutos, se queda dormido.

Antes de irme a la cama, contemplo la mesita de café y me pregunto si compraré más peces. Quizá cuando todo esto termine. Sin ellos, siento como si me faltara una parte de mi vida. Me siento vacío. Aunque no tan vacío como me sentí ayer.

Cuando me despierto a la mañana siguiente, estoy sudando y el gato está en la punta de la cama. He tenido otro sueño. Puedo recordar a Melissa. Estábamos juntos en algún lugar, creo que en una playa o una isla, y me daba cuenta de que me había formado una idea equivocada sobre nuestra relación violenta. En lugar de matarla, estaba tumbado con ella, y ambos disfrutábamos de la arena, el sonido del mar y el sol. Era como si estuviéramos pasando un buen rato.

Una pesadilla.

El olor del mar se filtra desde el sueño y permanece en la habitación durante unos minutos. Para alejarme de él, me meto en la ducha. Me froto para sacarme de encima la noche, la pegajosidad y los restos del sueño. Cuando salgo, el gato está sentado en el suelo de la cocina, limpiándose. Encuentro algo en la nevera que parece carne y el gato parece lo bastante feliz como para creerlo.

Antes de salir para el trabajo y después de prepararme unas tostadas, reviso el maletín y estudio mi surtido de herramientas. Y lo más importante, compruebo que la Glock que tomé de Calhoun esté completamente cargada. Lo está: los quince cartuchos listos para reaccionar a la punta de mi dedo cuando apriete el gatillo mecánico. El primer cartucho listo para ser introducido en la recámara, listo para ser golpeado por el percutor, la pólvora dentro lista para encenderse. El gas, la presión, la explosión.

El poder.

El dedo en el gatillo tarda menos de un cuarto de segundo para obedecer la orden del tirador. Milisegundos después, el percutor está golpeando. Para que el ciclo completo progrese desde el impulso nervioso hasta el disparo del cartucho, estamos hablando de un tercio de segundo. La bala viaja a casi trescientos metros por segundo. El objetivo puede estar muerto en menos de un segundo.

Vuelvo a colocar la pistola en el maletín. Dejo salir al gato del apartamento. Me voy a trabajar.

El lugar es un manicomio.

Oficiales y detectives se mueven con frenesí. El ruido es mucho más intenso que cualquiera de los días anteriores. Los hombres llevan las mangas arremangadas y las corbatas flojas. Las conversaciones brotan de cada rincón, de cada cubículo, de cada oficina. La excitación pende en el aire como un globo a medias desinflado. No llego a escuchar conversaciones completas mientras me abro paso entre los grupos de personas en dirección a mi oficina, pero capto algunos fragmentos.

«¿Hace cuánto que lo conoces?».

«He oído que su hijo se suicidó».

«¿Alguien ha chequeado en su hotel?».

«¿En qué otro lugar podría estar alojado?».

«¿A cuántos crees que ha matado?».

«Y lo conocías».

«Y cenabas con él».

«Y trabajabas con él».

Están buscando a Calhoun. Lo están cazando. Cierro la puerta de mi oficina. Diez segundos después, Schroder llama a la puerta y entra.

—Buenos días, Joe.

—Buenos días, detective Schroder.

—¿Te has enterado?

Sacudo la cabeza.

—¿De qué, detective Schroder?

—¿Cuándo fue la última vez que viste al detective inspector Calhoun?

Lo pienso.

—Ayer, en el trabajo —respondo—. ¿Usted no lo vio, detective Schroder? Es el tipo canoso.

—¿Te dijo algo ayer? ¿Algo fuera de lo normal? —Pienso en nuestra conversación, en su descripción de cómo mató a Daniela Walker.

—No, nada en especial.

—¿Estás seguro?

—Eh… —Le doy unos diez segundos a mi proceso de pensamiento, que es mucho tiempo cuando alguien te mira con fijeza. Busco ese efecto dramático y, por fin, repito mi respuesta original—. No, detective Schroder. ¿Cuándo fue la última vez que lo vio usted? —pregunto.

—Avísame si se te ocurre algo —replica Schroder, ignorando mi pregunta.

Sin esperar una respuesta, se vuelve y se marcha a toda prisa, como si tuviera que estar en todas partes al mismo tiempo. No me explica por qué están buscando a Calhoun.

Comienzo mi jornada laboral con la limpieza de los baños, uno de esos trabajos que hace reflexionar a cualquiera sobre las decisiones que ha tomado en la vida. Para cuando termino, más de la mitad de la gente en el concurrido cuarto piso se ha ido. El resto no me presta atención. ¿Alguno está registrando la casa donde dejé a Calhoun? Al parecer no. ¿Por qué lo harían? ¿Porque dejó dos víctimas allí?

Con tantos oficiales buscando por ahí y tantos detectives pensando en lugares

adonde enviarlos, es posible que lo encuentren. Y si lo hacen, ¿qué les dirá Calhoun? ¿Puede arriesgarse a contarles de mí? No, no puede, porque entonces lo delataré. El hecho de que la policía piense que se está escondiendo o que quizás planea abandonar el país y no rememorando sus crímenes y rondando los lugares de los hechos me genera un cierto alivio.

Arrastro la aspiradora a la sala de conferencias. La sala es un caos. Carpetas, fotografías, declaraciones. Colillas de cigarrillos aplastadas en ceniceros llenos, envoltorios de comida hechos bolas de papel sobre la mesa, envases vacíos de comida en la basura. Expedientes desparramados por el suelo y, entre ellos, en el centro de la enorme mesa, dos armas homicidas. La primera es mía, la que usó Melissa. La segunda es de la habitación de hotel de Calhoun. Ambas están cubiertas con un polvo blanco fino.

Contemplo el retrato robot que Melissa detalló para ellos unas mañanas antes. Junto a él, hay una fotografía de Calhoun. Sería una exageración encontrar cualquier similitud real entre los dos, pero eso no importa, porque ahora tienen huellas dactilares y a esta altura, eso es tan bueno como una confesión. La ausencia del detective hoy lo hace parecer más culpable. Calhoun sabía que habían encontrado el arma homicida, sabía que tenía que largarse a la mierda.

Me siento en la mesa, recojo las bolsas de plástico de a una por vez y examino los cuchillos. No los saco, más bien sólo los admiro a través de las bolsas. De hecho, *admirar* no es la palabra correcta. Lo que hago es recordar. El mío tiene una historia. El de Calhoun tiene una historia. Una historia breve, quizás, pero por cierto muy importante.

Después de limpiar la sala y coger mi grabadora de casetes (no sólo la cinta), regreso a mi oficina y almuerzo. El resto del día es muy ajetreado para todos menos para mí. Para mí, es sólo estresante. Observo a todas las personas como si me estuvieran observando a mí, listas para arrestarme porque han encontrado a Calhoun atado y adherido a una silla en la casa de Daniela Walker.

A las cuatro y media, después de asegurarme de que nadie está mirando, escondo el tiquet de aparcamiento con las huellas dactilares frescas de Calhoun detrás de su escritorio. No puedo ponerlo en uno de los cajones, ya deben haber registrado el escritorio hoy. De esta manera podría haber sido pasado por alto, y cuando registren su cubículo de nuevo, lo encontrarán. Si no, lo encontraré yo cuando pase la aspiradora y se lo entregaré a Schroder. Lo dejo caer de la bolsa de pruebas sin tocarlo.

He caminado veinticinco minutos en dirección a la casa de los Walker, en lo que se está convirtiendo en una hermosa tarde de viernes, cuando suena mi móvil. La breve melodía me hace estremecer. Lo saco del bolsillo y lo abro.

—Hola, Melissa.

—Hola, Joe. ¿Disfrutando de la tarde?

—Ya no.

—Anda, vamos, Joe, eso no es muy amable. He estado pensando en ti, sabes. Pensando en que me gustaría llevarte al parque una vez más y mostrarte la otra

mitad de lo que nos quedó pendiente.

—¿Qué quieres?

—Mi dinero. ¿Lo tienes?

—No todo.

—¿No? Bueno, eso no es suficiente, Joe. Dije cien mil dólares. Cualquier cifra menor es una pérdida de tiempo.

—Tengo ochenta, y puedo conseguir los veinte restantes la próxima semana —miento, pues sé que suena mucho más realista. Melissa se queda callada durante un minuto. No hay problema, ella está pagando la llamada.

—Ochenta mil serán suficientes para el fin de semana, Joe, pero como me has defraudado, te va a costar otros cuarenta la semana que viene.

—No puedo conseguir cuarenta.

—Dijiste lo mismo de los cien y mira qué bien te ha ido.

—Vale.

—¿Dónde quieres que nos encontremos? —pregunta.

—¿Vas a dejar que yo lo decida?

—Por supuesto que no. Sólo quería darte un poco de esperanza. Eso es todo.

—No voy a dejar que tú lo decidas. Si quieres el dinero, yo pondré las condiciones.

—Si no quieres ir a la cárcel, Joe, las condiciones las pondré yo.

—Vete a la mierda.

—Vete tú a la mierda, Joe.

Qué tal, ¿eh? Igual que una pareja casada.

—Escucha, tienes mi arma —le recuerdo—. No debería preocuparte demasiado el lugar donde nos encontremos.

—No confío en ti, Joe.

—Es una casa donde maté a alguien.

—¿Todavía están ahí? —Su voz sube una octava. Sacudo la cabeza, aunque estoy hablando por teléfono.

—La víctima previa. Pero el lugar huele a muerte. Te puedo dar una visita guiada, si quieres.

—¿Es el lugar adonde llevaste a la puta la otra noche?

—El mismo —respondo, y sé que ella me siguió hasta allí y mató a la puta que yo tenía en el maletero del coche mientras yo estaba adentro.

Parece que le gusta la idea.

—Te veré allí a las seis en punto, Joe. No me hagas esperar.

Cuelga. Maldita sea, no tengo mucho tiempo. Tomo el autobús. No quiero robar un coche. Si hay un día en el que podrían atraparme, es hoy. Lo intuyo. Está haciendo más calor, como si el verano estuviera presentando una última resistencia. El clima de Christchurch. Calor esquizofrénico y todo eso.

Llego a la casa y me dispongo para mi última noche como el Carnicero de Christchurch.

# CAPITULO CUARENTA Y OCHO

Decido pasar por el frente de la casa y seguir caminando. Son las cinco y cuarenta y cinco. Voy hasta el final de la manzana y vuelvo. No veo ningún vehículo de aspecto extraño. No hay señales de vigilancia. Ni de Melissa. Una tarde de lo más normal en un barrio residencial.

Recorro el sendero de entrada hasta la puerta principal y siento como si volviera a casa. He estado aquí tantas veces en las últimas semanas que se está convirtiendo en una parte habitual de mi vida. El marido de la mujer muerta podría empezar a cobrarme un alquiler. Al menos esta será mi última vez aquí. Asimilo lo que voy viendo sin ningún sentimiento de nostalgia. No derramaré ni una lágrima.

La casa sigue estando calurosa. Parece que seguirá así hasta que el invierno acabe con todo lo verde a la vista. Si la policía estuviera aquí, ahora es el momento en que se aparecerían para detenerme No es que vayan a hacerlo, por supuesto. No están aquí. Estoy seguro. Sin embargo…

Cierro los ojos. Espero. Cuento un minuto lento durante el cual escucho todos los sonidos de la casa y de la calle. Una cortadora de césped, una mujer que le grita a su hijo para que se dé prisa, un coche que pasa. En el interior, lo único que oigo es mi propia respiración. Si la policía está aquí, les diré que pensé que era parte de mi trabajo limpiar este lugar. Que pensé que era una extensión de la comisaría ya que docenas de detectives han estado aquí unas cuantas veces. Pronunciaré mal *extensión* y haré una pausa de unos segundos buscando otra palabra para reemplazarla.

Abro los ojos. Nada. Sigo solo.

Cuando llego al dormitorio paso directamente al baño y sonrío al ver el hombre atado a la silla ahí dentro. En algún momento de la noche, o quizás hoy, se ha meado encima. El baño apesta y él está hecho un desastre; toda la escena es un poco triste y patética.

Lo miro a los ojos y veo el odio que vi anoche. Están rojos e hinchados como si se los hubiera frotado, pero sé que no lo ha hecho. Tiene aspecto de no haber dormido desde que lo vi ayer. La camisa le cuelga y el cuello está manchado de sangre. Tiene los brazos rojos de intentar romper la cinta y la cuerda. Incluso su pelo corto está despeinado. Motas de sangre se han secado en la superficie de la cinta adhesiva. El lado derecho de su mandíbula se ha vuelto de color gris oscuro y le ha salido un gran chichón en la frente. Debe saber cómo se ve, ya que tiene una buena visión de sí mismo en el espejo.

—No, no, no te levantes —le digo y extiendo una mano. No se ríe, ni siquiera intenta conversar.

»Vale, detective inspector, este es el trato. Te pagaré veinte mil por tus oídos y tu

mente, ¿de acuerdo? Y no te olvides que tengo la pistola, y también tengo una cinta de la conversación de anoche. —Le muestro la grabadora que ha estado viviendo dentro de una maceta durante meses—. Si intentas algo, o me pasa algo a mí, esa cinta caerá en manos de tus colegas. Asiente con la cabeza si lo entiendes.

Lo entiende.

»La cosa es así. En otros… —agrego y consulto mi reloj— cinco minutos, vamos a tener una visita. Ella va a venir aquí, y va a chantajearme. Sin embargo, al igual que tú, ella también es una asesina. Me imagino que la reconocerás. Tu obligación es permanecer en silencio aquí en el baño. Una vez que ella haya confesado, abriré la puerta, ella te verá, y quedará tan incriminada como tú y yo. Lo que tendremos entonces es un empate de tres. ¿Cómo?

Él gruñe.

»Tomaré eso como un *sí*.

Otro gruñido. Menea la cabeza, tal vez porque ve un problema en el plan, pero no importa. Cierro la puerta y espero en el borde de la cama con mi maletín y sin los ochenta mil dólares.

Diez minutos después, oigo que se abre la puerta principal abajo. Me quedo donde estoy. Melissa me encontrará sin demasiada dificultad.

Llegó el momento. Aquí es donde mis fases y mis planes me han traído.

Oigo a Melissa entrar en la cocina. La puerta de la nevera se abre. Luego se cierra. ¿Somos de verdad tan parecidos? Espero que no.

Un minuto después, sube las escaleras.

—Hace un puto calor aquí arriba, Joe.

Me encojo de hombros.

—No hay aire acondicionado.

—Me sorprende que no hayan cortado la luz. ¿Ese es el dinero? —pregunta y señala el maletín con la cabeza.

—Ajá.

No dejo de observarla. Está más guapa que la noche que nos conocimos. Más hermosa que el día en que me chantajeó. Su minifalda negra dejar ver sus piernas largas y bronceadas. Lleva puesta una chaqueta púrpura oscura, que hace juego con sus zapatos púrpura. La blusa es negra y sedosa. Ha escogido un estilo de vestirse para demostrar poder, y lo consigue. Echa un vistazo a su costoso reloj. Una vez más, me pregunto a qué se dedica realmente, y cómo obtiene su dinero. Quizá sea una arquitecta de verdad.

»¿Tienes una cita? —le pregunto.

Se ríe.

—Siempre puedes hacerme sonreír, Joe.

—Lo intento.

—De hecho, estaba viendo cuánto tiempo te iba a llevar dejarte de gilipolleces y darme mi dinero.

Me reclino en la cama.

—Todavía tengo algunas dudas.

—¿De veras? Bueno, pobrecito Joe, cuéntale todo a Melissa.

—Una vez que te dé el dinero, ¿cómo sé que no irás a la policía de todos modos?

—Soy buena gente, Joe. Nunca mentiría.

Claro. Buena gente, tus cojones.

—Me mentiste.

—Te mereces que te mientan.

—No has respondido mi pregunta.

—Vamos, Joe. Lo que estás comprando aquí es confianza. ¿Qué clase de mundo es este si no podemos confiar los unos en los otros? Una vez que tenga el dinero, todo lo que tengo sobre ti, Joe, irá a un lugar seguro, de modo que si algo me pasara —continúa y agita una mano en el aire—, qué sé yo, tal vez algo parecido a que me corten el cuello, entonces lo que tengo sobre ti irá directo a la policía. Y sólo entonces.

—¿Y cómo sé que no regresarás para seguir pidiéndome más?

Se encoge de hombros.

—Supongo que no puedes saberlo. —Deja que sus palabras queden flotando en el aire. Está pensando que en algún momento regresará para pedir más dinero.

—¿Qué se siente estar aquí arriba —aventuro—, en presencia de la muerte?

—No hay nadie muerto aquí arriba.

—Lo hubo.

—¿Dónde las mataste?

Me levanto y camino hacia el rincón opuesto, de manera que ahora estoy de pie junto a la misma pared de la puerta del baño, pero en el otro extremo.

—Las maté a las dos en la cama —respondo, atribuyéndome la muerte de Daniela Walker.

—¿En esta cama?

Está sin hacer, las mantas y las sábanas están arrugadas por el uso. Todavía se pueden ver las gotas de sangre seca.

—Así es.

Melissa se acerca a la cama. Puedo ver la Glock con claridad en su mano. Mi Glock. Incluso mientras estudia la cama, mantiene el arma apuntando hacia mí. Con firmeza.

—¿Qué te hizo sentir? —pregunta.

—Deberías saberlo.

Se vuelve hacia mí y sonríe.

—Es cierto, Joe. ¿Sabes?, a veces siento como si hubiera algo especial entre nosotros.

—¿El chantaje?

—No.

—¿Qué los dos somos asesinos?

Sacude la cabeza.

—No, eso tampoco.

—¿Qué, entonces?

—Creo que es nuestro amor por la vida.

—Qué poético.

—Si insistes.

No he insistido en nada.

—¿Qué te hizo sentir a ti, Melissa? Cuéntame.

—¿Qué me hizo sentir qué?

—Matar.

—Lo he hecho antes.

—Estás bromeando.

—Sólo un par de veces. Aunque nunca fue tan divertido como la otra noche.

Debo estar de acuerdo.

—Es divertido, ¿no?

—¿Ves? Estamos de acuerdo. No somos tan distintos, Joe. —Comienza a frotar su mano libre sobre la cama, como si tratara de sentir la muerte que tuvo lugar aquí, como si intentara absorberla por los poros de la piel.

—Creo que somos más parecidos de lo que crees.

Con la mano todavía en la cama, se gira para mirarme. La pistola sigue apuntando en mi dirección.

—¿Por qué dices eso?

—Porque también te mereces que te mientan.

Se endereza y observa el maletín.

Asiento con la cabeza hacia él.

»Anda, ábrelo.

Sin dejar de apuntarme con la pistola, se estira y abre el pestillo izquierdo, luego el derecho. Se da la vuelta hacia mí y abre la tapa, luego se gira para mirar el interior.

—¿Qué demonios estás tramando, Joe? ¿Dónde está mi dinero?

—No vas a recibir ningún dinero, Melissa. —Parece genuinamente sorprendida. Como si nunca se le hubiera ocurrido que yo podría no pagarle.

—Si esta es la forma en que vas a hacer las cosas, entonces iré derecho a la policía.

—¿De veras? ¿Y cómo vas a explicar tu participación?

—No será necesario.

—Piénsalo mejor, zorra. —Asiento con la cabeza hacia el baño.

—¿Pusiste una cámara de video, Joe? Vamos, no seas tan infantil. Me llevaré la cinta ahora. Y después te voy a disparar en las pelotas. Ups, quiero decir en *la* pelota.

—Tengo algo mucho mejor que una cámara de video. ¿Por qué no lo chequeas?

Se mueve hacia la puerta del baño, con la pistola siempre apuntando delante de ella. Cuando la alcanza, la abre con lentitud. Atisba el interior y se ríe. Tal vez piensa que le he comprado el mejor de los regalos.

—¿Un policía? ¿Vas a matar a un policía? —pregunta.

—No voy a matarlo. Es demasiado valioso para eso.

Detrás de ella, puedo ver cómo los ojos de Calhoun se abren con sorpresa al ver a Melissa. La reconoce de la comisaría. Sus ojos van de izquierda a derecha, en un esfuerzo por decidir cuál de nosotros es más peligroso. Esta es la mujer que le dio una descripción del asesino. Esta es la mujer que me tiene a punta de pistola; sin embargo, yo soy el hombre que lo noqueó y lo inmovilizó. ¿Qué carajo está pasando, se pregunta? ¿Y cuándo recibirá su dinero?

También puedo ver los pensamientos que atraviesan la mente de Melissa. Le gusta coleccionar cosas de la policía, y se está preguntando si podría coleccionar a este tipo. Lo está midiendo para ver si tiene espacio para él en su casa. Tal vez en el rincón de la sala de estar, o junto a la nevera.

—No entiendo a qué estás jugando, Joe.

—Él es mi testigo de lo que tú eres en realidad.

—¿Ah? ¿Y qué tienes contra él?

—Suficiente.

Melissa observa alrededor de la habitación. Es evidente que odia perder. Empieza a sacudir la cabeza despacio. Puedo oír el rechinar de sus dientes. Parece cabreada.

—Te olvidas de una cosa, Joe.

—¿Y qué sería eso?

—Yo no lo necesito.

Antes de que pueda reaccionar, Melissa coge un cuchillo de mi maletín y entra corriendo al baño. Se para detrás de Calhoun, cuyos ojos se abren de miedo porque sabe tan bien como yo lo que está a punto de ocurrir. La silla se sacude debajo de él cuando trata de apartarse, pero es inútil. Ella le sostiene el cuchillo contra la garganta y observa mis ojos. Mis ojos se deslizan de los del detective, que acaba de quedarse quieto como una piedra, a los de la mujer detrás de él. La mirada de Melissa refleja diversión, y una sensación de disfrute. No por lo que está a punto de hacerle al policía, sino por lo que está a punto de hacerle a mi testigo. Apenas he dado un paso, pero ahora no me atrevo a acercarme más.

—Piénsalo bien, Melissa —le advierto con nerviosismo. Pongo las manos delante de mí, con las palmas hacia fuera—. Piensa en lo que estás haciendo.

Calhoun está suplicando con sus ojos, y cuando Melissa aparta el cuchillo de su garganta, la súplica se convierte en alivio… y luego en espanto cuando ve que el cuchillo vuelve a aparecer ante su vista y desciende hacia su pecho. Sus ojos irradian un destello de terror, y el destello se evapora al instante cuando el cuchillo se clava en su cuerpo.

En ese mismo momento, Calhoun emite un sonido, a la vez un gorgoteo y un gruñido, y lucha con más fuerza contra la soga, como si la hoja de metal que le ha perforado el pecho no fuera un cuchillo sino una batería de alto voltaje de la que está extrayendo energía. Aun así, no es suficiente para darle la fuerza necesaria para romper la soga y la cinta que lo mantienen inmovilizado. La silla se mueve de un lado a otro y el peso del cuerpo la hace bailar por el suelo. La sangre brota de su pecho. Se acumula alrededor de la hoja del cuchillo y pronto se extiende por su

camisa. Melissa deja el cuchillo dentro de él y se aleja para observar. La sangre ha salpicado el espejo e incluso el techo. Calhoun intenta escupir más sangre, pero debido a la cinta adhesiva en su boca, le resulta imposible. Comienza a ahogarse, su cara se pone roja y no estoy seguro de si se está ahogando o se está desangrando. La parte delantera de la mordaza de cinta adhesiva se vuelve roja. El color de su rostro pasa de rojo a púrpura, el mismo púrpura que tenía el cielo cuando lo contemplé desde el parque con mi testículo convertido en papilla. La silla baila más rápido sobre el suelo de linóleo y las piernas la acompañan a un ritmo moribundo. Sus ojos están todo lo abiertos que pueden estar, y en ellos puedo ver toda clase de miedo y certeza. Miedo a morir. La certeza de que sus últimos segundos en este mundo están ocurriendo ahora mismo.

Me mira y creo que quiere que lo ayude, pero no estoy seguro. Me quedo inmóvil, sin poder hacer nada para salvarlo. Su garganta comienza a hincharse y su boca se llena de sangre. Es una carrera para ver qué lo matará… la puñalada o la asfixia… y cuando deja de moverse, con la cabeza caída hacia adelante y su respiración entrecortada convertida en un inquietante silencio, sólo puedo suponer.

Permanezco con la boca abierta, la lengua casi colgando y el sudor que resbala por mi frente.

—Maldita puta —consigo susurrar—. ¿Cómo has podido hacer algo así?

Melissa se acerca a él y le quita la cinta adhesiva. La sangre brota de entre los labios de Calhoun y se derrama sobre su camisa.

—Me sorprende que hayas pensado que no lo haría. Te dije que nada de trucos, Joe.

—No, no me dijiste.

—Bueno, deberías haberlo imaginado. Todavía quiero mi dinero.

—No lo tengo.

—Consíguelo.

Observo el cuerpo de nuevo.

—Quizá esté vivo —susurro. Estoy a punto de avanzar para comprobarlo cuando ella me interrumpe.

—Quizás —conviene, y coje el cuchillo y lo retira del pecho.

—No… —digo, y dejo que mi voz se desvanezca.

Melissa se aproxima más y trata de escuchar la respiración. Si la escucha o no, no puedo saberlo. Lo que sí hace es arrastrar el cuchillo a través de la garganta de Calhoun. Luego da un paso atrás. Mete un dedo en la herida, se lo lleva a la boca y chupa la sangre.

—Si no estaba muerto, no hay duda de que ahora lo está. Y a menos que quieras que la policía te arreste el lunes, te sugiero que me des mi dinero.

—Dame cuatro horas.

Melissa baja la vista hacia su chaqueta y ve algunas manchas de sangre. Se la quita. Sus pezones sobresalen como si tuviera pequeñas monedas metidas en el frente del sujetador. Vuelve a arrastrar el cuchillo por la garganta del hombre

muerto, lo que produce un sonido que me hace recordar al ruido de los zapatos mojados al caminar. Luego se coloca detrás de él para cortar las sogas y la cinta. Después de dejar caer el cuchillo al suelo, levanta uno de los brazos de Calhoun y apoya una mano del detective en su pecho derecho. Deja escapar un suave gemido.

Cuando levanta la vista hacia mí, sonríe.

—¿Quieres probar?

—¿Prometes no abofetearme?

—Claro que no, idiota. ¿Quieres ver qué se siente?

—Se siente como un tipo muerto.

—Si puedes conseguir el dinero con esa rapidez, Joe, todavía tenemos un trato.

—¿Dónde y cuándo?

Ella suelta el brazo y echa un vistazo a su reloj mientras repasa su agenda mentalmente.

—A las diez. En nuestro parque. No llegues tarde.

Nuestro parque. Seguro, no llegaré tarde.

—Allí estaré.

—Nada de trucos, Joe.

—Nada de trucos.

Con eso, se da la vuelta para marcharse y me quedo solo con un cadáver inútil.

# CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

*Siempre listo*. Ese es el lema de los *Scouts*. Se aplica a cualquier cosa en la vida. Es como hacer los deberes. No puedo dejar de recalcar lo importante que es.

Me quedo mirando por la ventana unos minutos más para asegurarme de que Melissa se ha ido. Es una noche clara, ya han salido algunas estrellas y una luna pálida está cobrando fuerza. Melissa desaparece entre las farolas de la calle y reaparece en las siguientes, hasta que no reaparece más. Cuando estoy convencido de que se ha marchado, apunto con el mando a distancia hacia el armario. Pulso un botón y apago la cámara de video que está funcionando allí. La cámara de video de la chica lisiada.

Rebobino la cinta y me siento en el borde de la cama para ver la grabación de esta noche a través del pequeño visor. Había iniciado la grabación cuando me acerqué al rincón del dormitorio. Había alejado el objetivo para poder capturar la mayor parte de la habitación, incluida la cama. Continúo mirando la cinta. Veo a Melissa cuando acaricia las sábanas y luego, poco después, cuando abre la puerta del baño y asesina al policía.

Debido al ángulo de la lente, he logrado no aparecer en la grabación. Si lo hubiera hecho, la habría editado. Parece que no es necesario.

Saco la pistola del detective muerto de la cintura de mis pantalones y la dejo sobre la cama para tenerla a mano. El arma está lista para disparar, lo ha estado toda la noche. Era mi protección contra Melissa en caso de que algo saliera mal.

Al final, todo salió a la perfección.

Melissa no cortó todas las ataduras del policía, así que cojo un cuchillo y termino el trabajo. Huele a orina y a muerte mientras arrastro su pesado cadáver al dormitorio, con cuidado de no mancharme con sangre. Cuando lo dejo caer sobre la cama, rebota una vez antes de quedarse quieto.

Busco en la habitación algo que pueda usar para envolver el cuerpo. La sangre empapará las sábanas, así que vuelvo al baño y arranco la cortina de la ducha, esparciendo los anillos de plástico por los cuatro rincones. La uso para envolver el cuerpo. El resultado final es un capullo de aspecto extraño, que parece listo para incubar un ser de alguna película de ciencia ficción de serie B de los años cincuenta. La sangre se extiende por el interior, pintando la cortina de este útero. Utilizo cinta adhesiva y los cordones de los zapatos de Calhoun para asegurar la cortina. De regreso en el baño, lavo el cuchillo que Melissa usó para matarlo, lo seco y lo vuelvo a guardar en mi maletín.

Arrastro el capullo escaleras abajo por los pies… con la cabeza que golpea en cada escalón… y luego a través del suelo hasta el garaje contiguo. La sangre se filtra por la cortina de baño en lugares donde no lo envolví como debería (los hombres no saben envolver, es un hecho) y mancha la alfombra. Lo dejo en el

suelo del garaje, enciendo una luz y miro a mi alrededor. Las herramientas de mi oficio están aquí. Tomo una lata de plástico de gasolina que está junto a la máquina cortacésped y la agito. Parece estar casi llena. Quizás algo más de diez litros. La llevo adentro de la casa.

La idea es simple. El fuego no es una forma infalible de destruir todas las pruebas, pero sin duda es mucho mejor que limpiar la casa de arriba abajo. Además, en este último caso, si se sospechara de algo, se podrían utilizar productos químicos que resaltan la sangre lavada y, a partir de ahí, la conexión con Calhoun podría resultar bastante fácil. El fuego es una garantía mucho mayor de que no encontrarán nada.

Desde luego, quemar el cadáver aquí no es la mejor idea. Se necesita una temperatura extrema para quemar hueso, y según la rapidez con la que los vecinos se pongan en contacto con los bomberos, la posibilidad de que el cuerpo se convierta en polvo antes de que lleguen o de que la casa se queme por completo es tan grande como que me vuelva a crecer el testículo. El patólogo estudiará el cuerpo, el daño en la garganta cortada, la mandíbula magullada. Incluso podría encontrar restos de cinta adhesiva en la cara y quemaduras de soga en los tobillos y las manos. Y aun cuando el fuego convierta el cuerpo en un esqueleto, encontrará bordes dentados en el esternón donde se hundió el cuchillo. Sabrán que Calhoun fue asesinado e incriminado.

Le quito la tapa a la lata de gasolina y comienzo a arrojarla sobre la alfombra y la cama. El olor llena enseguida mis fosas nasales. Al principio, tal vez por unos segundos, me gusta, pero pronto se vuelve nauseabundo y me dan ganas de vomitar. Cuando la habitación está lo bastante húmeda como para arder con rapidez, recorro todas las demás habitaciones en la planta superior y voy dejando un reguero de gasolina a mi paso. Hago lo mismo en las escaleras y abajo, en la planta baja. Guardo un poco para el viaje.

Cojo mi maletín y salgo. Respiro profundo un par de veces para despejar mis pulmones y luego escupo el gusto a gasolina de mi boca.

Camino un poco. El coche que robé ayer después del trabajo sigue donde lo dejé a unas pocas manzanas de distancia. Lo conduzco hasta la casa, lo entro en el garaje, cierro la puerta y meto el cadáver en el maletero. No quería arriesgarme a conducir un coche robado esta noche, pero ahora no puedo arriesgarme a no hacerlo. Caminar por la ciudad con un cuerpo inerte envuelto en una cortina de baño sobre el hombro se vería sospechoso, incluso en esta ciudad.

Busco una cerilla y no encuentro ninguna. Una vez más, el encendedor del coche me saca de un apuro. Treinta segundos después, está color rojo brillante. Lo sostengo junto a un trapo en el garaje y luego arrojo el trapo ardiente adentro de la casa. El fuego se esparce por el suelo, trepa por las paredes y sube deprisa por las escaleras. No ha nacido en ninguna parte y ahora está vivo en todas partes. Vivo y voraz. No necesito supervisarlo. El resto debería ser un juego de niños.

Abro la puerta del garaje, subo al coche y salgo a la calle. Miro hacia atrás por los espejos, pero no veo ninguna señal de fuego en la casa. No me molesto en

esperar. Ocurrirá.

Mientras me alejo de la ciudad, enciendo el estéreo y escucho la misma canción que estaba sonando en el dormitorio de Angela el día que la maté. Parece que fue hace mucho tiempo. Debe ser un presagio, y lo tomo como uno bueno. No puedo evitar cantar mientras me dirijo hacia el norte. Estoy animado, la noche es cálida y las cosas van bien. La vida es buena.

Esta noche estoy buscando un lugar ideal para arrojar un cuerpo. Con este, no puedo permitirme el lujo de que lo encuentren. Conduzco a través de las llanuras que conforman Canterbury, atento a unos de esos caminos de tierra absurdos que no llevan a ninguna parte. Al cabo de una hora, encuentro uno. Una valla de alambre impide el paso público. Fuerzo el candado.

Cuando he conducido lo suficiente, detengo el coche, abro el maletero y arrastro el capullo entre los árboles. Me paso media hora cavando una fosa hasta las rodillas con una pala que tomé prestada del garaje. Todavía tengo puestos los guantes. Mis dedos están húmedos y pegajosos de nuevo. Cuando el hoyo es lo bastante profundo, pateo el costado del cadáver y éste rueda y cae en la tumba con un ruido seco.

Ahora vienen las opciones. Si dejo la fosa abierta, el sol pudrirá enseguida el cuerpo expuesto y los pequeños animales que viven por aquí se asegurarán de roerlo hasta eliminar cualquier evidencia. Sin embargo, esta opción es arriesgada. Si algún granjero paleto pasara por aquí, haría el descubrimiento más emocionante de su vida. Y además, no es probable que haya demasiado sol en los próximos días y semanas.

Me meto en la fosa y, con un cuchillo, abro el capullo. Uso las tijeras de jardinería, un alicate y un martillo para quitarle los dientes y cortarle las puntas de los dedos. Un trabajo macabro, pero silbo mientras lo hago, y no ensucio tanto como hubiera pensado. Mantengo las cosas apuntando lejos de mí para disminuir las posibilidades de mancharme con sangre, pero sigo sin conseguirlo. Después de un rato, le tomo el ritmo y el tiempo pasa rápido.

Guardo los dientes y los dedos en una bolsa de plástico separada, junto con la cartera y el documento de identidad. Rocío el resto del cadáver con lo último de la gasolina, uso el encendedor del coche de nuevo para encender otro trapo y lo arrojo sobre el cuerpo. Huele como una barbacoa. Pasados quince minutos, la mayor parte de él se ha quemado y tengo hambre. Silbando de nuevo, relleno el hoyo, lo apisono con los pies y lo cubro con algunas hojas y hierba seca. Regreso al coche y tiro la pala de Daniela Walker dentro del maletero.

Me detengo a menos de un kilómetro de casa, empapo el coche de gasolina y le prendo fuego. En esta parte de la ciudad, a nadie le importará lo suficiente como para llamar a los bomberos. Camino el resto del trayecto hasta mi apartamento; llevo conmigo la cámara de video y la bolsa de plástico.

Son las nueve y media. Todavía tengo media hora.

Hago dos copias de la cinta de video, aunque sólo necesito una. Guardo una en mi apartamento. La segunda la pongo en mi maletín para guardarla más tarde en

un lugar seguro. Saco todo el efectivo de la cartera del detective, lo doblo y lo introduzco en mi bolsillo; luego meto la cartera en la bolsa de plástico. Los dedos los moleré más tarde y se los daré de comer a los perros del vecindario. Para los dientes usaré un martillo.

A las nueve y cincuenta, camino hacia el parque. La noche todavía está cálida, hay luna llena y las estrellas tienen un brillo inusual, pero quizás ahora veo las cosas más claras. Lo que sí está claro es que es una noche perfecta para el romance y la muerte. Encajada en mi cintura, está el arma de fuego del hombre muerto, que no tengo intención de usar. Encajado también en la parte trasera de mis pantalones, dentro de una funda, está mi pequeño cuchillo con la hoja de cinco centímetros.

Cuando llego al parque, el lugar está completamente vacío. Piso el césped y echo a andar hacia el lugar donde perdí mi testículo. Se siente más frío aquí. Los árboles sobresalen bajo la luz de la luna, me señalan con dedos oscuros y tapan la mayoría de las estrellas. Estoy de pie junto al área de césped donde mi vida cambió para siempre. Me pregunto si todavía estará manchada con mi sangre, pero está demasiado oscuro para saberlo.

A las diez, una figura solitaria camina hacia mí.

# CAPÍTULO CINCUENTA

Está en la cama cuando vienen por ella. En la cama pensando en Joe. Preguntándose dónde estaba esta noche cuando ella fue a su apartamento y llamó a la puerta. No había entrado. No había ido hasta la casa de la madre para ver si estaba allí. No había ido hasta la casa donde lo había visto anoche, aunque suponía que debería haberlo hecho.

Habían pasado cinco años desde la última vez que la policía había ido a su casa. Habían venido dos días después de la muerte de Martin. En aquel entonces, había sido un único patrullero. Les habían tomado declaración con la mayor delicadeza posible. Esta vez, hay varios coches aparcados frente a la casa. Tienen las luces encendidas, pero las sirenas silenciadas. Los golpes a la puerta, sin embargo, son ruidosos. Las luces que se cuelan a través de las aberturas a los costados de las cortinas dibujan patrones rojos y azules que se mueven de izquierda a derecha sobre el papel pintado de su dormitorio. No hay nada de delicadeza en esto.

Oye a su madre y a su padre que preguntan qué pasa, luego su nombre. Sale de la cama y se pone una bata justo cuando se abre la puerta. El detective Schroder está allí; se lo ve estresado, cansado y cabreado. La mira como si fuera culpable de algo.

—¿Qué ocurre?

—Vas a tener que acompañarnos, Sally —responde él. Ella nunca lo había escuchado sonar así.

—¿Qué?

—Vamos, Sally.

—¿Puedo cambiarme?

El detective vacila, es obvio que quiere decir que no, pero entonces llama a una oficial femenina, que entra en la habitación.

—Apúrate —le ordena y cierra la puerta a sus espaldas.

La oficial no le habla mientras Sally se pone unos vaqueros y una camiseta. Reconoce a la mujer, la ha visto en la comisaría, incluso ha hablado con ella en alguna ocasión, pero ahora la oficial se comporta como una extraña. Sally se pone una chaqueta, unos calcetines y los zapatos.

—Vamos —dice la mujer, y abre la puerta.

Media docena de policías están de pie en el pasillo. Están haciéndoles preguntas a sus padres y no responden las preguntas que sus padres les están haciendo. Sally intenta decirles que todo está bien, pero no sabe si es cierto. No le colocan esposas, pero la introducen en la parte trasera de un coche patrulla y se la llevan a toda prisa. Se da cuenta de que más de la mitad de los coches de policía se quedan en su casa. Si están registrando su dormitorio, espera que lo ordenen después. Casi todos sus vecinos están observando de pie en sus jardines delanteros. No sabe qué está

pasando. Está asustada y confundida. ¿Ha hecho algo malo en el trabajo? ¿Creen que ha robado algo? ¿Han decidido, cinco años después, acusarla de la muerte de su hermano?

El viaje a la comisaría es el más rápido que ha hecho nunca. La urgencia por trasladarla allí parece socavada cuando la llevan a una sala de interrogatorios, la dejan sola, cierran la puerta y desaparecen durante media hora. Sally camina por la sala, se sienta, y vuelve a pasearse. Su corazón late acelerado, las manos le tiemblan ligeramente y cada minuto que pasa está más asustada. Nunca ha estado aquí antes. La habitación está fría y agradece su chaqueta. Las sillas son incómodas. La mesa está marcada con el paso del tiempo de otras personas. Uñas, llaves, monedas, cualquier cosa que pudieron encontrar para arañar mensajes en la madera.

No conoce al hombre que entra en la sala treinta minutos después. Es apenas un tipo de apariencia promedio con rasgos promedio, pero la asusta. Le pide que extienda las manos y ella lo hace. El hombre toma muestras de su piel con un hisopo y cuando ella le pregunta por qué, no le responde. Luego se va.

Pasan otros diez minutos antes de que el detective Schroder entre en la habitación; para ese momento, Sally está llorando. El detective se sienta frente a ella y coloca una carpeta sobre el escritorio. No la abre.

—Perdona todo el drama, Sally, pero esto es importante —comienza y le sonríe mientras desliza un café por la mesa hacia ella. Es como si de repente se hubiera convertido en su mejor amigo. Pero no hay ningún rastro de afecto en esa sonrisa.

—¿Qué está pasando?

—¿Cuánto conoces al detective Calhoun?

¿El detective que ha desaparecido? ¿Qué tiene eso que ver con ella?

—No mucho. ¿Por qué?

—¿Alguna vez socializas con él?

—¿Socializar con él? —Sacude la cabeza—. Nunca.

—¿Nunca has ido a tomar una copa con él? ¿Nunca te lo has encontrado en un restaurante? ¿En un centro comercial?

Sally observa el café, pero no lo toca.

—Ya le he dicho que nunca —responde, molesta porque Schroder piense que está mintiendo.

—¿Has estado alguna vez en su coche?

—¿Qué?

—En su coche, Sally. ¿Has dado alguna vez un paseo con él?

—No. Jamás lo he visto fuera de este edificio. Nunca he cenado con él, nunca he tomado una copa con él —asevera, ahora en un tono más fuerte, aunque por dentro está a punto de quebrarse.

—¿Lo has visto hoy?

—Ya me lo preguntó esta mañana.

—Te lo vuelvo a preguntar.

—¿Por qué no me cree?

—Responde la pregunta, Sally.

—No. No sé la última vez que lo vi. Ayer, tal vez.

—¿Tal vez?

—Veo a todos aquí todo el tiempo. Ni siquiera sé si lo he visto a usted ayer, pero estoy seguro de que es probable que sí.

Él asiente, aceptando la respuesta.

—¿Te gusta el fuego, Sally?

—¿El fuego? —Si hace un momento estaba muy confundida, esta pregunta tiene todavía menos sentido—. No entiendo.

—El fuego. Esta noche hubo un incendio. Por eso tomamos muestras de tus manos con un hisopo. Estábamos buscando rastros de algún acelerante.

—Pero no encontraron nada, ¿verdad? —aventura ella, no como una pregunta sino como una afirmación.

—Podrías haber usado guantes.

—¡Pero si yo no prendí fuego a nada! —exclama, alzando la voz.

—Era una casa.

De pronto, todo lo que ha visto en la televisión, todas las series policiales y todas las películas que ha visto con su padre se vuelven útiles, porque en ese momento, sabe con exactitud qué decir a continuación.

—Quiero un abogado.

Schroder se reclina y suspira.

—Vamos, Sally. Sé honesta y no necesitarás un abogado —le asegura él, y eso es algo que también dicen los policías en la televisión—. ¿Hace cuánto tiempo que nos conocemos?

Ella lo piensa. No ve el daño en responder a esta pregunta sin la presencia de un abogado.

—Seis meses.

—¿Confías en mí?

—Hasta esta noche lo habría hecho, pero no, ahora no. No en este momento.

Schroder gruñe y vuelve a inclinarse hacia adelante.

—La casa que se quemó era una escena del crimen. Era el lugar donde mataron a Daniela Walker. Y también a Lisa Houston.

Ella reconoce los nombres: ambas víctimas del Carnicero de Christchurch.

—Yo no incendié ese lugar.

—Y nunca has estado en el coche del detective Calhoun.

—No.

—Y me das tu palabra de eso.

—Sí.

—De acuerdo. Entonces no tienes nada de qué preocuparte. No necesitas un abogado.

Ella sabe que no funciona así.

—¿Entonces por qué me siento tan preocupada?

Él le dirige una sonrisa, pero Sally no detecta simpatía en ella.

—Deja que te enseñe dos cosas —agrega el detective. Abre la carpeta; en el interior, hay una bolsa de pruebas hermética encima de una fotografía. Adentro de la bolsa hay un tiquet de aparcamiento. Sally no alcanza a ver bien la fotografía debajo—. Hoy encontramos esto detrás del escritorio del detective Calhoun. Y lo que hemos descubierto es bastante interesante. Tiene las huellas dactilares de Calhoun. Lo sabemos, porque todos los que trabajan aquí tienen sus huellas dactilares registradas. Todos. Hasta la gente que no es policía. El personal de limpieza, por ejemplo. Incluso Joe. Incluso tú.

Sally no sabe qué decir, así que no dice nada. Aprieta su crucifijo. Lo ha estado sosteniendo en su mano desde el momento en que llegó.

»El segundo par de huellas dactilares en el tiquet son tuyas.

—¿Qué significa eso?

—¿En sí mismo? No mucho. Significa que tú y el detective Calhoun tuvieron este tiquet en la mano en algún momento. ¿Sabes?, fuimos al edificio de aparcamiento al que pertenece. La fecha en el tiquet es de hace cinco meses.

—¿Cinco meses?

—Así es.

¿Cinco meses? Una campanita empieza a sonar en el fondo de su mente. Algo familiar, pero ¿qué?

»Fuimos al edificio de aparcamiento y subimos a todos los niveles. No estábamos seguros de lo que buscábamos. Era probable que fuera una pista falsa. Encontramos el coche de Calhoun en la última planta. El tiquet no correspondía a su coche, sin embargo, porque su coche sólo podía haber estado allí durante un día como máximo. Cuando lo aparcó allí, chocó con el coche de al lado. Le dejó un enorme rasguño todo a lo largo de un costado. Habíamos encontrado su coche, eso era bueno, pero significaba que teníamos que lidiar con el dueño del segundo coche. Y con las compañías de seguros. El dueño no iba a estar nada contento. ¿Alguna idea de lo que pasó entonces?

Sally sacude la cabeza, demasiado asustada para hablar.

»Chequeamos la matrícula. Resultó que el coche había sido denunciado como robado hace cinco meses. La denuncia se había hecho un día después de la fecha que figuraba en el tiquet de aparcamiento. Eso significa que el coche fue robado por la noche y aparcado allí, y que al día siguiente, cuando el dueño se disponía a ir a trabajar, descubrió que no podía. Así que abrimos el coche. ¿Quieres adivinar lo que encontramos adentro?

Sally sacude la cabeza.

—Encontramos un cuerpo.

Ella emite un grito ahogado y aprieta el puño. Las esquinas del crucifijo le perforan la piel.

»Estaba envuelto en plástico y rodeado por cuarenta kilos de arena para gatos.

—¿Arena para gatos?

—Absorbe el olor.

—No tuve nada que ver con eso.

—Nos pareció extraño que el detective Calhoun dejara su coche abandonado junto a un coche con un cuerpo escondido adentro. Y también fue extraño encontrar el tiquet de ese coche después de que ya habíamos registrado su escritorio. Era como si lo hubieran puesto allí para que lo encontráramos. Y es extraño que tus huellas dactilares estén en él. ¿Alguna idea de por qué Calhoun aparcaría allí? ¿Alguna idea de cómo apareció este tiquet?

—No —responde, pero no es del todo cierto. Sally tiene una idea, y no le gusta. En absoluto.

Schroder coje la bolsa de plástico y la aparta. La fotografía debajo es del coche que ella vio aparcado ayer en el sendero de entrada de la casa. El mismo coche en el que se marchó Joe.

—Este es su coche. ¿Me estás diciendo que nunca lo has visto?

—Yo… no lo sé —vacila, mientras recuerda haber visto a alguien entrar en esa casa, alguien a quien reconoció desde la distancia pero que no pudo ubicar.

Él levanta la fotografía y, debajo de ella, hay otra bolsa de pruebas. En su interior, está la pequeña libreta en la que Sally escribió ayer. Es la dirección de la casa a la que fue Joe.

—¿Por qué escribiste esta dirección?

—¿Esa… esa es la casa que se incendió? —pregunta.

—Sí, lo es —precisa él—. Tenías la dirección anotada en una libreta en tu coche.

—Oh, Señor —exclama ella, no hacia el detective Schroder, sino para sí misma. Sabe por qué la casa le resultaba familiar. Había visto una fotografía de ella en las carpetas que había hojeado en la casa de Joe. El mismo día que cogió el tiquet de aparcamiento de debajo de su cama—. Joe —susurra.

—¿Qué?

Empieza a sollozar. Todo empieza a cobrar sentido. Las carpetas. La herida. Joe al volante del coche del detective.

—Yo no… no tuve… —Se ahoga en un sollozo, se queda sin aliento y siente que se va a desmayar. Sacude la cabeza, aprieta los dientes e inhala con fuerza. Luego, rodeada de más lágrimas, termina su frase—: No tuve nada que ver con esto. Por favor. Debe creerme.

—Dime, entonces, Sally. Dime dónde me he equivocado al unir las piezas. Dime dónde debo buscar.

Así que lo hace. Comienza por la sonrisa que Joe le digirió aquel día en el ascensor hace dos semanas, le cuenta lo dulce que es Joe, y luego sigue con el resto.

# CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

Los deberes están hechos. El trabajo realizado. Ahora llega el momento de negociar.

Melissa camina despacio por el césped hacia mí. Mi pistola en su mano. Confía en mí lo bastante como para encontrarse conmigo de noche en un parque oscuro, pero no lo suficiente como para venir desarmada. No me sorprende. Ella tampoco se sorprende cuando extraigo el arma de Calhoun y le apunto.

Me mantengo firme y espero con paciencia. Ella se detiene como a un metro de distancia. No sonríe. Tal vez la situación no le parece graciosa. Tampoco denota miedo.

—Parece que no te cansas de mí —digo y la miro de arriba abajo. Tiene buen aspecto.

—Eso parece, ¿no? ¿Tienes el dinero?

Agito la bolsa de plástico que llevo conmigo.

—Tengo algo mejor que dinero.

Ella levanta la pistola hacia mi cara.

—Ah, ¿sí?

Le entrego la bolsa. Ambos mantenemos nuestras armas apuntando el uno al otro. Melissa echa un vistazo rápido dentro de la bolsa.

»Una cámara de video.

—Así es.

—¿Para qué es esto?

—Tal vez quieras mirar la cinta.

—Hijo de puta.

—¿Por qué?

Me devuelve la cámara.

—Cabrón hijo de puta.

Empiezo a reír. Por sus palabras, es obvio que ha deducido las cosas.

—Tengo copias de esa cinta, Melissa, y si algo me pasara, no sé, cualquier cosa… lo que sea, una copia de esa cinta llegará a manos de la policía.

—Me tendiste una trampa—afirma.

—No fue difícil.

Deja escapar un gruñido.

—Tú también apareces en esa cinta, Joe.

—De hecho, no. No es que importe. Si me matas, ¿qué va a hacer la policía? ¿Desenterrarme y arrestarme?

Me mira en silencio unos segundos más y suspira.

—Esto es un empate entonces. Porque si algo me pasara a mí, Joe… para usar tu frase, «no sé, cualquier cosa… lo que sea», las copias de todo lo que sé sobre ti

llegarán a manos de la misma gente.

—Suena como un buen trato —comento, y este es el mejor resultado que puedo esperar. Es el resultado que buscaba. Por supuesto, todavía me gustaría introducirla en una trituradora de ramas, pero si pienso en mi autopreservación, no es el tipo de cosa que puedo hacer. Tal vez algún día, si logro apoderarme de la evidencia que tiene en mi contra o si me entero que tengo cáncer y me quedan apenas unas semanas de vida, la cosa sea diferente.

Melissa asiente con la cabeza y guarda la pistola en el bolso.

—Bueno, no puedo decir que haya sido divertido, Joe.

—Yo tampoco. —Guardo también mi pistola.

—¿Qué hiciste con el policía?

Me encojo de hombros.

—Lo de siempre.

Ninguno de los dos se da la vuelta. La conversación ha terminado. Las reglas han sido establecidas y ambos las entendemos. Sin embargo, aquí estamos, a un metro de distancia, y ninguno de los dos es capaz de darle la espalda a lo que ha ocurrido. Hemos pasado por mucho, y que nos vayamos con las manos vacías sería desgarrador. Es un anticlímax. Sería como despertarse en la mañana de Navidad y descubrir que todo el mundo que conoces te ha regalado el mismo estilo de calcetines.

La luz de la luna baña su rostro y hace que su piel se vea pálida. Una vez más, me sorprende lo hermosa que es. Si no fuera por el hecho de que quisiera coger un cuchillo y… Los dos damos un paso adelante, nos abrazamos y empezamos a besarnos. Me mete la lengua en la garganta como si el Santo Grial estuviera ahí abajo en alguna parte, y yo intento meter la mía en la de ella. Nuestros cuerpos se aprietan uno contra otro. Mis manos recorren su espalda. Las de ella están detrás de mi espalda y no intentan coger mi pistola.

No puedo entenderlo, y por un momento pienso en la descripción original de Calhoun sobre la muerte de Daniela Walker. Un segundo estaba hablando con ella, y al siguiente estaba muerta. Me está sucediendo a mí en este preciso instante, pero apenas soy consciente porque mi cuerpo está en automático. Hace diez segundos la estaba observando, y ahora mis manos se clavan en su espalda y sus senos perfectos se aplastan contra mi pecho. Después de unos segundos, nos retiramos y nos miramos, ninguno de los dos sabe qué decir, ninguno de los dos sabe qué carajo está pasando. Creo que ella está tan aturdida como yo.

Puedo ver odio en sus ojos, y estoy seguro de que debe haber ira en los míos… y entonces nos besamos de nuevo, con más intensidad esta vez.

Nos alejamos. No puedo saber si el odio y la ira están desapareciendo o aumentando. Ella abre la boca para decir algo, yo hago lo mismo, pero todo lo que acabamos haciendo es aferrarnos el uno al otro. Nos trabamos en un abrazo apasionado: los labios chocan, las lenguas se mueven frenéticas. Ya no importa nada más, y no tengo ninguna duda de que en este exacto momento las personas en todo el mundo están encontrando amor. Yo no tengo ni idea de lo que estoy

encontrando, pero me gusta.

Al igual que la semana que pasé en la cama con mi escroto hecho jirones, el tiempo parece ir y venir, como si estuviera en un lugar donde el tiempo no importa en absoluto, sino sólo los acontecimientos. La luna todavía está en el cielo y estamos caminando debajo de ella, tratando de sostenernos mientras tropezamos… ¿hacia dónde?

Me lleva a su casa. Ella conduce. No paramos de miramos el uno al otro, y en cada cruce, en cada semáforo, sigo esperando que el hechizo se rompa, pero no ocurre. Acto seguido estamos en su dormitorio, y si pudiera pensar, estaría pensando que me va a matar. Sólo que no nos estamos matando el uno al otro; en vez de eso, estamos desnudos, y ella está tendida encima de mí, con mi testículo presionando contra su cuerpo, y no tengo ni idea de cuánto tiempo ha pasado desde que nos besamos por primera vez. Estoy esperando sentir el césped húmedo en mi espalda, a pesar de que puedo ver el techo.

¿Es esto real? La miro, y tiene una sonrisa en la cara. Es una sonrisa similar a la de cuando me arrancó el huevo izquierdo, pero no veo ningún alicate cerca. El odio ha desaparecido.

Sí, es real.

El tiempo se confunde de nuevo mientras jugamos bajo las sábanas durante lo que parece una eternidad; luego permanecemos acostados uno al lado del otro, contemplando el techo. Por fin, me quedo dormido. El sábado llega y ya estamos uno encima del otro otra vez. Nos tomamos un descanso para almorzar. Afuera llueve a cántaros, y el agua cae con fuerza sobre el techo, y ahora entiendo por primera vez cómo es que el sonido de la lluvia puede ser romántico. Es tal cual lo describían todos esos libros que he leído. Comemos tostadas con queso y no hablamos demasiado de nada… casi no hablamos en realidad… pero no hay nada incómodo en los largos trechos de silencio ni tampoco en el hecho de que ella tenga la culpa de que yo me haya quedado con un único testículo. Ella no se disculpa, ni yo tampoco comento lo molesto que me siento por eso. Pasamos la tarde en la cama y la habitación se vuelve más oscura a medida que se va haciendo de noche. La lluvia es cada vez más intensa. La casa tiene una temperatura agradable. Nos damos un baño de una hora en la bañera y ahora por fin hablamos de otras cosas más allá de «¿tienes hambre?» y «¿te gusta así?». Hablamos de películas, y de libros, y de música.

El sábado se convierte en domingo y la lluvia disminuye, pero no desaparece. Me despierto y miro a Melissa, y puedo decir honestamente que no siento ningún deseo de matarla. La observo dormir, pero estoy pensando en qué sentiría si la despedazara, si le hundiera los dedos y clavara un cuchillo en su carne, y la seccionara de la manera más dolorosa que pudiera. Porque podría… y sería divertido, pero nunca la lastimaría.

Sé lo que es este sentimiento. El observarla y saber que podría matarla en cualquier segundo… me hace darme cuenta de que en algún momento, si no es hoy, si no mañana, voy a tener que resolver mi vida. Ella se despierta, sonríe y me

da los buenos días.

—Así que, Melissa, al parecer matas gente —señalo, después de devolverle los buenos días.

—Eso parece.

—¿Eres buena en eso?

—Excepcional.

—¿Quieres conocer a mi madre?

Se ríe y acabamos haciendo el amor. Después, recuerdo el momento en la casa de la mujer lisiada cuando me quedé observando sus peces. No me llevé ninguno porque sabía que no llenarían el vacío que sentía. ¿Sabía entonces lo que sé ahora? ¿Que estaba enamorado de Melissa?

Todas esas muertes, esas fantasías, y ahora todo ha terminado y he encontrado el amor. Es como si mi vida hubiera transcurrido a la par de las páginas de una típica novela romántica. Me siento como un típico Romeo, y Melissa, la bella Julieta.

Me levanto, me visto, converso un poco, y de repente estoy en la calle, de camino a mi apartamento; los coches y los peatones se mueven a mi alrededor, y todavía todo parece medio borroso. De vez en cuando, me doy cuenta de que he cruzado una calle o doblado una esquina sin ser consciente de haberlo hecho. La ciudad se ve bastante bien un domingo por la mañana. Me mojo mientras camino, pero no me molesta. Pienso en mi futuro, que es algo en lo que nunca pienso demasiado. Sé que nunca me atraparán. Soy demasiado inteligente para eso. A diferencia de lo que todos aprenden, a diferencia de lo que creen, a veces el malo se sale con la suya. Así es la vida. Vivir y aprender.

Un final feliz para una vida feliz. A eso se reduce. Yo era feliz como Joe, el Carnicero de Christchurch, pero ahora soy aún más feliz como Joe, el Romeo. Este mundo loco y confuso se ha encargado de encontrarme el verdadero amor, de encontrarme una compañía. Dejaré mi trabajo y buscaré otra actividad más importante. Con un gato y una futura esposa, mi futuro alberga posibilidades infinitas. He perdido dos peces, pero he ganado algo todavía mejor.

Estoy en los escalones de entrada de mi edificio cuando un coche se detiene a mi lado con un chirrido. Empiezo a tantear en busca de mi pistola, pero entonces veo que es Sally quien conduce. Por eso el coche chirrió, la gente como ella conduce como la mierda. No puedo ni imaginar cómo alguien con su trastorno puede haber obtenido una licencia, pero me imagino que debe ser algo parecido a los cupos laborales, que obligan a los de su clase a trabajos degradantes. Sally abre la puerta y corre alrededor del coche hacia mí, dejándolo en marcha. Está resoplando, como si el trote de seis metros la hubiera agotado. Tengo una lata de comida para gatos en la mano que ni siquiera recuerdo haber comprado. Sólo Dios sabe dónde está mi maletín. Ha salido el sol, la brisa es tibia y, por una vez, no hace demasiado calor. Es simplemente perfecto. Un momento estoy solo, y al siguiente Sally está aquí. Y está llorando.

Suspiro, le apoyo una mano en el hombro y le pido que me cuente qué pasa.

# CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

Me preocupa que puedan pasar los vecinos y se queden mirando. Me preocupa que piensen que esta mujer es mi novia. Puedo tener una novia mucho mejor que Sally. De hecho, la tengo.

—¿Sally? ¿Qué pasa? ¿Por qué estás aquí?

—Porque tú vives aquí —responde, con un esfuerzo por recuperar el aliento. Me pregunto de dónde habrá sacado mi dirección.

—Vale. ¿Qué quieres?

Echa un vistazo a un lado y otro de la calle, pero no sé para qué. Sólo hay dos coches aparcados. Uno está vacío. En el otro, dos personas en el asiento delantero están enfrentadas y hablando con animación. Me imagino que la pasajera es una puta y el conductor es un hombre con poco dinero.

—Hablar. Preguntarte algo.

Aspiro una bocanada de aire y la trago. Sally va a llorar todavía más cuando haga su pregunta y yo tenga que rechazarla. Una mujer en mi vida es suficiente. Dada la velocidad con la que detuvo el coche, me imagino que ha estado conteniendo por un tiempo la necesidad de desahogar sus sentimientos hacia mí.

—De acuerdo. ¿Qué quieres preguntarme?

—No quiero que me mientas más, Joe —declara, y su voz se vuelve de pronto más fuerte.

—¿Qué?

—No más mentiras —insiste, y añade ira al volumen creciente de su tono.

No tengo ni idea de dónde viene todo esto y no sé qué decir. No entiendo a qué se refiere con mentiras. Ni siquiera sabía que la gente como ella se daba cuenta cuando alguien les mentía.

—Vale, Sally, respira hondo —le recomiendo, y luego, sólo para demostrar que soy igual que ella, añado—: El oxígeno viene de los árboles.

Ella respira profundo y su semblante parece relajarse, pero apenas un poco. Supongo que se está preparando para hacer la gran pregunta, pero es bastante probable que no se esté preparando para recibir el gran rechazo. Tendré que decirle que no es que no me interese tener una relación con ella, sino que no estoy interesado en tener una relación con nadie. En momentos como este es cuando tomo conciencia de que atraer a tantas mujeres puede ser una maldición.

Es mejor acabar con esto de una vez.

»Bueno, Sally, Joe no puede escuchar mucho tiempo. Me estoy yendo.

—¡Pero si acabas de llegar! —grita, y la frustración ha regresado a su rostro en cuestión de segundos—. ¡Te vi! ¡He estado esperando desde el viernes por la noche! Tuve que ir y volver una y otra vez. Quise esperar dentro de tu apartamento, pero no pude. Esperé en distintas esquinas. A veces me quedaba dormida. A veces me

iba a casa y descansaba unas horas. A veces conducía alrededor de la manzana, buscándote. Pero no pensaba que tenía alguna posibilidad. No el viernes por la noche. Ni tampoco ayer. Pero no creen que vayas a volver. Por eso no queda casi nadie.

Tiene la cara roja e hinchada. Parece que ha pasado gran parte de su espera llorando.

—¿No creen que vaya a volver? ¿No queda casi nadie? ¿De qué estás hablando, Sally? —pregunto, pero por supuesto, probablemente no lo sabe. Nunca lo sabe. Su mundo está lleno de gatitos y cachorros y gente bondadosa que ama a Dios y sonríe por demás. No tiene la capacidad de entender nada en absoluto. Debe llevar una vida agradable e inocente, con esa falta de conciencia.

Sally se pasa la palma de una mano por las mejillas, esparciendo las lágrimas.

—Tienes que contarme, Joe.

—Mira, Sally, respira hondo y dime qué es tan importante.

—Quiero saber sobre tus cicatrices.

El comentario me desconcierta.

—¿Qué?

—Estuve pensando en ellas. No parecían lo bastante viejas para ser de tu infancia.

Recuerdo haber llegado a casa el viernes y sentir que las cosas en mi apartamento estaban desplazadas apenas unos centímetros de lugar. Estoy teniendo la misma sensación en este instante. Sólo que no se trata de mi apartamento, sino de la calle entera. El mundo entero. Aprieto la lata de comida para gatos en mi mano. Alejo la otra mano del hombro de Sally y la dejo caer junto al bolsillo. En el que tengo la pistola. La gente en el coche aparcado más adelante en la calle nos mira. La puerta del pasajero se ha entreabierto. El conductor está hablando por un teléfono móvil, quizás organizando otra cita. La puta se dispone a marcharse.

»¿Te he hablado alguna vez de Martin? —pregunta Sally, cambiando de tema. Es obvio que ya no le importan las cicatrices. Tal vez ya ni se acuerda de ellas. Se lleva una mano a la cara y se enjuga otra vez las lágrimas.

—Era tu hermano, ¿verdad?

—Antes me recordabas a él. Pero ya no.

—Vale…

—¿Eres de verdad retrasado, Joe?

—¿Qué?

—Fue el tiquet de aparcamiento. Por eso estoy aquí. La dirección que figura en tu expediente en el trabajo es la dirección de tu madre. La policía no tenía idea de dónde vives. Pero yo…

—¿La policía? —repito. El estómago se me encoge y se me revuelve de manera repentina—. ¿Qué hay con la policía?

—La policía no cree que vayas a volver. Te estuvieron esperando, pero nunca apareciste. Les dije dónde vivías porque he estado aquí. Yo te ayudé, Joe. En el

trabajo. En la vida. Te ayudé a curarte cuando te atacaron. Es mi culpa que haya muerto más gente desde entonces.

—Tú no me ayudaste, fue Melissa —replico, pero por supuesto, no sabe de qué estoy hablando—. Mira, Sally…—añado y trato de sonar tranquilo, pero el problema es que no estoy tranquilo. Me tiembla la voz; siento que el mundo se me viene encima—. ¿Qué quieres decir con lo de la policía?

—Me llamaste. Y vine. Te ayudé, Joe.

Miro a un lado y otro de la calle. Los coches están apareciendo desde ambos extremos. También las furgonetas. El coche aparcado tiene ahora las dos puertas abiertas. Ninguno de los ocupantes es una puta. Ambos comienzan a avanzar hacia nosotros. El tipo guarda su móvil en el bolsillo y busca algo más dentro de su chaqueta. El ruido del tráfico repentino llama la atención de Sally, y mira a su alrededor. Parece sorprendida de ver tantos vehículos en una calle tan miserable. La mención del tiquet de aparcamiento y del hecho de que la policía no sabe mi dirección está activando muchas alarmas. El mundo se está desplazando de su eje. Abro la cremallera del bolsillo de mi chaqueta e introduzco la mano. Observo los coches y las furgonetas que se acercan. Observo la pareja que camina hacia nosotros.

»Pensaba que eras especial —prosigue Sally, y parece decepcionada.

—Yo… soy especial.

—No puedo creer que las hayas matado.

Doy un paso atrás. Sally la Lenta ha descifrado algo que la policía no ha podido.

—¿De qué estás hablando? —inquiero, y miro por encima de su hombro.

—Eres tú. Tú eres el Carnicero de Christchurch.

Aprieto la pistola con fuerza. No puedo usarla aquí afuera porque es demasiado ruidosa. Pero puedo usarla para obligar a Sally a subir a mi apartamento donde tengo otras herramientas. O a dar una vuelta en su coche. Tal vez a algún lugar pintoresco, como un paseo a un matorral. Lo que sea. Sólo necesito salir de esta puta calle.

—Te equivocas, y no puedes ir por ahí diciendo ese tipo de cosas. Mira, subamos y…

—Les di tu dirección. Tuve que hacerlo. ¿Qué otra opción tenía? La casa a la que fuiste el viernes, ¿por qué le prendiste fuego?

Mira por encima de su hombro en la dirección en la que yo estoy mirando. De repente, todo el tráfico se detiene con el mismo chirrido con que se detuvo el coche de Sally hace un minuto. Las dos personas que caminan hacia mí echan a correr. Las alarmas suenan más fuerte. El mundo se desplaza aún más, las cosas se están saliendo de control.

—Jesús, ¿de qué estás hablando? —insisto, mientras veo que se abren las puertas de las furgonetas y los coches. Personas vestidas de negro salen del interior. Empiezan a acercarse a mí. Un muro de gente con chalecos antibalas. Reconozco a la mayoría de ellos.

—Lo siento, Joe.

—¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho?

—Aléjate de él, Sally —grita alguien. Es la voz del detective Schroder. No, esto es imposible.

*Imposible*.

Sally sacude la cabeza. Se debe estar preguntando cómo pudo haber malinterpretado tanto las cosas en los últimos meses. Yo estoy pensando lo mismo. Dejo caer la comida para gatos, saco la pistola del bolsillo y tiro de Sally hacia mí; mis dedos se cierran sobre su crucifijo y la camisa. Le apunto con la pistola a la sien. Ella grita, pero no dice nada.

—Os habéis equivocado de hombre —digo, con mi acento de Joe el Lento.

Empujo el arma con fuerza contra el cráneo de Sally. Alguien me grita que la baje, que la baje, pero todavía están demasiado lejos para detenerme. A menos que disparen. Y no lo harán, ¿verdad? Soy Joe. Todos quieren a Joe. Y me imagino que algunos de ellos también quieren a Sally. Sujeto más fuerte la empuñadura. No puedo enfrentarme a tener que pasar el resto de mi vida en prisión. No puedo enfrentar eso. Porque eso es lo que pasará. Descubrirán que el arma que estoy sosteniendo pertenecía a Calhoun. Registrarán mi apartamento. Encontrarán mis cuchillos. Y la cinta con la grabación de Melissa. No hay Joe el Lento que valga que pueda librarme de eso. De ninguna manera.

—Baja el arma —ordena Schroder. Nunca lo he visto tan furioso. Con esa expresión de haber sido… engañado.

—Bajad las armas vosotros—respondo—, o le dispararé.

—No las vamos a bajar. Lo sabes, Joe —responde, con un esfuerzo por sonar tranquilo, aunque el ligero temblor en su voz lo traiciona—. Sabes que no podemos arriesgarnos a dejarte ir. Baja el arma y nadie saldrá herido.

Schroder es un idiota si cree que voy a bajar el arma. Ojalá Melissa estuviera aquí. Ella sabría qué hacer. O mamá.

—Soy Joe el Lento —exclamo, pero nadie responde—. ¡Soy Joe! —grito.

«No pueden hacerle esto a Joe. Soy uno de ellos».

Pero lo están haciendo. Están en control de la situación, y es lo último que quiero. ¿Por qué están tan seguros de que soy su hombre? De pronto, caigo en la cuenta. Mi temor a lo que pueden encontrar si registran mi apartamento es una realidad. Sally dijo que estuvieron aquí el viernes por la noche. Ya han encontrado la cinta. Han encontrado los cuchillos. Han encontrado las carpetas y la grabación.

«No hay nada que pueda hacer. No hay manera de poder ganar la partida a menos que…».

La idea no surge de la nada, porque siempre ha estado ahí, un plan B escondido en las profundidades, esperando la oportunidad de salir y sacudirme. Dios mío, todavía es posible recuperar el control, pero es la puta peor manera imaginable. Aun así, es eso o pasar el resto de mi vida en prisión. Es una decisión que necesito más tiempo para considerar, pero no tengo más tiempo. No tengo nada. Salvo una pistola.

Los hombres están a pocos metros ahora, todas sus armas apuntan hacia mí.

Decido quitarles el control. Decido que Joe sea el protagonista de todo esto. Paso el arma de la cabeza de Sally a la mía. La hundo debajo de mi barbilla para que el cañón apunte hacia arriba. Sally suelta un grito ahogado cuando ve lo que estoy haciendo. Nadie más lo ve. Pienso en Melissa. La voy a echar de menos. Habría pensado que tener el control me haría sentir más fuerte durante estos pocos segundos, pero no es así.

—Baja el arma —grita alguien más, pero no lo hago.

—Por favor, Joe. Por favor, podemos ayudarte —ruega Sally, pero si tuviera la más mínima idea, sabría que nadie puede ayudarme ahora.

«Soy Joe. Joe el Lento. Soy el Carnicero de Christchurch. Yo mando. Yo tengo el control. Yo decido quién vive y quién muere».

Se me aflojan las piernas. Tengo ganas de vomitar.

Vale, vivir y aprender.

Respiro hondo, cierro los ojos y aprieto a fondo el gatillo.

# EPÍLOGO

La policía confirma la conexión de «Melissa» con un nuevo homicidio

La policía ha confirmado que el oficial que fue encontrado muerto en un parque del centro de la ciudad hace cuatro días es una víctima probable de la Asesina de los Uniformados de Christchurch.

«Tenemos pruebas para creer que este nuevo homicidio, el del oficial William Sikes, está relacionado con los otros tres que se vinculan con la mujer que se hace llamar ´Melissa'», informó el detective inspector Carl Schroder, al frente de la investigación.

En los cuatro casos, las víctimas eran miembros de fuerzas del orden. Dos de ellos eran guardias de seguridad cuyos cuerpos desnudos fueron descubiertos por miembros del público; sus uniformes no pudieron ser hallados en el lugar de los hechos. El cuerpo de la primera víctima presunta de Melissa, el detective inspector Robert Calhoun, nunca ha sido encontrado, pero un video en el que aparece una mujer matando al detective fue hallado en casa del empleado de la limpieza, Joe Middleton, cuyo juicio por los crímenes del Carnicero de Christchurch ha sido fijado para el mes entrante.

La fecha del juicio estará sujeta al progreso de la recuperación de Middleton de las heridas sufridas durante su detención. Los testigos contaron a los medios de prensa de Christchurch que el hombre estaba apuntando la pistola a su cabeza cuando una mujer no identificada lo golpeó y ocasionó que el arma se disparara en la cara de Middleton, provocándole heridas graves pero no mortales.

La policía ha interrogado a Middleton, pero no ha conseguido pistas significativas para la búsqueda de Melissa, cuyo nombre se cree que es un seudónimo. La mujer había estado ayudando con la investigación días antes de la detención de Middleton por los homicidios del Carnicero de Christchurch. El detective inspector Schroder se abstuvo de hacer más comentarios, excepto que se trata de una testigo clave.

# AGRADECIMIENTOS

Aquí van algunos datos interesantes. *The Cleaner* es el cuarto libro que he publicado en los Estados Unidos, pero en realidad fue el primer libro que publiqué en mi parte del mundo (Nueva Zelanda) y el segundo libro que escribí. Lo escribí en 1999, el contrato se firmó en 2005, ahora es 2012, y mi mayor pensamiento es, ¿a dónde fueron esos años (y mi cabello)? Recuerdo la emoción de conseguir el contrato de publicación, y el temor de que hubiera un error en alguna parte y pudiera perderlo. Recuerdo que me enteré de que la fecha de publicación sería quince meses más tarde y cómo ese tiempo no terminaba de transcurrir nunca.

En los agradecimientos originales de *The Cleaner*, comencé diciendo que escribir es un acto solitario pero que hay mucha gente involucrada en el proceso. Hoy en día no es tan solitario. Desde que se publicó *The* Cleaner, he conocido a gente maravillosa, he hecho muchos amigos, he visitado un montón de países que nunca pensé que conocería (he lanzado mi *frisbee* en 22 de ellos), y he estado con autores que realmente admiro.

Entre 1999 y 2005, *The Cleaner* fue leído por muchos de mis amigos quienes, entre todos, me ofrecieron el apoyo y el aliento suficiente para que siguiera adelante. Paul y Tina Waterhouse me devolvieron el manuscrito con cientos de errores corregidos. Daniel Williams leyó el manuscrito con entusiasmo y luego dejó el país. Aaron Fowler, Philip Hughes, David Mee, Kim McCarthy, Nathan y Samantha Cook fueron todos de gran ayuda. Y David Batterbury… a fines de 2004, le confesé a Dave que era escritor y me pidió ver algo. Justo cuando yo pensaba que ser escritor no era para mí, Dave leyó *The Cleane*r y le encantó. Los viernes por la noche, encendíamos la Xbox y él, Paul Waterhouse y yo hablábamos del libro. Me hicieron prometerles que les seguiría mostrando lo que iba escribiendo. Y lo hice. Y el resto es historia.

Revisar la novela para crear esta edición más larga y mejorada para el mercado estadounidense ha sido muy divertido. No puedo dejar de mencionar a Sarah Branham, mi editora y amiga en Atria, quien ha hecho cosas increíbles con los libros durante los últimos años y hará cosas increíbles también con los futuros. Judith Curr, Lisa Keim, Mellony Torres, Emily Bestler, Janice Fryer y el resto del equipo de Atria… gracias por llevar este libro a otra parte del mundo.

Y, por supuesto, mi agradecimiento jamás estaría completo si no mencionara a Jane Gregory, la mejor agente del mundo; a Linden Sherriff y Claire Morris, que trabajan con la mejor agente del mundo; y a Stephanie Glencross, la editora interna de Jane, que si tuviera que resumirla en una palabra sería… bueno, es imposible hacerlo en una única palabra. Así que usaré dos… super brillante. Aunque ella encontraría una forma muy inteligente de editar eso.

También me gustaría retroceder un poco en la línea de tiempo. Harriet Allan, mi

primer editor aquí en Random House, Nueva Zelanda, leyó este manuscrito en 2005 y vio que tenía futuro. Nerrilee Weir, gerente de derechos en Random House de Australia, consiguió que el libro llegara a manos de editores extranjeros. Alemania fue el primer país. Fue en Alemania que *The Cleaner* se convirtió en un *bestseller*, y allí fue donde la bola comenzó a rodar. Y por eso debo agradecer a dos de las personas más geniales del mundo: Markus y Kirsten Naegele.

Antes de irme, me gustaría volver a daros las gracias a vosotros, los lectores. Gracias por vuestros amables correos electrónicos, por acercarse a saludar en las ferias de libros, por poner cosas bonitas en Facebook. Puede que en los libros sucedan cosas malas, pero son vuestras amables palabras las que me alientan a seguir haciendo que esas cosas malas sucedan. ¡Nos vemos la próxima vez!

Paul Cleave, Christchurch, septiembre de 2012